

Elizabeth Bowen

El último septiembre

TRADUCCIÓN DE MARÍA BELMONTE



Lectulandia

Centrado en el universo percedero de la mansión Danielstown, *El último septiembre* es un relato de gran fuerza ambientado en la Guerra de independencia irlandesa. Los incendios y emboscadas se ven desde la distancia de una enorme casa, cuyos habitantes pasan horas felices entre *tennis parties* y bailes, sin mencionar los coqueteos con soldados ingleses acuartelados en la región. Pero tras los árboles, «invadiendo poco a poco la desierta amplitud de la campiña, el estallido naranja del cielo asciende como un fuego imprevisible», presagio de una tragedia que culminará bajo la luz apacible y opulenta del otoño irlandés.

Lectulandia

Elizabeth Bowen

El último septiembre

ePub r1.0

Titivillus 29.05.16

Título original: *The Last September*

Elizabeth Bowen, 1929

Traducción: María Belmonte

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Ils ont les chagrins quont les vierges
et les paresseux...*

[Tienen la insatisfacción de los
vírgenes y los perezosos...]

MARCEL PROUST,
Le Temps retrouvé

LA LLEGADA DE LOS SEÑORES MONTMORENCY

1

Hacia las seis el sonido de un motor, procedente primero del vasto paisaje y concentrado luego bajo los árboles de la avenida, convocó en la escalinata a todos los habitantes de la casa en un estado de gran excitación. A la altura de las hayas, resonó una delgada verja de hierro; el coche emergió de una maraña de sombras y se deslizó pendiente abajo hacia la casa. Tras los destellos del parabrisas, el señor y la señora Montmorency —brazos agitándose en el aire y el velo malva de ella revoloteando furiosamente— saludaban con frenesí. Eran visitantes largamente esperados. Todos proferían exclamaciones y gesticulaban: nadie hablaba todavía. Era un momento de felicidad, de perfección.

En aquellos días las chicas llevaban faldas blancas almidonadas y blusas transparentes adornadas con flores también blancas; sobre los hombros, se dejaban caer unas cintas, enjaretadas para que hicieran bonito. Con este aspecto fresco y pimpante permanecía Lois en lo alto de la escalinata; era muy consciente de la frescura que, como el resto de chicas de su edad, emanaba, y, con los brazos firmemente cruzados a la espalda, hacía todo lo posible por disimular su turbación. Los perros salieron correteando del vestíbulo y se colocaron a su lado; detrás, la enorme fachada de la casa lanzaba una fría mirada a los prados de la finca. A Lois le hubiera gustado congelar el momento y conservarlo para siempre. Pero, mientras el coche se aproximaba y frenaba, se inclinó para acariciar a uno de los perros.

Cuando el automóvil se detuvo, los Montmorency se desprendieron de las mantas de viaje. Permanecieron estrechando manos y riéndose bajo un sol dorado y teatral. Venían conduciendo desde Carlow. Dos enormes olas de excitación chocaron y se mezclaron entre sí; durante un rato nadie oyó nada inteligible. La señora Montmorency miró hacia lo alto de la escalinata.

—¡Y ésta es la sobrina! —exclamó radiante—. ¡Dios mío, cuánto polvo! —añadió, mientras Lois permanecía en silencio—. ¡Cómo nos hemos puesto de polvo! —Y al pensar en el polvo del viaje el cansancio se reflejó en sus ojos.

—Acaba de terminar el colegio —dijo con orgullo sir Richard.

—No creo que te hubiera reconocido —dijo el señor Montmorency, que no había visto a Lois desde que ésta tenía diez años y a quien era evidente que le gustaban más los niños.

—¡Vaya! ¿No os parece la viva imagen de Laura?

—Por cierto, el té nos está esperando. ¿Seguro que ya lo habéis tomado?

—Precioso. Danielstown está realmente precioso. La vista está más despejada desde la avenida. ¿Habéis cortado algunos árboles?

—El viento derribó tres fresnos. ¿Habéis tenido buen viaje? ¿Algún incidente? ¿Encontrasteis a alguien en los cruces? ¿Os hicieron parar?

—Entonces ¿no os importa si tomamos el té? —insistió lady Naylor—. ¡Ah!, mirad, ahora lo traen. Vamos, Francie, no seas ridícula; ¡venga!, pasad los dos.

Entraron en la casa, y sus exclamaciones, repentinamente comprimidas, llenaron el vestíbulo. Había tanto que decir después de doce años: todos parecían sentirse desbordados. Lois titubeó antes de entrar en pos de ellos y, como nadie reparó en ella, volvió a salir. El automóvil cargado con el equipaje dio media vuelta y se dirigió a la parte trasera de la casa, dejando profundas huellas en la grava. Lois bostezó y dirigió su mirada hacia el césped más allá de la explanada, donde, a la luz suave y dorada del atardecer, pequeños jirones de sombra descollaban a modo de juncos en la superficie del agua. Al otro lado del foso, seis vacas de raza Kerry avanzaron lentamente en fila india y se detuvieron bajo un tilo. Del primero al último piso de la casa, todas las ventanas estaban abiertas; la luz entraba por las habitaciones que hacían esquina y pasaba en diagonal de una ventana a otra. En el segundo, Lois podría haber escuchado el roce de una cortina, pero la mansión se recogía en silencio por encima de las voces de los Montmorency.

Lois bostezó para espabilarse. Sólo se trataba de la llegada de los Montmorency, a quienes llevaban esperando todo el día. Aun así, había sido incapaz de leer, tenía cartas a medio escribir desparramadas por toda la mesa, el ramo de flores le había quedado fatal. Los guisantes de olor, convencidos de su propia importancia, se habían enroscado, estremeciéndose, entre sus dedos... «Siento que los guisantes de olor sean malvas —le hubiera gustado poder decir al señor Montmorency—. A mí tampoco me gustan los malvas. Ni siquiera sé por qué los he cogido; había muchos otros. Aunque, a decir verdad, estaba nerviosa». «¿Nerviosa? —le habría gustado que le preguntara inquisitivo el señor Montmorency—. ¿Por qué razón?»... Pero incluso en su imaginación, ella tenía sus reservas y nunca le habría dicho el porqué.

De todos modos, enseguida se había dado cuenta de que el señor Montmorency, por muy sutil que fuera, no se tomaría la molestia de comprenderla.

Nada más oír el motor, su primo Laurence se había marchado arriba con un libro. Lois podía oírle ahora vaciar su pipa sobre el alféizar de la ventana. Laurence se asomó un poco más y le preguntó a la joven con un cauteloso susurro, señalando hacia abajo con un dedo:

—¿Han entrado todos?

Ella hizo un gesto de advertencia y asintió.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó él.

—No sé. ¿Y tú?

—Nada especial.

—Pensaba llevar a los perros a pasear al hayedo.

—¿Por qué?

—No sé, se me había ocurrido...

—Sube a hablarme de los Montmorency.

Ella hizo otro signo de advertencia: los Montmorency estaban en el vestíbulo. Para sortearlo tuvo que entrar por una puerta lateral y subir por la escalera de servicio. Ésta olía a madera fregada, a encalado y a los patos que ya se estaban asando para la cena de los invitados. Al llegar arriba Lois abrió la puerta dejando que entrara con ella una vaharada de olores.

—Pato —dijo Laurence, olfateando agradecido.

Todavía le sorprendía que bajo su etérea apariencia Laurence pudiera dedicar tanto tiempo, cuando dejaba de hacerse el intelectual, a hablar de comida e incluso a pensar en ella. Lois pensaba que se debía a que su primo llevaba una vida carente de emociones, como él mismo había dicho en una ocasión. «Vivo —solía decir él— de comida en comida». Si le preguntaba «¿Por qué?», Laurence levantaba las manos y las cejas y hacía una mueca. Cuando se comportaba así ante Gerald, Lois se sentía incómoda. Los soldados no hablan de comida, se la comen. De hecho, comían bastante más que Laurence, pero siempre con un aire ausente y desdeñoso.

Laurence había estado leyendo en la antesala, sentado en una de las no muy confortables sillas con forma de concha que nadie se tomaba en serio. Su habitación se encontraba un piso más arriba; no le había merecido la pena subir. Se había equivocado de libro y no se atrevía a bajar a por otro; en caso contrario no habría tenido ninguna necesidad de conversar con ella. A Lois le gustaba la antesala, aunque no fuera el lugar ideal para leer o para hablar. Daba paso a cuatro habitaciones; en cualquier momento alguien podía abrir una puerta o ésta abrirse sola, liberando una corriente de aire que iría a parar directamente al cuello de una. Las personas la atravesaban continuamente, por lo que una tenía que levantar la vista y sonreír. Aun así, Lois siempre parecía estar charlando allí, de pie y con una rodilla apoyada sobre el sillón porque no merecía la pena sentarse, y su vida era muy complicada por no saber cuánto de lo que decía había sido oído y por quién y el alcance que tendría.

Las altas ventanas carecían de cortinas; ribetes de flecos adornados con borlas deshilachaban la luz en la parte superior. Los blancos alféizares, las contraventanas plegadas en sus marcos estaban llenos de burbujas, como si la casa hubiera pasado un día en el trópico. Agostados por el sol, los respaldos de las sillas encarnadas se habían vuelto de un tenue naranja claro; un olor a alcanfor y animales causado por la exposición a la luz matinal de las pieles extendidas por el suelo seguía flotando como el polvo en el fresco del atardecer. Por la noche, cuando se dirigía a su habitación, Lois tropezaba a veces con las fauces del tigre; cualquier paso en falso podía enviar rodando una enorme garra sobre el piso encerado. Las descoloridas imágenes de grupos de soldados, de reuniones familiares o de vecinos de una generación atrás emanaban desde su lugar en las paredes una vaga melancolía. Había dos librerías cerradas, cuyas llaves se habían perdido, sobre las que desfilaba un grupo de elefantes de marfil traído de la India por alguien que ella no recordaba.

—¡Uf!, ¡uf!, ¡uf! —dijo Laurence imitando los jadeos de su prima—. ¿A qué

viene tanta prisa?

—Supongo que es una costumbre —repuso Lois desconcertada.

—¿Qué querías?

—Bueno, he venido a hablarte de los Montmorency.

—¡Ah!, está bien; adelante. ¿Dónde están?

—Tomando otro té; la tía Myra les ha obligado... El caso es que, llegaron, como probablemente habrás oído, y todo ha sido bastante penoso. Emociones para dar y tomar. Y ella no hacía otra cosa que repetir que estaba cubierta de polvo, y desde luego lo *estaba*, así que yo no sabía qué decir.

—Entonces ¿qué has dicho?

—Y él ha dicho que nunca me hubiera reconocido.

—¿Un tipo sincero, de los que les gusta hacerse notar?

—¡Oh, no! Para nada. —Lois se ruborizó, porque, francamente, Laurence era demasiado insolente. Rio y se miró las uñas; la única parte del cuerpo, se había percatado, de la que uno puede ser consciente en sociedad—. ¿Lo conoces?

—Sí, creo que lo vi una vez. Me pareció bastante fatuo. Pero yo era muy joven por aquel entonces, aunque puede que no hayamos coincidido nunca.

—¿No es increíble —dijo Lois confidencialmente— lo que pueden llegar a crecer las uñas? Quiero decir, cuando una se pone a pensar en ello: metros y metros de inagotable uña saliendo de una. A decir verdad —añadió—, una vez llegué a hacerme muchas ilusiones sobre el señor Montmorency, cuando tenía diez años. Vino a pasar una temporada con mi madre y conmigo cuando vivíamos en Leamington. Después de cenar, yo tenía permiso para quedarme levantada, mi madre salió y nos dejó solos en la casa. Teníamos gallinas en aquella época y creo que ella fue a encerrarlas y luego se quedó sin más en el jardín. El señor Montmorency y yo hablamos durante un rato, luego se puso serio y de repente se quedó dormido. Me senté y le contemplé absolutamente fascinada. ¿Sabes cómo se duermen los hombres después de cenar? Pues bien, no fue en absoluto así como lo hizo él... Luego entró mi madre, muy relajada después de haberse librado un rato de nosotros y dijo que como anfitriona yo dejaba bastante que desear, y despertó al señor Montmorency. Ahora creo que cualquiera podría haber dicho lo mismo de ella. Pero todo lo que hacía mi madre se veía muy natural.

—¡Oh!, era encantadora —dijo Laurence indiferente.

—Así que ya ves, no es de los que les gusta llamar la atención, si no, no se habría dormido de una forma tan campechana. Se mostraba melancólico, cansado y sabio, todo al mismo tiempo, algo que, como niña, yo agradecía, ya que la mayoría de visitantes se ponían muy pesados conmigo.

—Increíble —dijo Laurence mirando por la ventana.

Resultaba fácil hablar con Laurence debido a su indiferencia hacia todos los matices de la personalidad de Lois. Hablando con él, Lois se sentía inclinada a mostrarse de una estupidez tan inconmensurable que podía llegar a expresar

opiniones que la sorprendían incluso a ella misma. Cuando él bostezaba, cogía un libro, decía que tenía hambre o simplemente se iba, ella no se alteraba. Era uno de esos interlocutores sensibles, receptivos, con los que después uno se siente vendido y comprometido. Es cierto que la primera vez que volvió a ver a Laurence deseó convencerle de que se encontraba en presencia de una intelectual. Pero una tarde de fracaso notorio, en la que él le había aconsejado que leyera menos y con más provecho y también que, en general, no hablara tanto, ella se sintió inclinada a reconsiderar su actitud, Lois había recuperado la confianza, y la desaprobación del primo le resultaba estimulante.

—¿No has pensado —dijo Laurence, con un inquietante aire de triunfo— que los Montmorency pueden haber subido por la escalera principal mientras tú lo hacías por la de atrás y que ahora pueden estar en su habitación escuchando?

Era impensable, pero el mero hecho de oírlo la dejó estupefacta. Toda colorada, corrió hacia la habitación de invitados: luchando contra el desatino, llamó descaradamente a la puerta con los nudillos y sacudió el pomo. Finalmente, entró, no sin sentirse un tanto impertinente, puesto que los recién llegados habían ocupado ya el lugar, al menos en espíritu.

La habitación azul estaba evidentemente vacía; no había nadie escuchando. Habían subido y depositado los baúles, con las correas sueltas, al pie de la cama. La habitación olía a cretona descolorida y a diez días de abandono; la corriente de aire agitó suavemente las cortinas. Lois había colocado un jarrón de geranios en el vestidor; se puso a admirar el delicado equilibrio de las pequeñas flores cúbicas en el contraluz. También se fijó en el aire festivo de las velas, virginales, con sus largas mechas blancas. Había dos sillones deliberadamente vueltos hacia la chimenea vacía con su pantalla de papel; en ellos se sentarían el señor y la señora Montmorency, tal vez para comentar lo sucedido durante el día. A no ser que hablaran en la cama, lo que sería más probable. De todas las cosas que Lois deseaba saber sobre el matrimonio la más importante era: ¿cuánto tiempo transcurría, cuando se dormía todas las noches con la misma persona, hasta que se superaba la tentación de conversar en la cama hasta bien entrada la mañana? Ya no estaría prohibido charlar por la noche, como sucedía en el colegio; nadie irrumpiría en la habitación con un: «¡Ya está bien, vosotros dos, a dormir; basta de cháchara por esta noche!», como a menudo sucedía cuando visitaba a sus amigas. ¿Dejaría de interesarle cuando ya no estuviera prohibido? Lois había oído hablar de parejas que se molestaban mutuamente con la respiración y preferían dormir separados: en Danielstown, estas parejas no tendrían nada que hacer. En la habitación azul, el mobiliario del vestidor contaba con encimeras de mármol por si al señor se le caía o rompía uno de sus frascos y había un mueblecito de elegancia muy masculina para guardar todo tipo de botas. Lois había colocado con poco convencimiento rosas musgosas sobre la mesa del señor Montmorency.

—¿No has pensado —preguntó Laurence— que les habría sido imposible pasar

por aquí sin que yo les viera?

Lois salió y cerró la puerta de la habitación de invitados.

—Cuando alguien pierde la calma —respondió ella—, ya no sabe lo que hace. Este tipo de cosas son horribles. Nunca olvidaré el día en que, aquí mismo, yo estaba hablando con Livvy o con no sé quién sobre una tal señorita Elliot, una mujer muy aficionada a la música, y ¿sabes qué?, *ella* se encontraba en su habitación, pero como era inglesa y muy educada comenzó a sacudir los tiradores de la cómoda. Apenas pude volver a mirarla a los ojos durante el resto de su estancia. Pero al final ella también lo pasó mal, porque puso todos los jarrones de flores fuera de su puerta por la noche y Brigid chocó con ellos cuando le llevó el té por la mañana. La tía Myra estaba muy enfadada y hablaba de casas de reposo.

—Yo no esperaría que la señora Montmorency fuera tampoco muy estricta con la higiene.

—¡Maldita sea! —exclamó Lois con un aire desproporcionadamente inquieto mientras se alejaba a toda prisa en dirección a su cuarto—. Tengo que acabar unas cartas.

Al hablar de Brigid se había acordado de que había cartas escritas en papel del ejército desparramadas por toda la habitación y que la doncella, a quien le interesaban mucho, podría verlas cuando subiera con el agua caliente. No es que las cartas tuvieran mucha importancia, pero al pensar en lo que le escribían algunas personas, se sintió como una tonta.

Laurence tenía unos ojos azul pálido bastante saltones que se movían con lentitud, aunque el resto de sus movimientos fueran bruscos. Mirándola ahora con una especie de indiferencia estudiada, le preguntó:

—Dime, ¿de qué escribes en tus cartas?

—De la vida en general.

—Me sorprendes. Si yo escribiera cartas, nadie las leería si no fueran inteligentes. Debes de tener un don especial.

—Naturalmente, se espera que una sea divertida.

—¿Con cuántos suboficiales te carteas?

La pregunta era desconcertante y, además, se dijo Lois, no venía al caso. Por mucho que le escribieran estos jóvenes, no le importaban nada; además, no respondía más que a una de cada tres cartas. Estos jóvenes, tangibles, y que, por ser tan cercanos, obstruían su concepción de las cosas, evolucionaban sin misterio en una especie de relumbrón social que adormecía la imaginación. El señor Montmorency, en cambio, surgía con nitidez de la penumbra más bien insólita en la que Lois envolvía su infancia; sus sentimientos hacia él le proporcionaban un agradable tema para la introspección. Por mucho que amenazara con ensombrecerse al ser estudiado de cerca, su imagen nunca podría ser borrosa.

—¿Con cuántos? —preguntó Laurence de nuevo, volviendo a coger su libro pero con los ojos siempre inexorablemente fijos en ella. Lo más desagradable que había

dicho de su amiga Livvy Thompson era que se trataba de un instrumento bastante apto para la procreación; y la verdad, cuando hacía preguntas de este tipo, Lois no se hacía idea de lo que él debía de pensar.

Sin embargo, lo que le daba vergüenza a Lois era la insinuación respecto a una carencia más que a un exceso.

—Tres; no, dos —respondió fríamente—, ya que uno de ellos es capitán.

Al entrar en su habitación Lois cerró la puerta. Laurence se levantó y recorrió la antecámara. Por enésima vez miró con desdén los lomos de los libros encerrados en sus estantes. Luego oyó a su tía y la señora Montmorency subiendo por la escalera.

2

Los Naylor y los Montmorency se conocían desde siempre; era una cuestión de generaciones. De niño, Hugo pasaba meses seguidos en Danielstown y, como le había dicho a Francie, conocía el lugar tan bien como su propia casa, y no le cabía duda de que allí se sentía mucho más a gusto. Había expresado esta preferencia, que a ella le había causado estupefacción, justo al principio de su noviazgo. Se sintió tan apenada como si él le hubiera confesado que era ateo. Pero lo perdonó en secreto y se consoló recordando que había sido educado por un padrastro y que nunca había podido conocer el significado de la vida familiar (como todas las mujeres delicadas, se sentía profundamente atraída por la «naturalidad»). Ella estaba dispuesta a hacerle olvidar las carencias de su infancia, pero casi inmediatamente después de su matrimonio, Hugo vendió Rockriver. Ella se culparía siempre de no haberle disuadido, pero en aquella época él estaba decidido a hacer realidad su sueño de ir a Canadá y ella se sentía ansiosa por compensar a su marido de todas sus insuficiencias aceptando acompañarle y progresar allí. Así que cuando el proyecto de Canadá fracasó, se encontraron con que no tenían casa y con que Francie, después de todo, carecía de vocación. En cuanto a Hugo, él nunca había tenido grandes expectativas.

Durante toda su vida, Francie había oído hablar de los Naylor de Danielstown, ya que unos primos suyos se habían casado con unos primos de ellos; pero Irlanda es un país grande y no los había conocido personalmente hasta que no fue a Danielstown en el viaje de bodas. A partir de entonces, por supuesto, fue como si se hubieran conocido desde siempre; no había habido un comienzo. Ella sabía que nunca había sido tan feliz como en aquella primera visita; el tiempo, sin obligaciones, distendido, había cobrado matices brillantes, la felicidad relucía en cualquier instante. También recordaba haber sentido una intensa sensación de retorno, después de una larga espera. Las habitaciones, las puertas, irradiaban una especie de impaciencia por su llegada; le parecía que algunos árboles en la lejanía, la escalera, un rincón del jardín habían permanecido secretamente, desde siempre, agazapados en el fondo de su espíritu.

Fue también durante esta primera y única visita cuando se hizo amiga de Myra, algo en sí mismo memorable. Myra era «interesante», cultivada, dibujaba de maravilla, entendía de libros y de música. Había viajado por Alemania, por Italia, por todos los lugares que merecieran la pena. Les unió descubrir que ambas habían estado en Alemania al mismo tiempo, durante el verano de 1892, aunque no se hubieran conocido. Myra tenía la misma edad que Francie —habían sido presentadas en sociedad el mismo año, aunque en salones diferentes— y consideraba a Hugo un auténtico crío: no podía evitar dar muestras de ello. A veces, al darse cuenta de lo que había dicho, se reía y decía algo ingenioso y completamente fuera de lugar para disimular su turbación. Y es que Hugo, el marido de Francie, tenía diez años menos que ellas.

Francie y Myra habían mantenido largas y sorprendentes conversaciones, de carácter confidencial y alarmantemente íntimo, sobre casi todos los temas, mientras paseaban, iban en el coche, sentadas en el banco junto al pimentero de Carolina, y de noche de pie en el rellano, mientras la llama de sus velas se curvaba bajo la vehemencia de sus confesiones.

Cuando, al final de aquella visita, los Montmorency abandonaron Danielstown, Francie tuvo más la impresión de haber vivido una pausa que una interrupción en el devenir de las cosas. «Hasta la próxima primavera», se prometieron los cuatro, mientras se besaban y se estrechaban las manos al pie de la escalinata. Entonces era otoño y el viento se colaba entre los árboles cobrizos, cuyos contornos se estremecían. «Hasta el próximo verano, Hugo —exclamó Myra—, *¡como muy tarde!*». Y la última imagen que tuvieron de ella fue la de una Myra en pie, radiante e imperiosa. Cuando se alejaron, los árboles se desvanecieron en el cielo y a Francie le escocieron los párpados; ella deslizó su mano en la de Hugo bajo la manta de viaje. Entonces, mientras la apretaba, él tuvo que proseguir solo la tarea de volverse, con el corazón en un puño, y despedirse agitando la otra mano hasta que tomaron la curva de la avenida.

Tal vez Francie había sentido el gélido soplo del futuro. Entre su elegante partida, envuelta en el crujido de las ruedas del carruaje mientras atravesaba los portones flanqueados de laureles recortados, y su llegada en tromba doce años más tarde, con el chirrido de los frenos del automóvil, no iba a pasar nada importante. La vida de los señores Montmorency, por la que avanzaban con incertidumbre, sin la coacción de la tragedia, estaba entretejida de pequeñas complicaciones. En él existía la traba de sus indecisiones y, en ella, la ligera punzada, aquí y allá, de sus pequeñas renunciadas. La salud de Francie, el carácter de él y la pobreza fluctuante de ambos eran aplazados, desviados. A ella la obligaron a pasar varios inviernos seguidos en el extranjero, en lugares que él ni siquiera se planteaba soportar. Él iba y venía sin ella, buscando consuelo, como no podría ser de otra forma, en Danielstown. En sus cartas a Francie, los Naylor lloraban su ausencia, la imploraban, protestaban. No podrían ser felices nunca, *nunca*, hasta tenerla también con ellos.

Al fin Hugo y Francie habían regresado juntos. Y hoy algo —ese vacío entre los árboles de la avenida, un detalle olvidado en la fachada de la casa, un silencio más intenso a su alrededor, o tal vez simplemente la silueta de Lois en pie, allí, sobre la escalinata— hacía que el lugar fuera diferente.

Ahora lady Naylor y la señora Montmorency subían juntas. Francie bajó la mirada hacia el último peldaño para ver si todavía seguían allí las marcas: en el calor de una animada discusión sobre Robert Hugh Benson, había agitado su vela y desparramado una lluvia de cera caliente. Pero una nueva alfombra cubría la escalera. Myra bajó también la mirada, pero no sin sorpresa; ella no se acordaba de nada. En doce años había discutido con muchas personas y últimamente discutía sobre Galsworthy.

—No me sorprendería nada —dijo bajando la voz cuando se acercaban a la antesala— que encontráramos a mi sobrino Laurence allí. Pasa mucho tiempo con nosotros, cuando no está en Oxford. Aunque me temo que aquí no se divierte demasiado. Apenas sale; es muy intelectual. Aunque, por supuesto, juega al tenis.

Al entrar en la antesala, Francie sintió un gran alivio al constatar que Laurence se había marchado.

—Es tan agradable —dijo— ver vuestra casa llena de jóvenes. —Instintivamente, se volvió hacia su antigua habitación.

—No, por aquí, Francie, es la habitación azul. En este lado de la casa los cuervos molestaban a muchos invitados; hemos hecho cambios y ahora Lois duerme allí; a ella le gusta oírlos.

Cuando entraron en la habitación, Francie vio el reflejo de sus dos rostros en el gran espejo del tocador, mientras la puerta golpeaba a su espalda. «¡Myra ha envejecido!», pensó con asombro. Su propio rostro no parecía haber cambiado en absoluto.

—Tienes un aspecto estupendo, ¿sabes? No podía ni imaginar cuándo volvería a verte, y Richard tampoco.

Frunciendo los labios, Myra depositó en Francie un beso brusco y compacto. Era como si no se hubieran reencontrado hasta ese momento. La puerta se cerró con un golpe seco.

—Ha estado mal, muy mal..., tanto como si os hubierais ido a Canadá.

La manga de lino de Myra resultaba fresca al tacto de la polvorienta Francie. Myra llevaba un vestido de lino gris con franjas bordadas, un pañuelo de encaje anudado con dos vueltas en torno al cuello y un sombrero verde echado hacia delante y adornado con trébol. Sus ojos grises y brillantes, con pupilas muy negras e intensas, se prolongaban hacia las sienes en un profundo pliegue. Sobre los pómulos, una intensa coloración malva rosada a modo de pétalos se convirtió, en lo que duró el beso, en una red de delicadas y finas venas. Sus cejas, en forma de arco apuntado, sugerían una trágica sorpresa hasta que uno se daba cuenta de que la curva nunca desaparecía, de que aquel rostro conservaba siempre su plácida impaciencia, su alegre

descontento.

«¿De verdad ha envejecido?», se preguntó Francie al tiempo que le lanzaba una mirada tímida y atenta antes de separarse. Sí, en Myra había ahora algo permanente; se la veía más feliz, más dura.

Después de besarla, Myra se había echado hacia atrás. Quedaban muchas cosas por hacer una vez cumplido el deber del amor y del placer como correspondía. Recorrió la habitación azul, hizo un gesto con la cabeza desde la ventana a alguien que salía de un bosquecillo, a lo lejos (nunca había sabido cómo desaparecer en la oscuridad de una casa). Examinó los libros de la estantería.

—¡Lois no ha cambiado los libros! —exclamó—. Ya sabes cómo me gusta que sean adecuados para cada invitado. Mira, aquí hay un libro técnico sobre el caucho que un señor se dejó el verano pasado. Qué absurdo. Esta chica nunca olvida la misma cosa dos veces; siempre es algo diferente...

—Parece encantadora. Y sin duda es la viva imagen de Laura...

—En el carácter no se parece mucho a Laura. A veces creo que tiene mucho del pobre Walter.

—¡Qué historia tan triste la de Walter!

—Para serte sincera, era lo que todos esperábamos —dijo lady Naylor.

Cuando Francie se quedó sola, se acercó a la ventana y sacudió el polvo de su velo. Se sentía tan agotada por el viaje en automóvil que todo parecía deslizarse muy deprisa; después se sentó en el sofá y se cubrió los ojos con las manos. Su mente se relajó en el silencio, pero en su interior había una especie de centinela que esperaba a Hugo. No sabía qué decirle en el caso de que él observara que el trayecto desde Carlow sin duda la habría agotado. Antes de partir, Francie le había dicho que temía que fuera demasiado para ella, pero él le había contestado que todo eso eran tonterías, que ahora ella era capaz de resistir cualquier cosa. Halagada por esta observación, ella había cedido. Se sentía tan cansada —justo en esos momentos en los que se abandonaba completamente— que no soportaba tomar conciencia de Danielstown. Sus pensamientos le dolían. Cuando miró por la ventana, lo que vio fue la intolerable silueta de los árboles y una franja de prado de un amarillo dorado en el horizonte.

Al oír unos pasos acercándose, se precipitó hacia el lavamanos. Tenía la piel seca, y los cabellos, pesados y lacios por el polvo acumulado. Y sin embargo, todo se debía al tiempo magnífico por el que una, en este país, nunca podría estar lo bastante agradecida. Cuando Hugo salió de su vestidor, Francie estaba lavándose las manos: se agitaban en el agua como inofensivas marsopas entre espuma de jabón de violeta.

—¿Y bien? —dijo él examinando la habitación.

—Oh, Hugo..., ¿no es maravilloso?

—Richard está en plena forma; creía que nunca me reuniría contigo... ¿No estás cansada?

—En absoluto... Es como si nada hubiera cambiado, ¿no te parece?

—Te diré una cosa: Myra está envejeciendo. ¿No lo has notado?

—Es cierto —respondió Francie con aire distraído. Incluyó su rostro por encima de la palangana; las gotas de agua, al penetrar en los poros de su piel, la reconfortaron—. Es cierto —repitió ella secándose la cara con un paño adamascado y adornado con rosas almidonadas—. Digamos que todos estamos envejeciendo.

—Ha adquirido la detestable costumbre de cerrar las puertas con llave.

—Los tiempos han sido más duros por aquí. Bueno, tal vez encuentro que tiene un aspecto cansado. ¿Qué piensa Richard de la situación...? ¡Ah! Y ¿esperabas encontrar a Lois tan mayor? Me la imaginaba como una colegiala. Es preciosa, con esa carita... tan confiada.

—Le falta naturalidad —dijo Hugo—, pero me imagino que como a todas las chicas de su edad... Yo en tu lugar me tumbaría un rato, así descansarás, aunque no lo necesites. ¿Quieres que luego te cepille el pelo?

Francie sacó su bata de un baúl y se tumbó en el sofá. Empezaba a relajarse cuando Hugo dijo que el sofá no parecía cómodo y que haría mejor tumbándose en la cama. Creó un pequeño valle entre las dos almohadas para que colocara la cabeza, pues estaba convencido de que era imposible descansar con la cabeza elevada, y ella se tendió en la cama.

—¡Ah!, creo que no debería tumbarme sobre este edredón tan bonito —protestó ella enseguida.

—Aquí nadie se anda con cumplidos —contestó Hugo—. Descansa y estate tranquila.

Ella permaneció tumbada mientras contemplaba a su marido deshacer los dos baúles y llevar los vestidos en los brazos para depositarlos en las estanterías del «armario de caballero». Francie se preguntó qué pensarían de esa actitud Richard y Myra: «Devoción excesiva», dirían sin duda; Richard era incapaz de coger una jarra sin que se le cayera y Myra no concebía que su marido fuera de otra manera.

—¡Qué ruido más horrible! —dijo Hugo, deteniéndose para escuchar.

—Alguien está haciendo sonar un gramófono...

Los Naylor bien podrían decir que Francie había tomado al brillante joven que él había sido en otros tiempos y le había enseñado a velar por ella, a cuidarla y a desarrugar sus vestidos. Y Francie sabía que, ahora, ella no sería capaz de explicar a Myra lo que no había logrado hacerle entender doce años antes, cuando había mucho menos que explicar y justificar: el hecho de que Hugo era una carga demasiado pesada para ella. Y lo mucho que se había esforzado, aunque en vano, en impedir primero que se casara con ella, luego que renunciara a Canadá, y después que abandonara a sus amigos cuando ella tenía que partir al sur de Francia o incluso que le cepillara el cabello por la noche.

—Hugo, puedes dejar el vestido azul fuera; creo que me lo pondré... Dime, exactamente, ¿cuándo estuviste enamorado de Laura?

—De algún modo lo estuve cuando tenía veintidós años. Ella era encantadora por aquel entonces, aunque, a decir verdad, siempre lo fue. Pero nunca fue feliz de

verdad, ni siquiera aquí. Jamás supo lo que quería, era muy impulsiva.

Él dudó entre dos pares de zapatos de vestir.

—Deja fuera los de color bronce —sugirió ella—. Van bien con el azul. — Permaneció con los ojos cerrados durante un momento y luego preguntó—: Pero ¿por qué no se casó contigo?

La fragilidad de Francie, sus ausencias lejos de él, sus largos y curiosos silencios le daban derecho a hacer preguntas extrañas, como desde el lecho de muerte. Hugo, que se movía de un lado para el otro en la habitación, contempló los pies de Francie con aire pensativo.

—Quería que se tomaran decisiones por ella —dijo por fin— y yo no era capaz de hacerlo. ¿Cómo iba a serlo? Bastante tenía conmigo mismo. Además, era la hermana de Richard, hablaba sin parar, y jamás sabías adonde habías llegado con ella. Y si se sentía descubierta, se echaba a llorar. Después se marchó al norte, donde conoció a Farquar; supongo que todo debió de ocurrir antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que pasaba o de tener tiempo de escapar. A partir de entonces ella *tuvo* realmente algo por lo que sentirse desgraciada. Sin embargo, no creo que a Laura le importaran de verdad las cosas. Nada la afectaba; era muy distante.

—Me pregunto si Lois es distante.

—Lo que creo que yo sentía por Laura —prosiguió Hugo, interesado— era que ella nunca fue real en el sentido que yo hubiera deseado. No tenías a nadie frente a ti, como ya sabes... Si te levantas ahora, puedo cepillarte el cabello.

—Está lleno de polvo —dijo la señora Montmorency.

Francie había conocido a Laura en Inglaterra y se había sentido muy intimidada. Laura tenía mucho éxito allí y era una persona brillante; era demasiado irlandesa para su propio país. Lois estaba en el colegio como de costumbre y no había vuelto a casa porque Laura no se acordaba del día en que iban a visitarlos los Montmorency. Seis meses más tarde, sin avisar a nadie de sus intenciones, Laura murió.

—Sin embargo, me sigue pareciendo curioso —observó la señora Montmorency— que yo nunca conociera a Lois.

Sentándose ante el espejo, Francie se quitó las horquillas una a una y luego, con un movimiento de la cabeza, dejó caer el cabello alrededor de la cara —brillantes hebras cobrizas entretejidas aquí y allá con los mechones ondulados de color gris claro— y lo deslizó entre sus dedos mientras sacudía la cabeza con tristeza. Pero el polvo parecía haber desaparecido, tal vez porque se sentía más feliz, menos cansada; o tal vez porque lo había dejado entre las dos almohadas. Su marido, al elegir un cepillo, tiró el jarrón de geranios.

—¡Pobrecillos! —dijo Francie, enjugando el agua con la manga de su quimono.

—¡Debería darles vergüenza! —exclamó Hugo, sacudiendo el agua del cepillo—. ¡Poner jarrones en los tocadores!

Vestida para la cena, Lois estaba arreglando su escritorio; dos cartas con sello y su labor de bordado se apoyaban contra el reloj. Sacudió la bandeja de ante rosa y comenzó a clasificar su contenido, pero tenía que volver a leerlo todo. Gerald, que escribía acerca de un torneo, concluía así su carta: «Tienes los ojos más bonitos y dulces del mundo». Perpleja, pensó: «Y ¿qué puedo hacer yo?», y sujetó la carta junto al resto con una goma. Luego abrió un cajón en el que se leía «Varios» y metió allí todo lo demás. Tenía una papelera, pero sólo para sobres. Los golpes del gong, como burbujas de cobre, salieron del vestíbulo y subieron rebotando en las escaleras. Lois corrió hacia el espejo, se cambió de collar y mantuvo un aprensivo intercambio con su propio reflejo. ¿Cómo sería la noche?

La señora Montmorency y Laurence estaban en el salón. Se mostraban inquietos, nada permitía apreciar el cariz de la conversación. La pálida habitación alcanzaba una altura tal que sólo los espejos se encontraban por encima del espacio habitado: esta zona de un vacío desmesurado hacía que las personas y los muebles parecieran más pequeños. El lejano techo imponía a la conciencia su rectángulo blanco y desnudo, debajo del cual un silencio diáfano, destilado por siglo y medio de conversaciones, permanecía en suspenso. Las voces ascendían hacia ese silencio, majestuosamente amortiguadas. Ahora no había voces; la señora Montmorency y Laurence, sentados, miraban cada uno hacia un lado.

Cuando Lois entró, Laurence se golpeó los bolsillos y balbuciendo algo sobre una pipa salió apresuradamente de la habitación, dejando a su prima en un *tête à tête*. La señora Montmorency, sentada en el rincón de una ventana, sujetaba por una esquina un ejemplar del *Spectator* que se había deslizado sobre la seda de su vestido como si Francie quisiera asegurarse de conservar este refugio permanente contra la conversación. Presencia difusa, apenas una silueta, con la luz poniente tamizada entre la masa vaporosa de sus cabellos y de sus encajes que la fundía con el entorno, la mujer respondía tan sucintamente a las preguntas que se le hacían que no se sabía cómo abordarla. Lois permaneció en pie mirándola de hito en hito, a plena luz.

—¡Qué bonita eres! —exclamó la invitada—. El negro causa realmente sensación. No, no te pareces a Laura... No sé a quién te pareces.

—La tía Myra no cree que el negro sea muy adecuado para las chicas —dijo Lois, echando hacia delante los pliegues de su vestido para que la otra lo admirara—. Pero una combinación blanca le da vida.

—Te divertirás mucho ahora que te has hecho mayor.

—Bueno... —dijo Lois. Avanzó hacia la chimenea y se puso de puntillas para apoyar los hombros contra el mármol. Se esforzaba por mostrar un aire desenvuelto. Todavía sentía un orgullo particular por haberse hecho mayor; era como un logro, como el matrimonio o la fama. Sabía que divertirse mucho equivalía a que cierto número de jóvenes la encontraran atractiva. Si Lois respondía «Sí, mucho», era como

decir «Sí, me encuentran muy...», y no estaba muy segura al respecto. Como tampoco lo estaba de divertirse mucho—. Bueno, sí, mucho —respondió por fin.

—Dime —continuó la señora Montmorency—, ¿no era ése tu primo Laurence?

—En realidad, yo soy sobrina de tío Richard y él es sobrino de la tía Myra.

—Es un intelectual, ¿no?

—Supongo que sí, en el fondo.

—No tenía ni idea de cómo entablar una conversación con él —dijo la señora Montmorency—. Imagino que tú no encontrarás nunca esa dificultad. No hay duda de que eres muy moderna, Lois.

—Bueno, no tanto —dijo Lois complacida. La expresión de la señora Montmorency, que ahora surgía con precisión de su contorno, dejaba traslucir tanto afecto e interés que Lois se sintió incitada a proseguir—: Puedes hablar con él de prácticamente cualquier cosa, salvo de política. Aquí no tiene permiso para hacerlo porque las ideas que trae de Oxford son completamente erróneas.

—¿Erróneas? —exclamó la invitada, sonrojada por el asombro, mientras se ponía una mano sobre la cara como para reprimir un rubor que iba en aumento—. ¿Qué quieres decir?

—Fuera de lugar.

—¡Ah! —dijo la señora Montmorency.

Y con el regreso del silencio violento que había señalado la entrada de Lois, hizo su aparición sir Richard. A éste no le gustaba que los invitados bajaran antes de tiempo a cenar, y se hizo evidente que no lo esperaba de alguien como Francie.

—¡Oh! —exclamó con un tono cargado de reproche—. ¡Cuánto lo siento! No tenía idea de que estuvieras aquí. Myra se ha retrasado; ya sabes cómo es.

—¡Oh! Sí, ya sabemos cómo es —respondió Francie calurosamente. Si tuviera una casa, ella tampoco sería puntual. Sólo los vacíos y las rupturas de su vida explicaban su puntualidad.

Llevándose la mano a la corbata con aire ausente, sir Richard se puso a deambular por la habitación, desplazando con irritación manifiesta las mesitas que parecían surgir ante su camino, con el silencio contenido de un hombre de gran elocuencia que todavía no se ha puesto en marcha.

—Un tiempo magnífico —dijo por fin—, las noches son cálidas..., pero tal vez preferirías que cerrara esta ventana... —Se sentía contrariado; no lograba recordar si había llegado a conocer bien a Francie en otro tiempo, y era incapaz de decidir con qué grado de familiaridad debía reanudar sus relaciones con ella—. Lois ha crecido mucho, ¿no es verdad? —prosiguió señalando a su sobrina con aire inspirado—. Me parece que ha crecido muy deprisa. Dime, ¿cuánto hace que la viste allí, en Inglaterra?

—En realidad, no la había visto nunca.

—Qué extraño —dijo sir Richard mirando primero a una y luego a la otra—. ¿No conociste a la pobre Laura?

—Sí, pero Lois no estaba.

—¡Qué mala suerte! —Aún más contrariado, sir Richard se sentía invadido por una vaga sospecha. Con un tono más bien apagado, observó—: Entonces no debe de sorprenderte en lo más mínimo que haya crecido.

—No tanto.

—Esta noche podremos sentarnos en la escalinata —dijo Lois, decidida a poner fin al cúmulo de estupideces de aquellos dos. Se dirigió hacia una ventana y se apoyó con los brazos cruzados en el alféizar.

La cortina de árboles que se extendía como un brazo desde detrás de la casa y cercaba los macizos de césped, los taludes y las terrazas de suave pendiente, se había oscurecido, adquiriendo la densidad de un bosque. Como si fueran fragmentos de oscuridad, las ramas traspasaban la penumbra vacilante del follaje. La noche inundaba los árboles; las hayas formaban mudas cataratas. Detrás de ellas, invadiendo poco a poco la desierta amplitud de la campiña, el estallido naranja del cielo ascendía como un fuego imprevisible. Los pinos, estoicos, se desvanecían en medio del resplandor. A lo lejos, las montañas yacían como cristal sobre un sol poniente.

La oscuridad se había extendido tanto entre los árboles que, al apartarse de la ventana, Lois se sorprendió de la claridad que reinaba en la habitación. El día, que todavía llegaba desde los prados por las ventanas orientadas al mediodía, había quedado almacenado en los espejos y en el papel pintado satinado, de manera que el salón aún relucía. El señor Montmorency había entrado y permanecía en pie en el lugar que ella había ocupado, apoyado contra la repisa de la chimenea.

—Podremos sentarnos en la escalinata esta noche, ¿verdad? —insistió Lois.

Y como nadie respondía ni prestaba atención, y como la conversación proseguía sin ella, Lois se sintió profundamente sola, y una vez más se vio sufriendo la fatalidad de la exclusión. En el salón oscurecido por el follaje, el marido, la esposa y su anfitrión compartían con los árboles una especie de intimidad nacida de la sombra. Pensó en el amor, en la importancia que le confería. «Es preciso que ponga fin a esto», se dijo recorriendo la habitación con la mirada.

—¿Sigue durmiéndose después de cenar? —preguntó al señor Montmorency.

—Es algo que no me ha pasado nunca —respondió él irritado.

—Sin embargo, es el recuerdo más vivo que guardo de usted.

—Me temo que me confunde con otra persona —dijo él con un aire tolerante.

—Dime, Richard —preguntó Francie—, ¿estás seguro de que no nos dispararán si nos sentamos fuera al anochecer?

Sir Richard lanzó una carcajada y todos compartieron su hilaridad.

—Todavía no nos ha pasado nunca, ni siquiera con los soldados aquí y Lois bailando con los oficiales de un extremo a otro de la avenida. Te estás volviendo muy inglesa, Francie. ¿A que se está volviendo muy inglesa? ¿Crees que deberíamos poner sacos terreros detrás de las ventanas cuando cerramos la casa por la noche?

—No, pero en serio, Richard... —insistió Francie. Luego, viendo que todos la

miraban fijamente, se echó a reír, se quedó muda y rompió a reír otra vez. Era cierto que en el condado de Carlow le habían dicho que la situación era delicada y que cometía un grave error viajando aquí. Pero en fin, como sin duda hubiera dicho Richard, no se podía esperar menos del condado de Carlow.

Lady Naylor entró del brazo de Laurence y comentó que eran todos muy puntuales.

—Sólo hace tres minutos que ha sonado el gong y, además, hubiera jurado que no os había oído bajar a ninguno. Pero me he retrasado y le he pedido a Richard que os avisara. ¿Y si pasamos a la habitación de al lado?

—Francie quiere saber —dijo sir Richard ofreciéndole a ésta su brazo— si por casualidad no tendremos por ahí un fusil ametrallador.

—¡Eh!, no seas malo.

—¿Es verdad que bailas en la avenida? —preguntó el señor Montmorency a Lois.

—Sólo lo hice una vez, por una apuesta. Bailé con un oficial llamado Lesworth hasta el portalón blanco y la persona con la que habíamos apostado nos seguía llevando el gramófono. Aunque no hace falta decir que no forma parte de mis costumbres.

—No hay duda de que tu calzado se resentiría de ello —respondió el señor Montmorency con un aire distante.

—Y los hombres que conocemos ya no pueden venir aquí de noche.

—Aun así, no hay duda de que te lo pasas muy bien —dijo el señor Montmorency antes de girar sobre sus talones.

En el comedor, el pequeño grupo tomó asiento bajo la multitud de retratos. En comparación con esos rostros colgados en lo alto que se observaban de una pared a otra en un cara a cara permanente y que ahora se difuminaban hasta convertirse en un simple triángulo de color pardo y miraban desde el fondo de un oscuro cuadrado excavado en el muro, sir Richard y lady Naylor, el sobrino, la sobrina y sus viejos amigos parecían frágiles, exageradamente joviales, como pintados sin convicción en el aire de la habitación, sorprendidos, efímeros. Colocados a intervalos rigurosos alrededor de la enorme mesa —sobre la cual, a la tenue luz del atardecer, los pájaros y las rosas adamascadas tenían un brillo sobrenatural—, los seis comensales se encontraban tan aislados y distantes que una observación lanzada a la ligera al vecino caía en saco roto y parecía un grito de desamparo, y pese a que inconscientemente enfatizaran las palabras y el gesto, palidecían y su personalidad menguaba. En cambio, por encima de ellos, los inmutables personajes, mientras dirigían al crepúsculo su sonrisa, su mirada grave, el menor vestigio de su personalidad, mantenían simplemente la pose —un aire de modestia pasado de moda, una rareza o un humor, la mano deslizada bajo una pechera o colocada, ligera, en el nacimiento de los senos—, abolían el tiempo, negaban la personalidad y reducían la alegría de abajo a una fricción insignificante.

En el plato soperero de Laurence flotaban seis guisantes. En seis cucharadas

precisas que contenían un guisante cada una, se terminó el caldo. Laurence lanzó una mirada a la derecha, hacia su tía, y luego a la izquierda, hacia la señora Montmorency: las dos estaban hablando. La señora Montmorency, que escuchaba a lady Naylor, parecía mirar a Laurence desde el otro lado de la mesa, pero como éste estaba de espaldas a la luz y además era miope, no estaba seguro, y prefería la incertidumbre.

Lady Naylor explicaba las cosas que estaban sucediendo, con la cuchara puntiaguda suspendida por encima de su plato. Se dio cuenta de que los otros esperaban y, después de una última mirada intensa e insistente en dirección a Hugo, se inclinó para acabar la sopa. Hugo preguntó a Laurence:

—Y usted ¿qué piensa de lo que está pasando?

—¿De lo que está pasando? ¿Aquí, en Irlanda?

—Sí, por supuesto.

—Se diría que se están acercando —respondió Laurence con desenvoltura mientras desmigaba su pan— o, más bien, que se están acelerando.

—¡Shhh! —exclamó lady Naylor, tendiendo precipitadamente la mano hacia los dos hombres por encima del mantel. Frunció las cejas y lanzó una mirada a la criada—. Vamos, no hay que dejar que Laurence exagere. Todos los jóvenes de Oxford exageran. Todos sus amigos exageran, si lo sabré yo.

—Es lo que está pasando —respondió el sobrino—, no sé si se han dado cuenta.

Desde el otro lado, Lois se inclinó decididamente hacia el señor Montmorency.

—Si le interesa, ¿le apetecería venir a excavar entre los abetos para buscar fusiles? O si soy yo quien cavo, ¿querría hacerme de testigo? Conozco a tres hombres de la zona que juran que hay fusiles enterrados en la plantación de abajo. Michael Keelan jura que una noche que pasaba tarde por ahí vio a unos hombres cavando. Yo le pregunté: «¿Qué aspecto tenían?». Y él me respondió: «El que se podía esperar». Entonces quise saber por qué no les había preguntado qué estaban haciendo y me dijo: «¿Y por qué tendría que haberlo hecho? ¿Acaso les había visto yo cavar con sus palas?». Entonces se dio media vuelta y se fue por donde había venido.

—¡Ya está bien de tantas tonterías! —protestó sir Richard—. Michael sería capaz de ver cualquier cosa; hasta ha llegado a decir que vio un fantasma. No soporto que los hombres refieran cuentos, y menos que se les haga caso.

—De todos modos —insistió Lois—, creo que deberíamos cavar. Si no encontramos nada, me reiré de buena gana de Michael, pero si encontramos fusiles... ¡Imagínate, tío Richard! Además, sería mejor saberlo, ¿no?

—¿Y por qué íbamos a querer saberlo? Traerás un montón de soldados que no harán más que pisotear los árboles jóvenes. Ya hemos tenido bastantes destrozos en la plantación con todos los amigos de Michael que vienen a visitarla. En cualquier caso, prohíbo que se haga el más mínimo agujero. ¿Ha quedado claro? —dijo sir Richard rojo de cólera.

Francie se sentía desgarrada en su interior al no saber por quién debía tomar

partido.

—Todas las precauciones son pocas, me imagino..., pobres arbolitos... y, además —añadió dirigiéndose a Lois—, podríamos saltar por los aires.

—En cualquier caso —prosiguió sir Richard—, este país cuenta con demasiados soldados que no tienen otra cosa que hacer que bailar y sacar de malos modos a ancianas de la cama para buscar fusiles. Eso perturba al pueblo, naturalmente. El hecho es que los militares han adquirido la costumbre de pelearse y no saben hacer otra cosa, sin olvidar que el ejército ya no es lo que era. Ayer, en la carretera de Ballyhinch, me quedé bloqueado durante un tiempo inimaginable por culpa de una especie de cafetera que no dejaba de maniobrar frente a un portón, y el cretino ése subía y bajaba como un yoyó mientras me hacía señas. Conservé la calma, pero no pude evitar decirle que al ver cosas así me había preguntado adónde iba el país, y justo en el momento en que habíamos logrado acostumbrar por fin a los caballos al ruido de los automóviles. «Nunca haréis nada bueno en este desgraciado país —le dije— yendo de un lado para otro en una cafetera». Esos camiones del ejército te envían a la cuneta con una facilidad desconcertante. Me da la sensación de que en el ejército británico hay muchos socialistas.

—Es una situación difícil para ellos —observó su mujer con aire pacificador—, creo que hacen lo que pueden. Los que vienen aquí, al menos, son muy amables.

—¿Qué regimiento está en Clonmore ahora?

—Los First Rutlands.

—Luego está la artillería de campo y la artillería de guarnición —añadió Lois—. Creo que la mayoría de las personas prefieren a la artillería de guarnición.

—Los artilleros de guarnición bailan mejor —dijo Laurence a la señora Montmorency—. Sería una verdadera pena que nos convirtiéramos en una república y nos privaran de todas estas encantadoras tropas.

—¡Idiota! —soltó Lois por encima del jarrón de flores. El señor Montmorency la miró sorprendido.

—Con todo lo que se oye —prosiguió lady Naylor—, cualquiera pensaría que puede suceder cualquier cosa, o casi, pero nunca escuchamos a nadie. Y yo me he impuesto como regla no decir nada. De hecho, si os interesan los rumores, os tendríamos que mandar a Castle Trent. Me temo que los Carey son incorregibles también... Oh, sí, Hugo, es muy bonito hablar de disgregación en Inglaterra y en el Continente. Pero a veces una se pregunta lo que se puede disgregar allí..., en otro tiempo tal vez, no lo dudo... Además, cuando hablas con la gente, te dicen que todo eso no tiene ningún sentido, y al fin y al cabo, ¿qué es un país sino las personas? Esta mañana, por ejemplo, he tenido una larga conversación con la señora Pat Gegan, que ha venido a verme por las manzanas (la recuerdas, ¿verdad, Hugo?), siempre me pregunta por vosotros; estaba encantada de oír que habíais regresado. «Los jóvenes siempre son igual, un poco alocados», ha observado, y no he podido estar más de acuerdo con ella. Dijo que los jóvenes eran todos parecidos y que eso era lo peor. Es

una mujer muy interesante, reflexiona mucho. Pero es lo normal entre los lugareños, todo hay que decirlo. Por ejemplo, ¿os habéis fijado en los ingleses? Recuerdo el año pasado cuando fui a Bedfordshire, a casa de Anna Partridge... Ésta siempre anda muy ajetreada en el pueblo, participando en reuniones sin importancia, este tipo de cosas. Pues bien, fui con ella a una de esas reuniones y, francamente, no sé qué pensar de esas damas con sombrero, sentadas sin hacer nada y que la despreciaban de un modo tan ostensible. Al salir, le dije: «Sinceramente, Anna, creo que eres fantástica, por esa manera que tienes de dedicarte con pasión a las cosas, pero dime, ¿qué puedes sacar de personas con tan poca sesera?». Con aire muy contrariado, me respondió que al menos eran leales. Le repliqué que no les quedaba otra elección y que aunque la hubieran tenido, no las creía capaces de darse cuenta de ello. Entonces Anna me dijo que esas mujeres tenían un corazón de oro aunque no lo demostraran, y yo respondí que en mi opinión ellas se equivocaban al ocultarlo, porque les habría alegrado un poco la vida. Al menos uno sabía a qué atenerse con ellas, añadió Anna, a lo que yo respondí que no me gustaría vivir entre personas que no fueran humanas. Luego pensé que no merecía la pena molestarla si realmente le gusta vivir en Inglaterra... Ah, y esta mañana le dije a la señora Gegan: «A algunos de sus amigos les gustaría vernos partir, ya lo sabe», y ella se ha indignado tanto que casi ha llorado. Mirad, los Trent me contaban el otro día... ¡Ay!, Hugo, los Trent vienen a jugar al tenis mañana, especialmente para veros a ti y a Francie. Y los Thompson también vendrán, y los Hartigan, creo. Os extrañará, pero las chicas Hartigan siguen todas aquí. Parece que nadie quiere casarse con ellas... Ah, sí, y también estarán un tal coronel Boatley con su esposa y tres o cuatro del regimiento de los Rutlands...

—Cinco —precisó Lois.

—Bueno, varios. Todos están muy contentos de que hayáis vuelto Francie y tú.

—Los Trent —dijo Lois al señor Montmorency con aire indignado— juran que usted tiene lazos de parentesco con ellos. Pero desde luego es mentira. Tienen una auténtica obsesión con eso.

Cuando él le respondió que probablemente era cierto, por el matrimonio de una de sus tías, Lois se quedó pensativa. Encontraba curioso que hasta los Trent pretendieran ser más cercanos que ella. Y, sin embargo, había sido ella la que había estado canturreando con impaciencia toda la mañana. Los guisantes de olor que había llevado a su dormitorio eran la prueba de esa impaciencia: se inclinaban hacia el oeste, como una gavilla de heno a punto de desplomarse. Era cierto que ella ya no esperaba nada de él, pero el señor Montmorency seguía estando confusamente en la penumbra del monolito benevolente de su infancia. Lo que él habría podido llegar a ser y lo que se obstinaba en ser entrechocaban en su espíritu con un discordante chirrido. El rostro que ella había contemplado mientras dormía, carente de toda complejidad, pero tan comunicativo en su tranquilidad que al observarlo ella tenía la impresión de haber compartido cierta expectativa, se interponía —como la brillante ceguera que aparece tras mirar una lámpara demasiado rato— ante el rostro

inteligente, apagado, y que ahora se volvía hacia ella con su sonrisa agrí dulce. Lo más probable es que a partir de ahora ella considerara a ese hombre como una limitación, la limitación de la señora Montmorency; algo relacionado con la señora Montmorency que era lamentable. Se lo podían quedar los Trent.

—Supongo —dijo ella desdeñosamente— que usted está emparentado con todo el mundo.

—Cuanto más vive uno en este país —dijo él con un tono demasiado amable—, más probable parece.

Sin embargo, Lois estaba segura de haber notado la mirada del señor Montmorency mientras discutía con tío Richard sobre los fusiles. Al acecho de un parecido, tal vez. Era la conciencia de esa mirada lo que había teñido sus palabras de un fervor particular, aunque los fusiles ya fueran lo suficientemente interesantes. Pero cuando se volvió, él miraba hacia otro lado, como si quisiera repudiarla de la manera más despectiva.

Él la había mirado, en efecto, pero sin una intención deliberada, movido únicamente por la observación superficial de los detalles. Cuando ella volvió la cabeza, la luz que la iluminaba por detrás había recorrido la curva de su barbilla. Cuando Lois se volvió hacia él, la luz atrapó la línea difusa e irregular del pómulo, en el punto donde, bajo el ojo, la carne formaba un delicado cojín sobre la curva del hueso. Los ojos ovalados de Lois, de color delicado, estaban húmedos de emoción e interrogantes como los de un perro; en reposo, sus labios se unían con un aire dubitativo, en una línea siempre indecisa, aunque la joven jamás parecía haber terminado de hablar. Su rostro era alargado, su nariz, modelada debajo del puente, era suavemente respingosa en la punta, como por el golpe maestro de un escultor. Su mentón, enérgico, tenía un aire decidido. Hugo sospechaba que, al faltarle madurez y deseosa como estaba de esforzarse, ella se casaría pronto.

—Danielstown debió de estar mucho menos animado la última vez que estuvo aquí —dijo Lois a la señora Montmorency.

Pero Francie, en un momento de distracción próximo a la exaltación, se había elevado por encima de la mesa. Era capaz de entregarse en cualquier momento a desconcertantes ejercicios de levitación. Se hallaba perdida en la contemplación de uno de los retratos.

Enviaron a Lois a buscar los chales: al parecer, el más mínimo relente sobre la piel desnuda podría resultar fatal para lady Naylor y la señora Montmorency. Cuando subía la escalera, los ecos de la velada le salieron al paso; se detuvo a escuchar. Al bajar, todos estaban en la veranda —arriba, sobre la amplia plataforma de piedra— mientras la criada se preguntaba dónde debía colocar la bandeja. La señora

Montmorency estaba sentada en la tumbona; su marido remetía los bordes de la manta de viaje bajo sus rodillas.

—Si sigue haciendo eso —Lois no pudo evitar observar— ella no podrá ir a dar una vuelta, que es lo mejor de pasar la velada fuera.

Nadie le prestó atención: el señor Montmorency continuó arropando a su mujer.

—¿No has cogido algo para ti? —preguntó lady Naylor. Lois agarró un cojín y se sentó sobre el peldaño más alto, con los brazos cruzados y acariciándose los codos—. No deberías sentarte ahí —prosiguió su tía— a esta hora; el frío de la piedra penetra por todas partes.

—Si no atrapas un reuma esta noche —añadió Francie—, te fabricarás uno para más tarde.

—Al fin y al cabo será mi reuma, ¿no? —respondió Lois lo más amablemente posible, añadiendo para sí: «Cuando estéis las dos muertas». El hecho de pensar que dentro de cincuenta años ella podría, si así lo deseaba, estar sentada aquí, en la escalinata, con o sin reuma, habiéndose internado en el tiempo treinta años más que ellas, daba a Lois una sensación de misterio y fatalidad. Y al ser el doble de compleja que los de su generación estaba en condiciones de esperar que fuera así; y no podría ser de otro modo: el doble de personas habían contribuido a hacerla tal como era.

Mientras buscaba con aire enfadado un lugar donde sentarse (Lois había acaparado el único cojín), Laurence preguntó:

—¿No tienes miedo de que las hormigas se te suban por las piernas si no las ves?

El señor Montmorency sorprendió a Lois al ofrecerle un cigarrillo. Tenía la teoría, le explicó, de que a las hormigas no les gusta el humo del tabaco. El aire estaba en calma en ese momento, y la llama se deslizó sin vacilar a lo largo de la cerilla.

—Las hormigas duermen —dijo Lois—, desaparecen por las grietas de los peldaños. Y, además, no muerden; aunque da grima sólo de pensarlo.

—¿No quieres la silla?

Cuando ella rechazó el ofrecimiento, él volvió a sentarse. Las hebras de mimbre crujieron como si le replicaran, luego todo quedó en silencio. Él iba a tener que esperar aún diez años después de que los otros abandonaran el barco en que se deslizaban todos en el curso del tiempo, y sin embargo era a los otros a quienes él pertenecía. Volviéndose a medias, Lois contempló el resplandor que palpitaba en el extremo de los cigarrillos; se hubiera dicho que todo el mundo esperaba. La noche mantenía a los árboles en una inmovilidad inexpresiva. El cielo brillaba, más blanco que el cristal, y empalidecía a medida que se aproximaba a la línea tornasolada del follaje, pero se desvanecía inexorablemente por la oscuridad de la tierra, hacia la que el gris de los prados ascendía también inexorablemente como si fuera humo. La casa lo dominaba todo, inmutable, amenazadora, como un acantilado.

—No creo recordar veladas tan... tan tranquilas como las de aquí —observó Francie.

—Los árboles —dijo Laurence, cambiando la pipa de lado. La pechera de su

camisa se encontraba claramente por encima de ellos, y él se hallaba cerca de la puerta, con el pie sobre el limpiabarros.

—Mañana, a esta hora —observó lady Naylor—, todos tendremos ganas de estar tranquilos, después de la fiesta. —Dejó escapar un suspiro que flotó en el silencio, como un soplo suspendido en el aire frío.

—¡Ah!, sí, la fiesta. Todas esas gentes que vienen a jugar al tenis.

—Francie, ¿te he dicho quién va a venir?

—Sí, lo has dicho —intervino Laurence—, yo te he oído.

—Son los que no juegan quienes hacen que todo resulte tan cansado.

El modo resignado con que las manos de Francie reposaban sobre la manta le hacía parecer una inválida.

—Menos mal que no fuisteis a Canadá —dijo sir Richard—. Personalmente, nunca me gustó la idea. En aquella época estaba totalmente en contra, no sé si os acordáis.

—Yo me sentía dividido —respondió Hugo—. En parte, me parecía que valía la pena probarlo, pero, por otro lado, había muchas cosas en contra. No sé si hubiera salido adelante..., todavía me lo pregunto.

Se lo preguntaron con él, con mayor o menor indiferencia. Lois se pasó la mano por el vestido: tuvo la impresión de tocar una tela de araña, pegajosa y húmeda. El rocío no tardaría en caer.

—¡Oh!, ¡escuchad! —gritó Francie.

Se había entregado al silencio de tal modo que el ruido naciente, hacia el que los otros aguzaban el oído para apreciarlo, había herido sus nervios como un puñetazo. Desde la veranda, sus miradas se dirigieron hacia los prados, semejantes a un golfo entre las plantaciones que se abrían a un océano de espacio. Lejos, hacia el este, más allá de la finca, un automóvil abandonaba el silencio con infinitas precauciones. Producía un ruido chirriante, cargado de angustia, mientras atravesaba la colina.

—Una patrulla —anunció Laurence.

Hugo alargó la mano y apretó la manta de Francie.

—Una patrulla —le dijo a su esposa transmitiendo la información.

—Salen todas las noches —explicó sir Richard con un aire grave—, pero no siempre en esta dirección.

—Hoy se han adelantado; son las nueve y media. Me pregunto si...

El ruido se interrumpió, un pálido haz de luz iluminó un instante el cielo sumido en la oscuridad. Luego, tras el telón de árboles del horizonte que señalaba los confines de la finca, el ruido retomó su marcha titubeante, como alguien que corre y se agacha detrás de un seto. El chirrido discordante les recorrió el espinazo a todos los presentes. Lo oyeron con un sentimiento de complicidad.

—¡No hay nada más inquietante que un camión que avanza clandestinamente!

—¡Laurence! —exclamó lady Naylor—. ¡No tiene nada de clandestino! ¿No puedes comportarte como todo el mundo? Si no se tuviera la idea absurda de ver en

ello una toma de postura política, invitaría a esos pobres chicos a tomar café.

—No es prudencia lo que les falta —observó Hugo con impaciencia.

Era como si el camión se complaciera arrastrándose con aire amenazante por los límites de la propiedad, señalando los contornos de la paz en esa absurda isla, quebrantando la soledad. En la tranquilidad de la noche, el menor ruido tenía algo de jadeante, de deliberado.

—Las carreteras son muy malas —dijo Lois; veía al prudente convoy dar tumbos de un seto a otro—. Me pregunto quién formará parte de la patrulla esta noche.

—¿Alguien que conoces? —preguntó Francie.

Pero sir Richard, a quien le disgustaba que la atención de sus amigos se desviara de él tanto si era debido a los camiones como a la introspección, el dolor de cabeza o la observación de la naturaleza, se interpuso con uno de sus temas favoritos.

—¿Sabes, Hugo? —preguntó agitando una mano en la oscuridad—, la pista de tenis de abajo ya no es lo que era. Vinieron unas vacas después de las lluvias y la arrasaron completamente. Se ha apisonado el terreno lo suficiente para aplanar una montaña, pero tardará tiempo en volver a ser la de antes. ¿Te acuerdas de los dobles que jugamos en esa pista aquel verano, creo que fue en el noventa y seis, tú y yo con O'Donnell y el pobre John Trent?

—Claro que me acuerdo. Pero, dime, ¿cuál de los dos se marchó a Ceilán, James O'Donnell o Peter?

—¡Qué verano más maravilloso! No recuerdo otro igual. Recogimos el heno a finales de junio.

El camión se alejó hacia el este chirriando por la carretera de Ballyhinch; el silencio fue infiltrándose poco a poco tras su huellas, como la arena. Tras salir del mundo de ellos, el ambiente se distendió. Una vez más habrían podido oír una hoja moverse en los árboles o un pájaro deslizándose por una rama. Pero encontraron que ahora estaba muy oscuro. Francie se estremeció y lady Naylor, levantándose con aire solemne, declaró que en su opinión deberían entrar.

—Pobre John Trent —añadió mientras recogía sus cojines—, jamás se repuso del altercado que tuvo con la familia Sheehan a propósito del derecho de pesca en el Madder. Todo terminó en los tribunales, figuraos, y perdió, desde luego. Siempre le dijimos que no mezclara la justicia en esta historia. Pero era muy obstinado.

—Es verdad —dijo sir Richard—. Se creó un enemigo con Sheehan y nunca es bueno crearse un enemigo. Pero, en fin, ahora está muerto, así que sin duda nada de esto tiene ninguna importancia.

—Tal vez sí que la tiene para la familia de Archie Trent... Laurence, ayuda a tío Richard a entrar la tumbona, y no olvides hacer lo mismo con tu silla.

—Yo no tenía silla.

—¡Ah!, no han encendido el quinqué en el vestíbulo. ¡Qué descuido! Estoy perdida sin Sarah. Francie, ¿te acuerdas de Sarah? ¡Murió, imagínate!

Lois, sentada inmóvil entre las siluetas que se levantaban, pasaban y buscaban

vagamente algo, exclamó:

—¡Pero si esto no ha hecho más que comenzar! Os perdéis lo mejor. Yo me voy a pasear por la avenida.

Francie entró en la casa, a tientas; arrastraba su manta por el suelo. Los tres hombres, cada uno con una silla de mimbre en los brazos, coincidieron delante de la puerta: las sillas chocaron. Las pusieron en el suelo y se excusaron. Lois repitió: «Yo voy a pasear por la avenida».

Tras acordar un orden de precedencia, los tres hombres se metieron en la casa entre crujidos del mimbre. Lois bajó los peldaños de la escalinata: tenía ganas de estar sola, pero también de que la echaran de menos.

—Ten cuidado de no encontrarte con la puerta cerrada —gritó su tío a sus espaldas. Las puertas acristaladas se cerraron con un temblor.

Lois recorrió sola la avenida en la que había bailado con Gerald. Pensó en lo feliz que había sido aquella noche, y en el señor Montmorency, que consideraba su conducta estúpida. Le había parecido irritado por el hecho de que ella fuera joven y él ya no. No esperaba poder explicar que para ella también su juventud tenía algo de teatral y que era joven de esa manera únicamente porque eso era lo que los demás esperaban de ella. Nunca había rechazado un papel. Era incapaz de renunciar a esa intensificación, a esa inflamación de la personalidad que sentía al ser tomada por una joven muy feliz y muy despreocupada, aunque no lo fuera. No contaba con poderle asegurar que no sacaba ningún placer de lo que él no había conocido y que si ella se mostraba hoy indecisa e inquieta, tenía sin embargo la intención de convencerse, cuando tuviera la misma edad que él, de haber sido feliz en otro tiempo. Aunque explicar esto —suponiendo que fuera posible una explicación con un interlocutor tan cortés, tan irónico y tan antipático— hubiera sido desleal, consideraba ella, para consigo misma, para con Gerald, para con una ilusión que ambos debían cultivar.

Justo al lado del tilo, durante aquella noche de baile, ella había fallado un paso y había caído sobre el brazo de su pareja, que la había estrechado contra él. Con un rápido movimiento, él había colocado la mano entre sus hombros; luego, cuando ella recuperó el ritmo, la había vuelto a bajar. Se habían echado a reír, con una risa ruidosa y deliberada, pero pronto tuvieron que economizar el aliento. La mejilla de Gerald, a unos centímetros de la de Lois, estaba demasiado cerca para que ella pudiera ver. Habían llegado hasta lo alto sin que él fallara un solo paso; se podía contar realmente con él. Y, al pensar en la manera en que la familia acababa de entrar en la casa —secamente, sin la menor pena, cerrando de golpe las puertas acristaladas—, se dijo que era precisamente eso lo que ella deseaba más que nada en ese momento: la diligencia y la constancia de Gerald. Sintió, como cuando el joven la miraba fijamente, la sintonía perfecta de sus dos seres.

—¡Oh, quiero estar contigo!

Pero él era muy aficionado a la música y dirigía la orquesta de jazz del cuartel: mientras su espíritu se remontaba hacia él, Lois recordó que la orquesta debía de estar

ensayando en ese momento. Se sintió decepcionada. Ante ese pensamiento, le vino una frase musical a la cabeza y se puso a bailar en la avenida.

Un camino entre los arbustos estaba oscuro como boca de lobo; Lois se internó en él con paso firme. El soplo de los laureles era frío, muy cercano: notaba las puntas de las hojas contra sus brazos desnudos, temerosas y húmedas, semejantes a lenguas de animales muertos. El miedo que le inspiraban los arbustos era irracional, un miedo que precedía a su nacimiento; un miedo semejante a la primera semilla de vida, la suya, que se había estremecido en el vientre de Laura. Avanzaba animada, cantando; con una mano sobre los latidos de su corazón, aterrorizada. Se veía a sí misma saliendo victoriosa de un desfiladero. En su vida —a su modo de ver llena de carencias— no había ocasión de mostrar su valor, el cual, a semejanza de un músculo que no se emplea, se ablandaba y languidecía.

En lo alto un pájaro lanzó un graznido y se abatió pesadamente en la oscuridad desgarrando las hojas. El silencio curaba, pero dejaba una cicatriz de pavor. El salón con los postigos cerrados, la familia reunida bajo el quinqué, tan protegida y resplandeciente como flores en un pisapapeles, eran cosas deseables y merecían que una se esforzara mucho por recuperarlas. El miedo se alejó del borde del sendero, acurrucándose... En el camino, en ese momento, unas zonas grises peores que el negro, imprevisibles, invadían su vestido hasta las rodillas. Los laureles abandonaron su brazo a tientas. Había llegado al acebo, en el cruce de dos caminos.

Primero no oyó el ruido de pasos que se acercaban, luego, cuando fue consciente de un cambio en la oscuridad, pensó que iba a suceder lo que temía, era algo inherente a ella: estaba verdaderamente dotada de clarividencia, se exponía al horror, se disponía a ver un fantasma. Después, pasos que resuenan sobre la tierra lisa; ramas que rozan un impermeable. El impermeable atravesó el camino de enfrente con un roce de tejido, al ritmo acompasado del caminante. En pie contra el acebo inquebrantable, fundida con él en el negro de su vestido, Lois vio pasar, al alcance de la mano, con paso flexible y elástico, un perfil resuelto, tan vigoroso como un pensamiento. Por gratitud hacia su realidad carnal, se sintió impelida a establecer contacto; no darse a conocer se asemejaba a un desastre: una aniquilación.

«¡Qué noche más hermosa!», le habría gustado observar; o bien, para granjearse su simpatía: «¡Viva Dublín!», o incluso, con audacia —ya que era en la finca de su tío donde ella se estaba apoyando en un acebo—: «¿Qué es lo que quiere?».

Debía de ser a causa de Irlanda por lo que él andaba con tanta prisa; habiendo bajado de las colinas, atajaba a través de su finca. Era otra cosa que ella no podía compartir. Lois era incapaz de hacerse una idea sentimental de su país: era un modo de vida, un resumen de paisajes variados o incluso una isla deshilachada, oblicua, amarrada al norte pero como si estuviera separada, expulsada al oeste a la altura de las costas británicas.

Perfectamente inmóvil, ella lo dejó pasar sumido en su ignorancia desdeñosa. Tras él, sus intenciones dejaban una estela candente, casi visible en la oscuridad;

habría podido ser un asesino de lo inspirado que parecía. El grupo de árboles, desesperadamente alzados por encima de la tierra pasiva, controvertida, cada uno de ellos extrayendo y exhalando por turno la esencia del país, lo engulló finalmente.

«¿Habrá venido por los fusiles?», se preguntó Lois. Un hombre con impermeable había pasado por su lado sin verla: era todo lo que se podía decir. Llena de excitación, Lois regresó corriendo para contarlo. Abajo, la casa esperaba; inmensa en su fachada oeste y realzada con finas líneas amarillas en torno a los postigos de la planta baja. Tenía ese aire de exclusión, triste e irrisorio, que adquieren las fachadas de las casas en la oscuridad. En el interior debían de estar todos reunidos en torno al quinqué, engañados por la revelación parcial de la luz. «Rodeados —pensó Lois— por semejante nube de testigos»... Las sillas abandonadas, dignas de lástima; arriba, las camas que esperan, confiadas; los espejos con un vacío sobrecogedor; los libros leídos y luego olvidados que no aportan nada ya a la vida; la mesa del comedor segura de su obsesiva regularidad; el rebaño de elefantes que, a lo largo de años de incertidumbre, jamás había roto la fila.

Pero a medida que Lois subía sin aliento los peldaños de la escalinata, su aventura empezó a perder fuerza. Aún resistió algunos instantes, mientras la joven veía la manta de viaje que la señora Montmorency había dejado caer en el vestíbulo, extendida como un cadáver sobre el suelo encerado. Luego desapareció toda confianza, en una vacilación de sombra, entre los muebles. Es posible que ella hubiera sorprendido un aspecto significativo de la vida allá en los arbustos. Pero era imposible hablar de ello. Una palabra de la tía Myra y la aventura adquiriría un giro literario; para tío Richard, supondría un disgusto; y bastaba con una mirada del señor Montmorency o de Laurence para volver estéril su encuentro.

Sin embargo, lo más probable sería que nadie quisiera escucharla... Encendió su vela y subió a acostarse; de un modo descortés, sin desear las buenas noches a nadie. Más tarde se enteró de que el tío Richard había estado esperándola hasta medianoche. Como nadie le había advertido de que Lois había entrado, pensó que más valía no cerrar la casa.

Gerald atravesó el césped y se dirigió hacia la pista de tenis balanceando la raqueta. Levantó la mano una sola vez, aunque con seguridad, para tocarse la parte posterior de la cabeza; tenía una cabeza perfectamente lisa y redonda. Bajo la luz del sol sus pantalones de franela eran de un blanco dorado; Gerald casi brillaba. Sonreía indiscriminadamente. Era absurdo pretender que no le gustaban las fiestas. No se perdía una; le gustaba salir cada día.

Todo el mundo estaba sentado o de pie en torno a las sillas verdes de listones, en el límite de la sombra. Nadie jugaba todavía; había dos pistas y dieciocho jugadores;

estaban discutiendo quién iba a jugar en primer lugar, las voces agudas de la discordia. Lois no aparecía por ninguna parte; Laurence se sentó en el suelo para fumar y no participó en la discusión. Lady Naylor hablaba con entusiasmo a unos invitados que, manteniendo bien rectas las sombrillas bajo ese sol inusual y asumiendo un aire de felicidad difusa, esperaban el comienzo del partido para empezar a charlar en serio. Livvy Thompson se ocupaba de la organización; como amiga de Lois, creía que, en ausencia de ésta, dicha tarea recaía en ella; además, le gustaba organizar.

—Usted y usted —decía con voz estridente, taladrando el aire con un índice puntiagudo hasta detenerlo a pocos centímetros del pecho de los jugadores—. ¿Y por qué no usted y usted? —Pero antes de que tuviera tiempo de elegir el segundo equipo, los del primero ya se estaban peleando de nuevo.

—Ah, señor Lesworth —exclamó lady Naylor, y esperó a que se aproximara—, ya que viene a reunirse con nosotros, ¿le importaría traer unas cuantas mantas más para que todo el mundo pueda sentarse?

Gerald dio media vuelta y regresó a la casa. Encontraba muy extraña la ausencia de Lois. ¿Dónde estaría?

Livvy Thompson le siguió ansiosamente con los ojos. ¿Habría venido también el señor Armstrong? Aprovechando su pasajera falta de atención, dos equipos se organizaron por su cuenta y se dirigieron apresuradamente a tomar posesión de las pistas.

El vestíbulo, muy oscuro en contraste con la luz solar, estaba lleno de chales y de prensas para raquetas; los zapatos yacían desparejados bajo las mesas. El resto del grupo que acompañaba a Gerald —habían venido juntos desde Clonmore en un coche alquilado— se encontraba todavía allí, esperando a la señora Vermont. El capitán Vermont y David Armstrong, de pie, sujetaban sus cosas mientras ella se empolvaba la nariz con dificultad, ante un espejo antiguo.

—¿A que las mujeres somos terribles? —exclamó alegremente la señora Vermont al ver a Gerald acercarse. Sabía que los suboficiales aborrecían andar por allí sin ella—. ¡Ay, queridos!, me gustaría saber si realmente hemos sido invitados. Lois es tan..., cómo decirlo, en fin, ya sabéis, tan poco precisa, ¿no os parece?

—Bueno, de cualquier modo, tampoco se van a molestar —dijo David tratando de no hacerse demasiado el enterado.

—¡Es increíble lo hospitalarios que son! —Betty Vermont no se sentía defraudada por Irlanda, después de todo. Nunca antes había visto tantas mansiones sin experimentar tan poco su propia pequeñez. Aunque sin duda todas estaban bastante desvencijadas y decoradas sin ningún gusto. La señora Vermont solía decir que soñaba con que la dejaran libre en una de estas casas, en cualquiera de ellas, con un bote de pintura (blanca) y varios cientos de metros de la bonita cretona de la firma Barker.

—La mitad de Irlanda está aquí —dijo David, mirando hacia la multitud de

coches estacionados en la explanada de grava—. Me extrañaría que llegáramos a jugar.

—Oh, vamos, David, en el club nos sobran las ocasiones. Y tú, Gerald, deja de mirarme de ese modo. ¡Ya sé que estás en contra de que las mujeres se empolven, desalmado bribón!

—No es verdad —respondió sonriente Gerald. Sin embargo, le gustaba que las chicas tuvieran una tez natural; estaba totalmente seguro de que ése era el caso de Lois.

Se había echado sobre los hombros todas las mantas que había encontrado, lo cual, según le dijo ella, le hacía parecer un beduino. Era una observación que no podría haber hecho a cualquier hombre, ya que Oriente estaba sin duda muy cargado de sobreentendidos. Pero Gerald era un chico de lo más encantador, de una amabilidad a toda prueba. Salieron todos juntos.

—Tengo la impresión de que hay muchas más personas de las que yo creía haber invitado —decía lady Naylor a la señora Carey de Mount Isabel—. Lois invita a personas que conoce en el club de Clonmore y luego se olvida. No sé si habrá suficientes frambuesas; la he enviado al huerto a ver si podía conseguir más. El coronel y la señora Boatley van a venir..., ella era una Vere Scott, una Vere Scott del condado de Fermanagh... ¿Por qué será que las Hartigan no quieren hablar nunca con hombres? Siempre he pensado que no se conceden nunca la menor oportunidad, ¿no crees? ¡Oh!, señor Lesworth, ¡qué detalle haber pensado en traer más mantas! Y ahora parece que nadie necesita ninguna... Mire, quizá podría acercarse a ese grupo de chicas del montículo; me parece que no tienen nada para sentarse y, de todos modos, parecen aburridas y con ganas de charlar. Además, estoy segura de que si fuera a fumar cerca de ellas estarían encantadas..., los mosquitos son terribles. ¿Quién es esa joven de azul pálido que sale en este momento?

—La señora Vermont. Ella..., esto..., creo que la señorita Farquar...

—Oh, está bien, no pasa nada; es una agradable sorpresa —dijo lady Naylor acercándose a la señora Vermont con entusiasmo—. Estoy encantada de que haya podido venir; es un placer.

Gerald volvió a examinar a todos los presentes. Luego pidió respetuosamente a las señoritas Hartigan que se levantaran, extendió una manta sobre el montículo y se sentó entre ellas. Se encontraba en desventaja, pues no se acordaba de si había sido presentado, mientras que ellas estaban totalmente convencidas de que sí. Se alegraban de que se hubiera unido a ellas, pero los mosquitos las atormentaban de tal manera que lo que más deseaban en ese momento era poder rascarse las piernas tranquilamente.

—Esto es lo que yo llamo un éxito de fiesta —declaró Gerald alegremente.

—Sí, es muy agradable —reconoció Norah Hartigan.

—Creo que no hay nada como estos *tennis parties* que ustedes organizan en Irlanda.

—Hemos estado en fiestas parecidas en Inglaterra —replicó Doreen.

—Sin lugar a dudas, tienen que volver.

—Estoy segura de que nos resultaría extraño —dijo Norah, y su hermana le dio la razón.

Gerald sonrió a una y otra de un modo tan alentador que le contaron que una hermana suya, que ese día no estaba allí, había pasado una larga temporada en las inmediaciones de Londres y una vez había asistido con una tía, que pertenecía, en su opinión, a eso que se llama la buena sociedad londinense, a una recepción muy elegante en South Kensington. Pero a su hermana no le gustó la fiesta, encontraba amanerados a los ingleses y dijo que tenían voces inverosímiles cuando se les escuchaba hablar a todos juntos en la misma habitación.

—Pero, discúlpeme —dijo a modo de conclusión la mayor de las señoritas Hartigan, apartando la vista al temer que la conversación estuviera volviéndose personal y rascándose el tobillo lo más discretamente que pudo—. No deberíamos contarle esto a usted.

—Ha sido fantástico que olvidaran que soy inglés. Si no me equivoco, creo que vamos a abandonarles pronto; todos nosotros, los buenos soldados de este viejo ejército de ocupación.

—¡Oh!, pero no era eso lo que queríamos dar a entender —dijo la señorita Hartigan con un aire de desaprobación.

—... En cuanto hayamos perdido esta condenada guerra.

—¡Oh! Pero nadie lo llamaría *guerra*.

—Sólo con que alguien se atreviera, les haríamos ahuecar el ala en una semana a esos pordioseros.

—En nuestra opinión, sería realmente lamentable que hubiera una guerra —declararon las hermanas Hartigan categóricamente—. Ya ha habido bastantes disgustos, ¿no cree?... Y, además, sería una pena que se fueran —añadió Doreen calurosamente, aunque no demasiado, ya que todos eran hombres.

De hecho, la situación era bastante embarazosa y ellas fijaron la mirada en los jugadores deseando que el set terminara pronto. Pensaban que el señor Lesworth había sido muy valiente viniendo de tan lejos para una fiesta y sólo pedían que no le dispararan en el camino de vuelta; y, sin embargo, no podían evitar pensar en lo interesantes que se iban a sentir después, si eso sucedía. «Pobre chico», pensaban ellas con un afecto especial, ya que realmente era muy guapo, y ninguna se atrevió a levantar la mirada hacia él, de tan cargada como estaba ésta de ternura.

Livvy caminada sobre la cima del montículo con David Armstrong. Sonreía, mostrando un pequeño diente sobre el labio inferior. La punta de la nariz se estremecía con sensibilidad femenina.

—Realmente, ha pasado mucho tiempo desde que lo vi por última vez, señor Armstrong.

David era sin duda el suboficial más encantador, el más simpático.

—Pues sí —concedió él—. Supongo que debe de ser así. —Lanzó una mirada al borde del sombrero de Livvy antes de añadir—: En cualquier caso, el tiempo me ha parecido horriblemente largo.

—¡Oh!, no debería decir esas cosas —exclamó Livvy; enrojeció hasta la punta de la barbilla y se rio.

—No sé por qué no debería —respondió David, inquieto aunque halagado.

—Lo que quiero decir es que no debería decirlo así.

—Pero no puedo evitar decir lo que pienso. —La contrariedad acentuaba su carácter viril—. Supongo que soy ese tipo de hombre.

—¡Es usted terrible! —Sorprendida por la conducta de David, Livvy se rio tan fuerte que las personas sentadas al pie del montículo levantaron la mirada, llenas de expectación. Como no quería compartir a su acompañante con nadie, lo llevó aparte para continuar la conversación—: ¿Por qué no vino a la yincana ciclista de Mount Isabel? Fue una pena terrible que se la perdiera; fue una yincana fantástica y hubo también un campeonato de minigolf. Además, pusieron centinelas armados en la avenida y recaudaron veinticuatro libras para el hospital. Y la sobrina del pastor de Kilnagowan se cortó el labio al caerse... Sangraba muchísimo, era horrible, pero Doreen Hartigan tiene certificado de socorrista. Y cuando sirvieron el té, contaron que había doscientas personas. ¿Cómo es posible que usted no viniera?

—Estaba de servicio —dijo David, adoptando un aire misterioso y obstinado—. Fui a las montañas, en la otra orilla del Madder, con un pequeño destacamento y un cabo.

Livvy sintió que un pequeño escalofrío le recorría el espinazo hasta la parte inferior de la espalda. Se sintió la mujer de todos los soldados y dijo con ardor:

—Seguro que fue peligrosísimo.

—Para eso estamos aquí —respondió él.

Intercambiaron una mirada y ambos se sintieron violentos, y se les notaba, por lo que habían visto. Livvy se inclinó y su sombrero se convirtió en un elegante champiñón. El rubor que había coloreado el rostro de David en sucesivas oleadas se disipaba poco a poco...; la última, que apenas acababa de desaparecer de sus cabellos, daba paso a la siguiente, que ascendía desde su cuello ajustado.

—No entiendo lo que puede estar haciendo Lois. —Livvy escudriñó a través de los arbustos la puerta del jardín. La preocupación por su amiga le sirvió cual sombrilla que hubiera abierto y girado entre los dos. Suspiró: la dilatación de su frágil caja torácica, el movimiento ascendente y descendente de sus pequeños senos, era claramente visible bajo su blusa de seda blanca. El borde de su sombrero panamá se levantó y finos mechones de cabello escaparon de él para colocarse, como comas aleteantes, sobre los pómulos. Bajo el sombrero, sus ojos, ligeramente rasgados en los extremos, expresaban una curiosidad velada por la inquietud. Livvy sentía curiosidad por muchas cosas de las que su amiga Lois esperaba no tener que preocuparse. David observaba a la joven mientras ésta buscaba a su amiga tras los arbustos y se dijo,

sorprendido, que sin duda era la chica de la que podía enamorarse. Tenía el fatalismo de un enfermo crónico—. Si no viene enseguida —continuó Livvy—, quedará fatal. Cualquiera diría que está cogiendo ella misma las frambuesas. Todas las personas de Clonmore que Lois invitó han venido sin que nadie las esperara. Si no aparece pronto, tendré que ir yo..., sí, sí, es preciso que vaya yo, señor Armstrong, para ocuparme de los dos próximos dobles. Su primo Laurence es incapaz de hacerlo, es demasiado intelectual y lady Naylor no se ocupa para nada del tenis siempre que la fiesta esté saliendo bien. Pero sería una pena que Lois no viera al señor Lesworth. Supongo que el señor Lesworth le habla a menudo de ella, ¿es así, señor Armstrong?

—Pues, a decir verdad, no lo recuerdo.

—Me parece maravilloso ver a un hombre tan enamorado. A menudo me pregunto lo que se sentirá cuando se ama. Yo me siento tan natural en compañía de los hombres que conozco... Aunque tal vez se deba a que soy muy joven, no sé... o quizá sea platónica de nacimiento. ¿Cree usted en el amor platónico, señor Armstrong?

—¿Platón? ¿Se refiere al viejo griego?

—Lo digo en serio, contésteme, ¿cree en él?

—Bueno, en mi opinión —dijo David, examinando atentamente su raqueta que hacía girar sin cesar—, es muy difícil de explicar, por supuesto, pero creo que entre la joven adecuada y el hombre adecuado se puede considerar cualquier tipo de relación, si entiende lo que quiero decir...

—Creo —dijo Livvy— que ha sabido eludirlo maravillosamente. —Comenzó a agitar bruscamente su raqueta—. ¡Por fin! Ahí está Lois.

Lois regresaba del huerto por el sendero de los arbustos, como sobresaltada por la vivacidad de su propio paso, con el rostro ruborizado y visiblemente sin aliento. Su rebeca rosa desabotonada se le deslizaba sobre los hombros y llevaba las manos metidas en los bolsillos como si tuviera miedo de perderlas. El sombrero, doblado hacia atrás, se elevaba sorprendido sobre su rostro, como una ola. Detrás de ella, los arbustos se agitaban en un retroceso casi visible. Por encima del seto de laureles, que había sido cortado a la altura de las rodillas detrás de la pista de tenis, el cuerpo de Lois subía y bajaba al ritmo de sus largas zancadas.

—¡Ah!, ahí está —exclamaron varias personas, y todos lanzaron por encima del montículo una mirada llena de indulgencia y simpatía. El aire sombrío de los arbustos relumbraba de mosquitos; Lois sacó bruscamente las manos de los bolsillos y las agitó en el aire para abrirse paso. Rayos de sol se precipitaban sobre ella como ratones, para luego alejarse, inseguros como mariposas. Había estado observando la fiesta, desbordante de promesas, desde arriba, con la glotonería y la avidez que inspira una caja de bombones, con la mirada en suspenso, tan titubeante como la mano antes de elegir. Atraída ahora por el ambiente, Lois no era más que un contorno. Su paso se hizo menos flexible, le hubiera gustado reptar. Como había observado el señor Montmorency, a Lois le faltaba naturalidad.

—Aquí viene Lois; ¡está realmente preciosa! —dijeron las señoritas Hartigan a Gerald, e intercambiaron una sonrisa sin preocuparse por el joven.

—¡Sí que lo está! —respondió él, embolsándose el homenaje con agradecimiento, con sencillez, como un niño se guarda una propina. Su franqueza desconcertó a las dos hermanas, que se quedaron asombradas, aunque él pensó que eran muy simpáticas. En el mundo de Gerald, los sentimientos eran raros y sinceros —totalmente sinceros— y surgían como lo hacen las casas en un paisaje, de manera aislada e indiscutible, aunque bajo una forma a veces imponente y estridente, a semejanza de la soleada fachada oeste de Danielstown que se erguía sobre las pistas de tenis. No concebía el amor como un intercambio nervioso, sino como algo absoluto, fuera del alcance del pensamiento, fuera de su propio alcance, un asunto que había que abordar de frente y con seguridad más que de forma introspectiva. Para sus emociones había buscado unos pocos depositarios que consideraba definitivos y de los que se sentía satisfecho: su madre, su país, su perro, su colegio, un par de amigos y, ahora, para coronarlo todo, Lois. Sólo les pedía que se mantuvieran tranquilos y fueran positivos, que no dejaran vulnerar sus derechos, que no infringieran los límites de lo que les había sido generosamente concedido. Su vida era una sucesión de ajustes prácticos de los que la personalidad no formaba parte en absoluto. Su reserva —a la que se concedía fácilmente un respeto demasiado sensible— era una cuestión de comodidad más que de protección. Si le hubieran presionado para que respondiera, podría haber dicho «La amo» a las señoritas Hartigan, a la señora Carey, a cualquier persona presente, sin la menor inquietud, sin sentir la vibración de las palabras ni alarma ante el fuerte impacto sobre algo hueco. Así que levantó la vista hacia Lois, mientras las Hartigan lo contemplaban a él.

El señor Montmorency estaba sentado en el suelo, con las rodillas separadas y cogiéndose sin fuerza los tobillos. El cuello de su abrigo de franela gris estaba levantado sobre la camisa blanca, como para protegerse de un fuerte viento. Las damas sentadas más arriba de él en elevadas sillas verdes le daban conversación, y aunque levantaba la cabeza para responder, su mirada no sobrepasaba jamás las rodillas de sus interlocutoras. Presentaba más que nunca un aspecto de muñeco de cera, como si lo hubieran expuesto de un modo artificial a la luz del sol. Su nariz se contraía ligeramente, como si el olor de la hierba resplandeciente por el calor lo incomodara más de lo que él se habría dignado explicar. Tenía que jugar en el siguiente set y Laurence se alegraba de asistir a una melancólica demostración de destreza marchita. Laurence ya contaba con la tensión nerviosa y el apretar de mandíbulas y con que las pelotas aterrizaran directamente en la red. Sería el jugador magnífico de hace diez años, que se lamentaba con pequeños gruñidos cada vez que perdía un punto. Laurence suponía que el señor Montmorency detestaba las fiestas y la conversación tanto como él, pero al ser menos hábil para evadirlas o al defender con menor ferocidad la virginidad de su inteligencia, no podía evitar tener que hablar o que le hablaran.

Laurence lograba escaparse sentándose siempre con una expresión sociable y despierta entre dos grupos; cuando uno trataba de reclamar su atención, siempre podía fingir que estaba hablando con el otro.

Habían colocado cuidadosamente una red detrás de los asientos para impedir que las pelotas cayeran en los arbustos. Pero estaba llena de agujeros, y las pelotas, lanzadas con fuerza desde la línea de fondo, siempre daban contra ellos. Para remediarlo, los hijos del guarda se habían apostado junto a los arbustos; escudriñaban y se metían por todas partes, abriéndose paso entre los laureles. Se les daba de merendar, tenían una excelente vista de la fiesta y recibían medio penique por cada pelota recuperada. Los que no encontraban ninguna pelota y parecían disgustados también recibían su paga. «¿Por qué preocuparse entonces?», decía lady Naylor. Le horrorizaba ver a sus invitados atravesar la red y mancharse sus bonitos pantalones blancos.

Pero cuando tres pelotas, una detrás de otra, desaparecieron entre el follaje, ella interrumpió bruscamente una conversación para exclamar que eso ya era demasiado.

—¿Sería alguien tan amable —dijo mirando a Laurence— de ir a echar una mano allí detrás?

El joven se levantó de mala gana; en ese mismo momento, el señor Montmorency pasó amablemente al otro lado de la red en el otro extremo. Iba seguido de un inquieto chiquillo llamado Hércules, el único niño entre los invitados y manifiestamente de más. Los tres se encontraron a medio camino.

—Imagine, señor —dijo Laurence, agitando los arbustos sin convencimiento—, una pequeña resurrección, un acontecimiento íntimo, un día en el que los bosques devolvieran sus pelotas de tenis y los haces de heno sus estacas, las playas todos los anillos de compromiso y los ríos sus pitilleras y algunos relojes. El mar es demasiado general, con todos sus muebles y los grandes calentadores..., y podría esperar junto con las tumbas hasta el gran día... Sí, Hércules, ésa es una pelota de tenis, pero es de antes de la guerra. Vuelve a dejarla en la madriguera del conejo para que los niños la encuentren; así se ganarán medio penique... El trimestre pasado dejé caer una pitillera en el río Cher desde lo alto del puente, en Parson's Pleasure. Era de oro, plana, delgada y ligeramente abombada, para un fumador más bien moderado, y la había heredado de mi tío. Databa del tiempo de las capas, de las galanterías y de los grandes seductores. Era un objeto muy de época, muy virginal; lo llamaba Henry James; me gustaba mucho. Quería verlo surgir del Cher, muy pálido, con ojos saltones, como en ese cuadro de la Tate Gallery. Hace falta una mujer para interesarse en un día así, para organizarlo. ¿La Virgen María tal vez? ¿Qué piensa usted, señor?

—No he estado nunca en la Tate Gallery —respondió el señor Montmorency, sorprendido por este discurso.

—Hablando de virginidad, ¿no hay algo que le choca en este país? ¿No le parece que aquí el sexo es irrelevante?

—Sin duda hay un gran número de mujeres solteras —respondió el señor

Montmorency, lanzando una mirada dubitativa a las señoritas Hartigan a través de la red.

—Ellas se dicen: «¡Ah!, y ¿qué nos obliga?». Y tienen razón, ¿qué las obliga? No hay nada que los obligue, así que nadie lo hace nunca. Esto se aplica a todos. Y los niños parecen imposibles de concebir, en todos los sentidos de la palabra.

—Mi madre ha tenido cinco —intervino Hércules—. Yo soy el más pequeño. Hércules es el nombre que me dan en la familia, porque soy el único chico, pero cuando vaya al colegio, me llamaré Richard como mi padrino, ya que todos dicen que Hércules, incluso sólo como inicial, sería una gran desventaja para mí, aunque no sea tan malo como tener miedo de los murciélagos.

—Me extraña que no estés en la escuela hoy —observó el señor Montmorency.

—De todos modos, ahora serían las vacaciones, así que estaría obligado a estar aquí. Aquella que está jugando al tenis es mi hermana mayor. Ellos no ven cómo voy a ir a la escuela mientras siga teniendo miedo de los murciélagos. Además, estoy aprovechando el tiempo que le queda a la institutriz de mi hermana.

—Nadie podría compadecerte más que yo, Hércules —dijo Laurence—. Esta fiesta es irreal.

—En cualquier caso, nadie lo ha obligado a venir, supongo —respondió Hércules.

El fuerte olor de los laureles, un olor nauseabundo, les volvía a todos irritables. Hércules arrancaba las puntas de las insulsas hojas que no dejaban de golpearle la frente. Laurence se acercó al señor Montmorency con una pelota colocada sobre su raqueta y le dijo:

—Estoy seguro de que es una de las que perdió en el verano de 1906 cuando jugó con el tío Richard, el pobre John Trent y ese hombre que no se fue a Ceilán.

—Y yo no me fui a Canadá.

—Es verdad, usted nunca fue, ¿no?

Lady Naylor se acercó y les observó a través de la red.

—Laurence, ya que no podéis encontrar pelotas —dijo—, sería mejor que fueras a buscar la otra caja al vestíbulo del fondo. Están comenzando otro set con sólo tres.

—Tengo dos aquí que parecen bastante limpias, pero no botan bien —dijo Hércules.

—¡Oh!, ¡eso es fantástico!, ¡eres un buen chico! —Cogió las pelotas que le tendía el niño a través de un agujero—. Aquí tienen unas pocas para continuar —exclamó ella con optimismo, haciéndolas rodar hasta la pista.

El señor Montmorency y Laurence siguieron buscando.

—Tomemos por ejemplo a la tía Myra: ¿qué cree ella que está haciendo?

—Si vamos a eso —respondió el señor Montmorency, ofendido en lo más vivo—, ¿qué cree usted que está haciendo? ¿Por qué está aquí si no le gusta, como ha dicho Hércules? A su edad yo era muy feliz en Danielstown, este lugar lo era todo para mí, no deseaba nada más. Y hoy tampoco pido nada más.

—¡Oh! —respondió Laurence.

—Sin embargo, no dudo de que tenga usted razón al estar descontento; sin duda, es el progreso —declaró el señor Montmorency enfadado—. Supongo que será bueno para la especie.

Laurence, que no creía tener nada que ver con la especie, replicó con cierta indignación:

—No tengo dinero, ¿de dónde espera que lo saque? Habría tenido que irme a España este mes con un amigo y el año pasado debería haber ido a Italia con otro, pero ¿con qué cree usted que podría haberme sufragado el viaje? Tengo que comer en algún sitio, ¿no? Y aquí es puramente una cuestión de espíritu de familia.

—He encontrado una pelota, se la voy a lanzar... No me imaginaba que usted fuera tan materialista.

—No puedo con mi estómago. Además, me gusta comer. Es algo muy real. Pero me gustaría que pasara algo, una irrupción brutal de lo concreto. Me siento hinchado a fuerza de bostezar. Me gustaría estar aquí cuando arda la casa.

—Absolutamente imposible; totalmente inconcebible. No sé, váyase a pescar, haga algo... Absurdo —añadió, mirando hacia la casa en señal de advertencia.

—Desde luego que se quemará, estoy seguro. Y todos pondremos mucho cuidado en no darnos cuenta.

—¿Representa usted al estudiante de hoy?

—Preferiría ser totalmente abstracto.

Ofendido por la intensa conversación, el señor Montmorency sintió más que nunca su aislamiento, la carencia de un hogar al que llamar suyo. Para él, la vida era una cuestión de incomodidad, pero que esa incomodidad pudiera ser formulada le resultaba chocante. La perfecta maquinaria de su mente se bloqueaba constantemente bajo los esfuerzos y chocaba dolorosamente contra los detalles. Su refugio era la conversación varonil: encontraba a Laurence sospechoso.

—Tiene usted suerte —le dijo—. Yo nunca he sabido lo que es no tener que pensar en nadie.

Laurence, que enseguida consideró esas palabras una reflexión femenina, respondió:

—¡Ah!, sí, el amor. —Lanzó la palabra al aire y la examinó con indiferencia: una moneda de dudoso valor.

—No del todo. Uno tiene cierta deuda...

—¡Ah!, sí, naturalmente.

Laurence se volvió más reservado, mucho más educado. Recordó que aquel hombre estaba casado, que lo había abandonado todo, que no poseía siquiera una cama que llamar suya. El marido, que lanzaba una última mirada entre las ramas y al pie de los arbustos, era insignificante, exhalaba incluso un olor a rancio. Laurence se desvió del tema mentalmente, internándose más entre los arbustos. Había estado diciendo tonterías, en su registro de tercer o cuarto orden, y ahora se arrepentía. Sentía que había algo morboso en su intrusión, como en la visita a una prisión.

—Tenía que haber jugado en el segundo set —dijo el señor Montmorency—. Parece que está a punto de terminar: tal vez juegue en el tercero.

—Pronto será la hora del té, nunca hay que olvidarse de tomarlo.

En efecto, se estaba efectuando un movimiento de repliegue hacia la casa. El té era un asunto demasiado serio para servirlo fuera; además, no había costumbre de fiarse del tiempo.

—¡Ah!, Hugo, cariño, ven con nosotras —dijo Francie, que pasaba por allí con la señorita Hartigan—. Estoy segura de que las pelotas no tienen importancia. Además, han llegado los Trent. ¿No los ves? Justamente vamos a casa para estar con ellos.

—¿Archie? Magnífico. —Hugo apareció de pronto en el otro extremo de los arbustos, llegó al camino y se dirigió hacia la casa. En un recodo del sendero, bajo un arco tallado en un acebo, vio a Gerald y a Lois de pie; mientras hablaban, contemplaban sus raquetas con atención. Con la cabeza ladeada, Lois se parecía a su madre. Titubeó y luego pasó rápidamente a su lado.

Pero Lois no lo vio.

—Estoy segura de que se hace ilusiones respecto a mí —estaba diciendo la joven —; no creo que usted sepa en absoluto cómo soy. —Y mientras hablaba, contaba las cuerdas rojas de su raqueta: tres en sentido vertical, seis en sentido horizontal.

6

La señora Vermont comió más pasteles calientes de los que luego se atrevería a recordar porque estaban sabrosísimos y porque nadie parecía darse cuenta. De la tarta de chocolate pasó a la rellena de naranja, de la que se sirvió una y otra vez. Uno de sus principios, según el cual una debía contenerse cuando la invitaban, estaba tambaleándose; terminó con un plato de frambuesas. Se prohibió totalmente pensar en su línea. Con los años, su madre había engordado terriblemente, pero puede que a ella no le sucediera.

—¡Ñam, ñam! —dijo señalando las frambuesas a David Armstrong, que estaba sentado junto a ella—. Tienes que probarlas, David.

Livvy Thompson, sentada un poco más lejos que David, encontraba deplorables a esas mujeres que hablaban como los niños. Consideraba que la atracción que ella ejercía sobre los hombres era de un cariz más serio.

—El señor Armstrong debe jugar en el próximo set —dijo con un tono de advertencia.

«¡Chincha rabiña...!», pensó Betty Vermont. No empleaba nunca esta expresión en voz alta, porque no estaba segura de que fuera oportuna: era uno de los lujos íntimos que se permitía. Volviéndose hacia la señora Carey (la honorable señora Carey), que estaba sentada al otro lado, declaró sin rodeos:

—Sus meriendas irlandesas son una auténtica delicia; al tenerlas delante, me

convierto en una glotona. Y cuando se sirven en el comedor, me hacen regresar a la infancia.

—¿De verdad? —respondió la señora Carey antes de servirse tranquilamente otra porción de tarta de chocolate. Tenía a la señora Vermont por una «persona insignificante» y temía detectar en ella una tendencia, común a la mayoría de los ingleses, a hablar sobre sus interioridades. A veces se preguntaba si la guerra no había vuelto más vulgar a todo el mundo en Inglaterra. Añadió con un aire afable—: Este pastel de chocolate es una especialidad de Danielstown. Que yo sepa, para hacerlo no utilizan una receta, sino una varita mágica.

—Estas cosas vienen de familia, ¿verdad? Estoy segura de aquí tienen fantasmas.

—No, que yo recuerde —dijo la señora Carey aceptando otra taza de té. Con una sonrisa y un pequeño movimiento de la cabeza, saludó a la señora de Archie Trent, que acababa de entrar—. En los últimos tiempos nos inquietan mucho más las personas que nos cogen el coche. Después lo devuelven, claro, pero no nos gusta pensar que lo utilizan para fines perversos. No hay nada peor para un Ford.

La señora Vermont abrió la boca para contar a la señora Carey la última historia sobre los Ford, pero luego se lo pensó mejor al recordar que en Irlanda se tomaban esos coches muy en serio. En cambio, observó:

—Todo eso es terrible para ustedes, ¿no? Sinceramente, creo que tienen unas agallas increíbles al quedarse donde están y seguir adelante como si no pasara nada. Quién hubiera pensado que los irlandeses se mostrarían tan desleales..., quiero decir, las clases bajas, por supuesto. Me acuerdo de las palabras de mi madre en 1916, ya sabe, cuando estalló esa terrible rebelión. Dijo: «He sufrido una impresión terrible, nunca sentiré lo mismo por los irlandeses». Desde que éramos pequeños, ella nos inculcó el amor por los irlandeses, por las canciones irlandesas. Todavía tengo un cerdito de madera que me trajo de una feria. Mi madre siempre decía que era el pueblo más divertido del mundo, y con un corazón de oro. Aunque por supuesto ninguno de nosotros había estado nunca en Irlanda.

—Bueno, espero que esté contenta con nosotros ahora que ha venido —dijo la señora Carey con un tono hospitalario—. Sin duda habrá disfrutado de este tiempo tan bueno, ¿no?

—¡Ah!, es que..., verá, no hemos venido a pasárnoslo bien, ¿sabe? Hemos venido a cuidar de todos ustedes y, naturalmente, estamos muy contentos de poder hacerlo. No es que no me guste el país; es tan pintoresco con esas montañas maravillosas y las gallinas correteando por todas partes en las granjas, tal como nos contaba nuestra madre. Pero ya sabe, no puedo evitar estar todo el tiempo preocupada por Timmie, mi marido, y por los demás chicos: a veces pasan fuera toda la noche con las patrullas, o en las montañas.

—Es horrible. ¿Y encuentra el clima fatigante?

Una palabra había atraído la atención de la señora Trent al otro lado de la mesa.

—¿Qué es horrible? —exclamó—. ¿Quién? —Era todavía joven, brusca y

autoritaria; su tez, de un rosado intenso, como si acabara de realizar un fogoso galope al viento, daba a su rostro una vivacidad que a la señora Vermont le resultaba inquietante.

—En su lugar, yo no me preocuparía —dijo a la señora Vermont.

Esta última replicó con un tono un tanto seco que eran *ellos* quienes tenían que preocuparse pero podían dispensarse de hacerlo.

—¡Porque *nosotros* estamos aquí para cuidar de ustedes!

Recibieron la observación, que se abatió sobre la mesa en medio de un silencio momentáneo, con educación y atención.

—¡Eso es formidable! —exclamó la señora Trent con entusiasmo. Se levantó, después de haber terminado con rapidez su taza de té, y salió a fumar fuera.

Su marido era cazador mayor, y francamente, se dijo la señora Vermont, esta gente no se preocupaba más que del telégrafo. La señora Vermont se volvió hacia David en busca de apoyo; el joven tenía las orejas rojas y removía rápidamente su té.

Cinco días atrás habían atacado un cuartel de la Royal Irish Constabulary en Ballydrum y, después de una larga resistencia, lo habían reducido a cenizas. Dos de los sitiados habían perecido quemados en su interior y el resto fue abatido cuando salían. Habían cortado los hilos del telégrafo y las carreteras estaban bloqueadas; los sitiados no habían conseguido partir en busca de refuerzos y, por lo tanto, no habían recibido ninguno. Durante el té y entre los partidos de tenis, habían hablado de esto: «del horrible acontecimiento». Nadie podía entender por qué el capitán Vermont y el resto de suboficiales no parecían más horrorizados e interesados. Era difícil apreciar en qué medida el asunto afectaba a su sensibilidad. Estas cosas sucedían, se lamentaban y se aceptaban, y a pesar de todo nadie parecía considerar a David o a Gerald, a Smith, a Carmichael o al Timmie de la señora Vermont como un posible remedio. Allí estaban, jugando al tenis, y todos parecían disfrutar. «Si por lo menos nos dejaran el campo libre durante una semana», pensaban los jóvenes. David era incapaz de levantar la vista de su taza de té. ¿Para qué servían ellos? Ésa era la pregunta que cada uno debería plantearse, se decía a sí mismo. Y, sin embargo, la fiesta habría sido aburrida sin ellos, no habría habido hombres jóvenes. Nadie deseaba que se fueran.

A Lois le preocupaba sobre todo que Gerald se hiciera ilusiones sobre ella y también que la tía Myra se hubiese dado cuenta de que seguía sin haber frambuesas para todos. Los invitados de los que Lois era responsable no sólo eran visitantes inesperados, sino que además tenían un apetito feroz. Y mientras permanecía sentada mirando a la tía Myra, Gerald la miraba a ella como si se tratara de una persona completamente diferente, el tipo de persona totalmente imposible de describir. Después del té, Lois jugó en la pista de arriba con el capitán Vermont, contra Gerald y Nona Carey. Jugaba bien, acertaba todos los golpes; parecía que la inquietud le sentaba bien. No se podía decir lo mismo de Gerald, que jugaba mal. Entonces le vino un pensamiento a la mente: él no estaba inquieto; ella no era capaz de

inquietarlo. La idea que él se había forjado de Lois seguía siendo inaccesible para ella; no podía alterarla.

La pista de arriba se encontraba en sombra en ese momento, y los jugadores, a modo de siluetas recortadas en terciopelo verde claro, brillaban contra la pantalla oscura de los árboles. Más abajo, allá donde ardientes islotes de luz deslumbraban todavía a los jugadores, se percibían signos de tensión y violencia. Cada vez que Lois miraba hacia allí, el señor Montmorency parecía ocupado pasando pelotas a su pareja con mudo enfado. La joven se dijo que era él quien jugaba mal, de manera que, aunque ella no podía evitar mirar, tenía que desviar los ojos de él con la misma rapidez.

—Ha estado fantástica —dijo el capitán Vermont cuando terminó su set.

—¡Oh!, no, en absoluto —respondió Lois de forma automática y deseó que todo a lo que ella respondía invariablemente «¡Oh!, no, de ninguna manera», «¡Oh!, no, yo no», fuera a medias también verdadero. Luego pensó que era una pena que el señor Montmorency, en lugar de tomarse tanto trabajo para nada, no se hubiera sentado al borde de la pista para verla jugar.

Lois se alejó de la pista con Gerald. Consciente de que atraía la atención de numerosas personas, no supo si les parecía digna de envidia o ridícula.

—Me gustaría que no mostrara todo el tiempo ese aire de satisfacción —dijo a Gerald.

—¡Ah! Pero es que estoy satisfecho.

—¿Y de qué?

—Bueno, me encanta venir aquí. Encuentro que sus fiestas son una maravilla.

—¡Ah!, la fiesta... Pero David también se lo pasa bien y no tiene la misma expresión que usted. A decir verdad, tiene aspecto de estar enfermo. ¿Qué le pasará?

—La historia del cuartel nos ha dejado un poco tristes.

—¡Pues no hay que estarlo! ¿Sabe que mientras ocurría eso, a una docena de kilómetros de aquí, yo estaba cortando un vestido, un vestido de gasa que ni siquiera necesitaba, y escuchando el gramófono? ¿Cómo es posible que en este país tan lleno de violencia, al parecer no existan para mí sino la ropa y la opinión de los demás? Daría igual que viviera en una especie de capullo.

—Pero ¿qué hubiera podido hacer? Usted..., usted...

—Al menos podría haber sentido algo.

—¡Ya lo hace! Tiene una enorme capacidad de sentir.

—Sin embargo, usted no escucha nunca nada de lo que digo. No se interesa cuando le hablo de mí.

—Sabe que podría escucharla hablar de la mañana a la noche.

«Como si pudiera hacerme hablar todo el día», pensó Lois. Para disimular este pensamiento, dijo con seriedad:

—¿Nos creen incapaces de comprender por qué no llegaron a tiempo y no han hecho nada después? No somos tan idiotas. Sabemos que para ustedes es muy difícil

y que deben obedecer órdenes. Mala suerte si las órdenes son estúpidas. Todo viene de ese abominable principio del autocontrol. Cuando *nosotros* no hacemos nada, es por educación, pero Inglaterra está tan imbuida de moral, es tan aficionada a no perder los estribos o a no dejar nunca de ser, ni por un instante, mucho más noble que cualquiera. ¿Y todavía le extraña que este país esté irritado? Es tan penoso para él como ser una mujer. Nunca he comprendido por qué no se puede pegar a las mujeres o por qué hay que salvarlas en caso de naufragio cuando todo el mundo se queja de su inutilidad.

—No lo entiende: sería espantoso que esas cosas acabaran desapareciendo.

—¿Por qué? No veo la razón..., y yo soy una mujer.

Lo cual era, sin duda, exactamente la razón por la que no estaba previsto ni era deseable que ella pudiera comprender. Gerald sonrió, demasiado feliz para responder, y arrancó un puñado de hojas del seto de aligustre. Su querida Lois tenía esta limitación: era incapaz de mirarse de frente, no tenía idea alguna de lo que era, le molestaba incluso que él fijara su atención tan constantemente en algo de lo que ella no era consciente. Un chico no esperaba ser para una chica lo que una chica era para un chico —no era tanto una cuestión de pudor como una cuestión de función—, de manera que debía excusarse a la chica si ésta llegaba a romper la armonía o a mostrar una irreverencia discordante. Cuando Gerald decía: «Nunca sabrá lo que representa para mí», afirmaba claramente que veía en ella a la mujer perfecta. Ella no estaba hecha para saber, no tenía capacidad para ello. A los ojos de él, ella era la integridad de él, algo de lo que podía hablar con extraños, pero de lo que no hablaría con ella.

Gerald arrancó otro puñado de hojas del seto y las esparció cuidadosamente por la hierba. Los dos jóvenes se echaron a reír.

«La próxima vez que escriba a Viola —pensaba Lois—, ¿seré capaz de describir a Gerald?». Viola pintaba a sus hombres con una frase, con un trazo de su pluma de ganso roja. La pluma roja estaba apoyada en el tintero chino, contra la ventana, semejante a una delgada llama, un flamenco inclinado sobre la soleada bruma de ese día en una calle de Westminster. Era la imagen que le quedaba de su relación. Se habían despedido en diciembre, en un día delicado, llenas de inquietud entre la inmensidad del pasado y el futuro. La separación apenas fue real en el único beso que intercambiaron. Estaban impacientes, febriles, esperando que se levantara el telón. Acababan de dejar el colegio.

Habían abandonado el colegio la víspera. Viola ardía de impaciencia ante su nueva vida; al alejarse de Lois en el taxi, se apropiaba de ella con seguridad. Viola había bajado del coche, repleto de baúles del internado, con cierta solemnidad, como si pusiera el pie sobre una alfombra desenrollada, para celebrar con pompa su llegada, entre el borde de la acera y las puertas de su casa. Al día siguiente, cuando ya se habían dicho adiós, ya tenía el cabello en su sitio, formando parte de su personalidad. La única cosa no disciplinada en ella había sido su cola de caballo, una prolongación de su persona dotada de independencia, un animalito juguetón que poseía su propia

energía. Ahora el cabello de Viola estaba recogido en círculos lisos y brillantes por encima de sus orejas, y los mechones se veían tan redondos como el cuerpo de una anguila. El efecto ponía un punto final a su persona; Lois comprendió que, durante todos aquellos años, se había perdido o había ignorado algo. Viola había tenido que jugar a la colegiala como Lois iba a tener que jugar a la mujer. Dos costosas fotografías de jóvenes habían surgido, como soles, sobre la repisa de su chimenea; estos jóvenes estaban prendados de ella desde las últimas vacaciones de Pascua: su posición se encontraba ahora regularizada como por arte de magia por el nuevo peinado de Viola. Ya que sólo las personas vulgares, decía, tenían relaciones amorosas antes de salir del colegio. Y Lois, después de esta despedida tan particular, tan distante, como vista a través del extremo pequeño de un telescopio, había dejado a su amiga en compañía de las estudiadas fotografías y de la pluma roja inclinada sobre los rayos de sol. Durante un día que había ido de compras y regresado en el tren correo que tomó por la noche en la estación de Euston, se había preguntado si la vida le reservaba, también a ella, la pasión de un hombre. Y en ese caso, ¿cuándo? Entonces se había comprado una docena de pares de medias de seda y el vestido negro de crepé georgette que la tía Myra encontraba «viejo».

Pero la pasión de un hombre no era en absoluto la cuestión. ¡Demasiado divino, querida! Viola asistió a lo que creía adecuado denominar su primer baile; se puso un vestido de tul, de color azul ahumado, con una corona de hojas doradas alrededor del pelo (no de un dorado brillante, sino mate). Fueron muchos los que se sintieron fascinados; a decir verdad, decididamente fascinados. Estaba el señor fulano, un personaje *absurdo* (destello de la pluma roja), y el señor mengano, distante e impenetrable, quizá a Lois le interesaría. Pero cuando se llegó al señor *Zutano* (destello fulgurante de la pluma roja), Viola tuvo que confesar a Lois que sí, que se sentía turbada: realmente era turbador. Pero ya basta de Viola. «Ahora, querida Lois, tienes que contarme todo sobre ellos: quiero conocer a todo el mundo».

Así, una y otra vez, se encontraba con la dificultad de describir a Gerald. Lois no estaba segura de quién más se había sentido fascinado por ella. ¿Hasta qué punto se siente uno fascinado cuando lo que quiere es estar sentado en un coche en el patio del cuartel durante cuatro bailes seguidos? ¿Le parecería a Viola lo bastante divina la idea de estar sentado en un coche? Cuando alguien que olía a whisky trataba de besarte, ¿qué parte de ese impulso se debía a la atracción y cuál al whisky? Le pareció que un comandante, bastante mayor de aspecto, le había pedido en matrimonio, aunque estaba tan confuso y farfullaba de tal forma bajo su bigote que no podía estar segura. Más tarde, en el club de Clonmore, alguien le señaló a una dama, diciéndole, estaba casi segura, que se trataba de la esposa del comandante. David había parecido fascinado, para luego ejercer él a su vez una auténtica fascinación sobre Livvy... y, en esas condiciones, ¿no se volvía algo sórdido un joven? Así que Lois llegó a mostrarse tan vaga en sus referencias que Viola comenzó a abrigar sospechas: «¿De verdad había alguien?», preguntó. Luego se puso a escribir

con un tono alentador propio de las mujeres casadas, lo cual, teniendo en cuenta que podía efectivamente casarse en cualquier momento, estaba del todo justificado. Lois se vio obligada a declarar que *había* un hombre en el regimiento de los Rutlands, un tal Gerald Lesworth, que no le era indiferente. Lois daba por supuesto que él se sentía atraído por ella: los demás parecían haberlo notado también. De modo que Viola respondió que tenía que saberlo todo acerca de él, que se lo tenía que haber contado antes: su Viola sabría guardar el secreto. Quería conocerle, verle, escucharle, incluso olerle —porque todos los hombres atractivos olían, ¿no era cierto?, un olor indefinible pero divino. Una se daba cuenta al bailar o, a veces, cuando se salía a tomar el fresco—. Así que, por favor, todos los detalles, a vuelta de correo.

A Viola no le gustaba el bigote, pero algunos hombres podían permitírselo, sin duda alguna. El de Gerald se dibujaba como una línea de sombra, de forma que sus labios parecían más curvados que el propio bigote. De algún modo hacía juego con sus cejas, que tendían a juntarse cuando hablaba..., así como con la zona oscura difusa, llena de dulzura, que rodeaba sus ojos. Si se mencionaban sus dientes, tan blancos que su sonrisa parecía un largo relámpago que iluminaba lentamente su rostro bronceado, ¿no habría que añadir que se parecía a Douglas Fairbanks? Pero *no* era el caso, en absoluto. Cuando hablaba, tenía una manera de bajar los ojos, como si sus pensamientos estuvieran agazapados bajo los párpados. Ante su mirada, Lois había apartado a veces la vista por impaciencia, nunca por turbación. Había en ello la emoción desnuda del semipudor del pensamiento; desnudez y no una sugerente insinuación. Si alguien hablaba cuando él miraba para otro lado, su mirada regresaba con una extraordinaria calidez. Tenía un mentón atractivo, con un contorno bien dibujado por debajo, resaltado por una sombra muy pronunciada. Su cabeza era agradablemente irregular, lo cual creaba planos de luz y de sombra sobre sus cabellos engominados. Lois reconocía que la nuca de Gerald tenía un no sé qué que le gustaba: era una nuca con personalidad —no una mera conexión, un istmo—, recubierta de una piel que adoptaba la forma de los músculos.

Mientras Lois permanecía en pie, cerca del seto de aligustre, observando a Gerald, éste surgió de las brumas de la familiaridad para adueñarse totalmente del espíritu de ella. Lo vio como si fuera la primera vez, y reaccionó rápidamente a su belleza; lo vio como si estuviera muerto, como si lo hubiera perdido, con el encogimiento de corazón que se experimenta al evocar a alguien desaparecido. Mientras lo poseía así, antes de que la visión se diluyera o de que él se aproximara demasiado, Lois quiso correr a casa para escribir a Viola. Ésta no dejaría de decir a Lois que estaba enamorada de Gerald y, mediante esta afirmación expresada con vehemencia, Lois estaba segura de que se sentiría turbada. Este pensamiento le dio miedo.

Le hubiera gustado estar enamorada de Gerald; sintió una especie de melancolía, de privación. Si al menos se produjera un cambio, algún movimiento —en ella, fuera de ella, en algún lugar entre ellos—, un cambio de perspectiva que le permitiera tener

una imagen totalmente nítida de Gerald, de su espíritu y de su alma, tan nítida como la que ella tenía ahora de su cuerpo, ella podría amarle. Era necesaria una transmutación..., o si no, si él no quería amarla de ese modo, tal vez podría concederle el espacio necesario para llegar a ser mejor persona, sin ahogar la imaginación.

—¿Qué pasa? —preguntó él—. ¿Está enfadada?

—Estaba pensando... en usted, en cierta manera.

—Eso está bien.

—Le estaba describiendo. ¿Cómo me describiría a mí?

Se quedó sorprendido, necesitaba tiempo para pensar en ello; no lo sabía.

—Debo entrar en casa —dijo Lois—. ¿Le importa? Tengo que escribir una carta. Es muy importante. ¿La podría echar al correo por mí en Clonmore?

Pero entretanto habían conseguido irritar a lady Naylor, quien al ver a Lois en actitud soñadora junto al seto de aligustre, claramente desinteresada de la fiesta que se daba para ella, se enfadó tanto que decidió interrumpir su conversación.

—¡Lois, Lois! —gritó.

Lois suspiró y se acercó a su tía.

—Quisiera que enseñaras el jardín a los Trent, a los Maguire y a los Boatley —dijo lady Naylor cuando se aproximaba su sobrina—. Me reuniré con vosotros después, cuando se haya marchado más gente —añadió—. La señora Trent quisiera llevarse un brote del pimentero y desea ver si hay alguna otra cosa que le guste. Díselo a Donovan. —Luego bajó la voz para añadir—: Y no dejes que la señora Boatley se ponga al lado de la señora Maguire; es seguidora de la ciencia cristiana y se pondrá a hablar de ello, y ya sabes que el pequeño sobrino de los Maguire murió por esa causa, Y si a los Boatley les gustan los melocotones, dales unos cuantos; pide a Donovan que se los prepare. —Y en un tono de voz más bajo aún, añadió—: Pues no creo que hayan podido merendar frambuesas.

Francie no encontraba a Laurence tan difícil de tratar después de todo, siempre que se dejara fluir las cosas con naturalidad. Estaban sentados en el último peldaño de la escalinata, después de que se hubiera ido todo el mundo. Ahora que los vapores de la mundanidad se habían esfumado, los prados parecían más grandes y el cielo más amable y distante. Los Trent habían sido los penúltimos en marcharse; las señoritas Hartigan y su tía, la señora Foxe O'Connor, acababan de alejarse por la avenida traqueteando, rodilla contra rodilla, en su pequeño cabriolé. Al pie de la escalinata, la gravilla estaba removida y dispersada en espirales por las ruedas de los coches. A primera hora de la mañana siguiente, se oiría el incesante sonido de los jardineros alisándola de nuevo con los rastrillos. En ese momento sólo se oía el ajetreo de los

cuervos: la sensación de apacible lasitud que experimentaban la señora Montmorency y Laurence se veía reforzada al constatar que los cuervos estaban todavía obligados a graznar, a reunirse y a socializar unos con otros según complejas reglas de cortesía. Desde las siete de la tarde, los hombres y las mujeres habían quedado liberados de esa obligación.

No había nada que decir, no estaban obligados a hablar: dejaban brotar sus pensamientos espontáneamente, sin responderse, refugiándose poco a poco en el silencio. Toda la tarde habían estado haciendo preguntas e ignorando las respuestas en la medida de lo posible. Laurence sabía que su tía no podía pedirle que metiera las sillas o que comprobara si Lois había cerrado el portón del jardín mientras permaneciera sentado ahí, haciendo compañía de modo ostensible a la señora Montmorency.

Francie no había querido interesarse por la salud de nadie; este tema desempeñaba un papel demasiado importante en su vida. No había querido saber si les había gustado el huerto —la supremacía del huerto de Danielstown volvía toda opinión irrelevante—, si preferían el invierno al verano debido a la caza, o el verano al invierno por el tenis. A Laurence tampoco le había importado si alguien quería más té o ya había tomado suficiente, si temían que los Black and Tans, la milicia irlandesa, les echaran a la cuneta cuando regresaran a casa, o si conocían Oxford. Ambos sentían que iban volviendo lentamente a la vida, ahora que la fiesta había terminado, dejando para más tarde un cierto antagonismo. De arriba, por una ventana abierta, les llegaba la voz de lady Naylor hablando con Lois de los invitados y reconociendo que la jornada había sido un éxito.

—Me pregunto si este tiempo durará —observó Francie.

Ese tiempo dorado contenía todas las delicias de una mirada limpia y otorgaba a Danielstown la realidad de un recuerdo.

—No creo que sea eso lo que sienten realmente en su interior —dijo Laurence.

—¡Qué idea más rara la de traer a un niño como Hércules! Me lo he encontrado deambulando por la casa cuando he subido a buscar mi cojín hinchable. ¡Pobre pequeño! He dejado que hinchara el cojín, luego le he enseñado las fotos del carnaval que hice en Niza. Hemos charlado durante un buen rato; me ha contado que tiene miedo de los murciélagos. Me pregunto por qué le pusieron ese nombre.

—¿No debe de ser terrible estar en el ejército?

—Y ese joven señor Lesworth, ¡siente tanta devoción por Lois! Me pregunto si ella se da cuenta siquiera.

—Siempre me he preguntado qué se hace en el ejército cuando uno no está ocupado en algo concreto.

—Me pregunto si se casarán...

—¿Casarse? —dijo Laurence, prestando atención de repente—. No veo la razón. Aunque, después de todo, ¿por qué no? Ya que Lois no hace nunca nada o no tiene aspecto de querer hacer algo, imagino que debe de esperar casarse con alguien.

Encuentro que Lesworth es agradable, y bastante guapo. Recuerda a la fotografía de un hombre en un anuncio que se pone el cuello correcto. Es increíble la importancia que puede llegar a tener un anuncio; a veces me pregunto si no habría que dedicarse a ello.

—Pero ¿Lois no dibuja muy bien?

—Bueno, podría dibujar al personal del ejército en plena actividad, como lady Butler.

—Lois es tan encantadora; me gusta mirarla.

—Su afición por el tenis es insaciable. Mañana hay un partido en Castle Trent y yo tengo que llevarla en coche. A menudo me pregunto si los Black and Tans o algunos siniestros patriotas la atacarían si fuera sola, o si no es ya lo bastante mayor para cuidar de sí misma.

—Me temo que la edad que tiene —dijo Francie ruborizándose— no le sería de ninguna protección.

—No me puedo imaginar queriendo atacar a alguien. Pero, en fin, también es verdad que no puedo imaginar otra mentalidad que no sea la mía..., a menos que la mentalidad sea otra cosa. ¿Por qué es mucho peor para una chica no ir al tenis que para un joven no ir a España? Supongo que tiene que ver con el impulso vital, y que uno no debe encontrar la relación.

—Me pregunto por qué está tan encariñada con esa Livvy Thompson... alguien que tiene todo el aspecto de arreglárselas.

—No es que le tenga cariño; es una cuestión de cercanía. ¿Cómo se atreven a partir un nombre tan bonito como Olivia y convertirlo en algo que suena a comida para gatos?

Esto Francie lo comprendía muy bien, ya que a ella no le gustaba que le llamaran Frances, le sonaba muy ampuloso. Suspiró y recogió los pliegues de su pañuelo gris y azul jaspeado. Al ver a Hugo feliz en compañía de la señora Trent, se había preguntado —y de nuevo le asaltaron las mismas dudas— si su marido no habría necesitado una mujer que llevara trajes de chaqueta, llamara a sus perros con un chasquido de los dedos y cruzara las piernas con determinación. La señora Trent era divertida y buena persona; una cualidad que irradiaba de ella con tanta fuerza que Francie, después de uno o dos minutos de conversación, se había sentido también buena persona. Y sin embargo, ¿sabía ser comprensiva? Por otro lado, ¿se sentía tal vez Hugo un poco agobiado por la comprensión que se le demostraba, un poco disminuido por semejante sentimiento? Por ejemplo: Francie pensaba, con total sinceridad, que Hugo había jugado magníficamente aquella tarde; varias personas se lo habían dicho: «Es un auténtico placer ver a su marido jugar de nuevo en estas pistas»; y era evidente que no lo habrían dicho si no hubiera jugado magníficamente. Sin embargo, incluso armada con tal argumento, no habría podido luchar contra la convicción de su marido de que jugaba cada vez peor, porque era una cosa de la que él no hablaba nunca y se pondría furioso al oír formularla. Incluso Francie iba a

sentirlo herido en su orgullo, como si se estuviera haciendo viejo, cuando no había ni una sombra de envejecimiento en él. Ella recordaba cómo había destacado Hugo ese día, ya fuera jugando, caminando o sentado en medio de los hombres jóvenes. A ella le gustaban esos jóvenes, aunque les faltara coherencia, tanto en las extremidades como en el rostro. Se preguntó qué pensaría Hugo de ellos.

Imaginó su habitación de arriba, con su suave luz en el techo; en las rosas fantasmales que todavía se distinguían débilmente con la luz diurna cuando se corrían las cortinas. Se dijo que haría bien en ir a tumbarse; se levantó, murmuró algo y entró en la casa. Laurence se puso en pie, vacilante. Temía que alguien le encargara alguna tarea si se aventuraba a ir arriba a buscar un libro.

Al atravesar la antecámara, Francie fue abordada por lady Taylor, que en ese momento salía de la habitación de Lois.

—¡Ah!, estás aquí, Francie, me alegro de encontrarte. Me muero por saber qué te han parecido todas esas personas. Te lo digo francamente, doy gracias porque todo haya salido bien. Espero que se hayan divertido; en cualquier caso, a todo el mundo se le veía contento.

—¡Oh!, desde luego. Estoy segura. Todo ha salido muy bien.

Se sentaron en dos de los sillones de terciopelo rojo, situados en el suelo de la antecámara como las piedras por las que se cruza un lago, para hablar de la fiesta.

Francie afirmó estar encantada con la señora de Archie Trent, que le había parecido muy amable; había sido estupendo volver a hablar con la señora Carey y se había quedado admirada al ver la chica tan guapa en que se había convertido Nona. Y qué pena, añadió, lo de las Hartigan; ya eran mayores cuando las había visto por última vez, debía de ser realmente duro.

—¡Ah!, y también —exclamó radiante de alegría y de simpatía—, ¡qué joven tan atento ese señor Lesworth!, ¿no te parece?

—Sí, tiene unos modales encantadores. Viene muy a menudo. Siempre se ofrece a cargar sillas y mantas... ¡Ojalá Laurence fuera como él!

—Pero sobre todo, es tan atento con Lois..., aunque, francamente, no tiene nada de sorprendente. Y cómo la sigue con los ojos por todas partes, y con los pies también.

—¡Shhh! —exclamó lady Naylor—. ¡Lois está en su habitación! No me gustaría que se metiera ideas en la cabeza, como Livvy. Y además, ¿no te estás refiriendo al señor Armstrong? Ése sí que es un buen ejemplo de devoción. El sigue a Lois y Livvy lo sigue a él. Creo que con todo ese jaleo, con tanta gente, has confundido a los jóvenes. Todos se parecen mucho, siempre pienso que es una pena. Y es una pena también por Lois y Livvy; no me gusta la amistad que tienen. Pero la pobre Livvy no tiene madre y siempre aparece a la hora de la comida, y es verdad que Lois necesita chicas de su edad. Hizo amistad con chicas muy agradables cuando estaba interna en Inglaterra, pero por desgracia nunca les permiten venir aquí. Ciertas noticias aparecidas en la prensa inglesa han dado lugar a la idea de que este país no es seguro.

Es una pena por Lois. Personalmente, yo nunca me fiaría de lo que los periódicos cuentan de Inglaterra... No, Francie, si no has confundido a los jóvenes, no entiendo lo que quieres decir.

—¡Oh!, qué tonta he sido —exclamó Francie, ruborizándose por la inquietud—. Evidentemente, nunca habría dicho eso si no hubiera pensado..., si no hubiera creído comprender... No, ahora veo que no debería haberlo dicho. Pero creía, por todo lo que decían...

—En cualquier caso, tampoco yo lo tengo muy claro —dijo lady Taylor, ruborizándose a su vez y esbozando una sonrisa de contrariedad—. Sea lo que sea, sin duda te habrás dado cuenta de que puesto que no comprendo nada de lo que quieres decir, es que no hay nada que comprender.

—Sí, por supuesto —admitió Francie, arrugando la seda de su vestido al dar ligeros toques sobre las rodillas—. De todas formas, Myra, creo que deberías saber que todo el mundo dice...

—No se puede impedir que las personas hablen, aunque no deje de ser molesto. No es que no sepa nunca lo que cuentan: es que me empeño en no saber. No ignorarás que siempre he evitado los cotilleos, sobre todo en estos tiempos; es un engorro escucharlos por todas partes, incluso en las fiestas que una da en su casa. Creo que suponen un gran peligro para la vida de este país.

—Bueno, en fin, tampoco se puede decir que se trate de política. Me parece perfectamente natural que las personas muestren interés..., todo el mundo siente un gran cariño por ella. Y si el joven señor Lesworth y Lois están realmente...

Lady Naylor se vio obligada a abandonar su reserva.

—¡Ah!, ¿se trata de eso? —exclamó, comprendiendo al fin—. Realmente, querida Francie, cuánto alboroto para nada. No, no me refiero a que tú hayas montado ningún alboroto, pero francamente con todas esas insinuaciones: «Todo el mundo anda diciendo», podrías haber querido decir casi cualquier cosa. Realmente, los amigos ya no saben qué inventar. Y todo porque han jugado al tenis y han bailado juntos una o dos veces. Francamente, una pensaría que les gustaría vernos transformar nuestras salas de baile para esa especie de horrible danza folclórica que está de moda en Inglaterra, esa que bailan los amigos de Anna Partridge en que las mujeres pegan saltos por un lado, agitando cosas, y los hombres pegan saltos por otro, zapateando. Sinceramente, como le dije a Anna Partridge, si eso es a lo que llamáis socializar, me quedo con el feudalismo.

—Muy bien. Pero dime una cosa, Myra, ¿de verdad te resulta tan improbable? Los dos son tan jóvenes y tan...

—¡Pues sí, exactamente! —Lady Naylor se irguió en su asiento, con la tez más viva, y zanjó la cuestión con un gesto y una mirada que amenazaba con abatirse sobre su amiga—. ¡Exactamente!, ésa es una de las razones que lo hacen imposible.

—¡He dicho improbable! —Francie hablaba con una extraña fogosidad. Detestaba las discusiones casi tanto como la lluvia. Una vez que la lluvia la había

atrapado, la oía tamborilear sobre su paraguas, la sentía chorrear por sus hombros con una intensa alegría. Su vida estaba tan poco llena de emociones... Por primera vez se sentía igual a Myra en cuanto a vigor y personalidad; tenía la impresión de que, al enfrentarse así a Myra, su confianza mutua saldría al fin reforzada.

—Para empezar —dijo lady Naylor—, es un suboficial. Y un suboficial no puede casarse, no es que sea como un sacerdote, por supuesto, pero se parece a él hasta que no cumple treinta años y asciende al grado de capitán. El coronel Boatley es muy estricto a ese respecto... Desde luego, es un joven absolutamente encantador y muy apreciado en el regimiento. Pero, en fin, ¿qué representan los Rutlands hoy en día? No hay duda de que combatieron magníficamente durante la guerra. Pero ahora se diría que están llenos de personas como esa insignificante señora Vermont que ha aparecido aquí esta tarde, tan ufana, a pesar de que Lois no recordaba para nada haberla invitado. No, *él* es encantador, sin duda, pero no es de buena familia. No se conocen sus orígenes. Su madre, dice él, vive en Surrey y, naturalmente, no necesito explicarte lo que es Surrey, ¿verdad? Es un lugar que no quiere decir nada, absolutamente nada; una parte se encuentra frente al Thames Embankment. ¿Se ha oído jamás hablar de alguien que viva en Surrey? Y cuando por casualidad se oye hablar de una o dos personas, éstas a su vez no conocen a nadie más que viva en Surrey. Sinceramente, en general encuentro muy difícil saber de dónde proceden los ingleses. Son todos amables y educados a más no poder, pero a veces me pregunto si no son un poco superficiales: no dudan en hacer las maletas sin motivo alguno y atravesar seis condados... Por supuesto, no estoy diciendo que la familia de Gerald Lesworth se dedique al comercio..., jamás me permitiría decir algo así sin fundamento. Por otra parte, si se dedicaran al comercio, tendrían dinero; el dinero se nota mucho entre los ingleses y salta a la vista que él no lo tiene. No, creo más bien que sólo se trata de personas que tienen una casa de campo.

—Pero en Inglaterra hay tantas casas de campo —dijo Francie— que algunas de las personas que viven en ellas tienen que ser necesariamente agradables. Suelo pensarlo cuando miro desde la ventanilla del tren.

—Muy agradables a su manera, no lo dudo, pero ésa no es la cuestión, querida. No hay ninguna posibilidad de que haya algo entre el señor Lesworth y Lois, ¿comprendes? Y, naturalmente, no hace falta decir que ellos no lo han pensado..., si fuera así, se esforzarían más por dar la impresión de que no hay nada entre ellos, te lo puedo asegurar. Estoy de acuerdo en que Lois debería ir con más cuidado. Cuando tenía su edad, yo era más cuidadosa; lo hacía por instinto, algo de lo que al parecer carecen las chicas actuales. Parece ser que cuando se tiene una hija hay que meterle ideas en la cabeza, o bien dejar que se porte como una auténtica acémila. Todo es muy difícil, realmente. Si fuera mi sobrina, no dudaría en hablar con ella, y no dudaría en hablar con Laurence si se comportara así, pero como es la sobrina de Richard, no veo muy bien cómo podría hacerlo. Todo tiene tan poco fundamento. Y tampoco quiero molestar a Richard, todo esto lo altera. Cuando se cree obligado a

hacer algo sin saber bien qué, puede esperarse cualquier cosa. No hay nada peor que la torpeza. Además, no creo que sea amable preguntarle al joven por sus intenciones sabiendo que, si por casualidad las tuviera, habría que ponerles fin inmediatamente... No, dejemos las cosas como están. Cuento contigo, Francie, para desmentir cualquier rumor que todavía pueda llegarte, y si quieres pedirle a Hugo que haga otro tanto en el caso de que él también haya oído algo... Tal vez sea mejor no meterle la idea en la cabeza; podría olvidarse y hablar con Richard... Mientras tanto, voy a hablar en serio con Lois sobre su futuro. Dibuja muy bien; a veces pienso que podría dedicarse a ello. Le diré que os enseñe algunos de sus dibujos, a ti y a Hugo.

—Pero yo no sé nada de dibujo.

—¡No importa! Sólo necesita un poco de aliento.

—Una cosa más, Myra... Creo que eres muy prudente y que tienes toda la razón, ya lo sabes. En general, creo siempre preferible dejar que este tipo de cosas sigan su curso. Sin embargo... Ya que *este* asunto no puede seguir su curso y es realmente imposible, ¿es justo para el joven? Porque Lois es tan...

Aquí se interrumpió, sobresaltada por un terrible estruendo procedente de la habitación de Lois. Habían dado una patada a un cubo y algún mueble había sido violentamente desplazado de su sitio.

—¡Oh, Francie! —exclamó lady Naylor con un tono lleno de reproche—. Deberías haberte acordado de que ella estaba ahí. Nunca se tiene el suficiente cuidado. De hecho, si no ves inconveniente, creo que lo mejor sería dejar la conversación. Habrías de ir a acostarte, estás fresca como una rosa, pero sé cuánto insiste Hugo en ello.

Se levantaron, tomó a Francie del brazo y la acompañó hasta su puerta. Francie se sintió como un objeto al que se guarda en su caja. Lady Naylor bajó a buscar a Laurence para pedirle que entrara las sillas y cerrara la verja del jardín.

Para Lois, el episodio había sido extremadamente difícil. Se había encontrado atrapada en su habitación, sin atreverse a salir. La puerta se había vuelto delgada como el papel a medida que las voces de las dos mujeres subían de tono. Al principio, todo parecía ir bien: la tía Myra sabía que ella estaba en su cuarto, ya que acababa de salir de allí. Pero enseguida la entonación había cambiado, y una nota de excitación se había mezclado en sus voces cuando habían entrado en el meollo de la cuestión. Ella oía «Lois... Lois... Lois». Se había puesto a tararear y luego a cantar; pero las dos mujeres estaban demasiado concentradas en la conversación. Para quien tenía sentido del honor, este tipo de situación era una auténtica prueba. Lois se había asomado al aire refrescante de la noche, en el silencio de los tilos de la avenida; había observado a tío Richard y al señor Montmorency, que se dirigían hacia el portalón blanco. Caminaban felizmente con los hombros encorvados y meneando la cabeza como señores mayores; hablaban de Archie, de la señora Trent y del pobre John. Pero detrás de ella las otras voces la perseguían, invadiendo la habitación a través de la puerta. Al arrojarse sobre la cama, los muelles chirriaron y se tapó los oídos hasta que

le dolieron los lóbulos y la punta de los dedos; escondió la cabeza bajo las almohadas. Hacía calor y las voces seguían llegándole. Se lanzaban sobre ella sin descanso, como «el lebril del Cielo».^[1] Era duro, sin duda, que siguieran hablando de ese modo.

Las voces hablaban de amor; estaban llenas de protestas. Lois había llegado a la conclusión de que el amor era la principal fuente de quejas de las mujeres. De ahí procedían todas las enfermedades, y los niños, y las enfermedades que tenían los niños; también los criados, ya que la práctica regular del amor exigía un hogar; y era el dinero el que le imponía los límites, mantenía y conformaba el amor. Lois tiró las almohadas al aire y recorrió la habitación con paso rápido. Estaba enfadada; ahora aguzaba el oído, escuchaba de forma abierta. Pero cuando la señora Montmorency dijo eso de: «Lois es tan...», se asustó de repente. Tuvo pánico. No quería saber lo que era, no podría soportarlo: cuando una sabía eso, ya no iba más allá, estaba condenada, acabada. ¿Iba a quedar encerrada en un adjetivo, daría vueltas toda su vida a ese rasgo de carácter como una mosca atrapada en un cubilete? ¡La señora Montmorency no tenía ningún derecho a decir nada!

Levantó la jarra de agua y la lanzó violentamente contra la palangana; dio una patada al cubo de agua sucia y empujó el lavamanos... Fue todo un triunfo. Más tarde se dio cuenta de que había una grieta en el lavamanos, entre una gavilla y una cornucopia: una cosecha de la abundancia sobre la que todos los días inclinaba su rostro. Ahora vería la grieta antes de que el agua se enturbiara, y en cada ocasión se preguntaría qué era Lois... Y no lo sabría nunca.

Sir Richard, en quien la idea de que Lois y Gerald tuvieran una relación había acabado por filtrarse a través de conversaciones familiares, declaró que no podía ser más absurda. Lo que más le inquietaba era saber si ella había llegado a hablar a Gerald de los fusiles de la plantación de abajo. Él le había pedido que no lo hiciera, pero al fin y al cabo Lois era igual que Laura, de hecho era la hija de la desdichada Laura; hablaba a tontas y a locas y con ella nunca se sabía a qué atenerse. Afirmó que hacía algún tiempo venía pensando que debería haber menos suboficiales y que éstos tendrían que dejarse ver con menos frecuencia. Cuando el cartero le informó de que cerca de Clonmore unos hombres enmascarados les habían cortado el cabello a tres mujeres por haber salido a pasear con los soldados, se mostró encantado, así como cuando transmitió la noticia. El cartero añadió que ni siquiera el cura se había apiadado de ellas, ya que sabía que en el fondo los soldados ingleses eran inmorales.

—¿Qué te parecería —dijo sir Richard a su sobrina con aire indignado— si te pasara a ti algo así?

—Si me cortaran el pelo —respondió Lois—, vería en ello una señal. Pero no he

dado nunca un solo paso con alguien, tío Richard, que puedas considerar *salir*.

—Sí, pero esos hombres enmascarados —observó lady Naylor— constituirían una experiencia muy desagradable para una chica de tu edad.

Lois respondió que ella prefería que fueran enmascarados: así se sentiría menos incómoda en caso de encontrárselos más tarde.

—Me pregunto qué hacen con el pelo —añadió. Lois pensó para sus adentros: «Si adoptan este tipo de actitud, no podrán culparme si me enamoro de un hombre casado». Sondeó su corazón con inquietud. Escribió a Viola que temía enamorarse de un hombre casado. Pero cuando al día siguiente miró al señor Montmorency durante el desayuno, y más aún, cuando tuvo que regresar con él de Mount Isabel, la idea le pareció espantosa. Lamentó haber echado la carta al correo con tanta rapidez.

Escandalizada por el recuerdo, conducía a toda prisa de vuelta a casa. A su lado, perfilándose contra el cielo luminoso, el rostro pálido del señor Montmorency flotaba como una aparición. Sobre la avenida de Mount Isabel, Lois hacía derrapar las ruedas en las curvas: el cabriolé giraba sobre su eje, los arcos chirriaban. Una vez franqueadas las verjas, la luz se alargaba, rasa y amarilla a lo largo de los setos de donde escapaban las zarzas; las moras rojas y duras golpeaban sobre los radios de las ruedas para ser arrojadas hacia atrás, brillantes. Lois tomó el atajo que atravesaba una colina; la carretera rosa pálido crujía como azúcar bajo las ruedas. Al abandonar los senderos, permanecieron durante casi una hora bañados en el deslumbrante resplandor del espacio. Las alturas tenían la cualidad de las profundidades: a medida que subían, les parecía hundirse más y más en el inmenso cristal tibio de un mar invertido. De todos los puntos del horizonte, el espacio, insignificante e impersonal, se deslizaba entre ellos como si fuera agua, huyendo y ensanchándose. Se alejaron el uno del otro en el vacío. La luz, dura y física, se posaba sobre el polvo amarillento de la aulaga; sobre el brezo reseco, las sombras palidecían y se fundían tono sobre tono, para alzarse hacia el cielo en delicados y quebradizos picos.

La carretera se inclinó sobre una arista, el cabriolé chocó contra la grupa del caballo; ambos retrocedieron en sus asientos. Miraron con cierta intensidad por encima del hombro del otro. La aulaga, dijeron, siempre estaba en flor. (Fue él quien hizo la observación). Y los besos, añadieron (ahora fue ella quien lo dijo), siempre en sazón; aunque ella sospechaba que era falso; sospechaba que ambos debían de estar en temporada baja.

—¡Y cuánta amargura —exclamó él— hay en este vacío país!

—¿Qué es exactamente —preguntó Lois— lo que quieren decir con libertad? ¿A qué se refieren? ¿Qué es, aparte de una excusa para hacer la guerra?

—Supongo —repuso él con su débil voz, como salida del fondo de un bostezo— que es una especie de paz definitiva, la estabilidad.

—Entonces la guerra es absurda; cuanto más luchan, más se alejan de la paz. Es un comienzo desesperado, en cierto modo. —Le dirigió una mirada ferviente y lúcida, como un cachorro.

—Eres muy sensata... ¿Lees los periódicos?

—Es que... detesto las cosas que acaban de pasar.

—No te sigo.

—Son tan salvajes.

La carretera era empinada y el caballo decidió trotar; dio un traspie; Lois tiró de las riendas con un golpe seco. Tenía tendencia a olvidar que estaba conduciendo. El señor Montmorency se sobresaltó y colocó una mano detrás de él sobre el borde del asiento para mantener el equilibrio. Detestaba las cosas mal hechas; tenía reacciones de solterona. Ambos guardaron un silencio de mutuo reproche. A medida que descendían y que las colinas que se cerraban tras ellos se convertían en un decorado, y mientras los setos se alzaban de nuevo a cada lado del camino, la ilusión de distancia entre ellos se atenuó; cada uno sentía al otro como un intruso; el tiempo en que habrían podido hablar había pasado. Ahora ella pensaba que podrían haber dicho cualquier cosa; pero lo que había quedado inexpresado, lo que no había sido concebido como pensamiento, iba a ejercer una tensión más fuerte sobre la actitud de ambos. Ella creería que se habían acercado el uno al otro en la no intimidad del silencio. Intimidada por una emoción retrospectiva, se agitaba nerviosamente en el cabriolé, irritada por la mirada de su compañero, por su actitud, por su misma presencia física. Cada vez que ella estiraba una pierna, le tocaba el pie con el suyo, y tenía la impresión de estar todo el tiempo retrocediendo, excusándose, cambiando de posición. Y cuando se sentaba hacia delante para estar atenta a la conducción, sus rodillas se tocaban.

—Este cabriolé es demasiado pequeño —dijo ella por fin.

—Bueno, no sé, todo depende de cómo se organiza uno —respondió el señor Montmorency, el rostro apagado sobre un fondo de cielo radiante.

Si al menos no sonriera, pero él no dejaba de mostrar una sonrisa forzada. A excepción de Laura, Lois era la persona más inquieta que él había tenido que soportar. Pero la agitación de Laura había sido una radiación, un estremecimiento de su personalidad. Ella era indefinidamente segura, semejante a un árbol que centellea y difumina su contorno; un laurel, un álamo al viento y al sol. Sus impulsos —esas erupciones inesperadas del espíritu expresadas a través del cuerpo— habían estado impregnados, como los movimientos de las ramas, de una especie de seguridad feroz. De algún modo él había sido consciente de que la mujer poseía un vago designio del que no tenía ninguna conciencia.

Mientras que Lois seguía allí (ahora que el árbol de Laura había sido derribado), acurrucada lejos de él en el asiento contiguo, un ultraje al sentido de los colores con su jersey rosa, y tal vez un matiz o dos más cerca que Laura a esa regularidad de rasgos que se considera belleza. Parecía enfadada, desmoralizada; sin duda él no era una buena compañía, debía de verlo como un viejo. Lois se volvió un par de veces para echar un vistazo a las colinas; la turba emanaba un ligero vaho que les seguía en su descenso por la carretera.

De pronto Lois se echó a reír, separó las riendas y luego tiró de ellas a sacudidas, con los codos muy separados, al tiempo que animaba al caballo haciendo chasquear la lengua.

—Así es como conducía mi institutriz. Decía que para ella era muy natural, pues en su familia todos eran muy aficionados a los caballos. Contaba que su padre había sido coronel y ella trenzaba sombreros de papel crepé que usaba. Sentía por mi madre un amor bochornoso y siempre estaba bordando algo. Mi madre no lo soportaba. ¿Lo recuerda?

—No me acuerdo de tu institutriz. ¿Qué no soportaba?

—Que la quisiera así y que le regalara tantos bordados. La señorita Part solía decir, riéndose: «Me parece que soy muy caprichosa, señora Farquar». Y mi madre respondía: «¡Oh!, no, yo no lo creo». ¿Era descortés?

—Bueno, suena descortés.

—Me pregunto si le hubiera gustado que la amaran a mi edad, ¿se acuerda usted?

—Creo que no se había decidido.

Lois se volvió y lo miró con tanta intensidad que de repente él se sintió incómodo: el pasado se desmoronaba, y con él todas las certezas. Jamás sabría qué revelaciones había hecho Laura a su hija en el curso de los últimos diez años, años cuyo acceso tenía prohibido: Lois poseía la llave.

—Si ella y yo nos hubiéramos casado... —dijo con acritud.

—Sí, *claro*...

—Mi querida niña, tú no estarías aquí.

—Bueno, una mitad de mí sí. Y puede también —añadió con un aire encantador— que la otra mitad hubiera sido mucho más agradable. —Y el desvío de su mirada resultó más confidencial que cualquier franqueza que hubiera podido añadir.

—Gracias, ¡cuidado, no atropelles a los cerditos!

Lo primero que se veía de la granja de Michael Connor eran unos cerditos de un rosa sedoso corriendo por el borde de la carretera. Una cerda se puso en pie, como un acorazado maternal. Los niños Connor alzaron la vista, bajaron a toda prisa de una verja lanzando gritos agudos y corrieron hacia la casa, evitando pisar un charco de estiércol en el patio. Era una granja bonita, observó Lois, con la puerta y las ventanas pintadas de azul, el color de las ruedas de todos los carros. Los Connor eran encantadores; bordeó la granja lentamente, inclinándose hacia un lado para ver si la familia andaba por allí. La casa tenía un solo piso y tejado de pizarra. El señor Montmorency fruncía el ceño; no recordaba si Michael Connor era alguien de quien debiera acordarse.

Michael Connor salió de un cobertizo de tejado de aulaga. Se quitó el gran sombrero de paja y estrechó la mano a los dos viajeros. La suya era delgada, nerviosa y seca como la tierra.

—Hace una hermosa tarde —dijo sonriendo melancólicamente.

—Sí, en efecto. Y dígame —preguntó inquieta Lois—, ¿cómo está la señora

Connor?

—¡Ah!, la pobre..., la pobre. —Michael desvió la mirada mientras todos permanecían en silencio.

—Dele recuerdos —dijo finalmente Lois.

—Lo haré —dijo Michael—, sin duda se sentirá orgullosa. Y usted, señorita Lois, está muy guapa; una guapa jovencita con buena salud, a Dios gracias.

—¿Se acuerda del señor Montmorency?

—¡Desde luego que sí! —exclamó Michael, que estrechó de nuevo la mano al señor Montmorency con particular cuidado—. Y también me acuerdo muy bien de su pobre padre. Tiene un aspecto magnífico, señor, parece estar muy en forma; que yo recuerde, no le había visto jamás con un aspecto tan saludable. Me alegra volver a verle en Danielstown, señor Montmorency, me alegra mucho que haya vuelto.

—¿Y sus nietos están bien?

—Sí, sí —respondió Connor con tristeza—, pero son muy tímidos. Y no paran de ir de un sitio para otro, nunca se cansan. A ella la agotan, y es incapaz de levantarse para atraparlos.

—Pero ¿no está con usted la esposa de Peter Connor?

—Sí, desde luego, señorita Lois. Pero ella se ha hundido con toda esta historia y está muy desanimada. Lo mínimo que se puede decir, señorita, es que está desesperada. No deja de mirar, de sobresaltarse y de vigilar el camino. Se le ha roto algo dentro, estoy seguro; ha perdido la cabeza a causa de Peter y le da pánico que vuelva. Le descorazonaría tener a esa pobre mujer tal como está día y noche a su lado. Encima, los patrulleros que recorren con sus camiones todas las carreteras del país nos rompen el corazón todas las noches, cuando estamos tumbados en la cama. Seguro que no puede dar un paso por las montañas sin tropezar con ellos como si fueran conejos. ¡Qué pena que no hayan acabado su guerra en Alemania una vez que la habían comenzado!, ¿no creen?

—¿Todavía no hay noticias de Peter? —preguntó Lois, indecisa.

—Nada de nada —respondió Michael, impenetrable. Su rostro recuperó la serenidad. Una indiferencia mezclada con tristeza le confería cierta nobleza—. Y soy del todo incapaz de decirles cómo va a terminar esto —prosiguió Michael recuperando su tono de conversación habitual—. Sin duda son tiempos descorazonadores. Gracias una vez más, señorita Lois, y a usted también, con mis respetos.

Volvieron a darse la mano, una vez más celebraron la belleza de la tarde y Lois se puso de nuevo en camino. Michael permaneció en pie junto a la verja hasta que desaparecieron en una curva. La granja de la montaña, con sus abetos inclinados hacia el este por el azote del viento y sus establos cubiertos de aulaga, fue ocultándose poco a poco, bajo el promontorio de una colina. Una ventana reluciente les miró mientras se alejaban, como si fuera un ojo. Unas cuantas ocas grises, que con sus grandes picos abiertos se habían abalanzado en desorden tras el cabriolé,

renunciaron bruscamente a su persecución y se reagruparon desmañadamente antes de emprender el camino de regreso en sentido opuesto. La espalda de ambos atestiguaba algo más que olvido: convertía el cabriolé y a sus dos ocupantes en una ilusión. Y en efecto, Lois y Hugo tenían la sensación de que su parada, su conversación, su paso habían sido menos que una sombra.

—Éste no es —dijo Hugo después de reflexionar— el Michael Connor que yo recordaba. Era un hombre astuto con una curiosa barbilla. ¿Tiene este hombre un hijo llamado Peter?

—Sí. Imagino que ya lo habrá adivinado: está huido, «proscrito», ¿no se dice así? Le pueden disparar sin más. Le buscan por una emboscada en el condado de Clare; ya lo cogieron una vez, pero volvió a escapar; ¡me puse tan contenta! No me extrañaría que estuviera en el camino en este momento. Sé que está en su casa, porque Clancey lo vio hace tres días. Pero no diga nada, nunca se es demasiado prudente. La pobre señora Connor debe de estar fuera de sí, esté donde esté. La esposa de Michael Connor se está muriendo, ya lo sabe; lleva mucho tiempo muriéndose. La última vez que pasé por aquí no quisieron dejarme verla, de tanto como sufría... En tres granjas de los alrededores hay jóvenes que se han marchado, me lo ha dicho el capitán Carmichael, que está en el servicio de espionaje. Y yo sé que es verdad, porque Clancey me lo ha dicho también... A propósito, supongamos que Gerald hubiera estado con nosotros y que Peter Connor hubiera aparecido en el camino, ¿habría tenido que dispararle o se encontraría fuera de servicio?

—Peter habría podido disparar a Gerald.

—¡Oh!, no, estando yo a su lado no. Y además —añadió Lois—, Gerald es demasiado práctico. Nada podría darle una dimensión trágica.

Hugo, que se debatía entre encontrarla sutil o muy estúpida, y Lois, concentrada en su melodrama, regresaron a paso vivo. Al sur, los árboles de la heredad de Danielstown dibujaban un cuadro oscuro y regular, semejante a una alfombra colocada sobre los verdes prados. En su centro, como una aguja caída, el tejado gris en que se reflejaba el cielo centelleaba ligeramente. Desde allá arriba, Lois tenía la impresión de que vivían en un bosque: el espacio ocupado por el prado desaparecido, absorbido por la densa penumbra de los árboles. Le extrañó que no se ahogaran; le extrañó más todavía que no tuvieran miedo. También desde aquí su aislamiento se hacía evidente. La casa parecía achicarse por el miedo, disimulando su rostro, como si viera con los ojos de Lois dónde se encontraba. Se hubiera dicho que reunía a sus árboles a su vera por miedo o asombro ante la extensión de este país luminoso, entrañable, incapaz de amar, ese seno recalcitrante sobre el que estaba situada. Al bajar la pendiente, donde comenzaban los árboles de Danielstown, el campo se extendía como una llanura tan plana como el agua, cuenca del Madder y del Darra y de sus orgullosos afluentes vagabundos, hasta que las lejanas colinas, pálidas y frágiles, luchando contra el asalto de horizontes más vastos, cortaban la inclinación del cielo como una lámina de cristal. Los campos reflejaban la luz hacia el cielo, los

setos formaban un tejido flojo, de claraboya, como si el brillo de la hierba fuera una sombra sobre el agua, un velo de color que empañara la superficie de la luz. Los ríos, resplandecientes de profundidad, corrían sobre lechos de cristal. Las cabañas que alzaban sus puntiagudos remates blancos, las granjas rosas y amarillas no eran sino medio opacas; proyectaban sobre los campos la sombra indecisa de la vida. Las siluetas cuadradas de las vacas se movían en los prados como si fueran santos, con una seguridad ciega. Árboles solitarios sobre un cerro, en la curva de un camino, concentraban la luz a sus pies. Los grupos compactos de árboles —extendidos como una alfombra para atenuar cierta agudeza, para evitar el contacto entre ellos y una percepción de las cosas que amenazaba los hábitos de la vida—, sólo los árboles de la heredad eran oscuros, exhalaban oscuridad. Abajo, entre ellos, la penumbra crecería e invadiría los senderos, se estancaría sobre los prados, llenaría el huerto como una cisterna, dando mayor relieve a los muros y difuminando los bordes como una lluvia de cenizas. La penumbra iba a extenderse por todas partes donde se posara la vista como si estuviera en la mirada de alguien, como si la fuente de las tinieblas emanara de su percepción. Vista desde arriba, la casa hundida en medio de sus árboles parecía un auténtico depósito de oscuridad. Se debía de salir manchado si se franqueaban sus puertas. Y el humo de la cocina, que flotaba vacilante sobre los árboles indistintos, parecía la propia emanación de la vida.

Sin embargo, a medida que descendían el sentimiento doméstico se reavivó; el pequeño caballo, que conocía esos setos, caracoleaba con impaciencia en los varales. La casa se convirtió en un imán que atraía la dependencia de ambos. Y en el aire de la noche se decían que era agradable de verdad volver a casa, con todo lo que tendrían para contar sobre la fiesta de Mount Isabel y todo lo que iban a escuchar sobre la jornada de sir Richard en Cork. Mujeres simpáticas les sonreían desde la puerta de sus cabañas. Y al entrar en la avenida, bajo la bóveda de los árboles, se sintieron más próximos, mejor dispuestos; él aceptando a la joven con filosofía, como si se tratase de su propia hija, ella reconfortada en sus quimeras, como si él hubiera llorado cuando franqueaban las montañas y le hubiera confesado que su vida carecía de interés porque ella nunca podría ser su mujer.

—Espero que no nos hagan esperar para cenar, no podría aguantarlo —dijo ella.

—¿De veras? —respondió él, asombrado al descubrir que también él se había puesto a pensar en la cena.

Livvy Thompson había venido a caballo; estaba sentada en la escalinata, con la capa sobre las rodillas y les saluda con la mano cuando les vio llegar. Al oír el ruido del cabriolé, había ido a las cuadras a advertir de su llegada, así que de inmediato apareció un hombre para ocuparse del caballo.

—Escucha —comenzó a decir. Pero como única respuesta, Lois la apartó con la mano. No podía hablar antes de precipitarse al vestíbulo para comprobar el correo, animada por una ferviente esperanza. El sobre de Viola, un sobrio cuadrado azul, estaba colocado sobre la mesa. No había nada más, aparte de un par de guantes que

lady Naylor había llevado a Cork, periódicos ingleses y una caja de pelotas de tenis. Lois volvió a sentir una intensa sensación de decepción.

—Ya han vuelto —anunció a Hugo.

—Escucha —repitió Livvy, entrando detrás de ella.

Lois deslizó la carta de Viola en su bolsillo y lo abotonó, porque no quería imaginar lo que Viola pensaría de Livvy.

Livvy estaba ansiosa por saber si Lois había visto al señor Lesworth recientemente y, en ese caso, si éste había hablado por casualidad del señor Armstrong. Porque en su opinión era de lo más extraño lo que pasaba con el señor Armstrong; temía que estuviera enfermo. Cuando se enteró de que el señor Lesworth tampoco había aparecido, se asombró de que Lois no estuviera más inquieta. Ahora resultaba más que evidente que debía de pasar algo. Observó que era su deber, y también el de Lois, enterarse de si estaban enfermos, o de si no les había pasado algo peor, lo que era muy posible, a estos dos jóvenes ingleses en un país hostil. Lois, que jugueteaba con el sobre de Viola, dijo que estaba segura de que si fuera así ya se habrían enterado. Livvy tenía miedo de que se ocultara algo por miedo a los periódicos ingleses: éstos nunca podían publicar algo que resultara humillante para los lectores ingleses.

—Sólo con que estuvieran enfermos —añadió Livvy—, podríamos hacer por ellos un montón de cosas. En cierto modo, es una buena ocasión. A menudo pienso que un hombre sólo comprende lo que significa una mujer en su vida cuando está enfermo.

Lois observó que, para ella, un hombre enfermo era como un loco furioso incapaz de encontrar el menor encanto en la más entregada de las mujeres. Señaló que existía un excelente hospital militar en Clonmore, y que era por lo tanto inútil imaginarse a David y a Gerald febriles, solos y desatendidos en la cama. No creía que les autorizaran a visitarlos y confesó que le resultaba embarazoso ver a las personas tumbadas mientras ella permanecía de pie; eran unos interlocutores curiosamente agitados y difíciles de tratar.

—Pero si se diera el caso de que no fuera a recuperarse —dijo Livvy—, habría dos o tres cosas que me gustaría decirle al señor Armstrong. Y si después de todo acabara por restablecerse, sería lo suficientemente caballero para olvidarlas, aunque no habría ningún mal en que le dejaran una impresión agradable. Para ser sincera, Lois, a veces me he preguntado si no piensa que soy un poco reservada y fría. ¿No has tenido la impresión de que parece desanimado? Sin duda está acostumbrado a las chicas inglesas, que son muy liberales; creo que un hombre puede permitirse decirles prácticamente cualquier cosa y que ellas se dejan besar antes de estar prometidas. No me gustaría que pensara que no tengo corazón. Ya sabes, en los libros siempre se muestra a las irlandesas como chicas fascinantes y sin corazón; no me gustaría que pensara eso de mí. Y si se recupera, podría regresar a Inglaterra y comprometerse con una chica simplemente por satisfacer sus instintos más bajos. No me gustaría

sentirme responsable de haber arruinado la vida de un hombre.

—En mi opinión —dijo Lois— debe de ser su semana de guardia extra. —Y pensó para sí: «Si al menos no estuviera tan segura de que voy a recibir una carta de Gerald mañana. Si al menos me dejara con la duda. Está tan *presente*... Si al menos sus visitas o sus cartas pudieran tener algo de milagroso, aliviaran una duda...»—. ¿No quieres quedarte a cenar? —preguntó a Livvy—. Podría prestarte uno de mis vestidos.

—El de tafetán amarillo me gusta mucho, pero tendría que arreglarlo. ¿Sabes, Lois?, aunque parece despertar cierta admiración, es un gran inconveniente ser tan menuda como yo. ¿Estás segura de que a tu tía no le importará?... Pero, no, gracias, no puedo; mi padre me mataría por cabalgar de noche. De hecho, me tengo que ir ahora mismo —echó una mirada al cielo— una nunca sabe..., ¿no? Es una pena, ¿no te parece?

—Es una pena, de verdad —asintió Lois, tocando la carta. Acompañó a Livvy a la cuadra para que recogiera su caballo.

—Pero, escucha —dijo Livvy montando—. Podríamos hacer una cosa. Podríamos ir a Clonmore de compras el miércoles: necesito comprar lana para un jersey. Y si nos encontramos por casualidad con el señor Smith o con el capitán Carmichael, podría decirles, en plan de broma, que hace mucho tiempo que no los vemos. Y así podríamos enterarnos de lo que sucede. En el peor de los casos, podríamos ir a tomar el té donde los Fogarty; aunque no hubiera nadie más, seguro que encontraríamos a la señora Vermont. No creo que sea digna de confianza, pero si ha pasado algo, ten por seguro que nos lo dirá, por ejemplo, si se trata de una enfermedad, una emboscada, cosas de las que pueden hablar. O puede que salga todo bien y las primeras personas que nos encontremos sean el señor Lesworth o el señor Armstrong... Estoy segura, Lois, de que eso es lo que debemos hacer. Si no puedes conseguir el cabriolé de tu tío, tomaré el de mi padre.

Se alejó cabalgando. Lois escuchó hasta que se fue apagando el romántico ruido de los cascos, sofocado entre los árboles. Esta manera que tenía Livvy de llegar y de marcharse le confería una aureola en cierto modo histórica, picaresca. No habría sido lo mismo si se hubiera marchado en bicicleta. Lois sacó enseguida la carta de Viola y la leyó allí mismo, en el patio de las cuadras. Los mosquitos danzaban bajo la penumbra de los castaños.

Viola pensaba que Lois se tomaba los sentimientos demasiado en serio. Lois no debía resultar menos interesante. Admitía que el pequeño Gerald podía ser conmovedor; por una vez podía serlo. Arreglado el asunto de Gerald, Lois debía portarse más como una mujer. Pero cuidado con no perder la desenvoltura, querida; con no perder las distancias. Viola deseaba que Lois le contara todos los pormenores. Reconocía haberse quedado asombrada de que le recordaran, por esa mención a su decimonoveno cumpleaños, que todavía no tenía más que dieciocho años. Se sentía, decía, más vieja que las rocas entre las que estaba sentada, pues se había instalado en

la rocalla para escribir. Maurice Evans, alguien francamente ridículo, sentado sobre la mata rosa de una planta rara, estaba claramente ocupado en pintarla. De hecho, ¿leía Laurence a Walter Pater? Maurice, no. ¿Le quedaba algún lector en la actualidad? ¿Creía Lois que Viola tenía posibilidades de atraer a Laurence? Laurence seguía siendo objeto de especulación durante tres párrafos. Sólo hacía referencia al señor Montmorency indirectamente y muy al final. Le advertía contra la introspección: «Porque la introspección, querida, nos pone a merced de los hombres maduros y gentiles». Se quejaba de que en las cartas de Lois había mucho tenis y mucha introspección. «No le hables de ti a ese hombre mayor».

Lois, aliviada aunque apenada por la omisión, se preguntaba si Viola realmente leía las cartas que recibía. Siempre le llamaban la atención los infinitivos partidos, aunque no estaba segura de su pertinencia. Lois entró por la puerta trasera y subió a vestirse por la escalera de servicio. Olfateó el aire; otra vez pato para cenar, parecía el final de un ciclo. Aquella mañana había cambiado las rosas en la habitación de los Montmorency.

Al atravesar la antecámara, una tabla del parquet crujió y una puerta mal cerrada se abrió bruscamente. Vio al señor Montmorency en mangas de camisa cepillando el cabello de su esposa. Y Francie, frente al espejo, vio a Lois reflejada, paralizada por la sorpresa en el suelo brillante. Se sonrieron. El señor Montmorency, pensativo y concentrado en el cepillado, no advirtió el intercambio de miradas.

La tarde que Livvy pasó en Clonmore salió tan bien que olvidó la lana para su jersey. Al principio reinó el malestar; Livvy pasaba las riendas a Lois mientras ella miraba atentamente alrededor de la plaza, entraba en el hotel Imperial a preguntar si su padre se había dejado allí el bastón y escrutaba las aceras a cada lado de Cork Street, que recorrieron de un extremo a otro. Cuando, como último recurso, Livvy sugirió que subieran hasta el club de tenis para ver si encontraban a alguien, se puso a llover: la lluvia había amenazado con caer desde el comienzo de la jornada, las montañas les habían parecido húmedas y cercanas durante el trayecto. Se vieron obligadas a refugiarse donde los Fogarty. Y allí, mientras esperaban ansiosamente el té y los últimos chismes mundanos en el salón artísticamente decorado de la señora Fogarty, entraron uno tras otro todos aquellos a quienes deseaban encontrar: el capitán Carmichael, Smith acompañado de la señora Vermont y, finalmente, el propio señor Vermont. El señor Lesworth no apareció (lo cual, como Livvy murmuró a los amigos, sería una decepción para Lois): resultó que estaba de servicio. La señora Fogarty poseía una de las estrechas casas que daban a la plaza; sus ventanas estaban protegidas de las miradas ajenas por arbustos perennes cortados en cubos; entre las ventanas y el follaje, la lluvia caía en oscuras gotas. El salón de la señora Fogarty estaba repleto de fotografías; todos los queridos muchachos que año tras año habían estado acantonados en Clonmore, muchos de los cuales, ¡ay!, habían perecido en aquella terrible guerra. Era imposible inclinarse para colocar una taza sobre una de las mesitas sin sentir una punzada de dolor e incomodidad al toparse con la cándida mirada de los jóvenes desaparecidos. La habitación estaba abarrotada de cojines que se deslizaban sobre las sillas demasiado estrechas y caían rodando por detrás del sofá: cojines adornados con ramas pintadas a pluma, gatitos grabados con punzón; cojines muy futuristas realzados con bordados de racimos de frutas, viejos cojines rellenos de recuerdos y de plumas que se escapaban entre las costuras. Y cojines decorados con la bandera británica que la señora Fogarty se negaba, afirmaba ella, a retirar, aunque Ellos entraran de noche en su habitación armados con sus pistolas. Actitud tanto más noble cuanto la señora Fogarty era católica y contaba entre sus familiares personas cuyas opiniones políticas se encontraban lejos de estar por encima de toda sospecha. El señor Fogarty era notario y estaba jubilado; no tenía opiniones políticas; se enfadaba mucho y mostraba su desaprobación cuando en el club se hablaba de política, y decía que no podía evitar ser un filósofo. Pero bebía, lo cual demuestra que nadie es perfecto. Nunca hacía acto de presencia a la hora del té.

Como cada vez aparecían más personas y faltaban sillas, los suboficiales

colocaron los cojines en el suelo y se sentaron. La señora Fogarty estaba encantada. La habitación se caldeó, había el aire suficiente para que no resultara difícil respirar. Olía a papel pintado, a té y pasteles, a cinturones pulidos y a *Nuit d'Amour* en el pañuelo de la señora Vermont, pañuelo que sacaba a menudo para limpiarse la miel de los dedos. Todo el mundo se sentía a gusto y muy irlandés, cualidades que irradiaban, tal vez, de la señora Fogarty, quien, roja de placer y de hospitalidad, ocupaba más de la mitad de su sofá. Llevaba una blusa de encaje marrón y una falda de tweed, con un gran collar de conchas verdes que se balanceaba y tintineaba al chocar contra la tetera. No había duda de que todo resultaba muy armonioso; no se imaginaba cómo habría podido vivir sin las tropas acuarteladas en Clonmore.

Después del té circularon los cigarrillos acompañados del chasquido de los encendedores. Livvy declaró que se negaba a fumar, que se negaba categóricamente; se podían reír lo que quisieran, pero ella era una chica chapada a la antigua. Sus repetidas protestas atrajeron mucha atención y acabó por darse cuenta de que las señoritas chapadas a la antigua eran mayoría. Las hijas del rector y Doreen Hartigan permanecían sentadas con aire de aprobación y una vaga mueca en la boca. Así que Livvy aceptó un cigarrillo de tabaco fuerte que le ofrecía el capitán Carmichael, y Smith estalló en carcajadas diciendo que ella acababa de sacrificar el ideal femenino en el que creía. La señora Fogarty les propuso escuchar un poco de música: todos ayudaron a retirar los tazones y las fotografías del piano de cola, el cual, una vez liberado de su tapete y abierto, dejó escapar algunos acordes húmedos bajo los dedos de la señora Vermont. Era realmente una pena, declaró la señora Fogarty mientras escuchaba con aire escéptico, que su afinador hubiera muerto en Cork y que no hubiera tenido el valor de buscar otro desde entonces. Necesitaban verdadera música, dijo ella, no únicamente de piano. Entre ellos se encontraba un verdadero talento, añadió, volviéndose con insistencia. Hubo un ruido de sillas y el señor Smith se vio obligado a levantarse. Se mantenía en pie, con todo el peso apoyado en una pierna y se alisaba los cabellos con indiferencia mientras la señora Vermont hojeaba las partituras.

La señora Vermont comentó de pasada al capitán Carmichael que en ese país la muerte golpeaba a las personas más inverosímiles.

—Lo que quiero decir —añadió— es que, ¿quién lo hubiera esperado de un afinador de pianos? Iba a jugar al tenis a una casa donde tenían una doncella que murió. Y justo la semana pasada fui a comprar pasteles a Fitzgerald y no tenían más que pasteles corrientes. Cuando les pregunté si había alguno especial, me respondieron que a la mujer que hacía el glaseado se la había llevado la muerte, ¡Dios se apiade de su alma! Francamente, hay algo macabro en esa pastelería.

—En medio de la vida, estamos rodeados por la muerte, ya sabe lo que quiero decir —observó el capitán Carmichael.

El señor Smith declaró que podía cantar cualquier cosa: todos querían «El ojo verde del diosecillo amarillo». Era una pieza especialmente trágica y lúgubre, y todos

se sintieron transportados; Livvy no se dio cuenta de que el señor Armstrong le apretaba el brazo hasta que sintió que Doreen Hartigan los miraba. Se alejó de él y se acercó a Lois.

*Una mujer con el corazón destrozado pone flores en la tumba de Mad Carewe,
y desde lo alto el Dios Amarillo la mira con la sonrisa en los labios.*

Lois se ruborizó y dejó que Livvy apretara su mano. Las dos se preguntaban: «¿Qué sentiría yo en las mismas circunstancias?». A su alrededor, todos los jóvenes suboficiales mostraban un aire resuelto, con las manos crispadas sobre las rodillas, pensando en lo que estarían dispuestos a hacer por una mujer. Hubo aplausos emocionados. Luego la señora Vermont protestó y dijo que eran ridículos, francamente, los chicos eran tontos, ella no sabía cantar en realidad, pero que si no le quedaba más remedio, lo haría. Cantó «Melisande», que sumió a todas las chicas presentes en arrebatos de autocompasión; no había duda de que la canción hablaba de ellas.

*Con tus ojos para temer y tu boca para amar;
y tu juventud para rendir gracia a la Piedad,
sola, tan sola, Melisan-an-de, tan sola.*

Los jóvenes suboficiales encontraron la canción bonita y distinguida aunque más bien aburrida, y aplaudieron con descaro cuando terminó. Luego se volvieron hacia David Armstrong, que se sonrojó y parecía estar muy sorprendido de sí mismo y de todos los congregados. Su turbación persistió durante la primera mitad de «La ejecución de Dan McGrew», luego la exaltación pudo más y se ganó a sus oyentes.

*Una mujer se interpuso entre nosotros,
era tan hermosa como Venus.*

La canción les devolvió momentáneamente a la realidad. David levantó la mirada hacia el techo para no ver a Livvy y a Lois. El ambiente estaba tenso, crispado, y se oyó un crujido del cuero cuando los suboficiales corrigieron la postura. La señora Fogarty hizo circular una bandeja con galletas de chocolate. Qué pena, dijo, que no hubieran podido encontrar algunos pastelitos. Cuando David regresó a su asiento, Livvy estaba toda colorada; al mirarlo, aleteó sus larguísimas pestañas.

—Les aseguro —declaró la señora Fogarty mirando primero a David y luego a Smith (que no tenía nombre)— que jamás he oído cantar a nadie como a ustedes dos. De verdad, ni en Dublín durante la semana hípica, ni en Londres, ni siquiera en Liverpool. Cantan increíblemente bien. ¿No es una pena que sus canciones sean tan

tristes? ¿Y si ahora cantamos todos a coro algo entusiasta, como cantaban durante la Gran Guerra?

—¿Pueden creer que antes de venir a Irlanda —exclamó la señora Vermont— yo no tenía ni idea de que Tipperary existiera de verdad?

—¡Escuchen lo que dice! —gritó la señora Fogarty, extendiendo algunos cojines más por el suelo.

Todo el mundo estaba encantado. La señora Vermont escondió el rostro detrás de las manos. Aprovechando esta efervescencia, Lois se levantó y anunció que iban a tener que marcharse. Lo sentía porque el grupo parecía un poco molesto, por no hablar de Livvy, que estaba feliz. Si David fuera a morir ahora, Livvy no tendría nada que reprocharse, pensó Lois. Y también el capitán Carmichael parecía estar cautivado; había hablado con aire misterioso de sus aventuras en las colinas y de la manera en que se disfrazaba a veces. Ella sabía que debía de tomarse por el enigmático Pimpinela Escarlata; no podía evitar sentir simpatía por él. Cuando se levantó, él le comunicó su deseo de volver a verla. David y él salieron al patio del hotel Imperial para ayudar a las jóvenes a montar en su cabriolé, luego las envolvieron en las mantas antes de abandonarlas a los rigores del viaje a su pesar y permanecieron mirando cómo se alejaban, con la lluvia deslizándose por sus narices bronceadas y militares.

Las dos mujeres regresaron a casa muy sonrojadas y excitadas. La lluvia caía como una cortina que ocultaba las montañas; brillantes charcos marrones se sucedían al borde del camino. Estaban de acuerdo sobre casi todo el mundo —en particular sobre la señora Vermont y la sobrina del inspector del Distrito—, se reían mirándose por encima del cuello de su impermeable, los ojos brillantes de comprensión y de amistad, mientras la lluvia les azotaba la nariz con violencia para después dejarla entumecida. Sólo cuando Livvy declaró que sin duda «Melisande» era un hermoso poema, algo se agarrotó en Lois: dijo que lo encontraba sentimental.

—Tanto alboroto por una sola persona, no sé si me entiendes.

—Bueno, si lo piensas bien, eso es el amor —dijo Livvy—, y en cuanto a mí, me parece muy satisfactorio.

Había algo tan experimentado en la punta de su nariz que Lois se quedó sin palabras. Tuvo la sensación de ser una especie de pastel al que se les hubiera olvidado poner la harina.

—Me hubiese gustado que justamente esta noche no nos retrasáramos —se quejó Lois—. Hoy llega la señorita Norton y me gustaría mucho tener un aspecto presentable. Mi nariz no se habrá descongelado hasta la mitad de la cena por lo menos.

—¿Quién es? ¿Es guapa? ¿Qué edad tiene? ¿Está prometida?

—No la he visto nunca, aunque parece que ha venido a Danielstown con frecuencia. Tengo la impresión de que es alguien que te da ganas de estar bonita. A la tía Myra le pone de los nervios porque le pasan muchas pequeñas desgracias que

afectan mucho más a los demás que a ella misma. Cuando era pequeña, vino a una merienda infantil en Danielstown: nada más llegar cayó sobre el limpiabarros y se abrió la rodilla; se montó todo un lío y corrió mucha sangre. Otra vez que había venido gente a tomar el té, provocó una discusión sobre Kimberley: se quedaron todos hasta después de las ocho en la biblioteca consultando la Enciclopedia Británica mientras iban llegando los otros invitados que venían a cenar. Y en otra ocasión perdió su anillo de compromiso durante un *tennis party*, y todo el mundo se alteró muchísimo. Después ella escribió para decir que no tenía ninguna importancia porque de todos modos había roto el compromiso y el hombre no quería recuperar el anillo, incluso le había dicho que habría preferido que se perdiera en el fondo del mar. Siempre he creído que las personas que rompían su compromiso se comportaban con nobleza, pero esa actitud me parece muy vengativa. La tía Myra se sintió muy ofendida... Tiene veintinueve años.

—Me parece extraño —observó Livvy— que hasta ahora no haya encontrado la horma de su zapato. Aunque no hay que olvidar —añadió— que sufrió una decepción.

En ese momento oyeron acercarse un camión. Unos Black and Tans, sacando pecho contra el mal tiempo, gritaban y cantaban a viva voz y disparaban de vez en cuando. Sus voces, ensordecidas por la lluvia y el chirrido de las ruedas sobre la carretera pedregosa, se propagaban en la humedad del aire con un horror particular. Cruzarse con ellos en esa vía estrecha sería una auténtica pesadilla; antes de que el camión medio oscurecido hubiera aparecido, Livvy había hecho avanzar con presteza al caballo por un sendero. Se adentraron un poco y esperaron bajo un espino goteante: si los Black and Tans veían esconderse a alguien, se mostraban sarcásticos. Inquietas, sintiéndose vulnerables y acorraladas, oyeron pasar al camión ante la entrada del sendero con un rechinar de neumáticos. Para su gran asombro, Lois se acordó de haber pasado toda una tarde llorando antes de la guerra porque no era un personaje de una novela histórica; todo había comenzado, creía recordar, porque la habían mandado a hacer los deberes. En cuanto la vía quedó libre, se dieron cuenta de que no podían dar la vuelta con el cabriolé; tuvieron que obligar al caballo a andar hacia atrás.

—¡Caramba! —exclamó Livvy, lanzando una furibunda mirada hacia el horizonte—. ¡Me gustaría conducir un camión! ¡Me encantaría llevarme a esos tipos por delante!

Justo antes de las ocho, Livvy dejó a Lois ante la verja de Danielstown y se alejó inmediatamente, fustigando al caballo para ponerlo al galope. Su padre iba a matarla, no había duda. Lois subió la avenida corriendo hasta que se quedó sin respiración, lo que la obligó a recorrer el resto del camino a paso de tortuga, para recuperarse. Inquieta, acechaba el sonido del gong llamando a cenar; un grito de reproche lanzado desde una ventana. Pero su falta de puntualidad pasó inadvertida; la propia señorita Norton acababa de llegar. El vestíbulo estaba lleno de maletas, un abrigo de piel

extendido sobre una silla, junto a una raqueta de tenis y una bolsa de palos de golf.

«Habrás que ver adónde irá a jugar al golf la pobre... —pensó Lois—. Bonito abrigo... Ah, y ha traído la revista *Tatler*, fantástico».

Nadie había subido a vestirse todavía y de la biblioteca salían exclamaciones entusiastas; unas voces protestaban con ardor detrás de la puerta del salón. Lois desabrochó la parte superior de su impermeable y se lo quitó por debajo, dejando un círculo húmedo en el suelo. Distraídamente, escurrió el agua del sombrero. Aguzó el oído.

—Está segura de que se la ha dejado en el tren —decía su tía—. Incluso está dispuesta a jurar que la han subido a su compartimento en Knightsbridge y que la vio cuando habían salido de Darramore. Personalmente, estoy en contra de las maletas cuando se viaja, uno no para de contarlas... Un buen baúl, sin duda no hay nada mejor que eso.

—Si se considera el asunto desde el punto de vista del mozo de estación... —dijo la señora Montmorency.

La puerta de la biblioteca se abrió con un clic y Laurence, con gran entusiasmo, apareció en el vestíbulo.

—Ella cree que lo arreglará con una llamada de teléfono —le dijo a Lois—. No consigo hacerle entender los problemas que hay con el teléfono en Ballyhinch. —Desapareció, vociferando, en el fondo de la casa. Estaba claro que no hacía falta apresurarse.

Lois se sentó a la mesa de la entrada para ojear el *Tatler*. Las primeras colecciones de otoño se lo recordaron: era el momento de probarse el abrigo de piel. Anticipaba las delicias de la tortura, encontrar un abrigo sin el que no podría vivir... Sus brazos se deslizaron por las sedosas mangas; sus manos, casi minúsculas, surgieron de los enormes puños. «Oh, ¡evadirse!», pensó Lois, hundiendo la barbilla para fundirse, para perderse en el suntuoso espesor. ¡Evadirse en la ropa de otros! Y recorrió el vestíbulo con movimientos nuevos: una mujer rara, misteriosa, más bien melancólica, inaprensible con su perfume de jazmín.

—¿No? —preguntó con una nota ascendente; la voz la hizo sobresaltarse, al revelar la experiencia. Acarició suavemente la piel, rozó el borde de un armario, sus dedos tamborileaban con una sensibilidad extraña. Y los cristales empañados, los árboles cambiantes y humeantes, el vestíbulo, ese antro solitario, ya no mantenían su conciencia aprisionada en un cepo. Ahora sentía cómo debía vivir la vida. No necesitaría a nadie, sería semejante a una orquesta que toca para ella sola. «¿Es visón?», se preguntaba.

—¡Le queda muy bien! —dijo la señorita Norton desde el umbral de la biblioteca. Lois se quedó paralizada.

—¡Oh! —exclamó.

—¿Dónde está esa desdichada lady Naylor?

—No sé lo que... Ah, está en el salón.

—De todos modos —declaró la señorita Norton—, yo subo a mi habitación. Cuando me vea con menos aspecto de recién llegada, tal vez se olvide de la maleta. —Miró a Lois con gravedad—. No pierdo nada salvo cuando vengo aquí; de hecho, soy una persona muy organizada. Pero se diría que hay una especie de fatalidad...

—Estoy al corriente.

—¿Ah, sí? —dijo con interés y un destello de una intensidad desconcertante—. ¡Qué curioso!

La aproximación parecía posible, inminente. Lois, al notar la sonrisa que le dirigían, se quitó el abrigo sin sentir la menor violencia. La señorita Norton, a quien no parecía sorprenderle la desaparición de la familia, pidió que le mostrara su habitación. Subieron juntas; estaba en el último piso, enfrente de la de Laurence.

—¿Quién era ese señor que lo sabe todo? ¿El que se negaba a dejarme telefonar..., el joven?

—Laurence.

—Ah, ya veo. ¿Y los otros? No he retenido los nombres. Tenían aspecto de sentirse totalmente en casa, y como si estuvieran un poco resentidos conmigo. Sin duda debo de parecerles horrible. Él me ha acusado inmediatamente de haberme abierto la rodilla en el limpiabarros cuando tenía tres o cuatro años. ¿Cómo ha dicho que se llaman?

—Los Montmorency.

—¿Hugo y Francie? Desde luego que he oído hablar de ellos. ¿No podría ser ella su madre? —La señorita Norton se quitó el sombrero y se observó en el espejo con una mirada atenta y desapasionada—. ¡Oh, Dios mío! —exclamó.

—Él le cepilla el cabello —dijo Lois, riéndose y balanceándose contra el canto de la puerta. En el ambiente vivo y luminoso creado por la señorita Norton, su risa se parecía más a un cloqueo.

—¡Oh, entonces es mutuo!

—Yo lo conocía más cuando era pequeña.

—Sí, es esa clase de hombre. Muchas gracias; creo que no me falta nada. ¡Ah, sí!, toneladas de agua caliente. ¿Puede ir ahora? Pronto será la hora de cenar, ¿no? Oh, ¡Lois!

Lois, que ya había cruzado el umbral, volvió sobre sus pasos.

—¿Sí? —preguntó.

—¿No me equivoco, verdad? Usted es Lois. He oído hablar tanto... No se retrase por mí: no hace falta que me ayude. —La señorita Norton se había quitado el abrigo y, vestida con una blusa de volantes, contemplaba sus maletas con aire disgustado—. Váyase, de verdad, insisto.

Y al atravesar la galería, Lois se cruzó con Laurence, que subía.

—¿Y bien? —inquirió Laurence.

—Me parece que está bastante loca —dijo Lois poco convencida.

—No me extraña viniendo de ti —respondió Laurence, antes de pasar fríamente

ante ella.

No se telefoneaba a la ligera. Había un teléfono a una decena de kilómetros, en Ballyhinch, pero al utilizarlo se abusaba de la gentileza y la bondad de la encargada de correos. Marda era incapaz de comprenderlo; como decía sir Richard, cualquiera pensaría que venía de Estados Unidos. Desde todos los puntos de vista, les parecía demasiado moderna. Se sentaron en la escalinata después del desayuno, esperando la llegada del cartero y discutiendo sobre lo que iban a hacer. En cuanto a sir Richard, pensar en aquella maleta le hacía perder el sueño. Aquello no tendría ninguna importancia, había dicho Marda, si sus zapatillas de tenis no estuvieran justamente dentro. Fue un gran alivio cuando el cartero zanjó la cuestión al anunciar que había habido otro ataque la noche pasada en dirección a Brittas y que todas las líneas estaban cortadas, una vez más. Un ataque tremendo, dijo el cartero; si los muchachos no hubieran huido, casi hubiera podido entablarse una batalla.

—Francamente —observó Francie, lanzando una vaga mirada a Marda—, ¡qué tiempos nos toca vivir!

—Cada época tiene sus desventajas —respondió Marda—. Todos esperaban que no hubiera habido heridos.

—Bueno —dijo el cartero—, dispararon a los Black and Tans, pero ¿cómo no iban a hacerlo, si éstos no hacían más que disparar a diestro y siniestro?

Al parecer dos de ellos habían saltado del camión de cabeza, por lo que los mataron sin más, y los otros habían salido corriendo tras dejar a los dos en el suelo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Marda.

Tras lanzarle una mirada severa, el cartero le preguntó si había alguna manera de no enterarse. Además, no era asunto suyo decir qué era verdad y qué era lo que se sabía de oídas. Sir Richard se apresuró a darle la razón con simpatía: no quería desanimar al cartero.

Marda recibió sus seis cartas con la mayor naturalidad del mundo y las miró con escepticismo. Lois la observaba. Mientras guardaba sus cartas, Marda sugirió que, dado que Laurence era tan práctico, podía llevarla en coche a Clonmore o Ballydarra para comprarse otras zapatillas de tenis. Laurence adujo que no conducía bien: era capaz de evitar los obstáculos, pero tendía a dar bandazos.

Sir Richard se había marchado a hacer su ronda matinal; prefería no imaginar cuánto maíz había quedado «tumbado» por la lluvia la noche pasada; era mejor saberlo. La lluvia había cesado antes del desayuno; sonoras gotas seguían tamborileando a través del follaje; los árboles, con su olor a lluvia, formaban un muro de humedad. Vapores ligeros se deshilachaban en el cielo por encima de una luminosidad intermitente; el horizonte se perfilaba pálido, como pintado.

—Se ha acabado el buen tiempo —dijo la pobre Francie.

—Francamente —insistía Marda—, debo comprármelas zapatillas de tenis. No me importa dar bandazos.

—Laurence se inclina más por lo intelectual —explicó Francie.

—No creo que eso tenga ninguna importancia.

—Con un coche, sí —dijo Lois.

—Que yo sepa, nunca te he llevado en coche —replicó su primo secamente.

Marda se echó a reír; se levantó y se quedó en pie sobre la escalinata. Los otros, colocados en una ordenada fila, levantaron la cabeza hacia ella. Era una mujer alta; de espaldas, con la mirada perdida en dirección a los prados, parecía un joven por su vigorosa esbeltez. Carecía de la silueta de pera típicamente femenina, sus hombros eran anchos, sus piernas, largas desde la rodilla al tobillo. El vestido marrón claro, fluido, contorneaba su cuerpo con una precisión desenvuelta, y revelaba la esbeltez por defecto, bajo los ligeros pliegues de la tela. Su sofisticación abría a Lois nuevos horizontes. Marda recogió su largo collar de cornalinas en el hueco de la mano y lo apretó contra el cuello; las piedras se deslizaron por la nuca. En pie, distraída, seguía conservando la franqueza, cualidad de la que todos ellos se apartaban, cada uno a su manera. Había en ella una espontaneidad a toda prueba que agudizaba la propia conciencia. La más ligera de sus miradas observaba, su oído distraído apreciaba, sus palabras te fulminaban hasta lo más profundo desde el elevado bastión de su indiferencia.

Permanecían sentados detrás de ella con la vaga sensación de haber sido abandonados. Hugo salió de la casa, cerró la puerta acristalada tras él y parpadeó mirando al cielo.

—Está aclarando —dijo antes de invitar a Marda a ir a dar una vuelta. El ejercicio parecía estar decididamente en el orden de la mañana; Lois y Laurence debían ir al pueblo más tarde para llevar mensajes. Francie esperaba para ir al jardín con lady Naylor.

—¿Tengo que llevarla en el coche o no? —se preguntó Laurence en voz alta, con fatalismo, siguiendo a la señorita Norton con la mirada.

—Sin duda ella se lo dirá. —La sonrisita irónica de Francie elevó sus pómulos, que fueron sonrojándose poco a poco, hasta debajo de los ojos. No era una persona tan simple como aparentaba. Su falta de confianza, su suavidad inquisitiva, el aspecto «de encaje» de su personalidad —a través de la cual las impresiones se filtraban en apariencia como la luz, de manera difusa, sin dejar huella— disimulaban un fondo a la vez duro y frágil. Era decidida, tenaz y viva en sus oposiciones; la complejidad de su carácter se veía reforzada, como lo había sido su débil cuerpo, por una resistencia constante al dolor. Ofrecía hospitalidad a la inmortal Laura, animaba a la señora de Archie Trent a reivindicar ciertos privilegios, hubiera dado su bendición a Lois, pero miraba a Marda avanzar junto a su marido por la avenida de las hayas frunciendo las cejas, con una lucidez de gato, fría y despiadada.

—Encuentro que ella tiene una actitud muy positiva —dijo Laurence, que seguía mirando cómo se alejaban.

—¿Positiva respecto a qué? —preguntó Lois con impaciencia.

Laurence, irritado, contuvo el aliento y se subió uno de los calcetines.

Marda sólo quería del señor Montmorency que la entretuviera. Como él, estaba muy habituada a ser una invitada. Él le interesaba; le llamaba la atención su actitud negativa. Había oído hablar de él, y de su actitud, en todos los rincones del país, había llegado varias veces a casa de sus anfitriones en medio de una violenta reacción, una especie de efervescencia indignada que seguía a la partida de ese hombre. Su disposición a encontrarle tan perfectamente similar a las descripciones que se habían hecho de él quedaba atemperada por una incredulidad rayana en el estupor. Por otra parte, ella descubría en él cualidades que sus amigos, en el ardor de la discusión, habían pasado por alto, o incluso olvidado: en particular un cierto temor contenido en su manera de hacer, como si repentinamente blandieran ante sus ojos un objeto deslumbrante. Su mirada, que regresaba vacilante después de tal interrupción, tenía, cuando se la contemplaba, una intensidad particular. Para él, ella era ya real como mujer.

Ahora él balanceaba su bastón de ciruelo y fustigaba el aire con amplios movimientos.

—Me acuerdo de este paseo —dijo ella—. Tengo la impresión de haber venido aquí ayer. Pero creía que estaba en alguna parte de Kerry, en Castle Reagh.

—Pues no, se encuentra aquí —dijo él con aire sabio.

Ambos se echaron a reír. En el camino, el aire cada vez más luminoso envolvía como un tul los troncos de las hayas; sus potentes miembros de peltre se retorcían, tendidos hacia el cielo, tan relucientes como músculos. Las gotas, espaciadas, les hacían sobresaltarse al caer, sonoras, sobre el reborde del sombrero de Hugo, o heladas, sobre los hombros de Marda, a través de la malla de su vestido. El camino se abría ante ellos como un túnel de cristal. La timidez de su compañero, el silencio vacilante, la hicieron sentirse un tanto vacía; ella reprimió un bostezo.

—No es la mañana ideal para pasear bajo los árboles —observó él.

—Desde luego, no podría ser peor.

—Oh..., tal vez deberíamos... —Pero siguieron caminando.

—Siempre vengo aquí —dijo él para excusarse un poco—. Giro a la izquierda sin pensar. Pasé mi infancia en Danielstown, ¿sabe?

—¿Estaba usted en aquella merienda infantil, cuando lo llené todo de sangre?

—No, en realidad no, pero siempre he oído hablar de ello. ¿No había perdido usted un anillo?

—En otra ocasión, a una edad más apropiada. Era el anillo más bonito que he tenido jamás, comprado en Regent Street. Según el joyero, tenía que ser de esmeraldas porque la dama era irlandesa, y Timothy estuvo totalmente de acuerdo con él. No sabía que mi nacionalidad resultara tan cara.

—¡Qué pena!

—Sí, esas cosas son siempre una pena.

Él no estaba seguro del alcance de su observación.

—¿Le importó mucho a...? ¿Le afectó mucho a Timothy?

—No tanto como a los Naylor. A él lo mataron luego en la batalla del Somme. Pero antes tuvo dos hijos, las cosas habían terminado yéndole bien, me refiero a que se casó.

—Entiendo... Supongo que viene a menudo a esta casa. He oído hablar mucho de usted. Y en Johnston, tanto como en Ballyduff y arriba en el norte, me dijeron que la esperaban. Pero yo siempre me iba antes. Una vez, creo, nos cruzamos ante la verja de entrada.

Había que reconocer, dijo ella riendo, que eran incorregibles en su afición a hacerse invitar. Ella le dijo que también sabía que no sólo iba de invitado, sino que viajaba mucho; había estado prácticamente en todas partes, salvo en Canadá.

—Pero creo que no debería haber venido aquí —dijo ella—. Hay algo en la mirada de lady Naylor: un optimismo desesperado. Tengo la sensación de que esta historia de la maleta no es mi última desventura aquí. Habrá un ataque y me herirán en la avenida, aunque no sea mortalmente, o quizá Laurence me llevará de compras y hará volcar el automóvil. Entonces ella nunca me lo perdonará, a pesar de que todos sus esfuerzos me perseguirán por toda Europa... ¿Hasta dónde cree que llegará esta guerra? ¿Podremos hacer algo aparte de fingir que no pasa nada?

—No es a mí a quien tiene que preguntárselo —respondió él, lanzando sin embargo un violento suspiro, como agobiado por el peso de la omnisciencia—. Unos cuantos centenares de muertos más, supongo, de nuestro lado, que no es ninguno, un grupo de personas bastante asustadas y bastante aisladas, que no expresan nada más que la obstinación por algo que no existe, que no ha existido nunca. Y desprovistos de heroísmo a causa de esta especie de conmiseración apática que los ahoga. El problema que sufre este país es el mismo que sufrimos todos a nivel individual: confundimos el sentimiento de lo que somos con el sentimiento de una afrenta y nunca saldremos de ello.

Pero la influencia de la patria *era* eso, pensó Marda; interpretada así, podía ser concebida en términos personales. En apariencia al menos...

—Como Shakespeare... —añadió ella, no del todo segura—, ¿o tal vez no? Pero, dígame, a propósito de Lois...

—¿Lois? —se sobresaltó él con aire culpable al pensar en la hija de Laura.

—Sí, Lois... ¿No se fijó en ella? Estaba sentada a su lado en la cena.

Estaba a punto de decir que temía no estar muy dotado para las relaciones sociales; pero esta observación, examinada con sentido crítico, resonaba como un eco: le hacía pensar en Laurence. Se sentía desconcertado al sentir la mirada tranquila de la joven, las cejas arqueadas y fruncidas como para señalar su pesar, teñido de benevolente ironía, por verle así. Su rostro, como el de una muñeca holandesa, se dijo

él a la defensiva —por la disposición clara y precisa del rojo y del blanco—, revestía o mostraba la apariencia de una máscara debido a la fijeza de su expresión. Sus rasgos, la línea oscura de los cabellos que avanzaba sobre el rectángulo blanco de la frente, sugerían, en su particular armonía, algo casi demasiado claramente escrito que le resultaba imposible descifrar; algo que debía aprender ahora para reflexionar sobre ello más tarde.

En realidad ella encontraba repelente la falta de comprensión de él.

—Lois es encantadora —dijo Marda—. Está tan impaciente, se esfuerza tanto por darse prisa, está tan desamparada... Recuerda a alguien que se hace llevar en taxi por miedo a perder el tren y que no deja de saltar en el asiento para meter prisa al taxi y va lanzando por la ventanilla miradas llenas de espanto al paisaje que desfila lentamente ante sus ojos. Escucha sin cesar a ese último tren que se marcha sin ella. ¡Qué odioso me resultaría volver a ser joven! Aunque yo no tenía ambiciones.

Él observaba su perfil desprotegido.

—Oh, sí, ¿ambición?

—No he conocido nunca a una mujer tan decidida a amar bien, tan deseosa de amar enseguida, tan segura de su capacidad de amar. Reza literalmente por que su destino se encarne de una vez; acecha en las puertas. Y todos ustedes no son más que decepciones.

—Para empezar —replicó Hugo, molesto—, no es una mujer.

—¡Sería atroz que no le sucediera nada! Me recuerda a una chica a la que puedo ver todavía en la clase de gimnasia del colegio; en una carrera de equipos, una de esas pruebas con sacos de judías. Saltando al extremo de la fila, acercándose poco a poco a la línea de salida, muerta de impaciencia. Le llega el turno, es el centro del mundo: los ojos se le salen de las órbitas... y deja caer el saco. Todo el mundo gruñe... Cuando lo recuerdo, todavía siento la garganta seca.

—Hay un joven... Harold... Gerald. Bailan juntos en la avenida.

—¡Como conejos!

—Tienen un gramófono.

—¿Él la ama?

—Mi esposa cree que sí. Laurence considera que podría ser adecuado. La tía de Lois piensa que no es adecuado en absoluto y no quiere escuchar una palabra del asunto, así que oficialmente no es nada.

—De todos modos, que la amen no le preocupa en absoluto, ésa no es la cuestión. Ella no le ama, la pobre pequeña: él no le sirve.

—No considero necesario que una joven, a su edad, ame al primero que se presenta.

—Desde luego —dijo ella con impaciencia—. A ninguna edad. Pero una se hace ideas raras.

Esa forma de zanjar el tema, esa ligereza, lo enojaron. Que se contente con hablar sola. Ella tenía las limitaciones propias de su sexo: una futilidad dócil, docenas de

pequeñas aptitudes. Él, en cambio, presa de un remordimiento constante, era un amante nato, consciente de los ciclos que se sucedían en él, las primaveras y los otoños de deseo y desencanto, así como de los intermedios de descanso estacionales, insulsos y fríos, mordisqueados por todas partes por las sombras del cambio pasadas o por venir.

—Yo no tengo esas ideas —dijo él con frialdad.

En el extremo de la avenida dieron la vuelta y entraron en una plantación de abetos por una verja. Tras caminar entre muros de penumbra, desembocaron en una vasta extensión verde bordeada de árboles. La franja de verdor, que sin ser muy ancha se prolongaba hasta el infinito, se inclinaba a su izquierda hacia prados abiertos y se encontraba bordeada a la derecha por un muro irregular. Al pie del muro, cantando y brincando, fluía un arroyo rápido e invisible. El sendero vacilaba ante ellos, apenas visible entre la hierba de un verde brillante. Allí se elevaban algunas hayas, dispersas, encantadoras, fortuitas; entre sus troncos se destacaban las altas montañas, nítidas en la lejanía bañada de luz. El paisaje resplandecía.

—Volverá a llover —dijo el señor Montmorency.

Pero Marda miraba al frente. Un impermeable jugaba al escondite entre los árboles mientras se acercaba. Los ojos de Marda se enfocaron; hubo un intercambio de miradas. Mientras se dirigía hacia ellos, el joven casi apresuraba el paso.

—¡Buenos días! —dijo el señor Montmorency tras un momento de reflexión.

—¡Hola, buenos días! —exclamó Gerald sonrojándose con expectación.

Nunca les habían saludado con tanto entusiasmo. Pasaba por allí, explicó el joven en cuanto estuvo lo bastante cerca para que lo oyeran, con la intención de aprovecharse de lo que una vez le había propuesto lady Naylor: que cuando le apeteciera fuera a almorzar sin avisar.

—¿No habrán salido, verdad? —preguntó de pronto con lo que a Marda le pareció un aire curiosamente azorado. ¿No? ¿Estaban en casa? Era fantástico, maravilloso. ¿Si se había levantado temprano? Había patrullado toda la noche, les dijo. Ah, sí, añadió al ver que el señor Montmorency lanzaba una mirada interrogante a su barbilla, se había afeitado por el camino; traía con él todo lo necesario, lo hacía a menudo. No, eso era la pistola... en el otro bolsillo. Marda le felicitó cálidamente por su previsión. El señor Montmorency había olvidado hacer las presentaciones; permanecían juntos al pie de un haya, un pequeño grupo amistoso, e intercambiaron cigarrillos.

—¿Está muy ocupado en este momento? —preguntó Marda inclinándose hacia la cerilla que Gerald protegía con las manos.

—Más o menos... Bueno, bastante, aunque no lo sabemos.

Ella parecía una mujer extraordinaria, la miró atentamente, aunque con la suficiente ligereza para no fijar la vista. Le gustaba ese tipo de conversación, franca y sin rodeos, llena de sobreentendidos. Se alegraba de que ella fuera a estar presente en el almuerzo. Cuando Marda levantó la cabeza, la luz se deslizó por sus cabellos. El

almuerzo parecía una antorcha que alumbraba el porvenir; entre el momento presente y la hora de comer, se encontraría con Lois en alguna parte, de un modo u otro, y besaría con asombro sus manos asombradas. Antes del beso, él no intercambiaría una palabra, y entonces ella lo evitaría. Lo había previsto todo.

Lo había previsto todo, o más bien anticipado hasta ese momento de felicidad suprema —semejante al núcleo de una flor que se hubiera revelado por la impetuosa eclosión de sus pétalos encantadores y confusos— mientras el camión hendía la oscuridad. Perdido en la contemplación del amanecer y de unos contornos que adquirirían forma y surgían lentamente, como enemigos, de la fría noche, había ardido al saberla tan cercana bajo los golpes ciegos y obstinados del viento. Desfilando a paso vivo bajo sus ojos, las copas de las hayas gemían; él había tiritado y se había reído, una mano sobre el bolsillo de la pistola, la otra sobre la navaja de afeitar. Y ahora, mientras con la mirada posada en Marda volvía a besar una vez más las manos de Lois, sintió de nuevo, estimulado por los ojos de la joven, esa verdad intensa de los primeros albores del día. Su seguridad se vio reafirmada. Con el codo apoyado contra el árbol, respondiendo con desenvoltura a la mirada franca del joven, Marda despertaba en él un sentimiento de exaltación profundo y verdadero, semejante al de su primer contacto con la guerra. Ahora él quería dejar las manos de Lois para besar la curva de su mejilla mientras ella trataba de alejarse, y sellar con su propia certeza su boca indecisa. Ingenuamente, consultó su reloj.

—Oh, sí, váyase —dijo Marda mirando a través de los árboles un claro de cielo luminoso que perturbaba la pesadez del aire.

La mirada de Gerald se deslizó sobre ella, el camino conducía a Lois. Ese sendero verde salpicado de árboles espaciados con regularidad tenía, se dijo de repente, un aire paradisíaco.

—Va a llover antes del mediodía —dijo el señor Montmorency. Y en efecto, el cielo ya se estaba cerrando y empalideciendo, y la nitidez de las montañas transmitía una especie de ansiedad.

—Me hubiera gustado —dijo Gerald a Marda— que hubiese estado allá arriba esta mañana. A medida que la luz iba en aumento era imposible saber dónde se encontraba uno.

—¿Tiene olor el amanecer? Una vez oí decir a un hombre...

—No seré yo quien lo diga: estaba fumando.

—¡Hala!, debería marcharse.

—Sí, tal vez...

Se fue. Marda se quedó con su ironía, que sólo la protegía a medias de una inmensa oleada de tristeza. La mirada y la sonrisa de Gerald se aferraban a su memoria con la tenacidad de las cosas sin importancia; los pasos del joven se desvanecieron rápidamente sobre la hierba. Se hizo el silencio: la fría expectativa de lluvia en las hayas, el tintineo y el deslizarse del agua al otro lado del muro. Hugo, que se había adelantado un poco, se volvió para fulminarla con la mirada. Ella se

sobresaltó. «¡Qué fastidio!», pensó. Porque había fastidio detrás de aquella mirada.

—¿Continuamos?

Siguieron caminando, pero la falta de objetivo les pesaba. Se encontraron con la mirada blanca y vacía de una casa, la observaron y avanzaron.

—Es la casa de Dannie Regan. Perdió un ojo mientras cazaba conejos y ahora ha empezado a no ver con el otro. Yo salía con él cuando era pequeño, y no más alto que esto. Su madre vive con él, al menos eso creo, nadie me ha dicho que ya no esté en este mundo. Debe de tener ciento cuatro años.

—¿Conoce a Leslie Lawe, el hombre con quien me voy a casar? Es corredor de bolsa; le gusta mucho pescar. Su familia vive en el condado de Meath.

—¿Meath? No sabía que usted...

—Pues sí, así es. Todavía no se lo he dicho a los Naylor. Encuentran increíbles mis noviazgos; ninguno ha terminado en nada, ya ve. Tendría que haberles dado ya la noticia, pero como sucedió lo de esa maldita maleta... Se lo contaré en la cena, no durante el almuerzo. Sea amable y haga algo para atemperar el ambiente de sorpresa.

—¿Cuándo será?

—Probablemente, este invierno.

Hugo paseó la mirada sobre la casa, de una ventana a otra.

—Eso supondrá un descanso en pleno invierno —dijo por fin—. Sin duda irán en busca del sol. Tal vez a Argelia... o a Marruecos, si pueden permitírselo.

—Sí, es bastante rico.

—No les aconsejo la Riviera... Pero pensaba que usted no creía en ese tipo de cosas.

—¿Yo? Nunca he dicho nada parecido.

Hugo cayó en la cuenta de que Marda no lo había dicho explícitamente.

—Espero que sea feliz.

—Creo que no seré muy diferente.

—Supongo que debo entrar a charlar con Dannie —dijo él—. Sin duda habrá oído decir que he vuelto. El momento me parece oportuno. ¿Le importa?

—Yo charlaré con la señora Regan.

—Es sorda.

—Entonces nos sonreiremos, no es ciega.

Avanzaron hacia la entrada, que languidecía en el extremo del camino como la cuenca de un ojo. La casa exhalaba un aliento en el que se mezclaban el humo de turba, la fría tierra batida y la penumbra fantasmagórica de las paredes blancas. Dannie se materializó en la oscuridad, escrutando la habitación con su único ojo. En pie, con su barba blanca, parecía al mismo tiempo impotente y curioso.

—¡Hola! —dijo Hugo.

—¡Miren a quién tenemos aquí! —exclamó Dannie—. ¡Al joven señor Hugo, que sigue tan elegante y distinguido como siempre! ¡Y ha traído a su esposa con él, una hermosa dama!

Temblando y tanteando, tomó la mano de Marda. Y declaró que al verla recuperaba la mirada de cuando era joven.

Se puso a llover antes del almuerzo. Cuando subía por la avenida de hayas, Gerald oyó las gotas que caían tras él. Bajo cada árbol, esperaba ver a Lois volviendo la cabeza con aire sorprendido. Cuando oyó un perro entre la maleza, se volvió y se echó a reír con antelación. Pero se trataba del curioso perro amarillo del guarda, que perseguía conejos. Enseguida vislumbró un ojo cuadrado y negro de la casa; luego tres, luego cuatro, le miraron desde lo alto, entre las ramas; Gerald desembocó bajo su gran almacén frío y vetado de lluvia, al que la oscuridad del interior hacía parecer hueco. El perro amarillo le adelantó, se volvió hacia él desde los escalones para lanzarle una mirada de desprecio y correteó hacia la puerta con aire posesivo.

—¡Hola! —dijo Gerald mirando a su alrededor.

Pero ella no aparecía por ninguna parte; el lugar estaba frío por su ausencia y parecía olvidado. El *tennis party* se convirtió en un sueño: parasoles que filtraban un sol multicolor, mantas extendidas por el suelo, nubes de mosquitos tornasolados, voces que se hacían educadamente la competencia. Algo se había borrado del lugar de manera definitiva. Gerald se dijo que todo parecía muy extraño y tranquilo; se sintió decepcionado por no encontrar a Lois. Hizo sonar la campanilla; apareció una sirvienta con aspecto sorprendido y arreglándose el pelo a toda prisa que le animó a pasar con una sonrisa y luego lo dejó solo. El vestíbulo con sus inquisitivos retratos se contrajo en torno a un guante dejado sobre la mesa, un guante de ante gris cerrado con una presilla en la muñeca; Gerald lo recogió y lo besó. Pero la casa estaba llena de mujeres y el guante podía ser también de Marda; celoso, lo dejó en su sitio.

Qué misterio encantador entrañaba la vida de las mujeres: ¿en qué empleaba su tiempo una joven por la mañana? En su mente apareció vagamente un teclado sobre el que se deslizaban dedos rosados. Pensó en aquellas asexuadas cubiertas de libros serios, de color verde salvia. Recordó el olor polvoriento de los neceseres de costura, los bordados rosas y nacarados envueltos precipitadamente en un papel transparente. No se preguntaba nunca a una chica qué estaba haciendo.

Aguzó el oído, se quitó el impermeable y se dirigió hacia la puerta del salón. Las cinco altas ventanas estaban abiertas a la lluvia y al sonido de las hojas, las gotas tamborileaban en los alféizares y el gris de los espejos se estremecía. Las mesas enceradas eran pequeños lagos helados de luz. El olor de las cajas de madera de sándalo, el ligero destello en el aire originado por la profusión de cretonas, aletargaban la robusta vitalidad de Gerald, convertido ahora en un uniforme que respiraba. Era consciente de su indiscreción. Pese a todo, no se atrevió a entrar en la biblioteca sin haber sido invitado, donde sir Richard, parapetado tras sus quevedos,

levantaría sin duda la nariz de sus papeles. No tenía el valor de regresar al vestíbulo: el guante le intimidaba.

Tomó un ejemplar del *Spectator*, leyó un artículo sobre los disturbios y pensó en el imperio. Maquinalmente, se llevó la mano a la corbata. Se imaginó una época en que, de una vez por todas, todo estaría cuidadosamente delimitado, y se mantendría así. Entonces existiría una permanente sensación de bienestar y de tranquilidad, como cuando en otoño acudía a tomar el té con su madre después de haber estado trabajando en el jardín. Pensó en la segura campiña inglesa, sus días semejantes a la mirada de un perro, las pequeñas habitaciones iluminadas por la lumbre, las luces de las casas vecinas vislumbradas a través de los árboles. Pensó en una mujer, buena, tangible, que no suscitaría nunca ese dolor, esa ausencia... Una puerta al abrirse arrastró su colgadura; Lois entró desde el comedor, sacudiéndose la lluvia de su impermeable. Gerald permaneció inmóvil unos instantes, un tanto desesperado ante la agitación de la joven, como si tratara de tomarle una foto. Luego avanzó hacia ella y la besó, las manos sobre los hombros mojados de Lois.

—¡Oh!, ¡pero qué...! —exclamó Lois.

Ella era su preciosa mujer: la había besado. Gerald resplandecía mientras la miraba; ella se mostraba impotente. Lois contemplaba la irremediable lluvia que caía fuera.

—Yo quiero... —dijo él ansiosamente.

—¡Qué sorpresa!

—Pero yo quiero...

—¿Qué está haciendo en el salón?

—He venido a almorzar.

—¿Lo saben ellos?

—No me he encontrado con nadie.

—Pues no sé a quién avisar —dijo Lois con agitación—. Han desaparecido todos; siempre desaparecen. Se podría decir que ésta es la casa más vacía de Irlanda; carece por completo de vida familiar. Es inútil que avise a Brigid porque se olvida de todo, y en cuanto a la camarera, siempre se está vistiendo. Creo que lo mejor será que le ponga un cubierto en la mesa yo misma..., pero no sé dónde se guardan los cuchillos. No entiendo por qué de repente se ha vuelto usted tan imprevisible en todo: antes no solía serlo. Ni siquiera he tenido tiempo de arreglar las flores. Sinceramente, Gerald, me gustaría que no fuera tan..., en fin, llamémoslo prosaico. Y hágame el favor de comportarse con naturalidad durante el almuerzo, si no, me hará parecer como una auténtica tonta. Francamente, podría haberme preguntado, siempre estoy dispuesta a hablar de las cosas. Pero ahora el gong sonará de un momento a otro. Y ¿cómo sabe usted que no estoy enamorada de un hombre casado?

—Sé que no sería tan neurótica; quiero decir, tan novelesca. Por favor, Lois, sea natural, se lo ruego.

—No se muestre tan apasionado... La señorita Norton está aquí; es una chica...,

cierto tipo de chica, por lo menos. Y muy atractiva.

—Creo que ya le he conocido. Es muy..., cómo decirlo, no, no es guapa, sino... ¡Lois!, por favor...

—Compórtese con naturalidad: toque el piano.

—No puedo ponerme a tocar sin haberles anunciado antes que he venido a comer. Me gusta la música, Lois, pero no soy un artista.

—Está bien —dijo ella antes de ir al otro extremo de la habitación. Así que eso era un beso: nada más que un impacto y un gran vacío interior. Se sentía sola y comprendió que no había futuro. Cerró los ojos y se esforzó —como cuando estaba mareada, inmersa en su sufrimiento entre Holyhead y Kingstown— por encerrarse en la nada, en un lugar que no existía, un lugar ideal, tan perfecto y transparente como una burbuja. O bien participaba en una fiesta, irreal y nítida, o corría sobre arenas endurecidas.

—No hubiera tenido tanta importancia a la orilla del mar —dijo a Gerald.

—Pero si no vamos nunca al mar.

Lois abrió una caja de madera de sándalo y examinó su contenido: tres perlas de cristal azul y un recibo a su nombre de Switzers: tres chelines y once peniques por unos pensamientos de terciopelo amarillo, que había llevado a un baile y ahora estaban ajados.

—Ni siquiera es como si estuviéramos en un baile —añadió.

—Lois, he estado pensando en ti toda la noche, mientras me encontraba en las montañas, allá arriba, y tú dormías. Estabas maravillosa.

—¿No has dormido en toda la noche?

—No, pero yo...

—¡Oh!, Gerald, oh..., querido, pero ¿has desayunado esta mañana?

El gong sonó: gruesas bolas de cobre fueron rebotando por las habitaciones vacías. La camarera echó una mirada al salón.

—¿Vamos a la mesa? —preguntó Gerald a Lois.

—Nadie ha bajado y tengo la impresión de que ni siquiera está preparada la comida. Gerald, ¿de verdad has desayunado esta mañana?

—Un enorme desayuno en Ballydarra... ¿Qué has dicho, Lois? ¿Cómo me has llamado hace un momento..., antes del gong?

Pero Lois enrojeció y respondió:

—Estoy completamente empapada; mi ropa echa vapor y huelo a perro. Creía que me pedirías que fuera a cambiarme. Pensaba que eras... considerado.

—Sabes que moriría por ti.

Se miraron. Las palabras tuvieron un solemne eco, como si se deslizaran entre las oscuras bóvedas de una iglesia donde se celebrase su matrimonio. Lois pensó en la muerte y lanzó una mirada furtiva al cuerpo de Gerald, vivo, seductor, presente y, sin embargo, destruible. Algo que sobrepasaba la sensación golpeó la conciencia de Lois, un peso vago, una especie de calidez; entrevió una tranquilidad ajena a la experiencia,

como si él hubiera dormido a su lado durante muchas noches.

—¿Qué te he dicho antes? Dilo.

—Querido...

Pero ella apartó la vista ante la familiaridad de la mirada del joven.

Lady Naylor y la señora Montmorency pasaron, de perfil, por debajo de las tres ventanas de la fachada oeste; iban muy juntas bajo un gran paraguas verde y hablaban sobre la vicerregencia de los Aberdeen. En ese momento oyeron al señor Montmorency y a la señorita Norton subir jadeantes la escalinata mientras hablaban de dinero. Los dos debieron de darse cuenta de que su conducta era un poco vulgar, un poco inglesa, ya que cuando sir Richard abrió la puerta con un temblor de cristales y salió a recibirles, enmudecieron de golpe.

—Os habéis empapado —dijo sir Richard—. A propósito de su maleta, Marda, he estado pensando en el problema...

—Sir Richard, no hace falta que usted...

—Mi querida niña, una maleta es una maleta. Ah, Myra, justamente le estaba diciendo a Marda que he estado pensando en esa maleta suya.

—Será mejor que vayamos a comer inmediatamente —dijo lady Naylor con tono imperioso.

—La señorita Norton tendrá que cambiarse.

—Por Dios, Hugo, ¿cómo has dejado que se empape de esa manera?

—Querida, yo no soy un paraguas.

—Marda, ¿cómo has podido salir sin un impermeable?

En el salón, Gerald se dirigió hacia una ventana y contempló la lluvia con un aire perplejo, acariciándose la nuca; tenía el aspecto de un suboficial bastante corriente. Lois se miró en el espejo, luego salió al vestíbulo para avisarles de la llegada de Gerald. Todos se la quedaron mirando fijamente y ella se llevó una mano a la cara.

—El señor Lesworth ha venido a almorzar —anunció con un tono de desaprobación—. Le dijisteis que podía venir cuando quisiera, por lo que ha debido de pensar que podía hacerlo.

—Pues claro que sí —dijo lady Naylor—. Supongo que se lo habrás dicho a Sarah, ¿no?

—Es que no sé dónde encontrarla: siempre se está cambiando de ropa.

—Eso no es verdad. ¿Crees que conservaría una criada que se cambiara de ropa sin parar? Sólo lo hace una vez al día, pero tú siempre la buscas en el momento equivocado. ¿Dónde está el señor Lesworth?

—En el salón.

—¡Vaya idea! ¿No estaría mejor en la biblioteca? Richard, ¿por qué no has hecho entrar al señor Lesworth en la biblioteca? Sin duda deseará lavarse.

Lois subió la escalera. Marda la siguió y la tomó por el brazo; Lois se sobresaltó. No se le ocurría nada que decir, Marda tampoco habló; subieron en silencio.

—¿Tendrá un momento? —dijo Lois cuando se separaban—. Quiero enseñarle

mis dibujos. Son muy malos.

—Ven a mi habitación después del té.

Sir Richard estuvo conversando con Gerald sobre la guerra Bóer y la milicia de Cork durante todo el almuerzo. Le gustaba el joven. Laurence habló con Marda sobre la pesca de las ballenas; lady Naylor y Francie volvieron al tema de los Aberdeen y Lois intentó explicar a Hugo la pintura de Augustus John. La lluvia cesó y todos convinieron en que no se había tratado más que de un chaparrón.

Lois y Gerald estaban sentados el uno junto al otro, pero no sentían necesidad de hablar y se contentaban con pasar los platos. Lois notaba el costado contra Gerald como entumecido.

—¿Frambuesas? —preguntó Lois con aire molesto al final del almuerzo.

—Sí, por favor.

Él no estaba en absoluto nervioso. Qué extraña es, pensó Lois confusamente, la manera que tienen los hombres de dejar lo que están haciendo sin estremecerse lo más mínimo por romper con esa parte de ellos mismos que estaba realizando la acción. Su integridad permanece inmutable, la acción queda en suspenso en el aire del lugar, flotando sobre la hierba o por encima de los muebles, y cristaliza en la memoria, eterna, maciza, tan clara en el pensamiento como el contorno de un piano de cola lo es para la mano. Por su parte, ella se sentía ligada a todas las emociones que había vivido. Pero el beso que él le había dado, la brusquedad de su gesto, ya no formaban parte de él. Su atención estaba centrada ahora en las frambuesas, en aplastarlas sobre la nata que iba adquiriendo un hermoso color carmín sobre el brillo del azúcar. Ella observa la obra en el plato de Gerald.

—Magnífica —respondió a sir Richard para señalar su acuerdo respecto a la milicia de Cork.

Al salir al vestíbulo, Laurence ofreció un cigarrillo a Gerald.

—Estadounidenses..., extra suaves.

—Gracias... Yo...

—¿Y su orquesta de jazz?

—Tocamos muy poco, ya sabe, no tenemos mucho tiempo.

—Dígame, ¿ha matado a alguien?

—¿Cómo dice? —preguntó Gerald estupefacto.

—¿A alguien, anoche?

—¡No, por Dios!

—Pero ¿no patrullan para eso?

—En realidad, buscábamos armas. Y por la noche se encuentra a personas de lo más curiosas en sus casas. Íbamos en busca de un tipo llamado Peter Connor, y lo capturamos. Estaba en su casa, en la cama. Esos tipos nos creen más tontos de lo que somos.

—¡Qué desvergüenza! Por cierto, tío Richard, Lesworth ha capturado a Peter Connor.

—Lamento oír esa noticia —dijo sir Richard, enrojeciendo intensamente—. Su madre está muriéndose. En fin, supongo que usted debe cumplir con su deber. No olvidemos preguntarle por la señora de Michael Connor. Haremos que le lleven uvas. Pobre mujer..., es una verdadera pena —concluyó, y se dirigió suspirando hacia la biblioteca.

Gerald se quedó horrorizado. Su deber, tan luminoso, tan abstracto, había quedado repentinamente atrapado por la tenebrosa garra de las relaciones personales.

—No tenía ni idea —exclamó dirigiéndose a Laurence— de que esas personas fueran amigos suyos.

—Qué se le va a hacer —dijo Laurence—. Probablemente, se trataba de un tipo asqueroso... Oiga, Lesworth, si no le gusta este cigarrillo, tome uno de los suyos. Hacía siglos que no le veíamos. Por cierto, ¿cómo les va esa guerra suya? Tenga en cuenta que yo no tengo ni idea de lo que sucede; por mí, podría estar pasando en los Balcanes. A veces lamento no ser un combatiente. Me gustaría hacerle una o dos preguntas..., pero si prefiere hablar con otros..., no querría importunarle.

—De ninguna manera.

Las señoras estaban en el salón y se reían con gran familiaridad, alzando a través de la puerta abierta una barrera de exclusión. Laurence y Gerald deambularon por el pasillo, observándose el uno al otro de reajo de forma amistosa. Laurence era tres años más joven, pero imponía su sentimiento de superioridad. Con el cabello claro despeinado, sus grandes ojos de extrañeza y el pantalón de franela gris informe, le daba a Gerald la impresión de que se había levantado a mediodía. El guante gris seguía reposando sobre la mesa, con los dedos retorcidos en un gesto de burla. Fuera, bajo un irresponsable estallido de sol, los campos mojados presentaban un brillo metálico. Gerald pensó en los hombros de Lois, en su rotunda redondez, en el contacto de la lana húmeda bajo la presión de las manos. El interés que le mostraba Laurence le halagaba pero le hacía sentirse incómodo, ya que, para alguien simple, contenía en realidad la amenaza desagradable de quien se prepara para tender una trampa. Frunció los labios como si fuera a silbar y encogió ligeramente los hombros.

—Usted, por ejemplo, ¿qué piensa personalmente de todo esto?

—Bueno, mi opinión es que...

—Ah, no, no quiero su opinión. Lo que me interesa es su punto de vista.

—Bueno, la situación es desastrosa. Pero lo que es justo es justo.

—¿Y por qué?

—Pues... desde el punto de vista de la civilización. Y además, no luchan limpiamente.

—Ah, es que en Irlanda no existe el espíritu del juego limpio. Pero, dígame..., ¿qué quiere decir con el punto de vista de la civilización?

—Oh, la nuestra.

Laurence subrayó su aprobación con una sonrisa: la convicción, enunciada sin arrogancia, transmitía honradez. Gerald, molesto por tanta benevolencia, recurrió de

nuevo a su nuca, tan gratificadamente lisa.

—Pensándolo bien —explicó—, quiero decir, si examinamos la historia, y no es que yo sea un intelectual, parecemos ser los únicos.

—La dificultad estriba en hacérselo comprender.

—... Además, nosotros tenemos lo que ellos realmente necesitan..., aunque, por supuesto, cuanto más se piensa en ello, más pequeño se siente uno como persona.

—¿Sí? Yo no me siento pequeño en ese sentido. Pero yo no soy inglés...

—Oh, no. Le ruego que me perdone.

—¡Gracias a Dios!

—No comprendo.

—Dios sí, tal vez. ¿Y si vamos a reunirnos con los demás?

Gerald, sorprendido, entró antes que Laurence en el salón. Su conversación, brutalmente interrumpida en ese punto, parecía, por su propia naturaleza, condenada a no proseguir. A Gerald le hubiera gustado explicar que ni él ni su país podrían sentir un respeto más profundo por el principio de nacionalidad en su conjunto, y que, si él se encontraba allí para capturar y matar irlandeses, no por ello dejaba de tener conciencia de un error de rumbo, incluso una paradoja. Mientras se dirigía hacia las señoras, su vivacidad había quedado embotada por un ligero agotamiento debido al esfuerzo: intentaba recordar confusamente algo que había dicho Napoleón, una frase increíblemente justa y apropiada que había anotado en una libretita. Laurence no había contado con poder explicar la existencia de un desacuerdo sobre el concepto que cada uno tenía de esa cosa, la civilización, pero había esperado que Gerald le comprendiera sin necesidad de palabras. Laurence la concebía como un sistema bastante complejo de formalidades; una red precisa, delicada, de fuerzas ejerciendo una acción recíproca entre los seres, a semejanza de bóvedas que se entrecruzan; una amabilidad desprovista de emoción que se transformaba en afirmaciones de naturaleza egoísta o racial; un silencio helado por la comprensión que acallaba el clamor de las explicaciones. Laurence podía prever en este sistema el fin del arte, del deseo, como también el fin de la batalla, pero fue en honor de este fin, de esta negación sin rostro y, sin embargo, hermosa, por la que había levantado mentalmente su copa mientras decía: «¡Gracias a Dios!».

Gerald sabía que cualquiera que hablara de Dios en ese tono no podía tener fe. Había oído decir que Oxford estaba invadido por el socialismo, cuya naturaleza errónea provenía de un exceso de reflexión y, sabiéndolo, había encontrado la conversación de Laurence decididamente Sinn Féin. El primo de Lois le despertaba simpatía y respeto; con esa ingenua curiosidad que mostraba por el derramamiento de sangre le hacía sentirse un hombre, una curiosidad a la que Gerald había permanecido ajeno desde la época en que el *Boys' Own Paper* yacía en el suelo de la escuela de párvulos. Además, Laurence no habría podido aburrirse de forma tan evidente en las fiestas si no fuera muy intelectual, como decía todo el mundo.

Al ver aproximarse a Gerald con una ausencia de sonrisa que era casi una sombra,

Lois se dijo que había sido injusta con él. El gesto contenido de Gerald (en su búsqueda de Napoleón) le confería una belleza más bien grave. El beso que habían intercambiado bajo el alto techo debía de estar presente y tangible también para él. Al notar en él una mayor hombría, deseaba sentir de nuevo sus labios para capturar todo aquello que se había perdido la primera vez. Y la rápida ojeada que Marda les lanzó selló su estado de ánimo con un reconocimiento solemne.

—¿Y si salimos fuera? —dijo Lois a todos en general para que Gerald captara la indirecta.

—Volverá a llover de un minuto a otro —dijo lady Naylor desafiando al cielo con la mirada. Y de hecho, algunas gotas brillaban ya contra el sol—. Además, tengo ganas de hablar con el señor Lesworth. Siempre que viene, es para jugar al tenis, o bien me olvido de lo que quiero decirle. Pero deseo preguntarle algunas cosas... Quiero conocer su punto de vista...

Se sentó en una desvaída poltrona con un frufú de impaciencia. Francie, atraída, arrastró su falda y su labor hasta el otro extremo del sofá; Marda, que introducía otro cigarrillo en la boquilla, se apoyó en el respaldo. Lois se alejó de aquella constelación de rostros ávidos. Las tres mujeres eran sus enemigas tanto como podían serlo su propia irresolución o las brillantes y despiadadas gotas de lluvia que golpeaban los cristales. Y sin embargo, su imprevista combinación la había derrotado. Bostezó ante la perspectiva.

—No bosteces, Lois —le dijo su tía—. Bien, señor Lesworth, quiero saber lo que piensa el coronel Boatley de las represalias. Esto no saldrá de aquí, puede estar seguro, pero sobre todo no crea que le pido que sea indiscreto... Laurence, cierra la puerta, ¿quieres?

Laurence cerró la puerta tras él. Y Gerald, sentándose con un suspiro, declaró que, evidentemente, era un asunto espinoso. Cruzó una mirada con Marda, y en el oscuro y risueño destello de sus ojos leyó el destino funesto de la tarde que le esperaba.

—¡Es tan interesante! Francie, tú estabas preguntándomelo, ¿verdad?, y yo te he dicho que deberíamos planteárselo al señor Lesworth... Marda, escucha tú también, querida, no importa, deja caer la ceniza sobre la alfombra, no debes perderte esto. Porque hoy en día, con tantas tonterías como se escuchan en uno y otro lado, creo que hay que hablar con fuentes bien informadas, a menos que el señor Lesworth prefiera que no lo hagamos. Vamos, cuéntenos.

Y Gerald, medio hipnotizado, totalmente desprovisto de lucidez e ignorante de las confidencias de su coronel, les repitió lo que había leído en el *Morning Post*. Como observó lady Naylor, nadie se atrevería a tomar ese periódico en serio, por lo antiirlandés que era, pero viniendo de alguien «tan al corriente» como el señor Lesworth, sin duda valía la pena escuchar lo que pensaba. Y como ella resaltó más tarde, era extraordinario constatar que nada hacía tambalear a estos jóvenes ingleses, fueran cuales fueran las experiencias que hubieran tenido. Sus mentes seguían siendo

como álbumes llenos de recortes de periódicos.

Un coche blindado pasó a recoger a Gerald a las cuatro y se lo llevó bajo la lluvia. Hacia el final de la tarde, se había mostrado muy alicaído y su personalidad había quedado envuelta en una especie de niebla; admitió que tenía sueño. Lady Naylor observó que era una pena que no pudiera quedarse a tomar el té, pues éste se habría repuesto. ¡Quedaban todavía tantas cosas que deseaba saber! El salón adquirió para Gerald un aspecto fantástico y frágil, como si fuera un palacio de hielo y, reflejado por delante y por detrás en los grandes espejos, le pareció un conjunto de galerías del palacio de Versalles a través de las cuales él tendría que avanzar cansinamente, cada vez más aletargado por la admiración. Ya no volvió a estar a solas con Lois. Ella entraba de vez en cuando, lanzaba una mirada vaga en derredor y volvía a subir a su habitación. Desde abajo, él oía la música de su gramófono. Lois salió con Marda a la escalinata para despedirse de él; cogidas del brazo, se sacudían la lluvia del pelo. Lo último que vieron de él fue una pierna enfundada en una polaina que entraba en el coche con precaución. Acero que se desliza y se cierra; le hicieron señales de despedida pero no apareció ninguna mano. Por lo visto, la máquina ya estaba engulléndolo. Gerald se alejó de ellas con frialdad marcial.

A las cinco y media, Lois subió al último piso de la casa con sus cuadernos de dibujo, se detuvo un instante para recuperar la confianza y llamó a la puerta de Marda. Al entrar en la habitación luminosa y metamorfoseada, dejó caer con desenvoltura sus cuadernos sobre una banqueta colocada junto a la ventana. Marda estaba sentada tras el escritorio, haciéndose las uñas. Por todas partes se veían frasquitos, algodones y botellas; sobre sus rodillas había extendido una gamuza. Un suave olor a barniz, semejante al de los caramelos ácidos, flotaba en el aire.

—Lo único que puedo hacer con las mías —declaró Lois, absorta— es mantenerlas limpias.

—Ya es bastante. Todo viene de esa manía de maquillar hasta la parte más pequeña del cuerpo que se muestra... ¿Un cigarrillo, Lois?

—Oh... Gracias. ¿No le importa que haya venido?

—¿Por qué habría de importarme?

—¡Qué cepillos tan bonitos! Y ese marco de fotografía..., ¡qué original!

—Ah, sí, es Leslie Lawe.

—¿Quién? Ah, sí —Lois dudó un instante—. ¡Es muy guapo! Usted, ¿usted le conoce bien?

—Muy bien. Estamos prometidos.

—Oh, ¡es maravilloso! —Lois sintió algo parecido al desengaño.

—Pues sí, ¿no lo sabía?

—Bueno, pensaba que debía de estarlo. ¿Vivirán en Londres?

—Supongo que sí. Imagino que tendremos que vivir allí.

—Oh, es estupendo.

Marda se echó a reír y se puso a cerrar las tapas de los botes. A la luz de su brillante existencia, su habilidad le parecía inimitable a Lois. Habría que haber vivido veintinueve años al mismo ritmo, de manera tan confiada y desenfrenada, para cerrar los tapones rosas de los pequeños frascos blancos con semejante ligereza en los dedos, con ese grado de diversión, con esa indiferencia en la sonrisa y con tal aplicación en la actitud. Y el olor rosa del barniz de uñas, los vestidos desparramados en el respaldo de una silla, el brillo de la hebilla de un zapato que se balanceaba, la nube de polvos sobre el espejo, la habitación misma por encima de la copa de los árboles, adquirirían una plenitud, sonreían en secreto y mostraban el lustre y la profundidad de la experiencia. Hasta los pájaros del papel del friso volaban alrededor de la habitación en consciente agitación.

—¡Qué bonito vestido! —exclamó Lois, y asió el extremo de una manga roja de tal forma que pareció darle la mano a la prenda.

—Es de Viena.

—Y... ¡qué verde más bonito! Pero igual estoy manoseándolo todo.

—Me gusta. Pero ¿no me ha traído los dibujos?

—¿Dibujos? Ah, sí, mis dibujos. Temo que la aburrirán.

—No lo creo.

—Bueno, sí, los he traído por si acaso.

Había traído dos cuadernos de bocetos, alegres bajo su encuadernación jaspeada, con las páginas separadas por papel de seda. Se los entregó a Marda y luego se dio la vuelta. Los dibujos, en tinta negra, ilustraban *La muerte de Arturo* y los poemas de Omar Jayam. Recordaban a Beardsley. Lois, al lado de la ventana, oía crujir el papel de seda bajo los dedos de Marda: miraba atentamente la lluvia. Más allá de los árboles de la finca, una carreta pasaba chirriando por el camino. Marda, concienzuda, volvió a la página del título. Se detuvo allí porque Lois había escrito, con inseguras letras góticas:

Soy una pintora que no puede pintar;
en la vida, más diablo que santa;
de espíritu, una criatura más bien pobre:
¡Mi incapacidad no tiene límites!
Pero al menos hay una cosa que sé hacer:
amar a un hombre u odiarlo
a la perfección.

Este libro pertenece a LOIS HONORIA FARQUAR

—Oh —dijo Marda.

—Elizabeth Browning.

—Pero ¿realmente puede hacer eso?

—¿Por qué no?

—¿Y está segura de que no sabe pintar? ¿Lo ha intentado alguna vez?

—Yo detestaba a dos chicas del internado y, sinceramente, encuentro al señor Montmorency bastante detestable. No puedo evitar involucrarme con las personas. Las relaciones personales me trastornan profundamente; es lo que decía la directora de mi colegio. Es verdad que aquí las ocasiones son raras, al menos por el momento. La edad adulta parece trivial en cierto modo. Quiero decir, cambiarse de ropa y escribir notas en lugar de cartas y tratar en todo momento de causar impresión. Cuando uno debe preguntarse sobre los sentimientos de los demás hacia nosotros, no queda tiempo para preguntarse sobre los sentimientos de uno hacia ellos. Todo el mundo es simpático con una de un modo un tanto monótono. En los jóvenes no encuentro gran cosa que me atraiga. Sin duda algún día lo haré. ¿Le pareció alguna vez difícil comenzar?

—No me acuerdo. Siempre he sido incapaz de ver la otra cara de las cosas una vez han pasado.

—Creo que voy a tener que arrancar esta página del título. Lo escribí cuando era bastante joven. Pero seguramente el amor no suscitaría tantas conversaciones si no tuviera algo, ¿no? Quiero decir que, incluso el jabón, a pesar de toda la propaganda que le hacen...

—Oh, sin lugar a dudas. Déjeme mirar sus dibujos.

Marda, que seguía sentada a la mesa con las piernas cruzadas, abrió el cuaderno con gesto enérgico. Pero Lois, con el rostro encendido, no pudo evitar observar:

—Alguien me dijo que yo era una neurótica.

—En su lugar yo no me preocuparía mucho.

Con una brusquedad de la que no era consciente, Marda volvió a los dibujos. Lois pensó «No le intereso», y se sentó en el suelo con la espalda contra la cómoda. Sobre la alfombra moteada se enrollaban extraños follajes rosas: alguien ya muerto había respondido a una idea de belleza al comprar esa alfombra. Lois pensó que en la habitación de Marda, cuando estuviera casada, podría haber una alfombra azul adornada con una flor semejante a un racimo de uvas y que este cuarto, y este momento, caerían en el olvido. La habitación ya parecía invadida por la oscuridad del olvido. Y Lois deseó que, en lugar de ajarse inexorablemente por el vano sol de numerosos veranos, la alfombra ardiera con la casa en una noche escarlata para lanzar una violenta llamada a la memoria de Marda. Lois se dio cuenta una vez más de que nadie había ido a buscarla, finalmente. Se dijo: «Tengo que casarme con Gerald».

Pero su corazón brincaba a cada página que Marda pasaba. Cada mirada que se posaba se imprimía en su sensibilidad como si fuera de papel. Por regla general, las reacciones suscitadas por los dibujos de Lois eran esporádicas, entrecortadas: «¡Querida! Son inquietantes... ¡Qué maravilloso muecín! ¿No son las siete reinas?». Y Lois había acabado por creer que los dibujos tenían un significado. Un simple vistazo sobre ellos, aunque hubiera perdido la capacidad de verlos, le proporcionaba

esa especie de seguridad asombrada que se puede esperar de la maternidad.

Marda no decía nada; una vez o dos cambió de posición, desplazando el cuaderno de una rodilla a la otra. El hollín, que se había desprendido con la lluvia, se soltó y cayó con un ruido seco sobre la pantalla de papel de la chimenea, lo que provocó un intercambio de miradas. Luego, volviendo a cerrar el cuaderno de dibujos, Marda declaró pausadamente:

—¿Sabes?, creo que eres más inteligente de lo que tus dibujos permiten suponer.

—Oh...

—No te importa que te lo diga, ¿verdad? Escucha..., coge otro cigarrillo. ¿Has pensado en escribir, por ejemplo?

—Es tan embarazoso. Hasta los... los elefantes adoptan un cariz íntimo.

—Lo sé. He dejado de leer. Estoy harta de sus elefantes íntimos... ¿Y actriz? Pero ¿por qué estás aquí?

—No lo sé —dijo Lois, sorprendida.

—¿Te gusta el papel de joven agradable?

—Me gusta formar parte de un diseño. —Lois siguió con el dedo la línea del follaje rosa—. Me gusta tener vínculos; tener que ser lo que soy. *Ser*, sin más, es demasiado inconsistente, demasiado solitario.

—Entonces te gustaría ser esposa y madre —Marda se levantó y comenzó a cambiarse las medias—. Se me ha hecho una carrera —explicó—. Afortunadamente, siempre podemos seguir siendo mujeres.

—Detesto a las mujeres. Pero no sé por dónde comenzar para ser otra cosa.

—El clima.

—Y sin embargo, no me gustaría nada ser hombre. Arman tanto jaleo en cuanto hacen algo...; salvo Laurence..., pero es demasiado holgazán. ¿Tendría que irme a Londres?

—¿Has estado ya en el extranjero?

Desde luego que no había estado, dijo, a causa de la guerra, y claro que le gustaría. Estaba Roma, donde le gustaría permanecer sola en un hotel. Estaba simplemente «el extranjero»: siempre se había preguntado cuánto duraba este sentimiento. Y sobre todo estaba Estados Unidos, pero había que contar con recomendaciones, en caso contrario se corría el riesgo de acabar con tortícolis de tanto levantar la cabeza para verlo todo. Tenía ganas de sentirse real en Londres. Nunca había fijado la mirada al salir de un desfiladero sobre pequeñas ciudades blancas distintas unas de otras y sin chimeneas que echaran humo. No había permanecido nunca más de cinco minutos en un túnel; había oído hablar de túneles en los que una podía prácticamente morir de asfixia. Nunca había visto nada que sobrepasara lo que podía imaginar. Quería ver, precisó, lejanías que estuvieran tapadas aquí y allá por Sagradas Familias; pequeños árboles negros asaltando blancas colinas. Las cosas pequeñas tendrían importancia, se decía: árboles en los que crecían luces eléctricas, le habían contado; sifones de vidrio de colores. Quería ir allá donde

la guerra no había llegado. Quería conocer un país indolente donde las personas encontraran la política pesada, donde por las noches se tocara música en la calle y nadie tuviera ganas de dormir. Quería entrar en catedrales sin que nadie la reprendiera y levantar la mirada, sin ideas preconcebidas, hacia esas extrañas profundidades acuosas. Debía de haber ciudades perfectas donde las sombras tenían la solidez de edificios, ciudades secretas sin frialdad, inconscientes sin indiferencia. Le gustaban las montañas, pero no le interesaban las vistas. No buscaba la aventura, pero por una vez en la vida tenía ganas de escapar a la muerte. Quería ver algo de lo que sólo ella pudiera acordarse. ¿Se podía realmente hacer flotar una piedra sobre la lengua de un glaciar? Le gustaban los lugares sin trabas. No quería ver el Taj Mahal o la torre Eiffel (¿podía evitarlo alguien?), o ir a Suiza o Berlín, o a cualquiera de las colonias. Le gustaría conocer a otras personas y ser invitada a cenar en terrazas, y también pensaba que sería una pena perderse el amor. ¿Se podía viajar sola? No le importaría que la miraran por ser mujer, estaba cansada de que no se fijaran en ella por ser una dama. Era incapaz de imaginar no querer tener a alguien con quien hablar a la hora del té. Si iba a Cook, ¿la informarían sobre todos los trenes, en España y en otros lugares? Ella nunca había ido a Cook. ¿Había una ley que prohibía la venta de billetes a los menores de edad?

Marda, alisando la última arruga de sus medias antes de sujetarlas al ligero, respondió que ella creía que no.

—Desde luego habrá quienes puedan hacer todo eso, pero no seré yo.

—Aunque podrías interesarte por las cosas que suceden sin más; no esperes que te emocionen o transformen... o, implícate en lo que haces. Una se limita a observar. Sufrir es no comprender.

El consejo, fruto de su relación personal con la experiencia, con la imprudencia, y desprovisto de la banalidad suprema, no tenía para su joven amiga —como Marda presentía mientras hablaba— ningún sentido ni valor. La infinita diversidad de esta relación hace imposible la comprensión entre dos seres y reduce todo el esfuerzo de la compasión a una serie de torpes tentativas de franquear los obstáculos de la personalidad. Lois, con la mirada perdida en el cielo, se decía que de todos modos no podía viajar por Europa con una maleta de tela verde con las iniciales del internado. Se moría por tener tres maletas de cuero. Observó tristemente:

—Una se siente sola al pensar en todos los lugares en los que no está.

—Cálmate, pequeña.

—¿No cree que los viajes de novios son una forma muy mala de viajar?

—Eso me recuerda... Tengo que escribir una carta. No te vayas..., mira, coge otro cigarrillo. ¿Qué fecha es hoy?

—No lo sé. ¿Tiene alguna importancia?

Evidentemente, la tenía; Marda hubo de sacar todas las cosas que se encontraban en el fondo de una maleta para comprobar la fecha en una agenda. Y Lois llegó inmediatamente a la conclusión de que Leslie debía de ser de ese tipo de personas

convencionales a las que no les gustan nada las chicas de diecinueve años, la clase de hombre cuya mirada se desliza con impaciencia sobre la tuya, que no se entusiasma por nada y lee biografías de políticos, salvo la de Disraeli. Oía escribir a Marda, la alternancia de pequeñas pausas con el deslizarse de la pluma sobre el papel; sus hombros, la inclinación de su cabeza, adquirirían un aire de obligación. Lois pensó que en realidad Marda debía de estar muy impaciente por casarse y ansiosa por no espantar a Leslie, y que sus maneras distantes, su aire enérgico y rebelde, debían de ser una fachada, fortuita y efímera.

—Creo —dijo Lois— que debo ser una mujer amiga de las mujeres.

—Por supuesto. ¿Dónde vamos a jugar al tenis mañana?

—A Castle Trent..., pero no iremos a causa de la lluvia. ¿Es muy sociable el señor Lawe?

—Bastante. Desde luego, le gusta frecuentar a personas agradables. ¿Cómo se apellidaba el hombre que vino a almorzar?

—Lesworth. Gerald es muy sociable. Sonríe constantemente, como un perro. ¿Cree que eso es bueno en un hombre?

—Estoy escribiéndole a Leslie que desea casarse contigo..., ¿puedo?

—¿Causará eso una buena impresión en el señor Lawe?

—Digamos que te viste un poco. Y no sé qué más decir.

—No lo borre —dijo Lois tras un silencio—, aunque en realidad él no ha hablado de matrimonio. Simplemente me ha besado. Los ingleses no tienen las mismas reglas morales.

—Además, no había dormido en toda la noche.

—¿Cómo son los hombres con los que se está comprometida?

—Muy solícitos y amables —respondió Marda, colocando un bloc de papel de cartas sobre la hoja—. Metódicos, apasionados y precisos. Cuando te aprietan contra su pecho, oyes cómo se arruga un papel, y cuando te levantas para ir a empolvarte la cara y arreglarte el pelo, tosen, sacan el papel de su bolsillo, bien plegado, y te dicen: «Ahora que lo pienso, quería consultarte sobre este asunto». La vajilla vuela por la habitación como en una arlequinada. Se tiene la impresión de que te han besado en un comercio. No logro estar a la altura. Propuse escribir a esos colegios privados para reservar una plaza para nuestros tres niños, pero al parecer eso no estuvo bien. Cuando estás comprometida, se vive en el futuro y una gran parte del futuro es indecoroso hasta que no ha sucedido.

—Oh..., ¿qué pasaría si perdiera su anillo de compromiso? —preguntó Lois con aire risueño.

—No me atrevo a llevarlo. Ah, mira, estoy diciendo tonterías. Lo siento, Lois, pero no debes hablarme mientras estoy escribiendo una carta. Necesito a Leslie. Las vajillas carecen de importancia. Tendrás suerte si no llegas a necesitar tanto a alguien. Ni siquiera sé lo que merece la pena. Estoy harta de andar a tientas. A ver si encuentras un libro o algo. No te vayas.

Lois no quería irse, pero pensó: «¿Por qué me retiene aquí si está pensando en Leslie?». Se esforzó por imaginar una situación en la que Leslie estuviera ridículo. Rezó para que los respetables tres niños jamás vieran la luz. Deseó que fuera padre de cinco niñas, todas artistas.

—Una última cosa —añadió Lois—, ¿por qué los hombres se fotografían tan pocas veces de perfil? ¿Están obligados a parecer francos?

Los pasos que avanzaban por el pasillo, inexorables y decididos, podrían haber sido los de Leslie, pero pertenecían sin duda a Laurence.

Laurence llamó a la puerta y anunció desde el otro lado que su tía Myra quería saber si las cartas estaban listas. Timothy iba a marcharse enseguida; podría esperar cinco minutos, pero en ese caso estaba casi seguro de no llegar a tiempo a correos.

—¡Maldita sea! —exclamó Marda.

—¿Cómo dice?

—Oh, pase. ¡Por qué me habré arreglado las uñas!

Laurence se sentó en el alféizar de la ventana. Estaba a la vez irritado y sorprendido de encontrar a Lois allí. Se imaginaba que habría estado molestando a Marda con sus confidencias, su incesante agitación, sus preguntas sobre el amor y sus ganas de probarse los sombreros de la invitada. Sin duda le había traído un libro de poemas que no dejaba de mostrarle con un dedo en el margen para señalar sus pasajes preferidos. Deseaba que Lois se casara y se marchara de Danielstown; podía imaginársela perfectamente vestida de novia, muy rosa, y luego como una joven esposa *à la Chejov*, con su corpiño rosa, chupando caramelos ruidosamente, parloteando de los amantes de sus amigas, en un ininterrumpido crujir de papeles. Esperaba que se casara con Gerald, que no tenía papeles que hacer crujir.

—Espero —dijo Laurence— que la compañía de Lois haya estado divirtiéndole.

—No hables —dijo Lois—, quiere acabar de escribir su carta.

—Por supuesto —contestó Laurence.

—Cuéntale lo de Leslie —dijo Marda apresurándose a escribir—. Eso facilitará las cosas durante la cena.

—Está prometida —explicó Lois—, a un tal señor Lawe. Es el de esa fotografía. Se llama Leslie.

—Ah, ya veo —replicó Laurence.

—No tiene nada de cómico —dijo Marda, volviéndose hacia ellos y apartando la carta—. Ella hace que suene como... como un tal «señor Wilkinson, clérigo». Lady Naylor no tendrá una palabra que objetar, aunque todavía no le he dicho nada. ¿Está dispuesto a influir, junto con el señor Montmorency y Lois, en la opinión de los otros y en no sorprenderse cuando hable de él durante la cena? Justo después del plato de pescado, había pensado..., no puedo terminar esta carta; saldrá mañana y ahora enviaré un telegrama.

—Tengo una noticia que darles. Ayer noche hubo un ataque en Castle Trent, buscaban armas. No encontraron nada, por supuesto. Según los Trent, eran unos

auténticos aficionados, nada que ver con el IRA. Se llevaron botas. En su opinión, uno de los asaltantes era un primo del jardinero, un hombre de Ballydarra que detesta a la familia. Dejó un mensaje de lo más innecesario, un cráneo con dos tibias; me parece que es un tipo bastante estúpido. Quién sabe, tal vez vengan aquí esta noche. Tenemos dos azagayas y el estilete que el tío Richard utiliza como abrecartas.

—Es que es un abrecartas —precisó Lois—, pero tiene la forma de un estilete. Qué emocionante es todo. Quedémonos levantados toda la noche.

—Yo me quedaré levantado, pero tú deberías ir a acostarte. Te podrían ofender.

—Tampoco soy tan remilgada.

Laurence se encogió de hombros.

—En cualquier caso, no se lo digas a los demás. El tío Richard armará mucho jaleo y lo estropeará todo, y si se los encuentra la tía Myra, los tendrá hablando toda la noche.

—Me resulta muy curioso —observó Laurence— que sea tía carnal mía y no tuya.

Apoyada contra el respaldo de la silla, Marda lo miró con aire pensativo. No se había dado cuenta de que pudiera ser tan desagradable. Si no tenía cuidado, acabaría exactamente como el señor Montmorency. Se lo dijo y añadió que le sorprendía la poca estima que sentía por Lois.

—Es realmente encantadora —dijo— y muy inteligente. Piense en todos los primos que podría haber tenido. No es culpa de ella que usted no pueda estar en Tahití o en Valladolid o en donde usted hubiera querido estar este verano. Si no estuviera a punto de casarme, le pediría a Lois que viniera conmigo al extranjero. Nunca me había aburrido menos.

—Eso sería maravilloso —dijo Lois.

Desde que Laurence había entrado, ella se sentía más a solas con Marda, más cercana a ella; podía reflexionar sobre todo lo que ella había querido decir. Embriagada por que la consideraran encantadora y por el desaire que le habían hecho a Laurence, se sentó en el extremo de la cama de madera y se puso a balancear las piernas y a sonreír, la viva imagen de la jovencita. Sentía el movimiento, la brisa sobre la cara como si estuviera en la proa de un barco. La vida la empujaba, con fuerza, de nuevo hacia delante. Estaba segura de que Leslie iba a morirse o a romper el compromiso.

—En cualquier caso —dijo Laurence—, le puede pedir que sea su dama de honor. —Y vio a Lois, con la cara triste frente al altar, de pie sobre una rejilla que le enviaba aire caliente a las piernas, las lágrimas resbalándole por la nariz hacia un ramo de crisantemos. Se guardaría el lazo del ramo y se lo mostraría confidencialmente a Gerald mientras deshacía el equipaje en su noche de bodas.

—Pienso partir muy pronto al extranjero —anunció a Laurence.

—El señor Montmorency ha ido a pasear —respondió él—. Ha tenido que llevar un paraguas. Parece que nunca lo hace, pero cuando ya estaba a mitad de la avenida,

la señora Montmorency le ha gritado que debía llevarlo, porque nunca había llovido tanto. Entonces ella ha cogido un paraguas para él y otro para sí y ha corrido para alcanzarlo. La tía Myra ha dicho que no habría tenido que apresurarse así debido a su corazón y me buscaba con la mirada, pero yo ya me había metido en el comedor, donde nadie pensaría en buscarme fuera de las comidas. Entonces ella ha ido a buscar al tío Richard, quien ha cogido un paraguas y se ha puesto a recorrer la avenida detrás de la señora Montmorency gritándole que no corriera de ese modo. Cuando la ha alcanzado, le ha quitado el paraguas de las manos y ha corrido más deprisa aún, desgañitándose detrás del señor Montmorency, que hacía como si no oyera nada y seguía andando, mostrándonos un evidente odio.

—¿Y cómo sabes tú todo eso si estabas en el comedor?

—Una vez que han salido, he ido a observarles desde la ventana de la biblioteca... Lois, ¿te ha dicho Lesworth que había capturado a Peter Connor? Al parecer, estaba en la cama.

—¡Laurence! —gritó lady Naylor desde el fondo del pasillo—. ¿Dónde estás? ¿Y las cartas de Marda?... Es demasiado tarde para que salgan ahora —prosiguió mientras se acercaba—. Timothy ha esperado diez minutos y ahora va a tener que correr todo el camino, aunque sin duda no llegará a tiempo... Oh, ¿estáis todos aquí?

Miró a sus sobrinos con aire despectivo y se sentó en la cama.

—Es algo extraordinario —dijo, sin dirigirse a nadie en especial— que no se pueda confiar nunca en nadie de esta casa para llevar un mensaje... Qué día más agotador —añadió—. No cabe duda de que el joven señor Lesworth es amable como pocos, aunque no es inteligente. Y luego, no han dejado de correr arriba y abajo la avenida con los paraguas. Y para colmo, ¿qué os parece?, han atacado Castle Trent en busca de armas. Según los Trent, todo lo ha organizado el primo de su jardinero. Se han llevado algunos pares de botas.

13

Cuando todos se habían ido a dormir, los quinqués de abajo habían sido apagados y las puertas de arriba cerradas con un temblor sobre las últimas voces, Francie habló del compromiso de Marda y dijo que se alegraba. Se alegraba en tanto que esposa de que la red se aflojara. Ella hablaba, pero Hugo no respondía; seguía estando demasiado enfadado por la historia del paraguas para decir algo cuando estuvieran a solas. Así, hasta bien entrada la noche permanecieron tumbados uno junto al otro en la oscuridad, en un silencio pertinaz y airado. Luego ella lloró y dijo que nunca tendrían que haber vuelto a Danielstown.

—Es como si fuera incapaz de acordarme de dónde estaba cada cosa.

—Escucha, si no puedes dormir, no tienes más que tomarte algo.

—¡Hugo!

—Oh, supongo que este lugar tampoco te conviene.

Estaba dispuesto a llegar al insulto, no soportaba que ella se entrometiera en su insomnio. Se volviera adonde se volviese en ese espacio de lúgubre libertad —y su pesar abría ante él un abanico de perspectivas, profundas avenidas cerradas cada una en su extremo por la blancura de una estatua sin rostro—, ella vendría tras él dando trapiés, con la mano en el corazón. «Intenta dormir», le dijo, antes de despacharla con ira.

Ella fingió dormir, con rigidez, apenas soportaba estar tendida allí. Su mente se crispaba, como un puño, en el aislamiento de esta proximidad. Añoraba volver a la vida diurna de las habitaciones vacías de la planta baja. Había permanecido sin dormir en el sur de Francia y oído las palmeras crujir en el viento seco cargado de polvo, mientras los postigos golpeaban contra el muro; había permanecido tendida sin dormir en una habitación de ciudad convertida en campo de batalla de las luces que se filtraban a través del delgado tejido de las persianas, luces semejantes a sus pensamientos, fulgurantes, entremezclados, pero en este campo de batalla, bajo las alabardas, había hecho su aparición, semejante a las rosas de Uccello, un hervidero de pequeños consuelos, una cierta satisfacción ante el sufrimiento, la ternura de un contacto imaginado. Había llorado porque él no estaba allí. Ahora, un sentimiento de nostalgia por aquella soledad, por un muro tan paciente, tan liso bajo la mano tendida, en el lugar donde ahora se encontraba un durmiente, se apoderó de ella y aplacó las lágrimas. Él la creía dormida. Pero hacia las dos de la mañana, ella dijo:

—Me acuerdo de una tal señorita Lawe. La última vez que la vi fue en Dublín, en un tranvía. Recuerdo que aquel día me habló de un sobrino... Me pregunto si será Leslie...

—¿Mencionó su nombre?

—No me acuerdo; bajé del tranvía... Hugo, tengo muchísima sed.

Suspirando, él se levantó de la cama.

Laurence tampoco lograba dormir. Debía de ser algo que habían comido en la cena... Esperaba con impaciencia a los asaltantes y aguzaba el oído en el silencio, que al igual que la oscuridad era pegajoso y agobiante como una tela de araña, y amortiguaba los sentidos. La lluvia había cesado y los árboles se habían sacudido su peso; ni una gota caía a través del follaje ni golpeaba contra su ventana. En algún momento creyó oír un escuadrón de bicicletas en la avenida; se sentó, apoyándose en las palmas de las manos, se preparó mentalmente y se dispuso a bajar y dejar entrar cortésmente a la banda. Tenía la intención de ofrecerles pan y manzanas, también mermelada y whisky, y charlar con ellos tranquilamente, aunque cuando relatara el incidente sólo haría mención al pan y las manzanas, le gustaba ese toque de austeridad, cierta gravedad oriental. Pero no había bicicletas; nadie llamó a la puerta; todo lo que iba a decir se agrió en su interior. Sólo eran algunas vacas que se habían acercado a la casa y se habían frotado contra la alambrada. Luego se alejaron.

Laurence encendió una vela, parpadeó ante la llama estremecida y enseguida la

apagó de un soplo. Volvió la oscuridad, desagradablemente teñida de normalidad. Estaba claro que los azares de la jornada, de la acción, no tenían necesidad de volver a producirse. Y, desde ese punto muerto, frente a esa total ausencia de futuro, el pensamiento de Laurence, como una araña, retrocedió prontamente a lo largo del hilo que había tejido para avanzar, no sin antes vacilar un poco ante la complejidad de su propio recorrido. Volvió a tomar trenes que había perdido, salió de las fauces brillantes de las grandes estaciones para lanzarse hacia lo posible sin límites, volvió a pedir platos bajo un azul cosmopolita, volvió a comerlos, meditó sobre el pensamiento pero pasó de largo de ese golfo ventoso lleno de un fatídico palmoteo de cubiertas vacías de libros. Remontándose más lejos aún, en una especie de libertad todavía por nacer, rehízo incluso los matrimonios. Laura Naylor, burlona, proporcionó a Hugo ternura marital; tuvieron cuatro hijos y todos se apresuraron a endurecerse en Canadá. Aquí, en la que había sido su habitación, Laura, tendida sobre la cama la mañana de su boda, había mirado una araña trepar por el dosel mientras a menos de diez kilómetros Hugo se vestía antes de ser conducido por el pobre John Trent al altar, donde la desposaría, y los cuatro niños saltaban de alegría entre los querubines. Y era Richard quien se había casado con Francie, la cual había acudido a él toda radiante en cuanto él se lo pidió para proporcionarle una existencia apacible, velada de encajes. La tía Myra disfrutó de una vida de soltería plena de ardor, mientras que Laurence, que debía ser saludado como un nuevo Weininger, se saltó la tapa de los sesos en un ataque de desánimo temporal, digamos que en Ávila, sin haber oído hablar de Danielstown. Por supuesto, Lois nunca llegó a nacer.

Sin embargo, este escenario suponía introducir algunos retoques en el carácter de Laurence, ya que por nada del mundo se hubiera metido una pistola en la boca, aunque no le hubiera importado disparar un fusil desde una ventana. La desatención de los asaltantes había herido su amor propio. Y, alarmado al oír bajo la almohada el tictac perezoso de su reloj que atrasaba como afectado por la enfermedad mortal del tiempo, Laurence se dio la vuelta pensando, lleno de rabia, que no podía comprender por qué Laura se había casado con el señor Farquar. El hombre más grosero de todo el Ulster, con una tez de una lozanía desagradable y grandes ojos de caballo. La confusión de Laura se había quedado para siempre en el aire de la habitación donde parecía todavía flotar, amenazadora, en los recovecos más profundos del techo. Aquí, entre los pliegues apelmazados de las colgaduras del lecho, ella se había retorcido de rabia durante crisis memorables, contra Hugo, contra Richard, contra cualquier perspectiva de futuro; mordía las gruesas y resistentes almohadas, hasta que un día se levantó, se estremeció ante su reflexión, se secó los ojos, abotonó un vestido ceñido y sedoso, conforme a la elegancia de la época, sobre su pecho jadeante, metió su ropa en baúles con la tapa redondeada (que habían vuelto a salir a la luz después de enmohecerse en el desván) y se puso en camino, escapando de la mirada enfurecida que la casa le lanzaba. Llena de pasión, se dirigió al norte para seducir y casarse con Farquar. Poseía todo lo que hacía falta para haber actuado de otro modo y, sin

embargo, por muy diversas que sean las posibilidades que se ofrecen a nuestra caprichosa naturaleza, Laurence pensaba que nos veíamos constreñidos por un marco rígido y estrecho.

A través del suelo le llegó un ligero chirrido, como de algo que se arrastraba en el piso inferior, que fue elevándose hasta convertirse en una melodía balbuceante, música de baile sincopada, inquietante evocación de caderas que se menean y horrible en la oscuridad. Lois, el fruto de ese matrimonio insensato, escuchaba un disco en su gramófono. Laurence aguzó el oído, paralizado por la indignación, luego agarró una silla y golpeó con ella varias veces el suelo. Ella obedeció: la música cesó bruscamente, seguida de un silencio cargado de hormigueos, igual que tras una amputación. Él arriba, ella debajo, cada uno pensaba en el otro sintiéndose ultrajado.

«Sin duda, algo de la cena nos ha sentado mal», pensó Laurence.

Pero sir Richard y lady Naylor dormían profundamente. Ella estaba soñando con los Aberdeen, mientras él recorría todo el país subido en una bicicleta a motor de la que no podía separarse; sus amigos le daban la espalda y él descubrió que era un Black and Tan. Pero la noche seguía deslizándose sobre ellos, densa y sin incidentes. Todos los demás acabaron por dormirse, agotados. La oscuridad que les ceñía el cerebro en estado de vigilia no parecía aflojar un solo instante su descabellada presión; simplemente, menos de una hora antes del desayuno, se encontraron una vez más en la ilusión de la luz del día. Con una especie de resignación, pasivamente, reemprendieron la tarea de vivir.

La mañana trajo consigo una decepción. Livvy llegó justo en el momento en que Lois se iba al pueblo con Marda para enviar un telegrama. Como su caballo cojeaba, había venido en bicicleta; no cabía duda, pensó Lois, mientras la veía apoyar la bicicleta contra el seto de aligustre, de que Livvy tenía muchas cosas lamentables. Marda estaba de pie sobre el último peldaño de la escalinata; vestida con un suéter verde, agitaba el formulario telegráfico en el aire para que se secase la tinta. El curioso verde metálico de su prenda contrastaba de forma sorprendente con los tonos brumosos de la casa y de la mañana. Al cabo de tres días se habría marchado. Ahora, mientras Livvy se ajustaba el sombrero, arreglaba la parte delantera de su atuendo y preparaba su discurso, Marda, con una sonrisa en los labios, bajaba las escaleras y se alejaba, indiferente. No echaba de menos a nadie. Los perros se fueron con ella; Lois siguió tristemente con la mirada el movimiento de las colas.

—Oye —dijo Livvy agarrando a Lois por el codo—. Dime, Lois: ¿qué pasa? ¿Pero qué suéter más elegante lleva! Me pregunto si tendrá el patrón. Desde luego, lo importante es su buena figura. Me parece raro que no se haya casado... Dime, Lois, ¿podemos subir a tu habitación?

Lois creía que la cama no estaba hecha. Livvy se ruborizó, melindrosa, y declaró que deseaba hacerle una confidencia. Pasaron al salón (donde el beso de Gerald flotaba en el aire: todas las dudas de la noche no habían logrado expulsarlo) y se apoyaron en el piano de cola. Lois se extrañó al ver a Livvy soplar sobre su pecho y

extraer de sus íntimas profundidades un objeto suspendido de una larga cinta azul. En el extremo se balanceaba un anillo.

—Nadie podría estar más sorprendida que yo —dijo Livvy con pudor, apartando la mirada del dedo en que había florecido el anillo.

«Ah, ¡enhorabuena!», habría podido exclamar Lois espontáneamente. Controlando esta reacción, titubeó:

—¡Oh, Dios mío!...

—¿Adivinas quién es?

—El señor... ¿el señor Armstrong?

—¡Has acertado! Oye, júrame que no se lo dirás a nadie. Mi padre no sabe nada y creo que me mataría.

—¿Cómo lo has...? ¿Cómo ha sido?

—Verás. En casa de la señora Fogarty me preguntó cuándo podría volver a verme y yo dije que tal vez tendría que ir a Cork al dentista el jueves y él dijo que tal vez también iría. Y ya no pensé más en ello. Imagínate lo que sentí cuando, al bajar al andén de la estación, lo vi ante mí, en carne y hueso, mirando el tren con ojos perrunos. Entonces me preguntó adónde iba a tomar el té, y yo le respondí que si hubiera estado sola habría ido al Imperial para escuchar a la orquesta, pero que a mi padre no le gustaba que fuera sola a causa de los oficiales. Se ofreció a acompañarme y, como llovía y no tenía cita hasta las cinco y media, le respondí que no deberían vernos juntos, pero me encasqueté el sombrero y allí nos fuimos a escuchar a la banda. Parecía muy apurado y entonces le pregunté si le preocupaba algo y me respondió que no, pero yo insistí en que debía de pasarle algo. Entonces se sonrojó y comenzó a tirarse del cinto mirando al techo, y me confesó que me amaba. En ese momento llegó el camarero, con el té y sólo deseo que no me reconozca la próxima vez. Cuando se marchó el camarero, le pedí que no hablara tan alto y me contestó que no era posible a causa de la orquesta. Entonces le dije que una cosa semejante era una sorpresa muy grande para una chica y él dijo: «¿De verdad?», y yo le dije, «Desde luego que sí». Y también le dije que no estaba del todo segura de poder habituarme a la idea del matrimonio, y él se sorprendió mucho. Entonces le pregunté si había pensado en una fecha. Y me respondió que lo peor de todo era que él no tenía ningún porvenir. Entonces le dije que los irlandeses no éramos mercenarios y que, de todos modos, yo sabía que había un tío... ¿Sabes, Lois?, me veía terriblemente limitada por tener que estar todo el tiempo con la cabeza baja, porque veía a la tía de las Hartigan, a la señora Foxe-O'Connor, al otro lado de una palmera y a un hombre que le vende ganado a mi padre y que no dejaba de levantarse para lanzar miradas a su alrededor. Y con todo lo que estaba pasando y yo que ya estoy hecha un lío de por sí y David que no dejaba de hacer crujir su silla y luego la orquesta, no tengo ni idea de lo que ha podido entender de todo lo que yo decía.

»De todos modos, pensamos que lo mejor era comprar un anillo, aunque no pueda llevarlo. David parecía completamente perdido y tuve que ayudarle a atravesar la

calle. Yo también me sentía extraña. Ya sabes, ni él ni yo hemos estado nunca prometidos, aunque ya he tenido dos proposiciones. Y luego me dijo que debía volver al cuartel, así que me ayudó a subir al tranvía para ir al dentista. Enseguida me di cuenta de que me había equivocado de tranvía, pero no tuve el valor de bajarme hasta que hubo doblado la esquina, después de todas las molestias que se había tomado el pobre chico. Pero el tranvía salió disparado como una flecha y me bajé cerca de la catedral, así que tuve que tomar un coche que me costó muy caro. Llegué tarde al dentista, que me sacó dos dientes.

Como en un sueño, según ella, Livvy había vagado por las calles mojadas del barrio residencial de Cork. Como en un sueño, se había acomodado en un tren, con las encías sangrantes. Abrió la boca para mostrar los dos agujeros que le había dejado el dentista, como si fueran heridas de amor, y Lois los examinó solemnemente. ¿Se habían dado un beso? No, no habían tenido ocasión. Podrían haber tomado un coche, pero Livvy no consideraba conveniente subirse a uno con un hombre, ya que eso encendía las pasiones masculinas. Lois declaró que en su opinión el olor de los coches bastaba para dar asco a cualquiera y Livvy añadió que, en este caso, un coche era un derroche de dinero.

—Pero ¿puede casarse? ¿No es un subteniente?

—No tengo inconveniente en esperar algunos años. Pero me iré y me quedaré con sus parientes y llevaré el anillo y todo, para que no haya ninguna duda.

—¿Por qué no se lo dices enseguida a tu padre y anunciáis oficialmente la cosa? —preguntó Lois convencida. Al levantar la vista del tapete moteado del piano, contempló su propio rostro y se sintió muy extraña, distante y predestinada, como Melisande—. Yo no tendría miedo de tu padre —añadió.

El padre de Livvy parecía un hombre muy abatido y dulce, con un desmayado bigote amarillento que debía levantar siempre por encima de su taza de té. Costaba imaginarlo persiguiendo a Livvy con un bastón, o golpeando violentamente la mesa con el puño, y (como decía Livvy) haciendo saltar los platos por los aires, o incluso bajando con la mitad de una tarta en la mano para retorcer el cuello a la cocinera. Lo peor que Lois le había visto hacer, cuando Livvy llegaba tarde, era sacar el reloj del bolsillo y quedarse así, inmóvil, con el pulgar sobre la tapa —sin mirar la hora, como si la idea del tiempo le fuera insoportable— mientras le subían a la garganta dos o tres hipidos. Era viudo; Livvy afirmaba que su madre había muerto por su culpa. No bebía una gota de alcohol; en el armario de los licores guardaba media garrafa de whisky, pero había perdido la llave. Lois aseguró a Livvy que su padre sería un suegro ideal; estaba segura de que a David le gustaría. Iría a visitarles sin molestarles en lo más mínimo.

—Está predispuesto en contra de los oficiales del ejército —observó Livvy con desánimo—. No le importaría si fuera de la Marina, pero ¿qué posibilidades tengo yo de conocer a un marino, viviendo tierra adentro? Si David fuera un general lleno de medallas y viniera a hablar de matrimonio, creo que hasta sería capaz de matarlo.

Dice que con mis tejemanejes conseguiré incendiar la casa con él dentro.

—Pero ¿y si se entera de que has comprometido tu reputación en el Imperial?

—Una chica no puede comprometer su reputación por la tarde —replicó Livvy lúgubrementemente.

El señor Thompson no recibía muchas visitas, pero Lois recordaba haberse quedado a cenar en su casa, al comienzo del verano, con David y Gerald. Fue antes de que las cosas se agravaran y de que los oficiales se vieran obligados a regresar pronto al cuartel. El comedor del señor Thompson daba a los árboles, que enviaban pequeñas ráfagas de luz sobre la mesa antes de cerrarse en una verde oscuridad; la habitación olía a carne y había un enorme aparador de caoba con pilastras, semejante al pórtico de un templo, en cuyo interior se podía oír corretear a los ratones. El señor Thompson había estado silencioso —más por temor, pensaban ellos, que por desaprobación— mientras sacaba de su asiento largas crines negras que colocaba sobre el mantel. Cada vez que lo hacía, David y Gerald se inclinaban hacia delante y abrían la boca para entablar conversación. Pero el señor Thompson enterraba tanto la cabeza en el cuello que no lo lograban: hablaban entre ellos. Y Lois, que los observaba con los ojos entornados, se asombraba ante esta fortaleza de variadas opiniones. La señorita Thompson, hermana del anfitrión, estaba presente, pero era sorda. El comedor era granate, con un techo oscurecido por el humo, y Gerald dijo más tarde que le había parecido como un hígado enfermo. Cuando llegó la crema de vainilla, se asentó con una especie de sollozo y la señorita Thompson la miró con el ceño fruncido. «Una vaca menos», pensó Lois, pero se guardó esta reflexión para otra ocasión. Livvy vigilaba sin cesar a sus amigos con la mirada, pero todos se mostraban educados. Unos patos entraron en fila india por la puertaventana; los invitados agitaron sus servilletas, pero el señor Thompson les dijo: «Oh, déjenles», y naturalmente, los patos dieron la vuelta a la mesa con su habitual aire atareado, antes de volver a salir por el mismo sitio. El señor Thompson se levantó y cerró la puerta a la brisa de mayo. «Los tiempos están empeorando», le dijo a Gerald, que asintió tan enérgicamente que David tuvo que repetir sus palabras a la inquieta señorita Thompson. No es de extrañar que Livvy se aburriera en su casa.

Sin embargo, la felicidad de esa velada, la intimidad entre los cuatro jóvenes, los estremecimientos que se transmitían, los espasmos de las risas sofocadas, permanecieron dentro de Lois como si los cuatro se hubieran estrechado fuertemente las manos bajo aquella inmensa tiranía. Y también —bajo la presión de las risas ahogadas dispuestas a estallar—, una singular y contenida exaltación hecha de orgullo y placer, una familiaridad bruscamente acrecentada por las voces y los gestos de cada uno. Ese sentimiento había persistido cuando, más tarde, habiendo agotado las risas, se habían reencontrado vacíos y solemnes, y tiñeron sus conversaciones de una timidez inusual. Esta cena había marcado una etapa en la opinión que ella tenía de Gerald: su amabilidad cristalina.

El señor Thompson, con un poco de crema de vainilla aún en el bigote, se levantó

y los dejó. Más tarde, la señorita Thompson se puso en pie alisando la falda sobre sus caderas y Gerald le abrió la puerta con tanta elegancia que se vio obligada a cruzarla, para perfeccionar la escena. Entonces, para demostrar lo que pensaba de su familia, Livvy se levantó y bailó el vals alrededor de la mesa, empujó la puertaventana para abrirla, se abalanzó sobre el césped y, con una intachable elegancia, saltó sobre todos los aros de croquet, con David pisándole los talones. Entonces Gerald se volvió por primera vez hacia Lois y ella apartó la mirada. Volvieron a tomar horchata y, en una orgía de malos modales, soplaron burbujas en sus vasos. Salieron a sentarse en el campo de croquet, bajo un arbusto de lilas. Los pétalos cerosos rozaron suavemente el brazo de Lois, extendido sobre el respaldo del asiento; el aire olía a almendras, las polillas salían del arbusto en un vuelo oblicuo para alejarse brillando en la luz del crepúsculo.

La señorita Thompson dijo estar encantada con ellos y les pidió que volvieran otro día.

—Tengo que contárselo a tu tía, tiene tan pocas cosas por las que interesarse... Estoy segura de que se mostrará muy comprensiva —dijo Lois.

—Siempre me resulta difícil abordar el tema del matrimonio —respondió Livvy. Y, cuando bajó la mirada con un aire cargado de significados, la palabra rebotaba de sobreentendidos, de manera que Lois tuvo la impresión de ver a su amiga colgada al mismo tiempo en lo alto de un pináculo y en el fondo de un pozo, con el ceño fruncido, balanceando ostensiblemente el anillo adornado con un granate.

—Si al menos David fuera más decidido...

—Pero ¿no estás segura de que quiera casarse contigo?

—Sí, pero hay que organizarlo todo por él. Y sólo porque soy una chica tan capaz... Escucha, Lois: si tú te prometes con Gerald Lesworth, eso pondría las cosas en marcha, en cierto modo. Entonces yo podría decírselo a mi padre...

—Sí, pero es que...

—Evidentemente, puede que él no quiera. Pero si quisiera, yo podría decírselo a mi padre...

—¡Calla!

Laurence ya se había adentrado en el salón antes de reconocer los hombros de Livvy y de ver su reflejo rosado saludarle con un gesto de la cabeza en un espejo. Enrojeció de contrariedad y saludó con una inclinación. Tenía tinta en la frente, entre las cejas, allí donde se había frotado con el extremo de la pluma.

—¿Cómo está? —preguntó, y luego, dirigiéndose a Lois—: ¿Se ha ido ya la señorita Norton..., se ha marchado... al pueblo?

—Oh, sí.

—¡Qué pena! ¿Parecía estar... esperando algo?

Livvy lanzó una risita. Lois respondió que no, que no parecía estar esperando nada. ¿Por qué?

—Curiosidad. Podría haber ido en su lugar; no tengo nada que hacer.

—Ella tampoco tenía nada que hacer.

—Naturalmente.

Las dos chicas, apoyadas la una contra la otra junto al piano, llenaron a Laurence de un desánimo indecible. No era capaz de dejarlas. Se dirigió hacia una mesa cargada de libros, tomó uno sobre Nigeria, lo abrió, lo examinó con gran atención y sopló el polvo de entre las páginas. Sentía que la única cosa viva había abandonado la casa. Tenía hambre y eso que no eran más que las once y media. No podía subir a trabajar a su habitación, ni ponerse a hacer cualquier otra cosa. Tenía la sensación de ser el tiempo: «*Le temps, c'est moi*». Lamentaba no ser el tipo de hombre que hubiera salido al patio para desmontar el coche. Marda era la única persona que lo encontraba divertido, aunque tal vez no lo fuera, quizá ellos tenían razón.

—La señora Montmorency tampoco ha dormido —observó—. ¿Has visto los ojos que tenía esta mañana?

—¿Qué? —dijo Livvy.

—Esta casa es atroz, señorita Thompson. Si yo fuera usted, no me quedaría a almorzar. Además, no hay más que cordero, se lo he preguntado a la cocinera. Lois, ¿tienes folios? Estaba pensando que tal vez escriba una novela.

—Oh, sí, ¡hazlo! ¡Qué idea más fantástica! Pero no tengo. Pregúntale al tío Richard; le queda papel de cuando quería escribir sus memorias... Laurence, ¿piensas quedarte aquí?

—Bueno, en realidad, no.

De repente se le ocurrió que tal vez fuera a pie a almorzar con los Carey. Encontraría cierta frescura en la lobreguez y humedad de su casa después de la lobreguez y la humedad de aquí, aparte de que su presencia tendría sin duda cierto encanto para ellos, supondría una fecunda novedad. Las dos familias no se habían visto desde hacía tres días. Habían ido a Castle Trent, cada una por su cuenta, para informarse sobre el ataque, pero no se habían encontrado por media hora. Ahora podrían hablar del asalto y de la manera en que los Trent se tomaban el asunto; y además, los Carey vivían bien; en el peor de los casos también habría cordero para almorzar.

—Me voy a comer a Mount Isabel... ¿Quieres que le dé algún mensaje a Nona?

—¡Oh! —exclamó Lois. Su mirada se ensombreció bajo el efecto de una profunda y viva decepción al pensar que todo el mundo podía hacer algo sin ella. Estaba perdiéndoselo todo, no le importaría nunca a nadie, nunca se casaría. Parpadeó cuando Laurence cerró la puerta al salir.

—Es curioso que tu primo se ruborice cada vez que me ve —dijo Livvy. Se miró en el gran espejo y se arregló un lado del pelo—. Bueno, Lois, esto es lo que me digo siempre: una chica es joven sólo una vez.

—Creo que es todo un consuelo —dijo Lois.

—Para serle sincera —dijo lady Naylor, caminando entre los arriates de begonias en Mount Isabel—, aunque en cierto modo me da pena, no puedo decir que me importe que ella se vaya.

Lanzó una atenta mirada al perfil de la señora Carey para comprobar que había captado el matiz exacto de sus palabras. La señora Carey asintió y frunció el entrecejo, con mucha seriedad. Estaba pensando en otra cosa. Se detuvo, arrancó tres begonias marchitas y se las metió en el bolsillo.

—Porque si va a hacer eso, preferiría que no fuera en nuestra casa. En primer lugar, los Lawe son parientes nuestros, son primos de un primo mío por matrimonio. Vaya usted a saber lo que pueden ir diciendo sobre las influencias. Y sin embargo, no hay nadie que se meta menos en los asuntos de los demás que yo, pero nunca se sabe qué historias pueden circular en una familia, ¿no cree? Y confieso que soy supersticiosa en cuanto a sus visitas; esta vez ha perdido una maleta. Una no puede evitar sentirse responsable.

—Pero ¿está segura de que va a romper? —preguntó la señora Carey recorriendo esa parte de su jardín con ojo crítico, como si deseara replantarlo todo de nuevo.

—No me atrevería a afirmarlo. Ha cogido la manía de enviar telegramas. Va al pueblo no sé cuántas veces al día. No me dirá que es normal en una joven que está prometida. Tampoco es que vayan a comprarse una casa u otra cosa. Y además, todo está tomando un cariz excesivamente público..., a menos que no tenga ninguna consideración por la encargada de correos, aunque creo que debería tenerla, puesto que es la nuestra. Y otra cosa, no sé si debería hablar de ello, pero desde luego no puedo decírselo a la pobre Francie: creo que no es una buena influencia para Hugo. Ya sabe cómo es él. Pues bien, está cambiado. Digamos que se muestra muy solícito... Aunque no creo que eso signifique nada en realidad. Es tan fácil hablar de más...

Se interrumpió, suspiró y esperó. La señora Carey la miró con dulzura.

—¡Ah!, sí —dijo—. Pero ¿qué quiere decir exactamente?

—Sé que Francie se ha dado cuenta; sé que se siente desgraciada. Siempre se siente desgraciada, es verdad, pero ahora es distinto. Por supuesto, es horrible decir este tipo de cosas, pero ya se sabe cómo es Hugo...

—Oh, ¿de verdad es así? —preguntó la señora Carey, asombrada.

—Lo que necesita es tener auténticos problemas. Bueno, si la pobre Francie se muriera...

—¿Es que está gravemente...?

—No, él se morirá primero, creo, es su forma de evitar las cosas. Mire cómo no se casó con Laura... Pero, en fin, estoy diciendo tonterías, sin duda; con lo poco que me gusta exagerar... Es lo que pasa por tener a Laurence tan a menudo con nosotros. ¿Se ha dado cuenta cómo los jóvenes inteligentes...? Parece que aún es peor en

Inglaterra; ellos lo encuentran divertido. Desde luego que no hay nada que temer de Marda; la conocemos desde pequeña. Lo que pasa es que es rebelde; dos de sus tíos eran así. ¿Se acuerda de la tarde en que se hizo sangre en la rodilla? Tardé tres años en volver a dar una fiesta infantil.

Al llegar al límite del césped, dirigieron su mirada hacia una pista donde Marda, Lois, Laurence y Nona Carey estaban jugando al tenis. Las dos damas, plácidas y con la tenue autosatisfacción con la que una generación observa a otra, contemplaban el primer plano con mirada vaga, distantes como estatuas.

—Es, ¿cómo decirlo? No sé..., encantadora —observó la señora Carey, mientras Marda y Lois cruzaban y volvían a cruzar la pista—. ¿Y si vamos a ver las dalias antes del té? Quería preguntarle...

Se dieron la vuelta, no sin antes proyectar una sombra imponente sobre la conciencia de los jugadores, y atravesaron el césped sin hacer ruido, trabajosamente, en dirección a la verja de hierro del jardín. La señora Carey, a medias disuelta en el resplandor y la profundidad de la tarde, encontraba natural que Hugo se sintiera atraído por otra invitada; estas cosas se desvanecían tan rápido como llegaban, fugaces como el verano. No consideraba necesario hacer nada; así se lo explicó a lady Naylor.

Había vuelto el buen tiempo. Más allá del tejado de Mount Isabel, una montaña nimbada de aire rosáceo lucía suave y distante. La luz se deslizaba sobre los árboles bruñidos y pesados; la fachada color crema de la casa, alta y confiada al sol, parecía de cartón; una casa que no pesaba nada, una apariencia que tenía menos de realidad que la carne escarlata o el rosa nacarado de las begonias. Éstas, abrazándose con una coloreada impaciencia, se esparcían por encima del borde de los arriates en forma de corazón. Cuando los cuatro jugadores subieron desde la pista, el silencio reinaba sobre la brillante superficie del césped. Una criada surgida de la oscuridad apareció en la ventana del salón tocando el pequeño gong de cobre: una nota menor.

Marda tal vez fuera rebelde como sus tíos, pero no era desconsiderada. Se había dado cuenta, casi desde que llegó, de que lo peor que podía hacer era seducir al señor Montmorency. Ser amada por él sería el colmo de la serie de calamidades de sus desafortunadas visitas. La idea, que le parecía idiota —Marda no se veía a sí misma como una mujer fatal—, había arraigado sin embargo durante la crisis de aguda inquietud causada por la pérdida de su maleta. Se temía que esa maleta no fuera a poner punto final a sus desventuras; después de haber conocido a Hugo, ella supo que sus temores estaban fundados. Tal vez no fuera una mujer fatal, pero aquí, en todo caso, la fatalidad se cebaba en ella. «¡Que se vaya al diablo!», se dijo, consciente de su injusticia, y desplegó todos los recursos, todo lo que antaño hubiera sido considerado las tretas de su sexo, para alejarlo, irritarlo y fastidiarlo. El día del paseo bajo las hayas, en la casita del viejo Dannie, ella había comprendido en un instante la medida de su fracaso. Todo el tiempo antipática, esforzándose sin tregua por no agradaarle, se vio sin embargo obligada a atrincherarse, no sin rencor, tras una

desconfianza, una reserva, una circunspección típicamente femeninas que ella siempre había despreciado. Su recompensa: al pie de la escalera, a la hora de acostarse, un roce de dedos —todo él entregado al contacto— en el momento en que le tendía su palmatoria; una mirada asombrada por encima de la llama. Y, cuando las cuatro velas subían con las damas, seguidas por una marea de sombra, Lois y ella se había vuelto en un descansillo de la escalera para ver cómo él seguía en el mismo sitio, con la vista levantada en medio de la oscuridad que ascendía, vacilante. Marda tomó a Lois por el brazo.

Aquella noche Hugo no durmió y Lois tampoco.

Hoy Smith había ido a caballo a Mount Isabel para tomar el té y ver a Nona. En pie, sonreía por encima de la brillante bandeja, en las alargadas sombras de un amarillo oscuro, con una actitud alegre pero anónima. Era una de esas personas de las que no se retiene el nombre. Sin embargo, su llegada causó preocupación a la señora Carey, que recordó que nunca tomaba nada a la hora del té. Esperaba que eso no tuviera importancia.

Dirigiéndose a Marda, le dijo con aire distraído:

—Me alegra mucho saber que va a ser feliz: espero de verdad, de verdad que se case.

—Muchísimas gracias —respondió Marda—. Estoy segura de que me casaré.

—Es evidente —respondió la señora Carey, sin dejar de mirar a Smith— que no es a él a quien debo felicitar, sino a usted.

—Tengo mucha suerte.

—Oh, no, no es eso en absoluto lo que quería decir. Enséñeme su bonito anillo; ah, no se lo ha puesto. Aunque supongo que tiene un hermoso anillo. Señor Smith, espero que juegue al tenis.

Pero Smith, que no tenía ganas de jugar, no había traído zapatillas. El tenis estaba muy lejos de sus pensamientos. Había pensado dar un pequeño paseo por el jardín, tal vez, y recoger algunas ciruelas... Entonces Nona se levantó y se sonrojó al sentirse observada mientras ofrecía las bandejas de pastelillos a los presentes. Sabía que no debía dar esperanzas a personas como el señor Smith, pues el verano siguiente iba a ser presentada en la alta sociedad londinense. Lady Naylor no pudo evitar fruncir las cejas al mirar a la señora Carey.

—¡Qué pena que no hayan traído a los Montmorency! —observó esta última mientras acercaban sus sillas a la mesita—. ¿No han querido venir?

—Él probablemente habría venido —respondió Laurence—, pero como no me dejan conducir, no había suficiente sitio en el coche. Éramos demasiados.

—No importa —dijo Marda—. Me marcho el sábado.

—¡Oh, no, no puede ser! —exclamó Lois, antes de añadir respetuosamente—: No sea tan tonta.

Lady Naylor suspiró.

—Desgraciadamente, Marda debe volver a Inglaterra. No sé lo que vamos a hacer

sin ella...

—¿Le gusta Inglaterra? —preguntó Nona Carey, alejándose de Smith—. ¿Va a instalarse a vivir allí? En Londres siempre me parece que todo tiene un aspecto muy nuevo. Aunque suceden muchas cosas, es verdad... ¿Dónde vive usted, señor Smith?

—En Eastbourne.

Aunque lady Naylor enseguida dijo que el lugar debía de ser muy tonificante, Smith desfalleció bajo la conmiseración general. Volvió a cruzar las piernas, examinó la punta de su zapato con aire preocupado y anunció que soñaba con marcharse al este de África. La impresión de abandono y de humillación que el anuncio de la partida de Marda había dejado sobre ellos se vio reforzada por la deserción que proyectaba el señor Smith. Lady Naylor observó desdeñosamente que no vería mucho mundo allá, mientras que la señora Carey, imaginándose de inmediato a Smith perfilarse en toda su nobleza contra los cielos ardientes de África, sintió que no habían sido amables con él y le invitó a sentarse junto a ella en el sofá para que le contara sus proyectos. El hombre obedeció. Nona daba vueltas en el taburete del piano.

—Smith —dijo Laurence—, debería quedarse para defendernos.

Entonces Smith tuvo que prometerles que no abandonaría el ejército ni se marcharía al este de África hasta que la situación de ellos no se hubiera arreglado.

Pero para Laurence y Lois todo eso sonaba ya a pasado. Ambos tenían una sensación de espera, de un prólogo que se alargaba demasiado, con una tensión inútil, una vana atención a los detalles. Cada uno por su lado, y sin embargo vagamente conscientes el uno del otro, curiosamente ligados por su antagonismo, los dos primos tomaban el té sin ningún agrado, lamentando con amargura dar tanto de ellos mismos a lo que iba a caer en el olvido. El día era anodino, el típico día de finales de verano, vagamente insensible a su presencia. El sol amarillo —que se deslizaba oblicuo bajo las persianas para posarse sobre la rolliza plata, las manos que sujetaban delicadamente la porcelana de Worcester, los perros que asomaban pensativamente la punta del hocico por debajo del mantel— parecía viejo, desgastado, como si filtrara el residuo de momentos de felicidad consumada; durante ese tiempo, en otro lugar inaccesible, estaba sucediendo algo sin ellos.

Marda quería más té pero todo el mundo estaba ocupado en otra cosa; una violenta discusión había estallado en torno a Smith.

—¿Es necesario que se vaya el sábado? —preguntó Laurence tomando la taza de Marda.

—Oh, sí, ¿por qué?

Marda retrocedió ante el rayo de sol y se sumió en la penumbra de las cortinas. La sombra daba transparencia a los colores de la joven; la claridad marrón de las cortinas endurecía sus rasgos de forma reveladora, haciendo que por un instante Marda quedara al descubierto, en su angustia, sin la protección de las buenas maneras. Contra la profusión de flores, un tanto discordante, de la cretona, su vestido de lino

verde adquiriría un brillo sobrenatural.

—Justo cuando hace bueno —dijo Laurence, banal en su sinceridad.

—Es porque yo me marchó.

Laurence aguzó el oído unos instantes y luego, como el ardor de la discusión persistía, declaró con precipitación:

—Lois y yo no somos buenos añadidos a la familia, al menos es lo que piensan los Montmorency. ¿Es eso lo que le ha molestado? Nadie se ha ido nunca tan pronto. Quería llevarle a dar un paseo. —En su desesperación hizo tintinear la taza y el plato bajo la nariz de Marda—. Creo que comete un error marchándose.

—Oh, seguro que sí, pero...

—Mire a Lois, se le salen los ojos de las órbitas. Cuando se haya marchado, irá a la cama a llorar. Así llenará sus mañanas.

—Oh, cálese. Puede oírle.

—No —respondió Laurence—. No puede, por mucho que lo intente. No es que yo lo sienta, pero creo que al marcharse está dando muestras de una gran falta de imaginación. ¿Por qué ha de ir a ver al señor Lawe? Dígame, con toda objetividad, ¿acaso no tiene tiempo de sobra para él?... Cuando veo este tipo de cosas —concluyó Laurence—, me enfurezco hasta más allá del desaire.

—Querría otra taza de té —dijo Marda— más que cualquier otra cosa en el mundo.

Incapaz de atraer la atención de su anfitriona, Laurence se inclinó hacia delante para coger la tetera de la bandeja. Al volverse hacia Marda, al verla inmóvil, con la mirada clavada en las begonias —que reflejaban en sus ojos pequeñas motas color bermellón—, pensó que detrás de esa historia había alguien y que se trataba del señor Montmorency. Acodado en su ventana mientras su tía charlaba en la escalinata con la señora Montmorency, había oído decir que todos creían que Marda iba a romper su compromiso. Por su parte, él no lo creía en absoluto. El propio señor Montmorency representaba la principal objeción; además, la joven conseguiría una buena casa con todo lo que conllevaba: dinero, seguridad y perspectivas de futuro. Él mismo lamentaba vivamente no poder lograr todo eso con la misma facilidad. Ahora se encontraba en pie delante de Marda, con la taza de té en la mano, y habría podido contar hasta tres antes de que ella se volviera. Pero entonces —¡oh, qué derroche de comprensión!— se dio cuenta de que ella estaba riéndose.

Reía al pensar en la cara de sorpresa contenida de todos ellos el día que acudiesen a su boda; con un atuendo apenas adecuado a las circunstancias debido a su falta de confianza en ella; todos ellos avanzando por la avenida principal sin haberse acabado de abotonar siquiera los guantes blancos. Pero a sus ojos el origen de esta falta de confianza no tenía nada de divertido; para ella se trataba en realidad de una trágica vulgaridad. Así que no explicó la broma a Laurence; le dio las gracias y se bebió el té, consciente de su engaño.

Afuera por fin, deslumbrados, deslizándose y alejándose entre los arriates de

flores, los invitados se dispersaron fumando sus cigarrillos. Grandes a sus propios ojos, se veían unos a otros un poco más pequeños que a tamaño natural, decreciendo hasta semejar hormigas vistos desde la montaña —aunque más pequeñas y menos organizadas— o perlas tiradas por el suelo. Una impresión de vulnerabilidad, de ser ofrecido sin resistencia a cualquier mirada irónica y poco curiosa, obligó a Laurence a levantar la vista hacia las alturas más allá del tejado de la casa. Esa mirada —la de un hombre que se ocultara allá arriba y les observara entre las grietas y las cimas— parecía mantenerles a todos abrazados, otorgarles su propia existencia. La idea de un observador, reserva de energía y de determinación, alteró a Laurence, que desvió la mirada de la montaña. Sin embargo, la mirada implacable que lo abarcaba todo se inmiscuía, hasta el punto de transformarlos en esas figuras de una sociedad caracterizada por su tejido de sombras regulares, con sus céspedes y sus parterres bien cuidados, y conformada según tales reglas.

Durante el trayecto a casa, apretujada cadera con cadera en la parte posterior del coche entre Marda y Lois, y bamboleándose al mismo tiempo por los baches de la carretera, lady Naylor les contó el descubrimiento que había hecho. Tampoco la señora Carey comprendía a los jóvenes de hoy. Según ella, parecían carecer de idealismo, de sentido de la aventura, y no pensar más que en su propia comodidad. ¿Acaso se equivocaba la señora Carey? Pero ella no andaba lejos de darle la razón. En su juventud, la señora Carey y ella se habrían exaltado por todo lo que ahora estaba pasando a su alrededor. En opinión de lady Naylor, todos los jóvenes deberían ser rebeldes; ella misma lo había sido. Pero desde la guerra no dejaban de darse atracones. Ella había sentido un gran amor por la poesía: se acordaba de haberse quedado dormida a menudo con Shelley bajo la almohada. Se marchaba sola a pasear por las montañas y detestaba tener que volver a comer. La señora Carey había observado que Nona no se perdería una comida por nada del mundo; ella nunca llegaba puntual al comedor, pero su hija estaba siempre allí. ¿Era tal vez injusta la señora Carey con la chica? La señora Carey y ella habían vivido épocas de profunda infelicidad. Y sin embargo, su juventud había constituido una edad de oro; por nada del mundo hubieran querido malgastarla. Era realmente triste, habían reconocido ambas, nacer ya en la madurez.

Estas últimas observaciones se dirigían no sin cierto rencor a la espalda de Laurence, sentado en la parte delantera junto al chófer. Las orejas del joven, de forma poco agraciada, se mostraban semitransparentes contra la luz de la tarde. Laurence no decía nada, pero reflexionaba; tenía que escribir esa novela, ya que allí encontraría una mina de oro (luego vendrían España y las primeras ediciones, un Picasso y cortinas para las habitaciones). Reivindicaría a los jóvenes modernos para su tía y su generación. Lo único que no sabía era si debía tomar como tema las fiestas de sociedad o las extravagancias estudiantiles.

Hugo permanecía callado; su compañera, distraída y en silencio. Caminaban sobre la hierba del valle del Darra, al borde del agua: con la punta del bastón, él azotaba la hierba cana, de un dorado chillón. A cada golpe de bastón, ella le dedicada una mirada sorprendida, pero no decía: «Déjelas tranquilas». Lois, rezagada, iba lanzando una ramita tras otra a las aguas impetuosas y crecidas del Darra; luego corría un poco, en un estado de intensa excitación, y cuando desaparecía una rama lanzaba otra. Tenía un aire absorto y al mismo tiempo dependiente, como uno de sus perros. Si hubiera caído al agua y lanzando un grito en medio de un gran estruendo de salpicaduras, habría llamado sin duda la atención de la pareja que la precedía, pero Lois andaba con paso seguro y no tenía la suficiente confianza en sí misma para tirarse.

Todo recuerdo de Laura en el valle intensamente verde había desaparecido para Hugo, y había dado paso a un paisaje apagado. Ninguna de las rocas que conformaban los recodos del río, ningún desprendimiento de tierra a lo largo de las orillas, ni siquiera la torre normanda que se venía abajo (contra la que se apoyaron mientras discutían hasta que Laura había gritado en voz alta que ojalá cayera sobre ellos), le devolvían lo que habían conservado de aquella erosionada relación. Puede que ni él ni ella hubieran estado nunca aquí; el lugar los había rechazado. Las rocas cortantes que sobresalían de la hierba, el impassible curso del agua, estaban desnudos y debían ser vistos como lo que eran, en una relación de la que él estaba excluido: igual que un paisaje visto desde el tren, sin pasado ni futuro. Entonces, habiendo demostrado su impotencia para existir, incluso en este lugar, Laura se echó atrás y desapareció en su nimbo, dejando únicamente —como en la agenda encontrada de un año caído en el olvido— algunas inscripciones crípticas, paseos, ciertas citas respetadas, cartas que había recibido y que había enviado.

Hugo se daba cuenta ahora de que, en realidad, no la había amado nunca. Perturbado, pero invadido por una vivificante sensación de indiferencia, se volvió hacia Marda, aunque todavía no tenía nada que decir. Ella caminaba a su lado con un paso demasiado largo, dando zancadas. Se marchaba al día siguiente; se quedaría indefinidamente en Inglaterra: parecía contenta. Y por esa razón, la cólera que Hugo sentía, liberada de Laura, se abatió sobre ella. La amaba: las emociones le embargaron, colmando el valle. Las rocas volvieron a transmutarse: rotas por todas partes en planos de luz, el filo vencido, habían dejado de ser calcáreas.

—La señora Montmorency conoce a la tía de Leslie —dijo Marda repentinamente—. ¿Usted también? Es asombroso.

—Suponiendo que la haya conocido, no me acuerdo de ella.

—Es encantadora.

—No lo dudo.

—Digámosle a Lois que venga a charlar con nosotros.

—Parece estar bastante a gusto. ¿Dónde irá... a partir de mañana?

—Oh, a Kent. ¿No parece increíble?

Habiendo prestado al asunto demasiada atención, Hugo declaró que el sentido de lo increíble de ella le parecía extravagante. Marda reconoció que sin duda existía cierta diferencia en sus perspectivas.

—¡Diferencia! —exclamó él—. ¡Toda! Por suerte no tendremos jamás necesidad de comprendernos.

—Yo nunca intento comprender a nadie —dijo Marda con suavidad.

—No, estoy seguro de ello —replicó él, sarcástico—. ¿Quién merece la pena?

Al escuchar esto, Marda se volvió de nuevo para buscar a Lois con la mirada. Se acordaba de Francie, con su blusa rosa, que había asistido a su partida desde la escalinata, y de la mirada que había revoloteado tras ellos por la avenida. No era de extrañar que Francie pareciera una anémona silvestre: su marido tenía la deplorable facultad de ser joven en todo momento. Sus cambios de humor le daban un aire de escolar pendenciero; su torpeza desconcertaba a Marda. Sin embargo, la cólera iluminaba a Hugo de modo favorecedor; más vivo y más duro, por primera vez podía considerárselo digno de amor. Pero en esta atmósfera de intimidad generada por el mal humor de su compañero, Marda se sentía extraña, negativa.

—Me gustaría ir por allí —dijo ella mirando hacia la otra orilla, hacia un lugar donde los árboles se recortaban contra el horizonte y se hundían abruptamente, con sus copas espolvoreadas de luz dorada.

—Imposible —exclamó él, triunfante—, las piedras del vado están cubiertas. — Hugo le mostró una línea de cicatrices apenas visibles, una vacilación que atravesaba la corriente.

—Nunca he pensado que hubiera un vado. Simplemente, tenía ganas de cruzar al otro lado porque era imposible.

¿Por qué siempre se tiene la impresión de estar en el lado equivocado?

—Pensaba que no podía pasarle nunca algo así... ¿No será más bien que se empeña en sentirlo?

Marda se irritó al punto de olvidar toda prudencia.

—Señor Montmorency, ¿qué le pasa?

Al darse cuenta de que se había excedido, que se había mostrado ridículo, Hugo enarcó las cejas en un gesto de cortés perplejidad.

—¿Pasarme? —Y en lugar de responder, se puso a hablar de sus viajes, de todos los ríos que conocía; del Ain, el más verde de todos—. ¿Ha tenido ocasión de contemplar el Ain? —Siguió hablando de un empleo que había tenido en el norte (para evitar la tentación de los viajes), de sus cinco años en Londres (una vez liberado de sus obligaciones en el norte), de una empresa comercial en la que había participado. Ahora se daba cuenta de que la empresa nunca había funcionado bien, pero en una época aún habría podido tener el éxito. Ella lo vio como él quería que lo viera, como un frustrado hombre de acción. Hablaron de Canadá y se preguntaron si

habría tenido éxito allí. Ella no dudaba de que era una pena que no lo hubiera intentado.

—Pero la salud de mi mujer...

—Ah, sí, la señora Montmorency...

—La verdad es que no la he hecho feliz.

—Siempre podría ser feliz, aunque fuera un poco; es increíblemente desinteresada.

—¿Quiere decir que...?

—Oh, ¿qué es eso? ¿El fantasma de un hotel Palace?

El molino los sobresaltó a todos, con su mirada clara y macabra fija sobre ellos, en un recodo del valle. Lois tuvo que correr para unirse a ellos y explicarles cuánto la asustaba esa construcción. En realidad, no entraría allí por nada del mundo aunque le gustaba aproximarse al molino tanto como era posible. Era un miedo que no le apetecía superar, una especie de delicia. Estos edificios difuntos —había muchísimos en todo el país— nunca estaban lo suficientemente despojados ni blanqueados como habría sido de esperar en un esqueleto: semejaban cadáveres en su aspecto más espantoso.

—Otra de nuestras quejas nacionales —declaró Hugo—. La ley inglesa ha estrangulado los...

Pero Lois insistía en que se dieran prisa; ella y Marda habían tomado una buena delantera.

El río se oscurecía y se deslizaba hacia el caz del molino; la luz daba de lleno sobre la alta fachada decrepita. Increíble en su soledad, sin techo ni suelo, en el interior las vigas trazaban rayas en la luz húmeda y oscura del día; todo el almacén vacilaba, dispuesto a venirse abajo al menor soplo. Las bisagras rezumaban óxido allá donde habían arrancado una puerta; en seis pisos, cristales desvencijados todavía dejaban pasar la luz del día. En la vertiente escarpada invadida por los árboles, algunas casas con los techos derrumbados se acurrucaban contra el flanco del molino con un patetismo inquietante. Detrás de la entrada sin verja, un sendero trepaba por la colina para ir a morir entre los árboles por falta de uso. Lo bastante banal en vida para haber cerrado el paso de la imaginación al valle, el difunto edificio se inscribía ahora en la democracia de las quimeras, igualaba a los palacios destruidos en futilidad y tristeza; se había transfigurado por algún sobresalto del alma, mostrando no el declive de su mediocridad, sino el declive, simplemente; asumía aquel pasado al que él no había aportado nada.

Los grajos agitaban los árboles, turbando los ecos.

—¡No entre! —exclamó Lois, agarrando nerviosamente el brazo de Marda.

—¡Vamos! —dijo Marda—. Me siento sinvergüenza, traviesa. Escondámonos para que el señor Montmorency no nos vea.

Lois franqueó la entrada de un salto con una inquietud que no era sólo fingida. Ésta era su pesadilla: ruinas frágiles, que te observaban. El señor Montmorency,

contrariado, se rezagaba junto al río; la idea de huir parecía irresistible. Pero el decorado estaba extrañamente colocado para un interludio de Watteau. La entrada del molino se hallaba llena de ortigas; una viga, podrida, había caído al suelo, engrosando los escombros del tejado.

—Si grita —dijo Lois con aprensión—, el molino se vendrá abajo. Oh, no puedo entrar, es imposible. Es un lugar espantoso; me siento mal. Está loca de atar.

—Y tú eres una medica.

—No tengo miedo de nada que sea razonable. Simplemente, siento angustia, no lo puedo evitar.

—Cruza la puerta.

—Pero es altísima...

Marda le puso un brazo en la cintura y, extasiada por la sensación de sentirse obligada, Lois penetró en el molino. El miedo aumentaba su recompensa; aceptaba con placer que la invadiera, dejando que su mirada subiera al asalto de los muros desconchados y pálidos hasta la espantosa quietud del cielo. Las grietas se extendían por todo lo alto; Lois esperaba, ahora con indiferencia, verlas ampliarse, ver los muros partirse en dos a lo largo de una grieta, como en la casa Usher.

—¿Estás muerta de miedo? —preguntó Marda.

—Usted me obligaría a hacer cualquier cosa.

Por los huecos abiertos de las ventanas, el sol lanzaba caprichosos cuadrados dorados deformados por las vigas; en sus bordes, las hierbas temblaban en la luz. Marda se volvió y avanzó con precaución en medio de las ortigas; más lejos, en un rincón oscuro, había otra puerta, y allí, todavía aguantaba un tejado.

—¡Auxilio, Marda! Hay un cuervo muerto. ¡Pufff...!

—¡Pero si está totalmente tieso!

Temblando de miedo exageradamente, Lois saltó por encima de las ortigas para llegar a su vez a la puerta oscura, ávida de comentarios, de desprecio, de consuelo. Era una idiota, y estaba segura de que suscitaba una ternura especial.

En la oscuridad de un cobertizo, Marda avanzaba como una silueta imprecisa.

—¡Una escalera! —exclamó con interés. Al instante siguiente, había vuelto sobre sus pasos y se apoyaba en el hueco de la puerta, impidiendo el paso. Se quedó allí, quieta, en una actitud contraída por la amenaza.

—¿Qué pasa? —susurró Lois.

—Chist... Hay alguien durmiendo.

—Igual están muertos...

Inclinándose sobre el hombro de Marda, fijó con avidez su mirada en la oscuridad y lanzó una risita que inmediatamente sofocó con el dorso de la mano sobre la boca, un gesto poco natural, casi teatral. Poco a poco fue capaz de ver a un hombre tumbado boca abajo, con los brazos extendidos; tenía un abrigo enrollado en forma de almohada bajo su rostro ligeramente ladeado para poder respirar. Uno de sus puños, a medias cerrado, se había acercado a una mata de ortigas; semejante forma de

dormir sólo podía existir en la imaginación. Detrás de él, una escalera ascendía hacia la visibilidad, hasta un boquete de luz.

Avergonzadas, las dos jóvenes permanecían codo con codo. Marda retrocedió un paso; un trozo de yeso crujió bajo su talón.

—¿Quién anda ahí? —murmuró el hombre.

—¡Vámonos, deprisa! Venga.

Pero el hombre se dio la vuelta y se sentó, todavía soñoliento.

—¡No se muevan! —dijo, con una voz casi persuasiva: una pistola confirmó la persuasión. Esta curiosa confrontación las puso en una situación embarazosa. Ni la una ni la otra habían visto una pistola desde ese ángulo: parecía corta, apenas más gruesa que un botón. El hombre sentado las observaba con una atención deliberada, como un mono; luego se levantó lentamente; la pistola seguía apuntando en la misma dirección.

—No haga tonterías —dijo Marda—. Vuelva a dormirse. No somos...

—¿Hay alguien más aparte de ustedes?

—Sólo uno..., y a él también le da igual. Cuanto antes nos deje marchar, menos habladurías habrá.

—Sólo estamos dando un paseo —dijo Lois, sorprendida de su propia voz.

—Desde luego —dijo el hombre—. Sin duda hace una magnífica tarde para un paseo. Son de Castle Trent, ¿verdad?

—De Danielstown.

Los ojos del hombre pasaron de la una a la otra, y luego se fijaron irónicamente entre ambas. En la oscuridad, su cara era de un azul metálico y parecía estancada en la inmovilidad.

—Es hora —dijo— de renunciar a sus paseos. Si no tienen otra cosa que hacer, mejor que se queden en casa mientras sigan teniéndola.

Con una mano en el marco de la puerta, Marda permanecía impávida, pero Lois no podía sino estar de acuerdo con él. Se sentía completamente excluida, estaba claro que allí no había nada para ella. Sería mejor que se fuera, pero ¿dónde? Pensó: «Tengo que casarme con Gerald». Entretanto Marda, que seguía cogiéndola del brazo, se lo apretaba suavemente, con socarronería. No podían evitar sentirse en el banquillo, un poco crispadas, como frente a una máquina de fotografiar. El hombre, que no cesaba de contemplarlas con molesta antipatía, les preguntó por dónde habían venido, con quién se habían encontrado y si habían observado movimientos de tropas en la región. No pareció quedar satisfecho; era evidente que eran unas mentirosas.

Mientras tanto el señor Montmorency, sospechando que se estaban divirtiendo y decidido a no ceder a los caprichos de nadie, se había sentado a fumar en un parapeto. Al pie del murete, el talud se inclinaba; el río rugía, impetuoso, oscurecido por su propia urgencia, bajo los pies colgantes de Hugo. El molino a su espalda le turbaba tanto como la idea del porvenir: una desagradable impresión de sentir algo tambaleándose sobre él. La luz fragmentada, como manos, era arrastrada hacia el caz

y se agarraba al reborde antes de ser precipitada hacia su destrucción. El señor Montmorency contemplaba la colina de enfrente, sus árboles aislados, apacibles. Ése era el sitio de Marda y uno podía imaginarla paseando con serenidad. Sacudiendo un poco de ceniza de su cigarrillo, se inclinó hacia delante y gruñó a las aguas cercanas: «¡En el lado equivocado!». Echaba de menos a Francie; en su interior nacía una inmensa queja contra Francie. Ella —mujer desinteresada— se movía por la vida con un suave frufurú diplomático; pequeños movimientos delicados que aligeraban la tensión de su escucha. Cuando estaba apenada por su marido, dejaba escapar pequeños suspiros. Iba a contárselo todo... Y sin embargo, se sentía incapaz, ya que Marda, una máscara de sorpresa de una blancura transparente veteada de rojo, estaba presente en todas partes. Su aire divertido y su toque de sombría indiferencia afectaban todo su ser, hasta lo más íntimo. ¿Estaba su sombra por todas partes? Había algo de ella en Francie.

—Deje que le explique —comenzó él a ensayar—: lo que necesito es...

Un disparo repercutió en el silencio. Con los tímpanos zumbándole, asimiló las reverberaciones con incredulidad. ¿Una lucha, una muerte en el molino? ¿La muerte de quién? Se abalanzó sobre una idea, un destello de consuelo en el pánico. La fachada del molino —al que rodeó corriendo— sonreía burlonamente al vacío: el cadáver de un idiota. Recuperó el aplomo en el umbral, miró su cigarrillo caer en las ortigas, y luego entró tropezando con los escombros. Al bajar con violencia en picado desde las vigas, un cuervo desprendió algunos trozos de yeso. Hugo se quedó inmóvil en aquel pozo de ruinas, temiendo por todos ellos. Pero el cuervo viró bruscamente y salió por el tejado.

—¡Marda!

—Está bien —respondió Lois. Aparecieron en el marco de una puerta y lo observaron con seriedad, casi con sospecha. Marda se llevó una mano a la boca y, en un fugaz destello, Hugo creyó ver sangre en los labios de la joven. Algo se liberó en su voz y exclamó:

—Marda..., ¡por Dios!

Como si el molino se viniera abajo, Lois empalideció y luego enrojeció. Él temió que sufriera una conmoción. Marda, perpleja, seguía chupándose la mano. Luego tomó el pañuelo de Lois, se vendó los dedos, se limpió la sangre de los labios —que ya no sangraban— y centró su atención en los nudillos.

—He perdido algo de piel —dijo al fin con resentimiento—. Se disparó una pistola, ¿lo ha oído? Accidentalmente. Parece que he perdido algunos trozos de piel.

—Déjenme pasar —dijo él con brusquedad.

—Hemos jurado... —intervino Lois.

—Alguien subió una escalera hacia atrás, lo cual no es muy inteligente cuando no se ha comido mucho en cuatro días. Había yeso... y se disparó la pistola, naturalmente. Fue algo estúpido, en realidad. Mire esta mano espantosa, estaba apoyada contra la puerta.

—Déjeme pasar.

—Pero lo hemos jurado, señor Montmorency...

—Ah, ¡se merece que le disparen! —Hugo la interrumpió de una forma que les espantó a todos, a él más que a nadie—. Parece que no entiende, parece no tener idea...

—Entonces ¿qué hacía usted allí sentado fumando? —respondió Lois, temblando—. Lo he visto, usted y sus anticuadas ideas.

—¡Cállate! —dijo Marda—. ¡Cállate de una vez!

—No se queden plantadas ahí, déjenme pasar; voy a...

—Oh, se lo ruego, hablemos de otra cosa...

—Lo hemos jurado —insistió Lois con un tono moralizante—. No había nadie, jamás hemos visto a nadie, usted tampoco, nunca ha oído...

Pero nadie la escuchaba. Con un gesto vago, él la hizo callar.

—El hecho es —observó Marda— que a ninguno se nos dan bien los arrebatos. Tal vez deberíamos sentarnos y pensar. O tal vez debería dar una vuelta, aunque no por el bosque.

—Dejémonos de jugar al escondite —dijo él, bromeando a pesar de que estaba furioso—. ¿Sigue sangrando?

—No tanto como podría y me conozco bien en ese aspecto. ¿Recuerda el limpiabarros? Vamos a ver, podría habérmelo hecho cortándome con el filo de una roca, si les parece bien. Y siendo yo, era algo que tenía que suceder.

Hugo estaba dispuesto a transgredir las buenas costumbres.

—¿Se da cuenta de que podrían haberla...?

Marda rió mientras franqueaba la puerta del molino a su lado. Él lanzó a sus labios —no más arriba— una mirada furiosa, ardiente. Lois desvió los ojos rápidamente. Se extrañó de que la sola evocación de la muerte bastara para introducir esa espantosa familiaridad.

Las dos jóvenes se instalaron en el parapeto. Recelosas, contemplaron cómo desandaba el camino, con esfuerzo, como si remontara la corriente a nado. Lois recogió la caja de cerillas que él había olvidado, la agitó y se la guardó en el bolsillo. El sexo de las mujeres era un baluarte, convinieron ellas en silencio; tradicionalmente, una siempre podía batirse en retirada perdiendo el conocimiento. Como el señor Montmorency se había llevado consigo toda señal de agitación, se encontraron frente a una forma de timidez singular.

—Hay que ver qué cosas suceden —dijo Marda.

Lois le vendó la mano. Dijo que era una suerte que ese día ella llevara encima un pañuelo limpio. El de Marda era de color y no habría servido. Se decía que el tinte pasaba a la sangre.

—No creo que eso sea posible —observó Marda—. Se puede hervir, la verdad es que es un buen pañuelo... Esto es lo malo de las manos grandes.

—Es verdad que son bastante grandes.

—¿Te arrepientes de haber entrado?

—No.

—Eres muy amable conmigo... No volveremos a hacer chiquilladas. En fin, a decir verdad, creo que nos hemos comportado como unas estúpidas.

—Pero yo he tenido... una revelación —dijo Lois. Se inclinó sobre el río, notó estallidos de luz rozándole la cara, sintió también que las palabras no tenían importancia cuando tantas cosas estaban quedando atrás—. A propósito del señor Montmorency..., se ha portado de una forma detestable con usted, ¿no le parece?

La afirmación, casi una pregunta, vibró, vacilante, cuando terminó de formularse. Pero el rostro de Marda permanecía insondable detrás de los reflejos.

—En lo que te concierne, yo no tenía ni idea; era una completa inocente —explicó ella con precisión— hasta que nos hemos encontrado allí gritando. ¿Le ha oído decir que me merecía una bala?

—Estaba completamente... trastornado. Tendría que haber sabido estar a la altura.

—¡Oh! Eso no me ha importado. Pero, en fin, ¿no se siente incómoda?

—Son cosas que pasan.

—Yo también he estado horrible; le he dicho: «Usted y sus anticuadas ideas». Aunque son bastante anticuadas, ¿no? Estaba enamorado de mi madre.

—Bueno, yo me marchó, ¿no?

—Pero, entonces, ¿para qué ha ocurrido todo esto? No conduce a nada.

Marda respondió, cambiando totalmente de tema:

—Espero tener hijos; me fastidiaría mucho ser estéril.

—En una época, estuve realmente dispuesta a amarlo, pero nunca hubiera funcionado.

—Eres maravillosa —dijo Marda apoyándose en el hombro de Lois.

—No tan protegida como usted se imagina.

—Nada escapa a tu imaginación.

—Si por lo menos —observó Lois, pensativa— me hubieran matado. Pero no podía pasarme. —Después añadió—: Lamento haber dicho eso sobre el señor Montmorency. ¿Qué va a ser de él?

—Nada.

—Estoy contenta de no haberlo tenido de padre.

—Sería incapaz de ser el padre de nadie.

—¿Dónde estará usted mañana a esta hora?

—En el tren.

—Es curioso —dijo Lois—. Extraño. —Su corazón latía con fuerza, consultó su reloj—: Las seis y media —dijo—. Por alguna razón, es más difícil imaginar lo que estaré haciendo yo o dónde estaré.

—Un agradable paseo con Laurence, una estimulante discusión. Si necesitas un tema de conversación, habla de mí.

—No, no, desde luego que no. —Desvió la mirada del agua—. ¿Sabe? Esta aventura ha puesto definitivamente fin a lo que encontraba de emocionante en este molino. Se ha terminado, francamente. No creo que vuelva a esta parte del río... ¿Se lo tendrá que decir a Leslie? No creo que deba hacerlo: un juramento es un juramento, incluso en Inglaterra, ¿verdad?

Nada habría inducido a Marda a corroborar la opinión de Leslie de que su país era peligroso y corrupto. Detestaba pensar incluso en sus tías, que vivían a este lado del mar. Ella esperaba, con unas cuarenta y ocho horas de antelación, estar paseando con él por un jardín tradicional y ordenado, a la luz de Kent. En ese marco, ella le contaría sus andanzas. La atención de Leslie, su mirada gris y franca, iban a modificar desmesuradamente esas semanas de vagabundeo solitario; ningún valor escaparía a su influencia. También muchos aspectos de ella que eran fluidos debían adecuarse a la idea que él se hacía de ella. Los principios fundamentales habían sido estipulados, precisados, por su vida en común: para estar unidos como los ladrillos y el papel pintado de una casa.

Ahora el molino se alzaba tras ella, en jirones y alarmante de un modo irrisorio, como un sueño de hace dos noches. Lois se obstinaba en posar sobre Marda una mirada terca y trágica: sentía que Leslie seguía presente en el espíritu de ambas.

—Sin duda, él va a sospechar algo —comentó Lois con aire de derrota.

—De todos modos, no voy a contarle nada.

—Entonces ¿será un secreto?

—Un auténtico secreto.

—Oh, muchas gracias. —Y como si rompiera un maleficio, Lois descendió del parapeto, puso los pies en el suelo y advirtió con sorpresa que le temblaban las piernas—. Vaya —anunció con generosidad—. Aquí viene el señor Montmorency.

Llegaba con paso recatado. Se sonrieron y gritaron desde la orilla. Sí, ellas podían ir ahora; sí, se sentían en plena forma.

—¿No llegaremos tarde a cenar?

—Es imposible —gritó el señor Montmorency, que avanzaba hacia ellas con aire amable y solemne.

Marda no se marchaba hasta después del almuerzo, pero durante toda la mañana todos se sintieron profundamente desgraciados y conmovidos. Incapaces de realizar la más mínima tarea, deambulaban por la casa. Cada vez que lady Naylor veía a Marda, le preguntaba si no tendría que preparar el equipaje, y mientras Marda hacía las maletas, con la puerta de la habitación abierta, lady Naylor no dejaba de interrumpirla para decirle lo triste que se sentía al verla tan atareada. Francie estaba sentada cosiendo en la antecámara y todo el que pasaba le lanzaba una inquieta

mirada. La lluvia caía, las ventanas estaban abiertas, las habitaciones llenas del olor húmedo de los antepechos. Francie recogió su labor con un suspiro y subió a decirle a Marda cuánto la apenaba la lluvia.

—Se va a mojar durante el viaje —observó.

—Pero la capota del coche funciona bien —respondió Marda, doblando las mangas de un vestido rojo vivo.

—Sí, pero ¡es tan triste la lluvia cuando uno se marcha! Quiero decir que no hay nada más que un tren esperándote.

—Oh, pero a mí me gustan mucho los trenes: la gente siempre se pone a charlar conmigo.

—Hugo va a estar muy apenado, ha disfrutado mucho hablando con usted.

—Es muy amable de su parte.

Sir Richard, que había consultado un horario de ferrocarriles del mes de mayo, estaba preocupado porque no podía encontrar el tren de Marda. Subió a preguntar si tenía realmente alguna prueba de que ese tren siguiera circulando todavía. ¿No sería más aconsejable que tomara el tren de las doce y media, a fin de tener tiempo de sobra para cenar en Dublín? Y también, ¿qué habría de hacer él con la maleta si llegaba a aparecer? Aunque ya se temía que no iba a aparecer nunca. Suspiró y regresó a la biblioteca.

Laurence estaba sentado en su habitación y leía con la puerta abierta; podía ver la habitación de Marda al otro lado del descansillo. Estaba claro que la joven no lograba decidir qué sombrero ponerse para el viaje: se probó tres y comprobó el efecto de cada uno en el espejo. De hecho, a Laurence no le importaban ni el aspecto ni las prendas de vestir de Marda; tanto el uno como las otras denotaban una seguridad excesiva. Pero, a decir verdad, no le importaban ni el aspecto ni las prendas de vestir de nadie. Finalmente, fue a verla para decirle que no quería que le devolviera el ejemplar de *South Wind*.^[2] Podía quedárselo y dejarlo en el tren o ponerlo lisa y llanamente en la maleta.

—Oh, gracias —dijo ella—, escriba mi nombre en él.

A Laurence, esta horrible sugerencia lo hizo estremecerse.

La habitación de Marda estaba patas arriba: un remolino de vestidos desperdigados sobre la cama; sombreros colgados de cualquier sitio; había perdido la cuña del espejo, de manera que éste apuntaba hacia delante, mostrando su lado ciego. Se estaba llevando más de la casa que su persona y su equipaje.

—Se mojará durante el trayecto.

—La capota funciona bien —respondió ella mecánicamente, sacando unas medias enrolladas para dejar sitio a los zapatos.

—¿No ha subido todavía Lois?

—No lo creo.

—¿Qué puede estar haciendo?

—La última vez que la he visto jugaba con una pelota de tenis que lanzaba contra

la pared del comedor, entre los retratos. Dice que no tiene gran cosa que hacer en este momento.

—Si hay algo que yo pueda...

—Oh, si quiere escribir mis etiquetas...

—Lo haría, desde luego, pero detesto escribir en letras de imprenta... ¿Es necesario?

—Pues sí, en fin, preferiría...

—Estas etiquetas naranjas son magníficas —dijo Laurence mientras tomaba educadamente el paquete de manos de Marda—. Viene Livvy Thompson —añadió mirando por la ventana—. Debe de haber venido a caballo para despedirse.

—Pero si apenas la he tratado...

—Eso a ella no le importa: se han conocido.

Marda se asomó a la ventana para decir adiós a Livvy, que agitó los brazos y gritó que iba a mojarse durante el viaje. Marda metió la cabeza y cerró la ventana con brusquedad.

—Lamento que nuestros jóvenes no tengan la oportunidad de despedirse —dijo Laurence.

—Sólo he conocido a uno de ellos: Gerald.

—Ah, es verdad, no estuvo en nuestra última fiesta. ¡Qué poco tiempo ha estado con nosotros! Espero que vuelva pronto... con su marido.

—Gracias, es muy amable de su parte.

Laurence hizo una reverencia y se fue con las etiquetas.

Cuando Lois oyó la voz de Livvy en la escalinata, huyó al fondo de la casa y se escondió en un trastero.

Sir Richard tuvo que explicar a Livvy que no sabía dónde estaba Lois; la última vez que la había visto estaba ocupada ordenando unas barajas de cartas antiguas en el salón y parecía muy atareada. Livvy se quedó muy decepcionada; a pesar de todo, llevó el caballo a la cuadra y luego se sentó en el vestíbulo a esperar.

Lady Naylor, que no sin esfuerzo había dedicado su atención a Marda —había mucho que hacer aquella mañana—, estaba perturbada por el incidente. Se puso a llamar a Lois al pie de la escalera.

—Parece que no está en ninguna parte —respondió al fin Francie amablemente desde la antecámara.

—Pero Livvy Thompson la está esperando en el vestíbulo.

—Pídale a Hugo que vaya a buscarla.

—Tampoco puedo encontrarle a él.

—Tal vez hayan salido al jardín los dos.

—¿Con esta lluvia?

Lady Naylor suspiró, recogió dos gatitos de la cocina que se estaban aventurando en las escaleras y luego desapareció tras una puerta de vaivén. Las doce menos veinte: era extraordinario cómo se iba la mañana. El almuerzo iba a ser servido

inusualmente pronto debido a la partida de Marda: al parecer, Livvy se iba a quedar a comer. Lady Naylor echó una mirada cargada de reproches a la biblioteca. Pero allí sir Richard conversaba con el pastor sobre la feria de cerdos de Darramore.

Mientras tanto, en el trastero, Lois se encontraba en un estado muy melancólico. La ventana estaba oscurecida por la hiedra y no podía ver nada fuera. La habitación estaba tan húmeda que no podían guardarse más que maletas demasiado viejas para ser usadas; el olor a moho procedía de los antiguos baúles de viaje de su madre y de una pila de cajas de cartón aplastadas. En las paredes blanqueadas con cal, la madre de Lois, que también había frecuentado el trastero, había escrito «L. N.; L. N.», y había dibujado el retrato ofensivo de alguien, probablemente Hugo. Había garabateado con pasión; nunca había aprendido a dibujar. Lois miraba, se esforzaba por sentir algo, pero no sentía nada. Su problema no era sólo cómo salir sin ser vista, sino ¿para qué?, ¿con qué objetivo?

En realidad, no conocía muy bien a Marda; subir a verla para ayudarla a hacer las maletas podría parecer poco natural. Peor aún, podría dar a entender que quería aprovecharse de lo ocurrido la víspera. Habían estado momentáneamente muy unidas bajo el pequeño ojo acerado, porcino, de la pistola, pero no habían vuelto a hablar de ello. Si fuera libre, iría a buscar en las habitaciones algo que pudiera ser de Marda — una revista, un pañuelo— y se lo llevaría. Pero era imposible evitar a Livvy, que rebosaba de amor y estaba a punto de estallar bajo la presión de la confidencias, como una vaina de algodón. Lois estaba espantada por los pensamientos que le suscitaba Livvy.

Pero Livvy gozaba de inmunidad. Suponiendo que decidiera anunciar su compromiso, hasta sir Richard tendría que pararse a escucharla. Este tipo de noticias era un pasaporte que abría todas las fronteras. Empujada por un instinto que no analizó, Lois recogió dos tapas de cartón y, reteniendo el aliento, salió con infinitas precauciones del trastero. Se aventuró y aguzó el oído a través de los barrotes de la escalera de servicio. Lady Naylor había renunciado a llamarla, pero todavía podía oírsele quejándose a alguien en el sótano de que no sabía dónde estaba Lois.

Marda había hecho el equipaje, pero le parecía incorrecto bajar tan pronto. Especialmente cuando el tiempo no permitía el «último paseo», un recorrido solemne por los jardines con su anfitrión o su anfitriona antes del almuerzo. Se alegró al ver aparecer a Lois por la puerta.

—He traído cartón por si necesita embalar fotografías.

—Pero no tengo ninguna.

—Y ya ha hecho las maletas... ¿Necesita que me siente sobre alguna?

—No, creo que todas se cerrarán.

—¿Y la de Leslie?

—Le he puesto talco, es irrompible.

—Por cierto, no he visto todavía su anillo de compromiso.

—Ah, sí, queremos ver el anillo —exclamó Laurence, desde el otro extremo del

pasillo.

Sorprendido por una repentina calma en el interior del torbellino, había estado consagrado a una breve mañana de trabajo. Pero acudió a ver el anillo y lo examinó junto a Lois, fingiendo admiración, luego regresó a su trabajo, y antes cerró la puerta de un golpe. Se oyó a Lady Naylor, de nuevo en las escaleras, hablando con alguien que estaba abajo mientras ella subía. Lois lanzó una exclamación de desespero y se precipitó detrás de una cortina. Lady Naylor entró con un pastel en una caja de cartón. Dijo que no creía que el tren tuviera un vagón restaurante, pero que Marda podría conseguir una cesta de merienda en Ballybrophy.

—Pero los pasteles que ponen en esas cestas no le gustarán, estoy segura, a nosotros no nos gustan.

—Es realmente gentil de su parte...

—Querida Marda —dijo su anfitriona—, es una verdadera pena lo de su mano. Especialmente porque es la mano izquierda y me temo que tendrá que atenerse a las costumbres y volver a llevar el anillo ahora que regresa a Inglaterra. Marda, es increíble que esas cosas sólo le sucedan a usted.

—Debemos estar agradecidos —dijo Marda— que no haya sucedido algo peor esta vez.

Con Hugo en mente, las dos intercambiaron una mirada llena de benevolencia, a la vez viva y vacía. «Al menos no ha pensado en eso», pensaron ambas.

Lady Naylor percibió con sorpresa los pies de Lois.

—Es una idiotez que te escondas ahí —dijo—. Te he estado llamando por todas partes. Livvy te espera en el vestíbulo.

—Pero yo no quiero verla.

—Pues te está esperando de todos modos.

—No tengo nada que decirle y ya estoy cansada de repetírselo.

—Yo no puedo hacer nada, es tu amiga. Y creo que se siente bastante herida.

—Y encima se va a quedar a almorzar —replicó Lois.

—¡Qué caprichosas pueden llegar a ser estas chicas! —observó lady Naylor, sentándose en el antepecho de la ventana. Su manera de sentarse y de esperar provocaba unas ganas locas de salir corriendo.

Lady Naylor tenía mil cosas que hacer, pero no podía dejar pasar la última oportunidad de descubrir, antes de que se corriera el velo de un matrimonio internacional, lo que pensaba realmente Marda de los ingleses. Ya que Leslie no tenía nada de irlandés, excepto sus tías.

—Aunque es verdad que es usted muy adaptable —dijo—. Me atrevería a decir que todos lo somos, pero a algunos de nosotros no nos hace falta utilizar esa cualidad. No hay duda de que va a ser muy feliz. ¿Dónde han pensado instalarse?

Leslie había pensado en Londres; Marda confesó que no había pensado en ello.

—Evidentemente, apenas es Inglaterra —dijo lady Naylor, alentadora—. Y por supuesto, será muy agradable para ustedes poder viajar tan fácilmente al extranjero;

estarán cerca de todo. Y no tendrán vecinos, creo que allí nadie los tiene.

—Lamentable...

—En cualquier caso, usted no podría ser nunca feliz viviendo como Anna Partridge. Es difícil ser de un natural tan dulce: a menudo la compadezco... Siempre pienso que el secreto con los ingleses es tener mucho que decir; afortunadamente, ellos están dispuestos a encontrarte gracioso. Pero en cuanto dejas de hablar, te cuentan las cosas más increíbles, sobre sus cónyuges, sus asuntos financieros, su tripa. Además, no parece importarles que no les hagas preguntas. Y se muestran tan familiares entre ellos... Supongo que les viene de vivir tan juntos. Desde luego, son muy categóricos y de espíritu práctico, pero es una pena que hablen tanto de lo que se traen entre manos. No entiendo por qué creen que eso podría importar a alguien: imagínese que vengo a verla y quiero contarle a toda costa lo que he estado haciendo durante la mañana.

Marda, sintiendo que tenía toda la razón, abrió un cajón vacío y miró en su interior, con gran abatimiento.

—A pesar de todo —prosiguió lady Naylor—, decir que no tienen sentido del humor me parece injusto, y es verdad que hacen todo lo posible por parecer unos inconformistas, y que son la amabilidad en persona una vez que le han «situado» a uno... En serio, Marda, ¿no irá a viajar con ese abrigo de paño ligero? Por el amor de Dios, no atrape un resfriado hasta que resulte evidente que no lo ha contraído aquí. ¡Qué poca suerte ha tenido con el tiempo! Sólo aquel día espléndido en Castle Isabel y ayer por la tarde cuando fueron a dar un paseo. Antes de que llegara hizo un tiempo magnífico, y qué pena que se perdiera nuestra última fiesta, y como le decía... ¡Vaya! Hugo...

No parecía contento de verlas. Tras haberse preparado para llamar a la puerta con unos golpes inexpresivos, se había quedado desconcertado al encontrarla abierta. Francie había insistido en que subiera con un frasco de agua de colonia. Aunque esperaba que Marda, al ser tan moderna, no apreciara el agua de colonia, quería ofrecer a la joven un detalle para el viaje: eso fue todo lo que se le ocurrió. Hugo opuso una sorprendente resistencia ante la idea de llevar el regalo. ¿No podía subírselo ella misma? Sus grandes ojos de protesta le recordaron que ella tenía prohibidas las escaleras en su plan de vida; y ya había subido una vez hasta el último piso. Así que allí estaba, preparado para retroceder tres pasos cuando Marda fuera a abrirle la puerta: había sido educado así.

Se alejó del umbral, y recorrió con mirada sorprendida los elementos impersonales de la habitación —las sillas, la ventana— como si estuviera particularmente extrañado de descubrir que había una habitación en esta parte de la casa, y especialmente, esta habitación. Las copas de unos árboles se agitaban bajo su mirada escrutadora. Pero ¿dónde había estado toda la mañana?, preguntó su anfitriona con insistencia; nadie había podido encontrarle. ¿Ah, sí? Pues no tendrían que haber buscado lejos porque se encontraba en el comedor, al fondo, en el rincón oscuro,

hojeando antiguos números del *Illustrated London News*, viejos volúmenes encuadernados que recordaba de su infancia. En ellos se hablaba de aquel zar que había sido víctima de un atentado con bomba perpetrado por los nihilistas: muy interesante.

—No comprendo cómo esos zares podían sentir confianza —observó lady Naylor con aire lúgubre.

Hugo lanzó una mirada inquieta al frasco de agua de colonia; lady Naylor le preguntó inmediatamente qué tenía ahí y, al oír la respuesta, elogió la imaginación de Francie.

—Nada como el agua de colonia después de un viaje, cuando una intenta recomponer un poco su aspecto. Desde luego, no creo que esta noche sea muy mala; aunque en este momento esos árboles no me dicen nada bueno. Al clima de aquí, lejos de la costa, le gusta ir al revés; te puedes llevar la sorpresa de encontrarlo tranquilo cuando llegas a Kingstown. A menudo me pregunto si el hecho de vivir en una isla no nos hace más religiosos: los franceses, por ejemplo, jamás podrían tener el mismo sentimiento de dependencia que nosotros, aunque, naturalmente, ello no les impide sufrir accidentes de ferrocarril. En fin, Marda, en su lugar yo no pensaría demasiado en ello, es con mucho el mejor método. Estoy convencida de que el mareo se debe a menudo a la ansiedad.

—No sé lo que pensarán los amigos de la señorita Norton cuando vean su mano —dijo Hugo—. Se verán confirmadas sus peores sospechas; creerán que hemos disparado contra usted. Su caída fue de lo más desafortunada.

—Tendría que haberme traído ese trozo de pizarra del molino.

—Te hago responsable, Hugo; no deberías haberla dejado trepar por cualquier sitio. Bueno, ¡qué se le va a hacer! Así tendrán de qué hablar.

—Tendrá que echar mano de su imaginación —dijo Hugo a Marda—. No les deje sospechar que somos todos unos mansos corderos. Esperarán verla como una especie de heroína; debe contarles todo lo que habría podido pasar.

Tras encontrar un lugar para la botella de agua de colonia en la parte superior de su neceser, Marda declaró:

—Será un tema inagotable.

—Pueden encontrar extraño que se haya cortado el *dorso* de la mano...

Las tres maletas cerradas presentaban un aspecto irreversible. Marda deseaba bajar a dar las gracias a Francie y los tres salieron al descansillo mostrando el colmo de la afabilidad. Laurence se tiró del pelo de las sienes y se enfrascó aún más en su libro. Sus reflexiones, densas a causa de la concentración, se veían ensombrecidas por oleadas de malevolencia. La puerta de Marda, que nadie había cerrado, seguía golpeteando y chirriando.

En el patio, bajo los goteantes castaños, Lois y Livvy caminaban con sus impermeables. Esa tarde, Lois tenía la intención de bañar a los perros; como podían muy bien desaparecer al prever lo que iba a ocurrir, Lois se planteó que era mejor

bajar ahora, que ya les habían dado de comer, y encerrarlos en los establos. Habían subido y mirado sin razón alguna en el pajar, entre el forraje y las golondrinas muertas. Regresaron lentamente, esperando en vano oír el gong.

—Resulta extraño que se vaya —observó Livvy—, se diría que justo acaba de llegar. Por lo general, me acostumbro muy bien a vuestros invitados. Ya le he dicho adiós una vez, no tenía idea de que me quedaría a almorzar. Sin embargo, no creo que se acuerde, parecía bastante nerviosa. Laurence estaba arriba con ella; me parece raro tener un hombre en la habitación, incluso por la mañana, pero sin duda ella es una mujer de mundo... Es una pena, Lois, que olvidaras pedirle el patrón de ese suéter.

—¿Te acuerdas de aquellos Black and Tans de la carretera de Clonmore? Siempre me hacen pensar en ella.

—¿Por qué? —preguntó Livvy. Luego, con su aire de santa, que hasta entonces Lois había conseguido mantener en suspenso, añadió—: Para mí fue un día memorable, naturalmente.

—¿Por qué? —preguntó Lois con hosquedad.

—Fue el día en que David y yo decidimos ir a Cork.

—Creí entender que todo había sido puro azar.

—Estaba predestinado. Lois, ahora tengo que decirte...

—Siempre tendemos a asociar a las personas que nos hemos encontrado con los acontecimientos que acaban de suceder.

—No es verdad lo que dices...

—Sí que lo es.

—Lois —dijo Livvy con aire sagaz—, espero que las cosas no vayan mal entre Gerald y tú.

Desde su compromiso, llamaba a todos los jóvenes por su nombre de pila y, con aire maternal, hacía todo tipo de insinuaciones impulsivas, como la señora Vermont.

Hugo deseaba volver a enfrascarse en el *Illustrated London News*, pero la camarera estaba poniendo la mesa y lo miró con extrañeza. En el vestíbulo, las dos jovencitas, con el pelo húmedo después de su salida, jugaban a lanzarse una pelota de tenis con una sola mano. Hugo se vio obligado a ir a la biblioteca, donde su mujer y Marda seguían hablando de las aguas de colonia, Marda apoyada contra la repisa de la chimenea, radiante y severa con su traje de chaqueta. El agua de colonia no era un perfume, decía Francie para resumir; ella detestaba el perfume porque poseía algo de reclamo. Sir Richard se inmiscuyó en la conversación; los cuatro charlaban con un ánimo carente de naturalidad, como si acabaran de conocerse.

Y de hecho, la falta de familiaridad del momento les hacía extraños a sí mismos, aunque ese momento pareciera haber estado esperándolos como una trampa en la que habían caído con cierta facilidad. Sir Richard, el menos afectado, encontraba a los Montmorency exageradamente animados y deploraba las partidas. Los invitados iban tomando forma poco a poco en su casa, emergiendo entre una bruma de rumores, y se pegaban a la trama esencial de la existencia, como una ligera y agradable

sobreimpresión, hasta que una partida hacía jirones el tejido estacional. Francie se frotaba delicadamente la palma de las manos en la tapicería de los brazos del sillón. Sabía que la vida era cruel y que Marda había comenzado sin duda a darse cuenta; se preguntaba si la joven había captado todo el alcance del agua de colonia. Marda, que les daba a medias la espalda, tamborileaba una canción en el borde de la repisa, reía al menor silencio y sentía la obstinación con la que Hugo se resistía a mirarla. No iba a haber ocasión de decir lo que le resultaba tan penoso callar. Hugo lamentaba que el fuego no estuviera encendido: la habitación estaba fría por la lluvia y, al otro lado de las ventanas, las ramas se agitaban incansablemente. El rostro y la silueta de Marda, que Hugo no se atrevía a mirar, acosaba su imaginación con una fantasmal agudeza.

—Me temo que te vas a mojar durante el viaje —dijo por fin sir Richard.

La observación despertó un vago eco en Francie. ¿Era eso lo que se disponía a decir ella o ya lo había dicho?

Afuera, en el vestíbulo, Livvy tropezó con el borde de una alfombra y cayó pesadamente al suelo, tirando en la caída un sillón de mimbre. La pelota de tenis rebotó a lo lejos, y Lois expresó su sorpresa con un grito agudo. Todos hicieron un movimiento de consternación y se alegraron.

Cuando Livvy se sentó a la mesa, exhalaba el aroma del Pond's Extract y su barbilla arañada brillaba. Se llevaba incesantemente el dedo al lugar magullado para sentir la hinchazón; David iba a tener que curarla mañana con un beso. Habría debido ser testigo de su valor: estaba, al parecer, impresionado por las cualidades morales de su novia, nunca hasta entonces había observado él esos rasgos en una chica. Ayer, él la había llevado a tomar el té a casa de los Vermont; y, como ella se lo había sugerido, les habían anunciado «la noticia» confidencialmente. Éxito inmediato: enseguida le hicieron sentir que ella formaba parte del regimiento. No tenía ni idea de que la señora Vermont fuera tan alegre; la había arrastrado a su habitación para que hablaran en serio un momento; las dos estuvieron de acuerdo en que sería divertido que el regimiento fuera enviado a China. Livvy miraba alternativamente a sir Richard y lady Naylor, pensando con glotonería en la gran sorpresa que les tenía reservada. Se sirvió dos veces fricasé de pollo, en el más completo silencio, mientras imaginaba cómo sería la bata de su ajuar; el viejo señor Montmorency, que estaba sentado a su lado, tampoco hablaba.

—Me gusta almorzar a la una —declaró lady Naylor, sorprendida—. Acorta la mañana, pero te deja mucho tiempo por delante para la tarde. No sé por qué no lo hacemos siempre.

—No veo razón para que no lo hagamos, querida —dijo sir Richard, quien, a diferencia de un marido inglés, no era conservador en estos asuntos.

El coche llegó con veinte minutos de antelación, pero sir Richard dio toda la razón al chófer. Apenas dejó que Marda se tomara el café y suavizó un poco el tono cuando ella se quemó la lengua. El señor Montmorency echó azúcar en su café por segunda vez, para regocijo de Livvy. Tomaron el café en el vestíbulo, de pie; parecía

que estuvieran celebrando la Pascua judía. Marda subió a su habitación y bajó con el abrigo puesto. Hugo se mantenía al pie de la escalera, en la entrada de servicio, y apretaba las tuercas de la prensa de su raqueta.

—Hasta la vista —le dijo ella—, gracias por haber sido tan amable conmigo.

—Oh —dijo él mirándola sin verla con sus ojos pálidos—. ¿He sido amable con usted? Me alegro.

—Hasta la vista.

—Hasta la vista, Marda.

—No salga a la escalinata...

—No, voy a acabar con esta prensa...

Ambos se volvieron a medias, oyeron el péndulo del reloj oscilar una vez: Marda se dirigió al vestíbulo. Todo el mundo estaba allí excepto Lois.

Lois estaba detrás de la puerta del salón, esperando.

—¡Marda! —dijo a través del resquicio.

—¿Sí? —Marda se deslizó detrás de la puerta, cerrándola un poco tras ella. Se abrazaron.

—Marda, no puedo...

—No te preocupes.

—Oh, querida.

—Pórtate bien.

—¡Feliz viaje!

—Oh, sí.

Se separaron.

Marda regresó al vestíbulo, sin mirar a nadie en particular, ocupada en ponerse los guantes. Lady Naylor le preguntó si llevaba el pastel. Sir Richard le palmeó afectuosamente el brazo diciendo que era una buena chica y que procurara ser feliz, y luego se mostró muy azorado y sorprendido por haber actuado así. Laurence parecía profundamente aburrido; Marda sintió pena por él.

—Esta vez me marchó de veras —le dijo.

—Me da pena que se vaya. No creo que sea...

Se estrecharon la mano. Laurence se dio inmediatamente la vuelta —su tío pensó que no era un gesto muy educado— y entró en la biblioteca.

Al final, en la escalinata sólo estaban sir Richard, lady Naylor y Francie para decir adiós a Marda y ver el coche deslizarse por la avenida bajo una cortina de agua. Pocos, pensaron, para lo encantadora que había sido ella y para el afecto que todos le habían tomado. Sin dejar de preguntarse por qué y dónde se habían ido los otros, se esforzaban por hacer la máxima demostración posible de sonrisas y gestos. Y el ademán de los dedos enguantados de Marda indicó, con gran gentileza y un punto de socarronería, que su esfuerzo no había pasado inadvertido.

—Bueno, ya está —dijo Livvy al descubrir a Lois en el salón—. Las despedidas siempre me ponen muy triste. Bien, escucha, Lois...

—Lo siento, pero no me encuentro bien; algo que he comido —respondió Lois—. Discúlpame...

Se llevó el pañuelo a la boca y salió corriendo del salón, tropezando al pasar con la puerta. Livvy la siguió unos instantes, sin dejar de hablar, luego volvió sobre sus pasos. «Para una chica es una desventaja tener un estómago así», pensó.

En la habitación vacía de invitados, Lois encontró un trozo de papel que se deslizaba por el suelo como un pañuelo dotado de vida. Las ventanas sin defensa dejaban entrar el vacío del cielo: el techo gris alcanzaba alturas vertiginosas. Una nueva ráfaga de viento atravesó la habitación, las flores se agitaron en los jarrones, las páginas de un libro, abierto junto a la cama, revolotearon precipitadamente. La almohada conservaba una huella, como si Marda hubiera dejado a medio hacer el equipaje para echarse perezosamente en la cama. O como si, desde la noche anterior, la almohada no hubiera olvidado el contacto de su cabeza.

El capitán de artillería Rolfe y su esposa daban un baile en su barracón. Denise Rolfe y Betty Vermont, su mejor amiga del Regimiento de los Rutlands, habían estado desbordadas de trabajo toda la mañana. Nerviosas y felices, se movían precipitadamente por todo el barracón, cortando sándwiches, esparciendo polvo de magnesio por el suelo, prendiendo colgaduras en las paredes. Cubrieron las luces eléctricas con papel de celofán rosa para obtener el encantador efecto deseado. De vez en cuando, una de ellas se dejaba caer sobre uno de los pocos muebles que quedaban y, al cruzarse con la mirada de la amiga, estallaba en una radiante carcajada. Estaban disfrutando de lo lindo. Fumaban y dejaban caer la ceniza del cigarrillo al suelo para enriquecer el encerado; ponían sin cesar los nuevos discos hasta que la señora Rolfe declaró que las agujas se iban a estropear y cerró con determinación la tapa del gramófono.

El coronel de la señora Rolfe desaprobaba los preparativos en silencio; el coronel Boatley tampoco pensaba que el baile fuera una buena idea. Hacía tiempo que se había renunciado a las diversiones en los cuarteles. Pero no era fácil prohibir lo que las señoras consideraban «un poco de alegría en los barracones». Los alojamientos para las parejas casadas estaban limitados en los cuarteles; con el refuerzo del ejército de ocupación, las líneas de barracones comenzaron a ganar terreno en el flanco de la colina, detrás del cuartel de los Artilleros. No había nada mejor que estos barracones para organizar un baile; en primer lugar, porque los suelos eran maravillosamente acomodaticios. Y cuantas menos parejas había, más íntimo resultaba el ambiente. Denise y Betty pensaban con desprecio en el baile oficial de los Rutlands que se celebraba en el gimnasio del cuartel, con todos esos comandantes bailando el vals, y donde el fagot del regimiento casi te echaba fuera de la pista de baile.

—De todos modos —dijo Betty, frotando una tabla del suelo con el dedo, un tanto desanimada—, me gustaría que brillara más. ¿Estás segura de que no quedará pegajoso?

—Para pegajoso, no hay nadie como el comandante en jefe —respondió Denise divertida—. Si no fuera por él, podríamos seguir bailando hasta la hora del desayuno.

—Es por esas horribles patrullas y cosas —observó la señora Vermont.

—Me parece curioso que haya pocas chicas. Creo que debería decirle a mi hermana que viniera.

—Habrá muchísimas esta noche —dijo la señora Vermont, a quien las hermanas pequeñas de los demás le parecían una lata.

Las señoras de los alrededores habían agradecido la invitación de la señora Rolfe,

pero temían que, en esos tiempos, las carreteras no fueran seguras de noche para sus hijas. Éstas, sin embargo, que se habían encontrado con la señora Vermont en el club de tenis, le habían asegurado que acudirían.

—De hecho, si vienen todas —añadió la señora Vermont inquieta—, me veré obligada a telefonar al comedor para que me envíen algunos chicos más.

El capitán Rolfe estaba libre de servicio a partir del mediodía, y durante la tarde los amigos pasaron a saludar, de dos en dos o uno después de otro, para ofrecer su ayuda.

—¡Pero sobre todo nada de mirar! —gritaba Denise cada vez, precipitándose hacia la pared para ocultar las colgaduras—. ¡Es una sorpresa para esta noche!

Los suboficiales, después de un rápido vistazo en derredor, estaban dispuestos a permanecer perfectamente ciegos. Comenzaron a deslizarse con diligencia, mientras se golpeaban la cabeza contra los farolillos chinos que Betty había colgado demasiado bajos. El señor Simcox, conocido como Tubby, hizo de encerador de suelos sentándose en un felpudo que sus amigos hacían girar por toda la habitación.

—Realmente —sugirió alguien—, deberíamos hacer rodar botellas de champán por el suelo.

Las chicas que lograron acudir al baile lo habían dispuesto todo para «ser alojadas» en Clonmore, o en las dependencias destinadas a las parejas casadas. Las dos señoritas Ralte de Castle Ralte, en la carretera de Tipperary, llegaron hacia las cuatro, sonrojadas por haber tenido que afrontar una buena veintena de kilómetros y la oposición de sus padres. El padre, a decir verdad, se había mostrado más que difícil.

—Nos ha dicho —contó Moira Ralte, contemplando con aire beatífico la decoración de la habitación— que todo este circo no sólo es un crimen, sino una auténtica locura. Y también que no comprende cómo el comandante en jefe ha podido dar su autorización, estando el país como está. Hasta que no hemos traspasado la puerta, creíamos que nos iba a impedir marcharnos.

—Pero hemos venido —remató Cicely.

Todo el mundo rio. Se tenía a las Ralte por exaltadas jóvenes irlandesas, un papel que las complacía bastante. Sin embargo, intercambiaron una mirada, incómodas. Tal vez no había estado bien eso de reírse de su padre.

—Hacen falta dos para hacer la guerra —declaró sabiamente la señora Rolfe—. *Y nosotros no estamos combatiendo.*

—¡Y aún es más lamentable! —exclamó con violencia un tal señor Daventry de los Rutlands—. ¡Dios! ¡Si ellos se...!

Las señoritas Ralte, poco acostumbradas a los juramentos, bajaron la nariz. Hubo un momento de leve incomodidad, de despertar de la conciencia nacional.

—¿No les parece que sería de lo más absurdo —dijo Moira con tacto para aligerar la tensión— que trataran de dispararnos por la ventana mientras estamos bailando?

—¡Correré las cortinas! —exclamó la señora Vermont.

Cicely lanzó una mirada al gramófono y tarareó un foxtrot mientras golpeaba con el talón en el suelo, totalmente ajena a los demás. Pero los suboficiales seguían deslizándose con furor, lanzándose unos contra otros, y el baile no podía comenzar hasta que no apareciera la sobrina del inspector del Distrito. Al fin llegó con gesto triunfal y fue saludada con un clamor ensordecedor. Era graciosísima. Tenía una mata de cabello de un rojo claro que se le desparramaba sobre la frente, una gran sonrisa resaltada por dientes separados y un abundante repertorio de réplicas agudas que pronunciaba con el acento de Cork. Denise y Betty la adoraban. Era católica; resultaba extraño pensar que venerara al papa. Las señoritas Ralte apenas la conocían. Cuando entró, Daventry abrió los brazos, a los que ella se precipitó con un gorjeo, y comenzaron a bailar. El gramófono arrojaba una música ronca; se les unieron otras parejas.

Era evidente que el señor Daventry —el decano de los suboficiales, alto, elegante y un poco diabólico— estaba «prendado» de esta joven singular. Ella era capaz de hablar y de bailar al mismo tiempo con la misma superficialidad, y no se privaba de hacerlo. Daventry la sacudió y murmuró:

—¡Oh, cálese! —Luego le susurró rozándole el cabello con los labios que ella bailaba como una pluma y que le molestaba mucho no poder disfrutarlo.

—¿Lo dice en serio? —exclamó la sobrina del inspector del Distrito elevando sobre la música una voz estridente y levantando la cabeza bruscamente hacia él.

La señora Rolfe, anfitriona distraída, se dejó llevar en los brazos del asistente, que no pensaba quedarse mucho rato. Hablaba de sí mismo como de un hombre muy ocupado, pero ella sabía que no era más que una pose. Ella bailaba con aire distante y repetía como una letanía:

—Vasos para el ponche..., vasos para el cóctel de sidra..., cigarrillos..., cubrir el lavamanos...

—¿Lavamanos? —dijo el asistente, solícito.

—Los que no bailen tendrán que sentarse en la habitación de Percy y en la mía. ¿Cree que les importará?

El asistente estrechó con más fuerza a la señora Rolfe, criatura etérea que tendía a escapársete de entre los dedos como una cometa. Tragó saliva y respondió con un tono demasiado risueño:

—Esta noche lo pasaremos genial. Tenemos... tenemos que aprovecharlo al máximo; tal vez sea la última ocasión en mucho tiempo. En realidad, estamos doblando las guardias... El comandante...

—¡Ese cerdo! —exclamó Denise, clavando su mirada en la del asistente.

—¡Punto en boca! —respondió él pestañeando—. Ah, otra cosa: me temo que Dobson, de los Rutlands, no vendrá. Acabo de encontrarme con él: esta noche está de patrulla.

—Oh, ¡pero si me había dicho que intentaría librarse!... Me lo había prometido.

—No tenía que haberlo hecho; se comprometió a patrullar hace una eternidad. Su

comandante...

—Ese hombre lo estropea todo. El capitán Dobson es uno mis mejores bailarines. —Se paró en seco y apagó el gramófono—. ¡Escucha, Percy! Envían al capitán Dobson a patrullar sin siquiera avisarme. Me gustaría saber qué se supone que tengo que hacer. Había calculado exactamente mis números.

—Pero, Dens —observó su marido concienzudamente—, tenemos cuatro hombres de reserva. Y puedes contar con Lesworth y Armstrong.

—¡Ése no cuenta!

Todos estallaron en carcajadas: Betty había contado cosas a unos cuantos amigos de forma confidencial...

—Y justamente, en ese mismo orden de ideas —añadió Denise, todavía disgustada y lamentándose al asistente—, el señor Lesworth tampoco cuenta mucho. Está muy interesado en la joven Farquar.

«Esas relaciones...», pensó el asistente. Su comandante tampoco las apreciaba.

El gramófono se puso a sonar de un modo sensiblemente más bajo y continuaron bailando.

—Supongamos —dijo la sobrina del inspector del Distrito durante una pausa— que nos dejan a las chicas aquí sentadas toda la noche y que nadie nos invita a bailar.

—Bailemos unas con otras —dijo Cicely Ralte con firmeza.

—Pero a mí no me apetece bailar sin hombres —dijo la sobrina del inspector del Distrito con languidez.

Se había sentado sobre un pequeño armario en el que se guardaban los discos, mientras balanceaba las piernas enfundadas en medias brillantes y se estiraba la falda de cuadros de colores chillones para taparse las rodillas. Sus ojos verdes recorrían la habitación mientras devolvía las muestras de atención con aire confidencial.

Daventry se apoyaba contra las colgaduras de muselina de artístico estampado con una mano en el borde del pequeño armario. Cerraba los ojos largo rato, pues cada vez que dejaba de bailar, se daba cuenta de que le dolía la cabeza. Había pasado toda la noche y una buena parte de la mañana en las montañas, registrando las casas en busca de armas que sabían que estaban allí. Había recibido órdenes concretas de dar la vuelta a las camas y registrar con cuidado, especialmente las casas donde los hombres estaban ausentes y las mujeres lloraban con violencia y prorrumpían en gritos y rezos. Todas las camas, o casi todas, estaban ocupadas por mujeres muy ancianas o por madres con bebés muy pequeños, pero el suboficial, que estaba habituado a ese tipo de trabajo, les había insistido en que se emplearan a fondo. Daventry todavía se sentía asqueado, sofocado por ese ambiente cerrado y femenino, aturdido por el alboroto. Daventry había padecido neurosis de guerra y estaba empezando a odiar Irlanda, de una forma lírica, categórica; odiar hasta la misma sensación del aire y el olor del agua. Si no hubiera sido por los bailes, el whisky, el bridge, las bromas en los barracones y, una vez más, el whisky, no sabía lo que habría sido de él, habría perdido la cabeza, se habría vuelto loco de remate, suponía. Abrió

los ojos: la luz de la tarde flotaba en franjas horizontales en el aire lleno de humo. El movimiento incesante de las piernas de su compañera de baile, enfundadas en sus brillantes medias, lo exasperaba; le agarró de un tobillo, con fuerza, como hubiera hecho con un hombre. Ella lanzó una patada al aire y uno de sus zapatos de tacón salió disparado. Un bosque de manos se elevó. La sobrina del inspector del Distrito bajó la mirada complacida ante la masa compacta de las agachadas espaldas de los suboficiales. Las otras chicas lanzaban risitas tontas y se mantenían apartadas.

—¡Oh, ten cuidado! —exclamó Denise—. ¡No estropees las colgaduras! —Soltó un extremo de la muselina y, como nadie la escuchaba, se puso a espolvorearlas con polvos de magnesio mientras soltaba una risa huraña.

La sobrina del inspector del Distrito lanzó a Daventry una mirada extraña y repentina: sus ojos se encontraban ahora al mismo nivel. Los del joven, oscurecidos por el agotamiento y los nervios, estaban demasiado juntos, como los de un seductor tiburón.

Cicely Ralte bostezó discretamente; la lucha no remitía.

—Estaremos todos cansados cuando llegue la noche —dijo al asistente.

—Aquí llega la señorita Farquar —respondió éste sin embargo—, fresca como una rosa.

Lois apareció en el umbral, acompañada de David Armstrong. Livvy se había negado a ir hasta la noche, ya que temía sentirse azorada: no sabía en qué medida los demás estaban al corriente. Ahora se encontraba en Clonmore comprando sofisticados pensamientos negros para adornar su vestido. Lois y ella pasarían la noche en Clonmore, con los Fogarty. Lois seguía aturdida por el largo recorrido por carretera bajo la blancura de un intenso cielo sin sol. Sir Richard y lady Naylor la habían visto marchar con los peores presentimientos, pero Francie estaba convencida de que la chica iba a divertirse de lo lindo. Francie había observado que, esos últimos días, después de que Marda se hubiera marchado, la vida tenía que haberle resultado monótona. Y había deslizado una bolsita de flores secas en la maleta de Lois, sobre su vestido de tul verde.

Desde la puerta abierta, Lois y David contemplaron a los jóvenes enredados entre sí con una sensación de impotencia, como si les correspondiera a ellos desenredarlos. Luego entraron y estrecharon la mano de la señora Rolfe y sus amigas. Lois, que gustaba al asistente por su frescura, llevaba un sombrero de fieltro azul claro y un cárdigan de un azul más oscuro. Era consciente de que no habría debido pasearse por el campo sin carabina, pero no había sabido cómo evitarlo: había acudido en busca de la señora Vermont. El calor de la habitación la hizo sonrojarse y sintió que el señor Daventry la observaba; luego él cerró de nuevo los ojos. Había algo de desesperado en ese hombre que ella hubiera podido amar. Pero estaba claro que él no buscaba más que relajarse, y Lois había descubierto que ella no relajaba al señor Daventry.

Gerald no estaba allí; ella lo descubrió por las miradas de conmiseración. Era un bailarín serio y no le gustaba cansarse deslizando los pies. Tal vez estaba de guardia,

o tal vez esperaba en casa del señor Fogarty. Ahora ella ya no recordaba nada de él, salvo la imagen de aquella pierna que había entrado con infinita ternura en el coche blindado. Desde entonces, no había tenido más noticias; podrían haberle puesto en conserva para siempre, como una langosta. ¿Se arrepentía de haberla besado? No había dicho ni una palabra al respecto.

El señor Simcox, el más gordo y el más adorable de todos los artilleros, volvió a poner el gramófono mirando de reojo a Lois, y luego la invitó a bailar. Él parecía estar tan acalorado que ella le dijo que prefería dejarlo para la noche.

—No lo olvide —dijo el señor Simcox, poniéndose una mano sobre el corazón.

Y por no se sabe qué misteriosa evocación, el barracón, iluminado, se puso a vibrar; sobre el brazo fresco de Lois, el aire estaba tan caliente como el humo, y ella seguía a Gerald al ritmo de las pulsaciones de la música, sensible al contacto de su mano en la espalda a través del ligero tejido del vestido —demasiado cerca el uno del otro para verse—, las pestañas del joven rozando reverentes el cabello de ella. Ella pensó que no debía preocuparse de su juventud; la juventud se disipaba como la luz del sol bajo otros cielos o el resplandor de un fuego en una habitación desierta.

Lois dio las gracias al señor Simcox y le prometió reservarle el sexto baile y no equivocarse en los cálculos. De pronto malhumorada, la señora Vermont anunció que era la hora del té y echó a los jóvenes del barracón como si fueran gallinas. Se dispersaron en el barro iluminados por la cansada y sabia luz de la tarde.

Por la noche, se levantó viento. Lois y Livvy se vistieron en la habitación de invitados de la señora Fogarty, sin dejar de tropezarse con el borde de la gran cama. Se observaban por turnos en el espejo; de vez en cuando dejaban los preparativos y corrían a mirar por la ventana. Lois encontraba a la vez extraño y agradable estar de nuevo en una ciudad. La plaza, donde las hojas secas se arremolinaban con aire otoñal, bullía de excitación. Aunque sólo doce parejas habían sido invitadas al baile de la señora Rolfe, todo Clonmore parecía estar al tanto. No dejaban de salir personas rápidamente por las puertas de vaivén del hotel Imperial. Alguien comenzó a tocar un vals y luego se detuvo, desalentado; dos viajeros de comercio se saludaron con un golpecito en el hombro. Livvy sujetó los pensamientos negros sobre su pecho y se volvió en busca de admiración. Lois encontraba los pensamientos de mal gusto, pero, sabiendo que debían de haber costado cuatro chelines y seis peniques, dijo que los encontraba especialmente originales. El vestido de tul verde de Lois se le deslizó por la cabeza como una cascada. Cuando reapareció, la joven estaba radiante. Si por lo menos pudiera verla Marda... Eran las seis y media: se había prometido pensar en Marda.

Se estaban vistiendo pronto, tenían que cenar con una tal señora Perkins. La señora Perkins no prometía servirles gran cosa, pero después de todo, aquello era Irlanda y se lo pasarían bien.

El capitán Vermont debía pasar a recogerlas: se abotonaron el abrigo que se habían puesto sobre su vestido de baile. La señora Fogarty las besó en la escalera, y

les recomendó que no rompieran corazones. Ella las vería más tarde, pues iría al baile como espectadora.

Desde que había hecho la adquisición de Betty, la reserva de conversaciones que tenía el capitán Vermont para las chicas bonitas se había agotado de forma natural: era algo que no correspondía biológicamente a su edad. Subieron el camino que bordeaba el cuartel casi sin decir palabra y avanzaron entre los barracones poniendo un gran cuidado en evitar el barro. El ligero soplo helado de las tinieblas invadía el aire. El viento, que había bajado de las montañas, atravesaba una franja de tierra donde las granjas estaban sumergidas en la oscuridad y penetraba, como un cuchillo, entre las hileras de barracones. Inquietas, las chicas se tocaban los bucles del pelo. Uno de los flancos del barracón estaba expuesto al viento; hacía frío, al sentarse a la mesa sacaban a regañadientes los brazos desnudos del abrigo.

La cena no resultó tan alegre como Lois esperaba. La señora Perkins parecía distraída y mantuvo una discusión con su marido en voz baja a propósito de un abrelatas. La señora Vermont no sabía hablar de otra cosa que de la pobre Denise. (Como si, observó Livvy, fuera a tener como mínimo un bebé y no un simple baile). Los capitanes Perkins y Vermont se excusaban sin cesar ante las chicas por ser viejos y estar casados, y sus esposas les repetían que dejaran de decir tonterías, y les decían a las chicas que podían ver perfectamente cómo allí no había sitio suficiente para los hombres jóvenes: con seis personas, las sillas rozaban contra el friso de madera. Las chicas tendrían jóvenes más tarde, durante la velada. Lois asintió cortésmente, pero Livvy lamentaba no haberse quedado a cenar en Clonmore, donde por lo menos hubiera podido ver emborracharse al señor Fogarty. Permanecía sentada biqueando, mirando cómo se desprendían los polvos de su nariz maquillada para nada.

Repartieron una botella de vino entre las damas con una deprimente imparcialidad; los hombres bebían whisky. Los anteojos de la señora Perkins brillaron con más animación. Pero el viento jugueteaba con el barracón como un demente, la carpintería crujía, las puertas chirriaban, un escalofrío recorrió las paredes; una ráfaga de aire penetró por una grieta y las luces, como locas, se pusieron a oscilar. Durante un silencio corto y tenso, entre dos ráfagas de viento, la señora Vermont observó que un ángel estaba pasando sobre la casa; quería que escucharan el ruido de sus alas. Aguzaron el oído; pensaron en un país vacío oculto por la oscuridad.

—¿Qué tranquilidad hay aquí, verdad? —dijo la señora Perkins.

—Más vale no aventurarse demasiado lejos entre dos bailes —declaró el capitán Perkins—, y no bajen hasta las alambradas. En primer lugar, está oscuro; y no queremos que se pierda ninguna de estas chicas.

—¡Vaya con el abuelo! —exclamó la señora Vermont. Livvy observó que existía cierta comunidad de espíritu entre las personas casadas: una esposa podía demostrar cierta impertinencia hacia el marido de otra.

—Yo no me paseo nunca entre dos bailes —dijo Livvy, ofendida.

—¡Vamos, vamos!, no puedes saber lo que vas a hacer —dijo la señora Vermont, y todos se rieron.

Lois se sentía inquieta, tenía un nudo en la garganta: apenas podía tragar. Siempre se sentía «muy tensa» antes de un baile. Pero esa noche era aún peor; no contaba con estar muy solicitada: realmente, abrigaba dudas. No había tenido ninguna noticia de Gerald; el joven no había pasado por casa de los Fogarty. ¿Es que no era agradable besarla? ¿Se había sentido decepcionado? Su vestido verde brillaba a la luz; bajaba incesantemente la mirada hacia su pecho, hacia su regazo, allí donde los pliegues de su falda desaparecían en la sombra, debajo de la mesa. Si él no estaba allí cuando ella llegara, si no le veía antes de que él la viera (mientras ella subía la cuesta en la oscuridad), de pie, cerca de la puerta e iluminado por la luz rosada, escrutando ávidamente el bloque de oscuridad que iba a deshacerse de ella, se moriría, se dijo en su fuero interno. Pues aquella mañana había escrito a Viola que tenía la intención de casarse con Gerald.

La puerta de los Rolfe se abría y cerraba sin parar; del gramófono escapan ráfagas que se deslizaban colina abajo, como si alguien estuviera tosiendo. En el momento en que el pequeño grupo de los Perkins abandonaba el camino de tablas, Gerald atravesó el umbral con la sobrina del inspector del Distrito en medio de una nube de tules vaporosos. La habitación estaba pegajosa con la luz color fresa, los faroles apagados se bamboleaban entre los cables de las luces eléctricas; se hubiera dicho que los bailarines se movían lentamente en mermelada. Junto a la puerta había un grupo de hombres jóvenes que tosían. Pero todavía nadie había hecho su entrada oficial. Lois parpadeó y comenzó a sacar los zapatos plateados de los bolsillos; alguien la arrastró hasta un pasillo para que se cambiara.

En el extremo del pasillo, en lo que Denise llamaba la cocinita, los cinco hombres de reserva estaban fumando, con los ojos fijos en sus vasos de whisky, y lamentaban no poder jugar al bridge. Lois introdujo la cabeza y todos la saludaron, pero Livvy se la llevó rápidamente de allí: dijo que ése debía de ser el guardarropa de caballeros. Lois se cruzó con sorpresa con su propia mirada interrogante en un pequeño trozo de espejo visible entre los abrigos.

David fue a buscar a Livvy; Betty se marchó revoloteando sobre el lago de polvo blanco del suelo con el señor Simcox; el señor Daventry observó con seriedad la puerta del pasillo, colocó el cigarrillo en equilibrio en el borde del gramófono, y luego se dirigió hacia Lois frunciendo las cejas, sin decir nada. Abrió lentamente los brazos. Bailaron; ella no sabía que fuera capaz de bailar tan maravillosamente. Cuando acabó el disco, el señor Daventry, impasible, volvió a poner la aguja en el principio.

—Un día cansado —dijo.

—Oh, no me lo parece. —Y siguieron bailando.

La sobrina del inspector del Distrito se recogió los vaporosos bajos de la falda naranja y se alejó de Gerald con un artillero de perfil aquilino. La mandíbula del señor Daventry se movía ligeramente y rozaba la sien de Lois; los músculos de su cuello estaban tensos. Reanimó una vez más el gramófono.

—¿No va a haber una pausa? —preguntó Lois sin aliento.

—No necesariamente —respondió el señor Daventry.

Durante este tiempo, la tensa y resentida espalda de Gerald parecía sostener una de las paredes del barracón.

—Cuánta gente...

—¿Cómo dice?

No volvió a hablar. Bailando con ansiedad, ella no representaba más que la venganza del señor Daventry. La señora Vermont, al pasar delante de Gerald, le dijo:

—¡Oh, pobrecito!

Luego preguntó al señor Simcox si se había dado cuenta de que los chicos guapos lo eran más todavía cuando estaban malhumorados. El señor Simcox, que por prestar atención al volverse perdió un paso, respondió que por su parte él no le veía malhumorado, sino tal vez inquieto.

—Tonterías, Tubby, ¿qué podría inquietarle?

—Quién sabe.

El señor Simcox, como cualquier hombre gordo, era un poco filósofo. Con un suspiro, dejó a la señora Vermont en brazos de otro joven y se fue a buscar a la tímida hermana pequeña de algún otro.

—¿No hay suerte? —le preguntó a Gerald mientras pasaba a su lado. Y Gerald le miró con franqueza y desesperación.

La velada pasó volando, con una especie de precipitación que nadie pudo controlar. Todos se miraban, hablaban, bailaban muy juntos como poseídos por una exaltación irresistible; la intimidad del ambiente contraía al mismísimo aire. Los sándwiches eran ambrosía y daban fulgor a la mirada; el borde de los platos se electrizaba al contacto de los dedos. La señora Rolfe reía sin cesar; se habría dicho que de desesperación. Pasó al lado de parejas reunidas en la parte más oscura del pasillo, y al entrar en la cocina dio un grito agudo y barrió con un gesto unas cartas que se encontraban sobre la mesa. Los hombres de reserva bailaban entre ellos. La señora Rolfe se precipitó en su habitación para salir de inmediato y agitó un plato lleno de bombones bajo la nariz de las parejas sentadas sobre la cómoda y el tocador recubierto de cojines turcos. Si el barracón se hubiera elevado por los aires, y cualquiera que hubiese traspasado la puerta se hubiera visto obligado a retroceder, presa del vértigo, no le habría extrañado nada. Y además, los dos suboficiales que se habían marchado corriendo al comedor a buscar más sifones habían saltado al barro desde una altura considerable.

En la habitación hacía calor; recorrieron las cortinas, abrieron las ventanas, y se encontraron curiosamente observados desde el exterior por pequeños cuadrados de noche. Las parejas salieron a pasear, para refrescarse el rostro. A Livvy la besaron en dos ocasiones y fue a empolvarse la nariz.

—Estamos en plena locura posbélica, reconozcámoslo —dijo el señor Simcox, de pie junto a una ventana.

—Oh, sí —asintió Lois.

—Cuando uno lo piensa, es horrible..., estoy seguro de que comprende lo que quiero decir.

—Sí, sí. —Irritada por la atención que le dispensaba el señor Simcox, Lois sacó las dos manos por la ventana, como si las metiera en un pozo, para sentir el aire frío en las muñecas. Gerald se puso detrás de ella.

—El próximo es para mí —dijo él como si acabaran de separarse—. ¡Vaya jaleo! —gritó.

—Este jazz —observó Simcox.

—Deberían haberme dejado traer mi orquesta —añadió Gerald con aire disgustado—. No habría ocupado mucho más sitio que la señora Fogarty.

La señora Fogarty había entrado con un vestido violeta y se había sentado al fondo de la habitación. Era un tonel con patas, pero encantadora. Cada vez que una pareja la pisaba, miraba a los bailarines con aire radiante moviendo la cabeza de la forma más amistosa del mundo. Le llevó un vaso de limonada a Gerald.

—¿Dónde está su chica? —le susurró al tiempo que le dirigía una mirada sombría de preocupación. Gerald no habría soportado decepcionar a la señora Fogarty.

Gerald no bailaba en silencio. Su mano, fresca y familiar, sostenía la muñeca de su pareja. Lois volvía a sentirse de nuevo en casa; protegida contra las habitaciones desiertas, los silencios invasores, la lluvia, el sentimiento de abandono. Nada tenía importancia: hubiera podido dormirse. Pero él la despertó.

—A ver, dime: ¿qué te he hecho yo?

—Pero qué... —repuso ella torpemente.

—Lo sabes muy bien. Pero ¿por qué eres...? ¿Por qué tenemos que...?

—Gerald... Oh, no seas... ¡Sssh!

Una pareja se apartó de ellos bruscamente.

—No me imaginaba que fueras cruel —dijo él, rozándole el pelo con los labios, casi confidencialmente.

—Pero ¡si eres tú quien me ha herido!

—¿Yo? ¿Cómo? ¿Cuándo? Si ni me has mirado... Lois, eres encantadora, pero tan...

—Oye, no podemos hablar y bailar al mismo tiempo.

—En ese caso, ¿cuál de las dos cosas quieres dejar de hacer?

Lois miró un botón de su uniforme.

—Hablar —respondió ella tras un pequeño silencio satisfecho. Él deslizó la mano

bajo su brazo y siguieron bailando. La sobrina del inspector del Distrito pasó a su lado en una estela de tules, y se burló de Daventry: disponían de un espacio para ellos solos en la pista de baile atestada. La habitación rosada se fundía a su alrededor, plácida y pegajosa. Bajo el delicioso impulso del movimiento, Gerald estaba cerca de ella como nunca.

—Bailas divinamente.

—¿Qué? —dijo él, como si fuera el espectro de Daventry. Alguien paró el gramófono y se miraron, desconcertados. Algo le había hecho inverosímilmente infeliz: a ella le hubiera gustado consolarle.

—Vayamos fuera.

—¿No hará demasiado frío para ti?

—Por favor, Gerald —respondió ella, desanimada—, no seas tan protector.

Al otro lado de la cabaña, el viento se desató y penetró en los cabellos de Lois hasta la raíz, haciendo que le picaran las orejas... Siniestra energía en este mundo fijo y anguloso, donde nada parecía moverse. Gerald caminaba, desconocido, a su lado en la oscuridad.

—En una época —dijo Lois sujetándose las descontroladas faldas contra las piernas—, una chica habría muerto por esto.

—¿Un cigarrillo?

—Oh..., ¿podremos encenderlo aquí?

—Puedo encenderlo en cualquier sitio.

Lois se inclinó sobre las manos de Gerald, receptáculo de fuego. Dos puntitos brillaron en sus ojos. Luego la cerilla se alejó girando vertiginosamente y fue a morir en la oscuridad.

—No entiendo qué dices que ha ido mal —dijo ella.

—Estuviste muy rara el jueves. La noche anterior parecías formar parte de mí y luego todo se estropeó. Reconozco que me porté como un bruto; no debería haberte..., pero, a decir verdad, no me arrepentiré jamás... Si simplemente te hubieras enfadado, o qué sé yo... Pero huiste inmediatamente: yo no sabía dónde estabas. Durante todo el almuerzo te comportaste como una chica en un club de tenis. Luego me dejaste allí abajo diciendo sandeces con ellos y te marchaste en busca del maldito gramófono.

—No fue culpa mía. ¿Querías que me quedara a escucharte decir sandeces? Gerald, no sabía que estuvieras resentido conmigo. No pensaba que pudieras estarlo... Esperaba que me escribieras.

—He comenzado tantas cartas, he gastado la mitad del papel de cartas que tenía. No sabía qué decir.

—De cualquier forma, habrías podido escribir.

—Pero ¿cómo? —preguntó él con candor.

Pese a todos los libros que había leído, Lois no recordaba quién de los dos debía hablar primero después de un beso, un beso que no había intercambiado, sino...

recibido. Tampoco había reaccionado; ni había mostrado indignación ni había capitulado.

—¿Esperabas que yo te escribiera? —De pronto había visto la luz.

—Es que siempre has sido muy comprensiva.

—Pero, Gerald, sin duda te habría parecido chocante que yo...

—Ah, tal vez sí. Pero quería encontrar algo que lo volviera todo natural. No olvidaré jamás lo que sentí en aquel coche blindado. Para mí siempre estarás asociada al olor a aceite... Dime, Lois, ¿crees que soy demasiado introvertido?

—Estabas cansado, ya lo sabes.

—Tal vez era eso —respondió Gerald, turbado—. Pero tener que regresar al cuartel dando tumbos mientras tú y esa chica volvíais de nuevo a esa casa tan sensacional...

—¿Crees que es una casa sensacional?

—Eso me parece.

Esta nueva versión de una tarde cambiante fue toda una sorpresa para ella. Para él también se había eternizado aquel momento: puertas que Lois no se había molestado en cerrar y ventanas que se abrían, el murmullo de las voces en el salón, la lluvia que adquiriría otra importancia. ¿Tendría que haber pensado más en Gerald y preguntarse menos? Ahora ella veía alejarse el coche blindado por la carretera encharcada de Clonmore, con Gerald como único punto neurálgico. Pero ella pensó en la habitación de invitados vacía y en cómo ésta se vengaba de él.

—Marda se ha ido, ¿lo sabías?

—Pero sólo había ido a almorzar, ¿no?

—¡Gerald...! ¿No eres capaz de captar la diferencia entre alguien que va a comer y alguien que está de visita?

—No llevaba sombrero —dijo Gerald después de pensarlo.

—Se fue hace dos días: ahora está en Kent.

—Lo siento —dijo Gerald cortésmente. Consciente del tenso, violento silencio, añadió—: Me pareció muy encantadora.

—¿Te has preguntado siquiera si la echo de menos?

—Me imagino que la echas de menos. A mí siempre me da pena que se marchen los invitados, aunque antes son un fastidio.

—Pero con ella no hubo ningún antes; ahora me parece muy extraño.

—Lois..., entonces ¿no estás enfadada?

—Oh. —Recobrando la compostura, Lois miró distraídamente hacia la oscuridad. Una pareja avanzaba a su encuentro; colocó una mano sobre el brazo de Gerald para hacerle callar, y él puso la suya encima. Oyeron la risa amarga de Daventry, y los pasos resbaladizos de su compañera avanzando por la pasarela. Gerald y Daventry se cruzaron en la oscuridad y parecieron intercambiar un extraño y silencioso diálogo.

—El señor Daventry parece mayor para ser un suboficial.

—Es absurdo que esté aquí; son las típicas estupideces de los tiempos de paz. En

1916, tuvo una compañía a sus órdenes en Francia, y después fue jefe de batallón suplente. Es un tipo notable; lamento que no hayas podido disfrutar más de su compañía. No le gusta mucho salir del cuartel. A decir verdad —añadió como excusándose—, le pone enfermo estar aquí. Creo que esto no le conviene.

—Y a ti, ¿te gusta de verdad estar aquí?

—Es un trabajo, eso es todo. Aunque comprendo el punto de vista de Daventry..., hay algo que no es natural.

Habían llegado al extremo de los barracones; al pie de la empinada pendiente se levantaba un muro erizado de alambradas. Un centinela iba y venía junto al muro mecánicamente, como un péndulo. Sobre el país se cernía una grave amenaza. Gerald la miró de frente, su rostro iluminado en la oscuridad de forma intermitente, rojizo por el latido de su cigarrillo. Lois se abrazaba los codos desnudos con las manos, y tiritaba sin darse cuenta. Gerald parecía al mismo tiempo cercano y distante, familiar e impersonal; ella comprendió por qué, hasta ahora, lo había buscado en vano en las palabras que él decía. No tenía nada que ver con su manera de expresarse. Tendió la mano hacia donde él estaba, indefinido y palpable. Él tiró el cigarrillo, se volvió y no dijo nada. El centinela pasó de largo.

Regresaron por el mismo camino, entre los barracones.

—Gerald, sinceramente, no estaba enfadada... por lo que hiciste...

—No, tú siempre has sido maravillosa.

—¿Es que no lo comprendes? —dijo ella secamente—. ¡Gerald!

—¿Comprender qué? ¡Oh, Lois!

Mientras se besaban, al acallar sus pasos ella oyó a alguien que se movía entre los barracones. El sonido venía de muy lejos, del otro lado de un remanso de paz.

—Tienes los brazos tan fríos...

—Me he sentido tan sola...

—Tan fríos... —Él besó los brazos, el pliegue de los codos.

—Me gusta tu nuca —dijo ella más tarde, explorando con la punta de los dedos.

—Nunca pensé que me mirabas.

—Gerald, he estado tan... ausente.

—Nunca imaginé que me quisieras.

—Yo... —comenzó ella. El suave murmullo de su vestido al viento se convirtió, por alguna misteriosa asociación anímica, en un sentimiento dolorosamente inexplicable; y al no ser comprendido, el dolor era insoportable.

—Gerald, me haces daño con los botones.

—Cariño... —La soltó, pero inconscientemente siguió sujetando una de sus manos, con solemnidad—. ¿De veras podrás casarte conmigo?

—No lo sabré hasta que me lo hayas pedido.

—¡No te rías de mí...! —exclamó él.

—¿No te das cuenta de que no me río?

—Lois... —Había algo más; ella esperó mientras lo oía respirar profundamente

—. Volvamos dentro y bailemos, ¿quieres? —preguntó en un tono casi religioso.

El barracón bullía de animación: Lois retrocedió alarmada, como ante el destructivo movimiento de una puerta giratoria. Ahora que el olor a tierra había desaparecido, Lois podía recordarlo vivamente... David Armstrong, apartándose bruscamente de su compañera, lanzó un globo rojo contra la cabeza de Gerald.

La señora Rolfe había pensado que el baile se acabaría con un cotillón. No tenía una idea muy precisa de cómo era, pero por si acaso había repartido globos, silbatos que disparaban serpentinas al soplar y banderolas montadas en bastones de cartón a rayas con los que los bailarines podían pegarse en la cabeza. La señora Vermont opinaba que este tipo de cosas eran más adecuadas para un baile de disfraces, pero Denise había replicado que en cualquier caso la diversión era la diversión. Las chicas bajaban la cabeza lanzando gritos y agitaban sus banderolas por encima de los hombros de su compañero. Denise, radiante de negro con una cola de capuchinas, bailaba el vals —asunto de prolongadas «vacilaciones»— con el marido de Betty. Cortó una banderola con los dientes, escupió una bola de papel y, estremeciéndose de felicidad, observó:

—Oh, Timmy, es maravilloso, ¿verdad? Casi no puedo creer que esté despierta.

—Desde luego —respondió con poco entusiasmo el capitán Vermont mientras recibía sacudidas del señor Simcox, que bailaba con la hermana de alguien.

—Betty ha estado extraordinaria —prosiguió Denise—. Oh, Timmy, no se pierda a Reggie Daventry..., allí, con la chica de rojo. Tiene un aspecto de lo más refinado. —Pero Timmy no localizó a Daventry—. ¡Betty es con mucho la más bonita de aquí! —exclamó Denise extasiada.

—¡Oh, vamos! —protestó el capitán Vermont estrechando la cintura de su compañera. Le producía una sensación cálida y tierna pensar en el afecto que Denise y Betty sentían la una por la otra.

—Dígame —dijo Denise arrimándose tanto como era posible—. ¿Somos demasiado temerarios? ¿Cree que los irlandeses sienten contrariedad por este tipo de cosas?

—No saben nada de ellas.

—Tienen muchos espías.

—Calla, Denise, aquí hay muchos.

—¿Espías?

—Irlandeses, como las Ralte y compañía.

—Ellas son diferentes.

—Eso no les impide tener sentimientos.

Denise suspiró.

—Podría seguir así siempre. —Pero el capitán Vermont pensó que le apetecía una copa. Estalló un globo.

—¡Magnífico! —exclamó la señora Fogarty. Entonces explotaron cuatro más para divertirla.

—¿Es como un bombardeo? —preguntó Moira Ralte.

—No —respondió el señor Simcox.

Si no se andaban con cuidado, iban a tirar el gramófono. El señor Daventry pensó que ya era hora de que lo hicieran. Ya era hora de que pasara algo. Sin dejar de bailar, arrastró a la sobrina del inspector del Distrito hacia el pasillo y la besó apretujándole la cabeza contra los abrigos. Ella se debatía sin éxito, huidiza como una comadreja. Cuando la besó por segunda vez, el rostro de la joven quedó rígido y cerró los ojos. Al abrirlos, seguían siendo tan perspicaces como siempre: él continuaba sin saber lo que ella pensaba. Las sienes del señor Daventry latían ahora con insistencia; no podía olvidarse de ellas ni siquiera cuando bailaba. Ella se había rociado con Rosa Blanca. Su cabello ensortijado se le metió en la boca cuando él se inclinó sobre ella.

—¿La besan mucho?

—Los ingleses no han sabido nunca controlar la boca.

—Usted tampoco sabrá, una vez que nos hayamos ido.

—Ahora que todavía pueden, todos ustedes deberían marcharse.

—Entonces ¿qué pasará con su tío?

—¿Le ha gustado el whisky? —Con descaro, ella se llevó una mano a la cara para protegerse de su aliento.

Al oír eso, Daventry recordó que quería una copa y, soltando bruscamente a la pequeña arpía, se dirigió a la cocina, donde había oído el ruido de un sifón. Lois, en pie junto a la puerta, esperaba que David le sirviera soda.

—¿De verdad que no le gustaría poner algo dentro? ¿Aunque sean algunas gotas para seguir bailando?

Daventry, un poco más apartado, mecía la bebida dentro del vaso mientras clavaba la mirada en los pies de Lois con la ferocidad de un búho.

—Lo siento mucho por sus zapatos plateados, señorita Farquar.

—Hay paseos magníficos por aquí —observó David con una gran sonrisa.

—La señorita Farquar está más hecha para flotar que para caminar; recuerda un nenúfar —dijo Daventry, inspeccionando el vestido verde de Lois con ojos inquietantes.

—Venga a bailar —dijo David, tomando el vaso vacío de manos de Lois.

Ella comenzó a decir que reservaba el próximo para Gerald, pero Daventry la interrumpió:

—La señorita Farquar tiene hambre, y yo también, vamos a buscar un sándwich.

En el diminuto comedor los platos rebosantes de sándwiches desmañados se hallaban expuestos a la cruda luz eléctrica. No había nadie. El señor Daventry, mirando a Lois intensamente, se llevó la palma de la mano a la sien izquierda con un aire extrañamente atento, como si fuera a comprobar si se le había parado un reloj.

—Pollo y jamón —dijo—, lengua y pavo; todos son de gato, eso es lo que dicen.

«¿Qué digo?», se preguntaba Lois. Daventry observó una silla con desprecio antes de sentarse en ella.

—No creo que nos hayamos conocido antes —prosiguió él.

—Tal vez usted no se ha fijado.

—¡Santo cielo! —dijo el señor Daventry, examinando un sándwich—. No, no creo que haya sido eso.

—Entonces no hay ninguna otra explicación —dijo Lois, sintiéndose brillar de excitación. Él la hacía pensar en el ejército de Wellington: las botas de húsar. Levantando la mirada con aire pensativo, Daventry dirigió su mirada oscura, tensa, casi bizca, hacia un punto de la pared, justo por encima de la cabeza de Lois.

—¿Vive por aquí?

—Más o menos... —Se sobresaltó al encontrar su mirada oscura. Ella vivía, le dijo, en un país de notable belleza.

—Me temo que usted...

Él se encogió amablemente de hombros. ¿Qué importancia tenía? Él miró sus brazos, el pliegue de sus codos, con tanta insistencia que Lois pensó que los besos de Gerald habían quedado grabados. ¿Era un sinvergüenza? Carecía de criterio para saberlo.

—¿Ha dado un paseo agradable? —inquirió él.

—¿Y usted? —replicó ella.

—Eso espero —dijo el señor Daventry después de pensarlo—. En realidad, no me encuentro en mi mejor momento. —Se miraron fijamente—. No siento gusto por nada.

Ella movió los brazos nerviosamente sobre el vestido de seda. Porque había comprendido que allí no había un hombre, apenas una persona.

—¿Qué entiende usted por más o menos? —preguntó él de repente.

—Bueno, en realidad, no vivo en ninguna parte.

—Yo sí, yo vivo cerca de Birmingham. —Con aire disgustado, dejó el sándwich empezado en el borde del mantel y cogió una servilleta para cubrirlo. Sintió que ya había terminado con ella. ¿Y si todos fueran así?, pensó. ¿Debería irse? Hizo un movimiento que él no registró; se sentía decepcionada. Él volvió a llevarse la mano en la sien, escuchando de nuevo.

—¿Cansado?

—Oh, no —respondió él en tono irónico.

—Voy a reunirme con los demás.

—¡Qué pena! Una persona tan encantadora...

—Bueno, me estoy aburriendo —dijo ella.

—Es una pena que usted no sepa lo que pasa por mi cabeza, es una cabeza extraña, le interesaría... ¿Qué puedo hacer para que se quede? Mire, hablando en serio, con respecto a Lesworth...

—¿Sí? —inquirió ella, sintiendo un frío repentino en su interior.

—A propósito de su joven amigo.

Él acercó la silla; ella tuvo la impresión de puertas cerrándose.

—Dígame...

Pero el clamor de las risas que desembocaban en la puerta, palpables y ondulantes, con la regularidad de una cascada, se rompió con un gran estrépito. Tras un impacto violento, se hizo el silencio.

—¡Gracias a Dios, han tirado el gramófono! —Davenport se golpeó la rodilla con la palma de la mano, de forma distante, como repitiendo el gesto. Sus rasgos se descompusieron en una gran carcajada—. ¡Por fin! —exclamó animándose ante ese pensamiento. En ese momento se oyó un chillido de horror: el aparato había quedado destrozado, inservible. «Realmente —pensó Lois—, tiene usted una risa satánica».

—Bien, bien, bien —dijo Davenport haciendo girar su vaso—. Ha sido una agradable velada.

Entonces aparecieron todos, una gran estampida por el pasillo. Lois se alegraba de verlos, ya que durante la borrasca de alegría que Davenport había hecho abatirse sobre su isla, perturbando el interludio, ella se había sentido distante y sombría. Un gramófono perdido, un gramófono menos en el mundo, no tenía nada de divertido. Pero entre las carcajadas, ella había sentido que le miraba los labios, los brazos, el vestido, como si fuera un espectro, con nostalgia y fría curiosidad. ¿A propósito del joven amigo de ambos? Ella no lo sabría jamás.

La señora Vermont también parecía agotada y se apoyaba en el asistente.

—¡Anímenla con unos sándwiches! —dijo alguien—. ¡Confórtenla con... con más sándwiches!

Moira se frotó los ojos con una punta de su vestido pero nadie reparó en ello. Todos se daban empujones en torno a la mesa. Los platos tintineaban y circulaban en todas direcciones.

—¡Ah!, ¿estás ahí? —exclamó Gerald, entusiasmado—. ¡Magnífico!

Alguien comenzó a tocar una armónica: ¿se podía bailar con esta música? Cada vez más personas se apretujaban ante la puerta: la habitación iba a estallar. En las paredes, las fisuras que un minuto antes estaban tan rectas como barrotes, parecían abombarse visiblemente; la luz del techo lanzaba una luz cruda sobre la imagen caleidoscópica de espaldas y brazos rosados tendidos. «Nuestro joven amigo, nuestro joven amigo, nuestro joven amigo», pensaba Lois observando a Gerald. Aunque ella lo seguía con la mirada adonde quiera que fuera, no lo veía. No había nada, de hecho, sobre lo que detener la mirada salvo la cabeza perfectamente redonda y lisa que ella, por primera vez, encontraba admirable. Lois escrutó su boca —que la había besado— sin encontrarla diferente a la de los otros jóvenes que también habían deambulado y hecho una pausa en la oscuridad, entre los barracones. La velada era una página punteada de fervientes besos imaginarios. Y un solo beso en el viento, en la oscuridad, no tenía nada de único: ya no se acordaba de ella misma, ni de él tampoco.

Cuando Gerald se aproximó, ella desvió rápidamente la mirada. Percibió un plato vacío en el suelo y contempló una delgada rodaja de pepino reblandecida en el borde.

«¿Qué he hecho?», se dijo ella, mirando el plato con terror.

—¿Un sándwich? —preguntó Gerald, volviéndose para ir a buscar más.

«... ¿O tal vez mañana todo parezca natural?». Nada podía impedir que tuviera que comerse un sándwich.

—Cariño... —murmuró él, rozando su hombro al pasar.

—¿Cansada? —inquirió el señor Simcox al verle la cara.

—Oh, no —respondió ella, con toda la ironía del señor Daventry.

Cuando el cabriolé de Lois se acercaba por la avenida, el señor y la señora Montmorency estaban sentados en la escalinata. Francie saludó, Hugo emergió receloso desde detrás del periódico.

—¿Y bien? —preguntó Francie cuando Lois estuvo al alcance de su voz.

Por encima de ellos, veinte oscuras ventanas que horadaban el rostro gris de la morada contemplaban los prados con aire distante. Los árboles estaban bordeados de luz; todo parecía muy lejano. Con un suspiro, Hugo dejó el *Spectator* y acudió a sacar la maleta de Lois del coche.

—¿Y bien?

—¡Oh, maravilloso! Pero ¿se lo pueden creer? ¡Hemos roto el gramófono!

—¡Oh, pobre gramófono!

—Era el de los artilleros... ¿Dónde están los demás?

—No tenemos ni idea.

Ahora los Montmorency estaban seguros de que iba a ser un día agotador: incluso Lois estaba pálida. Acababan de tener una conversación íntima sobre el futuro, y los dos se sentían impregnados de una sensación de valor, como si hubieran barrido un poco las reglas del decoro.

—¿Y por qué no mandamos construir un bungalow en alguna parte? —había sugerido Hugo.

—¿Sin escaleras? —Francie se emocionó ante la idea, y deslizó una mano bajo la de Hugo.

—¿Y vivir allí para siempre?

—Desde luego, ¿por qué no?

Sacarían todo el mobiliario del guardamuebles. Y al pensar en las mesas y en los sofás que iban a salir del limbo, el rostro de Hugo se iluminó con una mirada de desafío.

—Pero ¿dónde podríamos construir? —preguntó Francie con los rasgos arrugados por una deliciosa inquietud.

Hugo explicó que recorrerían un poco el país en coche y que sin duda terminaría por surgir una idea.

—Podemos elegir una hermosa vista —dijo Francie. Pero en ese momento, por

una razón desconocida, Hugo había regresado a su periódico.

El mozo de cuadra acudió a hacerse cargo del caballo; Lois se sentó en los escalones y se puso a charlar. Era asombroso, en realidad, la cantidad de cosas que habían pasado. E imagínense, el coronel se había puesto furioso... Hasta Hugo escuchaba con cierta atención. «¡Vaya!», exclamó, cuando ella les habló del señor Daventry. Francie estaba segura de que para un hombre en semejante estado mental debía de ser un gran consuelo encontrarse con una chica con la que realmente se podía hablar.

—Pero ¡si no hablaba! Era de lo más extraordinario. Aunque en otros tiempos fue comandante.

Francie lamentaba no haber visto a Lois con aquel vestido verde, tan..., ¿cómo decirlo?, igual que una amapola, sólo que de otro color. ¿Volvería a ponérselo por la noche para que ellos la vieran?

—En realidad, no es un vestido para quedarse sentada —dijo Lois con tono desalentador.

Francie dijo que en cierto sentido era una pena que Laurence fuera tan intelectual.

—Ya sé lo que haremos, pediremos a Hugo que baile el vals contigo, lo baila de maravilla.

Pero, como supuso Hugo, imaginarlo a él bailando con ella sumió a Lois en la melancolía.

Molesto por la voz de su prima, Laurence cerró una ventana de arriba. Su aplicación en esos días era notable. Arrastraba la silla por el piso y contemplaba los árboles desde detrás de un cristal rayado, en el que Laura Naylor había grabado su nombre con un diamante. Los libros se apilaban contra sus codos en pilas inestables; el menor movimiento desencadenaba una avalancha. Una avispa daba vueltas a su alrededor, vacilante, garabateando zetas en el aire.

—Lárgate —murmuró—. Aquí estás de más.

Finalmente, se vio obligado a abrir la puerta y a espantar a la avispa para que se fuera; el insecto atravesó el rellano y luego se deslizó en la habitación de Marda por la puerta entreabierta, como si tuviera una cita. Laurence, a quien la avispa no lo preocupaba en absoluto, la siguió a la habitación para comprobar si Marda se había llevado el ejemplar de *South Wind*. Pero se lo había dejado, lo cual era muy típico de ella. La avispa, triunfante, daba vueltas por debajo del espejo; Laurence tomó el libro, apuntó y erró el tiro por muy poco. Un pequeño reloj seguía desgranando su tictac; eran las cuatro menos cinco, faltaba poco para la hora del té.

En el momento en que Laurence salía al descansillo, Lois apareció en lo alto de la escalera con una maleta en la mano.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí arriba con una maleta?

—Oh, ¡es verdad! —respondió ella, dejando la maleta con aire sorprendido—. Quería dejarla en el piso de abajo.

—¿Entonces...?

—La verdad —exclamó Lois con vehemencia— es que en esta casa una sólo se encuentra con los Montmorency; están por todas partes... Sólo quería ver si estabas aquí.

—Pues bien, en realidad, no; estoy trabajando.

—¡Oh!, ¿y por qué trabajas en la habitación de invitados?

—Estaba ajustando cuentas con una avispa.

—Laurence, he pasado una velada maravillosa.

—¡Fantástico!

Se volvió hacia su puerta pero Lois, que tenía una necesidad imperiosa de experimentar la antipatía de su primo, se apresuró a añadir en tono suplicante:

—Estaban todos, no faltaba nadie. ¡Y hacía un viento! Pensé que el barracón iba a volar por los aires. Y hemos roto el gramófono. Había un hombre especialmente inquietante, un tal Daventry; padece neurosis de guerra...

—Muy bien —dijo Laurence—. Y tú te estás cayendo de sueño.

Lois, dócil como un cordero ante la fuerza de la insinuación, se apoyó en la barandilla, bostezando.

—Livvy no paró en toda la noche, va a ser una esposa horrible... Laurence, me gustaría que me aconsejaras algo para leer.

—Será mejor que te vayas a dormir.

Lois acogió la idea con agrado: pensó en su habitación de altos techos, en el contacto de la almohada contra la mejilla, insólito en plena tarde, en el delicioso delito de poner los tobillos, todavía envueltos en seda, sobre el edredón recogido al pie de la cama, en la realidad que retrocede lentamente al fondo de un largo túnel hasta que las ventanas se alargan y se desvanecen. Sin embargo, estirándose los dedos, dijo con impaciencia:

—Pero quiero empezar algo. En serio, Laurence, creo que podrías entenderlo. Tiene que haber algún medio de comenzar para mí. No dejas de mirar en las habitaciones en las que yo estoy con un silencio desdeñoso. ¿Crees que sirvo para algo?

Laurence se apoyó en el marco de la puerta mientras la miraba con sorpresa y con una pizca de humanidad. Cuatro semanas después las clases habrían empezado; durante un momento se esforzó por comprender; Lois no podía emprender nada. El vacío dejado por Marda, que a él le había afectado más de lo que habría imaginado, suscitaba en su joven prima la aspiración natural de hacer algo con su vida. Como quien se pliega a las fantasías de un ser que se sabe condenado o muy débil, Laurence sugirió a Lois que perseverara con el alemán. Le dio dos gramáticas, un diccionario y una novela de Thomas Mann, que ella recibió con aire perplejo. Cuando él volvió a sentarse a su mesa, dejando la puerta entornada, ella se dirigió a hurtadillas a la habitación de enfrente.

—¡Hay una avispa allí! —gritó Laurence.

—Oh, iba simplemente a ver si... —Pero bajó las escaleras, vencida, olvidando la

maleta.

Aquella mañana no había vuelto a ver a Gerald, aunque, encogida por la aprensión, había estado esperando en el salón de la señora Fogarty, donde los múltiples retratos de jóvenes, francos y vigorosos, la espantaban aún más. Un ordenanza había llegado del cuartel con un mensaje. El sobre con escudo que puso en sus manos con un aire de reclamación, tenía un carácter austero, como si fuera la prolongación de una institución. Ella perdió toda noción de Gerald, se sentía comprometida. Mientras abría el sobre con mano temblorosa y pensando: «¿Qué he hecho?», se preguntó qué habría sido de aquella última rodaja solitaria de pepino abandonada en el plato. Después del «Mi querida adorada», estaba salvada, provisionalmente; la señora Fogarty, que entró vestida con un salto de cama — bastante agotada, después de los festejos de la noche—, no había dejado de insistir en que debería beber leche ya que no quería oporto —la mañana era larga— y comer un trozo del rico bizcocho que había hecho.

—Ya sé quién ha roto corazones —añadió la señora Fogarty, cortando el bizcocho esponjoso y amarillo que se hundía deliciosamente bajo el cuchillo, como un edredón.

Las sillas del vestíbulo, que ahora miraban a Lois con recelo, lo sabían también. Lo que había hecho se extendía por todas partes, como una red. Si ella hubiera quitado una vida, los objetos más sencillos no se habrían visto menos teñidos de consecuencia. La familia de elefantes expuesta en la estantería era una fatalidad, del más grande al más pequeño. Se marchó precipitadamente a su habitación. «Al menos —pensó echando una mirada condescendiente al virginal papel pintado— es algo concreto». Y se miró en el espejo, con curiosidad, casi con complicidad.

La letra derecha y redonda de Gerald tenía, en la imaginación de Lois, una extraña inestabilidad, como alguien que corriera para salvar la vida llevando zapatos estrechos.

... Tengo tanto que decirte; y ahora, aunque haya todo el tiempo del mundo, parece que no lo hay. Lois, cuando estoy contigo, ante tus grandes ojos adorables y sorprendidos, me siento totalmente estúpido, y cuando estamos el uno lejos del otro, me pareces tan cercana que siento que me comprendes, por tanto, ¿por qué tratar de explicar, cuando me siento como un estúpido? No voy a tratar de explicar lo que siento; lo que cuenta es que seas maravillosamente bella. A veces he pensado que debías de considerarme totalmente estúpido, introvertido, aburrido; a menudo me he preguntado en qué pensabas durante el día: ahora apenas puedo creer que esté a punto de descubrirlo. Parecías tan complicada que el hecho de asociarte con el tipo de persona que yo soy era una osadía, pero ahora eres sencilla, encantadora y toda mía. Es como si la noche pasada no guardase relación alguna con el resto de mi vida —no logro creer que fuera yo quien bailaba, bebía whisky e intentaba arreglar el gramófono— y sin embargo es la cosa más real que existe. Y lo que hago esta mañana me parece sumamente importante —aunque me impida estar contigo—, porque lo hago por ti. Es horrible pensar que estás en Clonmore y que no puedo reunirme contigo, y a la vez es maravilloso pensar que estás esperando y saber que me esperas a mí. Oh, Lois, eran tan bonitos tus brazos helados, los amo tanto..., pero no debo pensar en ellos ahora. Voy a velar por ti, voy a abrigarte, voy a protegerte toda tu vida para que no vuelvas a tener frío. Es horrible pensar que hayas conocido la soledad y la tristeza, aunque fuera un solo día de tu existencia —eres más valiente, ¿sabes?, de lo que nunca hubiera imaginado— y sin embargo casi me alegro, porque ello me da una razón de ser. Amor mío, te cubro de besos en mi pensamiento y siento una inmensa humildad. Ahora debo dejar de escribir. Si puedes, deja una carta para mí en casa de los Fogarty. ¿Ha adivinado ella algo? Pensé que tal vez se lo habías confiado a ella. Y

desde luego yo no le diré nada a nadie, si tal es tu deseo. Adiós, adorada mujer, no puedo poner en palabras todo el amor que siento.

GERALD

Al doblar las hojas por orden, Lois pensó: «El maravilloso eres tú», y más tarde: «Si esto es tan perfecto para todos, ¿será posible que nos equivoquemos?».

La visión del sol atravesando el pálido cielo al sudoeste transformó la habitación como una revelación. Sin ruido, un guisante de olor sembró sus pétalos sobre el secreter, dejando un pistilo al desnudo. Las flores rosadas, suspendidas en la transparencia, estaban delicadamente sombreadas de azul como por el presentimiento de su muerte. Lois se inclinó hacia delante, con la frente apoyada en el borde del secreter.

Pasos en el vestíbulo; deslizó la hoja bajo el bloque del papel de cartas y se volvió deliberadamente.

—He oído que habías vuelto —dijo lady Naylor al entrar—. Me han dicho que la fiesta ha sido tal éxito que se rompió el gramófono. Ahora quiero que me lo cuentes todo —añadió, y se sentó.

—Bueno, para empezar...

—Un momento... ¿Has sacado el vestido de la maleta?

—Oh, he dejado la maleta arriba... He subido a ver a Laurence para pedirle una gramática de alemán.

—Bah, yo en tu lugar no seguiría con el alemán —declaró lady Naylor—. Todavía ofende a muchas personas; el italiano es una lengua más bonita y más práctica. Podría prestarte *Il piccolo mondo antico* o bien Dante... Pero es igual, háblame del baile.

—Bueno, en primer lugar...

—Por cierto, acabo de tener noticias de Marda. Me alegra decir que ha llegado perfectamente. Kent le parece aburrido, no me extraña lo más mínimo, aunque desde luego se siente feliz de estar con Leslie.

—¿Eso dice?

—Es natural que lo sienta. Puedes leerlo tú misma; la carta está abajo... ¿Quién ha roto el gramófono? Espero que no estuvieras cerca cuando pasó: es el tipo de cosas que no se olvidan nunca. ¿Fueron las chicas Ralte? ¿Estaban guapas? Realmente, me asombra que su madre les haya dado permiso; pretende tenerlas muy controladas. En fin, supongo que este baile será el último.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—Si hubieras oído lo que dijeron en casa de los Trent... Había allí un hombre de Kerry. Nos ha hecho sentir de lo más incómodos. Aunque, como tu tío dijo después, ya se sabe cómo son los amigos de los Trent: siempre les están pasando desgracias. Sin embargo... ¿Estaban los Vermont en el baile? Ella se sentiría en su elemento. ¿Y el señor Armstrong? He oído decir que le han visto en compañía de Livvy, en el Imperial de Cork; los vio la señora Foxe-O'Connor. Y el joven que vino a almorzar,

ese que hablaba tanto... en el coche blindado..., sí, Lesworth, ¿estaba?

—Sí, también estaba.

—Me sorprende que tengan tanto tiempo —dijo lady Naylor—. Aunque si bailaran más y dejaran de entrometerse en lo que no les incumbe, seguramente habría menos disturbios en el país. Parece que en Kerry... —La voz de lady Naylor se fue enfriando por falta de atención, luego se apagó completamente. Lois estaba segura de que su tía examinaba el papel de cartas rosa. Esa tortuosa forma de aludir a Gerald, esa enorme imprecisión, resultaban muy inquietantes. Tras unos instantes de un extraño y opresor silencio, lady Naylor observó que los guisantes de olor se estaban marchitando—. El agua no debe de ser fresca, se está poniendo verde. De hecho, hay que arreglar todos los ramos. Después del té, tal vez... ¿Qué te parecería ir a una escuela de arte?

—Fantástico —dijo Lois después de pensarlo.

—Francie se quedó muy impresionada por tus dibujos. Y Marda ha dicho que te hacía falta cultivar algún interés.

—Oh, ¿Marda habló de mí?

—Todos estuvimos de acuerdo en que las chicas necesitan cultivar sus intereses, y me pareció que ella lo creía especialmente. No ha hecho gran cosa con su vida, hasta ahora, aunque por supuesto, si se casa con Leslie..., y yo siempre he pensado que la música o el dibujo, o escribir un poco, o incluso algunas nociones de organización...

—¿Dijo Marda lo que pensaba de mis dibujos?

—Le parecieron bien, creo... ¡Las cinco menos cuarto! —exclamó lady Naylor como un reproche—. El té estará frío... Pareces tener sueño, Lois. ¿Te has enterado de que los Montmorency van a construir un bungalow?

—¿Aquí?

—No seas tonta... Aparte de que, según el amigo de los Trent, se lo encontrarían dinamitado o incendiado al cabo de un mes o dos. No hay duda —añadió lady Naylor mirando el cielo por la ventana—, es lo que yo llamo un día agotador. —Se levantó con un suspiro.

Más tarde Lois, que se dirigía al jardín con una cesta y unas tijeras, adelantó al señor Montmorency, quien caminaba solo por el sendero de arbustos. Arrancaba hojas de los laureles y las hacía pedazos cuidadosamente.

—He oído —dijo cuando ella lo alcanzó— que va a estudiar alemán.

—A menos que el italiano sea más práctico... Y yo he oído que van a construir un bungalow.

—Oh, no lo sé; sobre todo es una idea de Francie.

Caminaron en silencio mientras Lois arrastraba la cesta contra los laureles. No habían estado a solas desde el viaje a Mount Isabel. Ella se acordaba de las locas esperanzas que había acariciado en otro tiempo, y de la extrema descortesía que él había mostrado. Ahora ella sentía cierta ternura por él, sin ninguna atracción, como si fueran una pareja de viudos.

—Estaría bien que no tuviera escaleras.

—Pero sin duda tendrá otros inconvenientes.

—Al parecer —dijo Lois con descaro— Marda ha llegado sana y salva.

—Deberíamos extrañarnos —dijo Hugo, sarcástico— de que no se haya caído del tren. Por lo demás, no debió de ocurrírsele nada mejor que contarle a su anfitriona. Estoy seguro de que es el tipo de información que deja frías a las anfitrionas. Basta con franquear las puertas para que el interés de las personas cese, al igual que su responsabilidad.

—Encuentra aburrido Kent.

—No creo que lo diga en serio.

—Ella es muy filosófica. Tal vez se aburría aquí.

Lois pensó: «¿No podremos ser nunca naturales?, ¿ni siquiera ahora?».

—¿Ha visto su carta?

—No... ¿Y usted?

—No, su tía la ha perdido.

Él empujó la verja, luego la siguió al jardín, que, tras los muros y al no verse el fondo, parecía desmesuradamente grande: en él había espalderas y muchos manzanos. Los amarillos y los bermellones septembrinos de los arriates en sombra adquirirían un resplandor metálico. Las dalias, de color naranja y burdeos, desprendían un brillo a la vez incendiario y melancólico. Hugo se desvió para tomar un sendero; Lois se quedó en el otro; se separaron en silencio. Ella había venido aquí con Marda —con Gerald, no—, se habían sentado en el banco verde, y habían mordido las jugosas ciruelas y escupido los huesos en el boj de enfrente. Al entrar, el aire que soplaba habitualmente en el jardín le había enfriado la cara. Las ramas estaban mudas, como paralizadas por la inquietud; las flores parecían pavonearse en vano, olvidadas. Cuando llegó al arriate de guisantes de olor, Lois comenzó por los violetas con diligencia. «Aunque personalmente —no pudo sino pensar— no me gustan los guisantes de olor violetas».

Cuando levantó las manos para alcanzar las flores más altas, las mangas le dejaron los brazos al descubierto, y pensó en Gerald. Sentía su mirada posada sobre ella entre los tallos poco frondosos. Los guisantes de olor casi se estaban acabando, y en verdad ella se alegraba, se dijo mientras cortaba los tallos y tiraba de ellos con unas despuntadas tijeras de jardinería. El día anterior, durante el crepúsculo, la plaza había presentado un aspecto muy otoñal con las hojas revoloteando; el humo azul ascendía en el aire y, más tarde, la oscuridad en que se habían besado tenía un claro sabor a otoño. Ella amaba del otoño una primavera más intensa, de sombras más contrastadas, los dulces desgarros de los adioses, la transición. Entretanto, el verano se demoraba dentro de estos muros, olvidado.

Aunque ella hubiera decidido que esa noche se sentaría a la luz del quinqué para estudiar verbos, el italiano o el alemán no cambiarían en nada la velada anterior, para la que, como para el desgarrón de su vestido de tul verde, todavía le faltaba hallar una

solución. Después de examinar con inquietud las soluciones posibles, un dolor de una intensidad tal que sólo podía ser suyo le impidió retractarse. El matrimonio con Gerald era inevitable. Al menos, se dijo con alivio al llegar a los guisantes de olor rojos, la señora Montmorency se mostraría infinitamente comprensiva y encantada. El inverosímil futuro se volvió tan irrevocable como el pasado bajo la nube de comentarios que revolotearon y se posaron en su espíritu y que, mientras ella se dirigía con el pensamiento hacia la casa y la escalinata para ver las palabras formarse involuntariamente en los labios, parecían haber sido ya pronunciadas. Y cuando el señor Montmorency surgió en un ángulo del camino, con los dos gatitos del jardín haciendo cabriolas tras él, Lois se sorprendió de no oírle repetir: «Y bien, espero que sea feliz. Además, una decisión, la que sea, es una excelente cosa para la hija de una madre como la suya».

En lugar de eso el señor Montmorency se colocó al otro lado del seto y, arrancando algunos zarcillos descoloridos, comentó que la estación de los guisantes de olor llegaba a su fin. Y añadió que Lois tenía suficiente trabajo con las flores de la casa. Sacando la navaja, cortó tres flores con ademán preciso. Y tras este gesto de simpatía, siguió avanzando con ella desde el otro lado del seto.

—Es extraordinario —dijo Lois—. Siento como si hubiera estado fuera una semana.

—Y sin embargo le parece que nosotros seguimos con nuestra habitual rutina, ¿no es cierto?

Él la miró entre los tallos con ironía pero sin inteligencia. Y ella se sintió incapaz de explicarse el magnetismo que todos ellos ejercían por inercia. O de qué manera, cada vez que ella regresaba a esa casa —o incluso cuando abandonaba el sueño o una preocupación—, ella y el ambiente de esa casa se fusionaban en el descubrimiento de una carencia.

Lady Naylor, que deseaba tener una luz clara y constante durante esas noches que se iban alargando, se ocupaba personalmente del mantenimiento de los quinqués. Protegiéndose las manos con unos guantes amarillos, despabilaba las mechas con método, entre los titulares de la mañana y una seria conversación con la cocinera. Pero le repugnaba el olor a petróleo y ahora estaba diciendo con tono cortante:

—No tienes ni idea de lo que es el amor... Me estás quitando la luz.

Lois se alejó de la ventana de la habitación reservada a los quinqués.

—Pues yo te digo que sí que la tengo.

—Tonterías —le respondió su tía, buscando un trapo con los ojos.

Lois se puso a dar golpecitos en una caja de cerillas, y su tía, quitándose la maquinalmente, pensó lo difícil que era para una mujer de su temple, capaz de

elevarse enseguida a un plano intelectual, dedicar su tiempo a los quinqués. Anna Partridge, que poseía un cerebro de mosquito a fuerza de peinar a sus conejos y poner estacas a sus flores, tenía luz eléctrica desde hacía años, y sólo porque vivía en Inglaterra; incluso los Trent estaban pensando producir energía en su cascada.

—Cuando tenía tu edad, no pensaba para nada en el matrimonio. No tenía intención de casarme. Me acuerdo de que a los diecinueve años leía a Schiller.

—Yo no pienso en el matrimonio, yo...

—Entonces no puedes tener ninguna idea...

—Yo leo —dijo Lois con dignidad.

—Las chicas de hoy se contentan con intercambiar esos manuales de biología. A mí me interesaba apasionadamente el arte.

—Pero, tía Myra, los jóvenes no tienen nada de extraordinario.

—Es a causa de esa manía de bailar y de toda esa agitación.

—Pero Gerald no se agita fácilmente; ya estaba enamorado de mí el otro día, antes del almuerzo.

—Estaba medio dormido —recordó lady Naylor—. En sus mejores momentos no tiene mucho que decir. También es verdad que yo concedo una enorme importancia a la inteligencia; tal vez me equivoque. Pero no lo olvides, no puedes esperar estar siempre enamorada, y entonces...

—Pero ha dicho que yo no tenía ninguna idea...

—Vaya, otra vez me estás quitando la luz.

Lois se alejó un poco más de la ventana. Lamentaba haber iniciado esa explicación. Había creído, sin saber muy bien por qué, que la conversación resultaría menos violenta en esa pequeña habitación. Pensó en el hombro dócil de Gerald, donde ella podría apoyar la cabeza. «Pero yo no lo puedo explicar —se dijo—, nadie ha pedido jamás a una chica que se explique. Siempre había pensado...».

—Los auténticos sentimientos se explican por sí solos —interrumpió lady Taylor, que limpiaba con aire triunfal unas gotas de petróleo en la base del quinqué.

—Pero si viene a tomar el té...

—Oh, no se puede hacer nada contra eso, evidentemente.

—Pero si habla con tío Richard...

—Tu tío se quedaría muy preocupado. De verdad, Lois, creo que deberías ser más razonable y tener más tacto.

Lois comprendía perfectamente este punto de vista. Arrugó la frente. No quería complicarle la vida a su tío Richard y no podía evitar ponerse en el lugar de la tía Myra, que ya debía organizar bastantes cosas. Le parecía que los sentimientos no tenían nada que ver con la vida, y constatar que esta desproporción era tan evidente para todos, que su tía consideraba que estaba armando jaleo por nada, desanimaba profundamente a Lois. Aun así, logró dominarse; había llegado a comprender que el amor...

—Pero sin duda el amor...

—No tienes ni idea de lo que es el amor —repitió lady Naylor, y pensó de nuevo en la luz eléctrica de Bedfordshire.

—Entonces ¿nunca haré nada?

—Ve a una escuela de bellas artes.

—¿Adónde?

—Eso ya lo veremos.

—Pero no me parece que dibuje muy bien.

—No hay ninguna razón para que te cases.

No había ninguna razón, desde luego; al caer en ello y ver la luz de la ventana de barrotes incidir con absoluta frialdad en el hule que cubría la mesa, Lois se sintió completamente paralizada.

—Sin embargo... —prosiguió lady Naylor. Sus ojos brillantes se posaron con un aire indeciso, casi tímido, sobre la puerta ante la que estaba Lois. Guardó los trapos y las tijeras para cortar las mechas en un cajón, lo cerró junto con su olor nauseabundo y se quitó los guantes suspirando. Tal vez concibiera la vida como una serie de mudas presentaciones ante diferentes parejas de baile, seguida de una larga y solitaria reverencia a él, al otro, a los otros ocho bailarines—. Sin embargo... —repitió. Y mediante esa reserva, ella adquirió un compromiso para sí y para su sobrina, con un matiz alarmante. Lois supo que Gerald podía ir a tomar el té a la casa.

—Ya ve —dijo Lois fijando la mirada en las manos ensortijadas de su tía que de nuevo surgían de los guantes— que no quería actuar de forma clandestina.

—Oh, desde luego, has hecho lo correcto —respondió lady Naylor sin entusiasmo. Y se marchó a hablar con la cocinera.

Kathleen, la cocinera, cuya personalidad era tan similar a la de su patrona que sus relaciones eran cuestión de equilibrio, y que era más perspicaz y tan autoritaria como ella, adivinó lo esencial de la situación por el comportamiento de lady Naylor. Por su parte, hacía tiempo que pensaba que iba a ocurrir. Desde hacía una hora aproximadamente, las dos mujeres se contradecían afablemente en la penumbra de la cocina encalada, inclinadas sobre una olla de sopa de guisantes. Lady Naylor anunció con un tono inusualmente reprobador que un suboficial iba a venir a tomar el té. Kathleen, entrelazando las manos con aire majestuoso, preguntó si tenía que preparar a toda prisa un brioche Sally-Lunn. Lady Naylor se inclinaba más bien por unos bollos. Kathleen clasificó inmediatamente al oficial. Por la tarde, cuando atravesaba el patio de la granja a paso tranquilo para ir a matar dos pollos, observó con indiferencia, bajo el dosel formado por los castaños, a Gerald, que subía por la avenida agachado en su motocicleta. Lois, que se encontraba por allí con los perros, salió a su encuentro. Para el té, Kathleen sirvió un desconcertante pastel glaseado, irónicamente festivo.

Francie se alegraba de que el señor Lesworth acudiera a tomar el té. Pues el día había transcurrido cargado de amenazas, como si fuera a estallar. Hugo, que recorría las avenidas arriba y abajo con *La conquista de México* bajo el brazo, desdeñó el

descanso.

—Por cierto —le dijo a Francie después de acercarse—, si alguna vez escribes a Marda Norton...

—Oh, no creo que le escriba; al menos antes de enviarle nuestro regalito. Además, no tengo nada que decirle.

—Quizá te escriba ella para hablarte del agua de colonia.

—Oh, no, ya me dio las gracias.

—Es sobre el tema de Metternich, quería aclarar un detalle. ¿Te acuerdas de aquella discusión? Acabo de dar con un libro... Supongo que habré de escribirle yo mismo.

—Pero nadie sabe su dirección; Myra ha perdido su carta.

—Ah, sí, es verdad... Entonces no hay más que hablar. —Sonrió, se diría que de alivio.

Francie bajó la mirada con desesperación hacia su blusa mientras él se alejaba y vio que tenía la pechera arrugada. No lograba comprender cómo una mujer que viajaba con maletas podía tener un aspecto tan *nítido* como Marda. Aunque, a decir verdad, en Marda todo eran grandes rasgos; por el contrario, en Francie los detalles parecían acumularse para ocupar fastidiosamente el primer plano. Subió a cambiarse, contenta por la llegada de Gerald, y sondeó el silencio que reinaba bajo los árboles de la avenida. Ya que, de hecho, la vida se reducía hasta quedar pendiente de un hilo; era en la continuidad de la vida de Gerald, de la de Lois, donde ella debía invertir la suya.

Gerald apoyó la motocicleta, miró atentamente las ventanas cerradas —en una, desde detrás de una mancha de luz, Francie saludó con un gesto de la cabeza— y dijo que no debería haber ido. Habían disparado contra las tropas cuando regresaban a Clonmore, cerca del paso a nivel. La situación se agravaba; había mucho que hacer.

—Oh, entonces es una pena que haya venido —dijo Lois.

Gerald no respondió; sus orejas enrojecieron levemente.

—¡En Clonmore! —exclamó Lois indignada, pensando en la agradable ciudad y en su club de tenis.

—Así es —respondió Gerald mirándola—. Podría haber pasado en cualquier otro sitio. —Silbó y saludó a los perros, los perros de ella.

—Entonces... ¿ha sido peligroso venir?

—Oh, no, no especialmente.

La casa se alzaba de una forma tan imponente, y lanzaba en derredor una mirada tan oscura, tan extraña, que Gerald quiso alejarse de la fachada, si bien más por respeto que por temor. Se dirigieron hacia las pistas de tenis y recorrieron una de ellas.

—Lois...

Ella cambió rápidamente de dirección. Laurence trabajaba arriba, junto a su ventana. Gerald lo saludó con la mano, pero no obtuvo respuesta.

—¡Cómo se concentra! —dijo con aire pensativo.

—Supongo que sí... ¿Qué importa Laurence?

—Sabes que tú...

—Gerald, el concentrado eres tú.

—Pero yo no puedo entender... ¿Dónde podría...? ¿Dónde podríamos...?

—Por allí viene el señor Montmorency.

Cuando se aproximó para estrecharle la mano a Gerald, Hugo comentó que parecía que no se habían visto en mucho tiempo. El porte del joven, su mirada franca y su actitud positiva le recordaban mucho a Marda. Presa de una nostalgia inesperada e imprevisible, Hugo pensó en los árboles, en las montañas al amanecer, en el tintineo y el deslizarse del torrente. De todo lo que él había guardado de ella sin haberlo jamás poseído y debía esforzarse por recobrar, aparecía con mayor nitidez el momento de ese encuentro: ese momento anodino cuando, ajeno al acontecimiento, él había visto la luz ondear en sus cabellos mientras ella se inclinaba hacia Gerald para encender su cigarrillo. La calidad del silencio que se había establecido entre ellos, su sentimiento de abandono después de la marcha de Gerald —quien había apresurado el paso hacia la casa para encontrarse con Lois—, se le antojaban ahora como el fundamento mismo de su mayor intimidad. Sin embargo, él sabía que la escena era perecedera, y que habiendo agotado para vivir, como una planta, la poca realidad que había en él, no sobreviviría a la aridez de su espíritu. Hasta que, finalmente, esta conjunción de las montañas, de la luz y de los árboles fuera a su vez incapaz de hacerla resurgir.

—¿No ha habido que afeitarse bajo un seto esta mañana? —preguntó Hugo con tono jovial.

—Oh, no —respondió Gerald, sorprendido. ¿Por qué lo preguntaría?

Lois, animada al constatar que tras convertirse misteriosamente en mujer se comportaba ya como esposa, orgullosa y crítica al mismo tiempo, observaba a Gerald llena de agradecimiento por el respiro que le ofrecía la intromisión y deseando que el señor Montmorency permaneciera allí detenido. Por la mirada que los dos hombres le habían lanzado, la joven sabía que alguna forma de conciencia tenía que haberle otorgado una repentina belleza, y una placidez notable, el sentimiento de su pertenencia caldeaban el paisaje que la rodeaba, la superficie lisa del césped y las formas pesadas de los árboles. En equilibrio, con un pie delante de otro, sobre una línea de la pista medio borrada por la lluvia, ella planeaba una vida en China —muy de regimiento, alegre y agradablemente uniformizada— a partir de las estampas japonesas que había desdeñado en las tiendas, una visión de curiosos porches puntiagudos y de columnas de letras en vertical. Un día de esos él sería sin duda capitán, y «esposa de capitán» tenía la cadencia de una balada. Estuvo a punto de coger el brazo de Gerald.

—Nos encuentra reducidos en número —dijo Hugo—, y mucho más tranquilos. La señorita Norton se ha marchado.

—¿Perdone?

—Marda —apuntó ella con rapidez.

—Una joven encantadora y divertida —dijo Gerald, radiante como el sol que reaparece tras un instante de perplejidad—. Me hubiera gustado mucho volver a verla.

Lois le explicó un poco más tarde, mientras lo llevaba a través de los arriates, cómo estaban las cosas en este momento con el señor Montmorency: era un hombre acabado. Gerald se quedó helado, algo se cerró como una puerta sobre sus emociones; todo aquello apestaba a adulterio. Se produjo un silencio consternado. Pero a propósito de la madre de Lois, terminó por decir, ¿no se contaba que el señor Montmorency había sido...?

—Pero nada puede ser nunca definitivo —dijo Lois—. Al menos mientras se está vivo.

¿Así era como ella veía las cosas?

—En cualquier caso, está la *señora* Montmorency... —La unión indisoluble de los Montmorency parecía arraigar en aquel lugar, en medio del imponente mobiliario y de las largas e insípidas comidas: la tierra donde Lois tenía sus raíces.

—Pero uno no puede arreglárselas solo; no se vive únicamente del interior: lo de Marda ocurrió por casualidad.

—¿Acaso ella...? —exclamó Gerald, espantado. Sobrenadando esas aguas turbulentas, le parecía que Lois, su Lois, mantenía un equilibrio demasiado perfecto.

La joven, vestida de lino rosa, perfectamente refinada y desenvuelta, respondió:

—No. Más bien lamentó todo el asunto. Y además estaba prometida, ya sabes.

—¿Ah, sí, de verdad? Nunca lo habría pensado...

—¿Que estaba prometida? Y según tú, ¿qué aspecto habría debido tener? ¿El de una especie de pájaro hembra, lerda a más no poder?

—Marda era totalmente ella misma. ¿No viene el amor a poner en cierta forma el toque final a una persona..., añadiendo algo que no poseía, de una forma perceptible?

Ella lo comprendía pero no sabía cómo expresar su acuerdo. ¿Qué tendría que ser una para él? Le molestaba que Gerald no entendiera un concepto particular de la vida que ella acababa de concebir. ¿Despertaba en él un eco falso? ¿Dónde estaba el fallo? ¿O era Gerald, hasta límites extremos, el instrumento de una enorme impostura?

—El toque final... ¿quieres decir el definitivo...? Tal vez no esté realmente enamorada.

—Pero no es de ese tipo..., ¿podría casarse así?

—En mi opinión, lo que hace Marda no tiene ninguna importancia; ella *existe*, pura y simplemente.

Gerald pareció repentinamente desesperado, como si Lois se hallara entre rejas.

—Escucha, nadie tiene importancia. No hablemos..., quiero decir..., no hablemos. Lois, nos queda tan poco tiempo, estoy desesperado. Nunca sé cuándo podré volver a verte. Lois, qué espera tan cruel; ni siquiera la felicidad nos deja tranquilos. ¿Cuándo podremos estar en paz?

—Pero, Gerald, somos todavía muy jóvenes.

—Lo único que me importa eres tú. Lo eres todo. Quiero tantas cosas de ti.

Ella se había quedado, perpleja, en el borde del camino; él la besó con miedo y violencia. Los laureles chirriaron cuando Lois, en los brazos de Gerald, chocó contra ellos. La determinación de Gerald se imponía, perturbadora, al desorden de sus pensamientos, el temor que su presencia física suscitaba en ella se confundía con las hojas frías que la rozaban. Los pequeños suspiros de Lois lo llenaron de alegría para luego inquietarlo.

—¿Qué tienes? —preguntó él, sus labios contra la cara de Lois.

—No me gusta el olor de los laureles. Salgamos de aquí.

Regresaron. Ella levantó unas manos inquietas y le preguntó cómo tenía el pelo.

—¿Está lleno de ramas y horroroso?

—Está precioso.

Ella lamentó que él no fuera una mujer. Cuando estaban llegando a la escalinata donde su tía, su tío y Francie formaban un inquieto grupo, ella le dijo:

—Tía Myra quiere enviarme a una escuela de bellas artes.

—Ah..., ¿sabes dibujar?

—¡Oh, Gerald!

—Cariño, no he visto nunca tus dibujos, ¿cómo iba a saberlo?

Lady Naylor dijo estar absolutamente encantada de que Gerald hubiera pasado a verlos. Ahora podrían tener noticias, auténticas noticias, añadió: allí todos confiaban en Gerald. Sir Richard, que se quitó los anteojos presa del estupor, apenas podía creer que Gerald estuviera de nuevo allí; seguía pensando que los oficiales venían por turnos.

—Veamos —preguntó con candor—. ¿No fue ayer cuando tuvimos esa conversación tan apasionante sobre la milicia?

A Gerald le ofrecieron un sillón que se hundía de un modo tan voluptuoso que su barbilla apenas llegaba al borde de la mesa de té. Le felicitaron por el baile de los Rolfe. De hecho, se confabularon para salir de la situación tan airosos como si Gerald hubiera sido un recaudador de impuestos o un usurero inoportuno. Luego, justo cuando la discusión adquirió un tono peligroso, cuando la ausencia de Marda fue manifiesta y lady Naylor miró fijamente los cabellos de Lois, los Trent se presentaron de improviso. Traían consigo un nuevo amigo, esta vez del condado de Clare, a quien le habían pasado muchas desventuras. Gerald se encontró felizmente eclipsado; los habitantes de Danielstown contenían el aliento —apenas se oía crujir una silla—, los Trent miraban a su amigo con aire satisfecho mientras éste contaba historias de ataques sorpresa y de ganado en fuga, y a todos se les atragantaba el té.

—Bien, supongo que tenemos que estar agradecidos —dijo la señora de Archie Trent con una sonrisa cuando, tras terminar de contar sus penas, su amigo se dispuso a saborear el té. Y luego dijo a Lois que tenía un aspecto espléndido y que esperaban verla salir con las Ballymoyle ese invierno. Y cambiando de tema, ¿qué pasaba con la caza de crías de zorro?

—Lois va a ir a una escuela de bellas artes —dijo lady Naylor.

—Me parece una pena —opinó la señora Trent.

El amigo terminó de beber el té y declaró que deberían registrar todas las escuelas de arte de Irlanda. No podía afirmarlo, pero sospechaba que podían esconder muchas sorpresas. Y además, añadió, si se pensaba bien, los moldes de yeso estaban huecos y dentro de una Venus de Milo podían ocultarse muchas cosas. Sir Richard tenía un aspecto vagamente ofendido.

—Tendría que ir a Slade —dijo Lois.

—Oh —dijo la señora Trent—. No a Roma, supongo. En cualquier caso, no hay que tomar ese tipo de decisiones de forma precipitada.

—El arte es duradero —observó Laurence, a quien le gustaba este tipo de conversación.

El amigo de los Trent le preguntó qué pensaba de Cambridge; él tenía un sobrino que esperaba matricularse pronto. Laurence respondió que, por lo que él había oído decir, Cambridge era muy agradable.

El amigo de los Trent se llevó aparte a Gerald después del té para explicarle en qué se estaba equivocando el ejército. La señora Trent aprovechó entonces para acercarse a la tetera y decir con un tono sumamente confidencial que había oído que Livvy Thompson estaba prometida con el joven Armstrong.

—Tonterías —dijo lady Naylor.

—Pero se les ha visto en Cork tomando el té, y la tía lo niega con demasiado ímpetu. Después de todo, eso que saldrían ganando los Thompson.

Lois, que no tenía suerte, se sonrojó; ambas señoras le dirigieron una intensa mirada.

—Para empezar —declaró lady Naylor—, esos jóvenes no tienen edad de casarse. Y además, hablando francamente...

—Pues a mí no se me ocurre qué otra cosa pueden hacer. Es verdad, miren a las Hartigan.

—Hoy existe un futuro para las chicas fuera del matrimonio —observó lady Naylor, con inspiración—. Hay profesiones, a mí me hubiera gustado tanto tener una... Se leen tantas cosas sobre...

Era una mujer avanzada. La señora Trent, que no leía, se calló respetuosamente pero siguió manteniendo en su expresión el rosa vivo de la incredulidad. Imaginaba a aquellas mujeres encerradas en oficinas de Dublín y precipitándose para coger el tranvía, aferrando sus bolsitos. Eso no era una vida. Por lo demás, su amiga parecía imprudentemente obstinada en animar a Lois a seguir la senda del arte: una senda que, para las jóvenes, conducía a menudo a una suerte peor que la de la soltería.

—Eso no quita —dijo volviendo a la carga— que Livvy le haya echado el ojo a ese joven. Y eso que ella tiene mucho carácter.

—Pues bien, si yo fuera su padre o su tía, no le daría la menor importancia al asunto.

—¡Oh, vaya! —exclamó la señora Trent, golpeando la mesa con el pie alegremente—. Hemos hecho sonrojar a Lois sólo de pensarlo.

—Lois sabe a qué atenerse —dijo lady Naylor. Y lanzó a Lois una de sus miradas más infrecuentes y encantadoras, a la vez franca e íntima.

La verdad, pensó Lois mientras se dirigía a la escalinata para huir de todos ellos, qué gran amiga podría ser la tía Myra si una acabara de conocerla.

Una nube se deslizó por delante del sol; el arroyo se volvió opaco como el caparazón de una tortuga. Un instante después, para gran sorpresa de Hugo, el agua se iluminó bruscamente: la nube se alejaba hacia el este. Perturbados como pensamientos inquietos, los pececillos se movían como sombras sobre el límpido y frío amarillo de las piedras. Hugo hundió su bastón en el agua, y tras retirarlo contempló el extremo reluciente con aire pensativo. En aquel lugar preciso eran cuarenta y cinco centímetros; el arroyo, dividido en dos brazos profundos por el islote de tierra en el que se encontraba, discurría impetuoso hacia el Darra. Encajonado en un pliegue del valle, el gran molino blanco alzaría para siempre su silueta sardónica. Hugo, dominado por un sentimiento de cólera irresistible, volvió a pensar en el incidente de la pistola. Porque Marda había escrito: su mano se había curado; según ella había dicho, nadie le había hecho preguntas ni manifestado la menor sorpresa.

Había escrito a Lois con este mensaje dirigido a Hugo. Las dos jóvenes se habían regodeado en subrayar esa exclusión. En su carta, Marda decía también que Leslie le había regalado un perro; Lois estaba segura de que era un perro adecuado, como todo lo que había de bueno en la vida doméstica de la campiña inglesa. En realidad, Marda no sabía qué hacer con el perro hasta que se casara; iba a tener que dejarlo en Kent... ¿Qué más contaba Marda?, había preguntado Francie. Pero Lois, que parecía haberse tragado la carta, matasellos incluido, era incapaz de acordarse. Más tarde fue en busca de Hugo y se ofreció a mostrársela..., pero él fingió extrañeza. ¿Había algo de particular que...? No, finalmente, no veía la necesidad de molestarla... ¿Iba a comprender aquella niña, se preguntó él, que este ligero desaire no iba dirigido directamente a ella sino que apuntaba más lejos? La mirada de Hugo volvió a posarse, vacía, pensativa, sobre el espejo bruñido del agua serpenteante.

La niña, que lo había comprendido, subió a su habitación a contarle a Marda la conducta de Hugo. Lois no dejaba lugar alguno para las reticencias, lo que no quitaba nada de su sensibilidad hacia él. Escribía de manera escrupulosa, con un matiz de dureza.

Es terrible y, para colmo, se van a construir un bungalow. Ahora es ella quien tiene siempre la última palabra; no sé si él le sigue cepillando el cabello. Desde que usted se marchó, todos los días es a la misma hora: las tres, después de un largo almuerzo. Hablamos juntos sobre mi futuro (me consideran una niña de nueve años, muy

entretenida, un auténtico rayo de sol; les gusta tenerme cerca de ellos). Será una escuela de bellas artes, sin duda alguna. ¿Por qué no les dije que yo no sé dibujar? Pero nunca llegamos a decidir dónde. En su opinión Londres es una ciudad demasiado grande para mi edad. Según un hombre que vino ayer a tomar el té, en Dublín hay potentes explosivos escondidos en el interior de todas las grandes estatuas de yeso. En Cork podría pegárseme el acento y de París no quieren saber nada: mi maldita virtud. Aunque, a decir verdad, en su opinión no tengo ningún futuro. He prometido a Gerald que me casaré con él.

Se interrumpió, ya que a partir de ese momento todo aparecía oscuro ante ella. Al releer la carta se extrañó de la mujer que era. Tomó aquella implacable lucidez por madurez. Sin embargo, cuando se volcaba en Gerald, era mucho lo que encontraba en él. Era un bosque del que contaba los árboles uno a uno —todos suyos— y conocía el muro que lo rodeaba de punta a punta. Pero ¿cómo medir esa inexplicable oscuridad entre los árboles, ese silencio lleno de vida? Entonces volvió al señor Montmorency, y añadió un párrafo. Aquella mañana él le había hecho un *desaire*.

Lois se hubiera sorprendido al verle, en ese preciso momento, poner el pie en el islote y mantenerse allí derecho, como si hubiera echado raíces. En cuanto a él, hubiera bastado con que ella adivinara dónde se encontraba para que estuviera totalmente a su merced. Ya que haber seguido el arroyo hasta aquel rincón alejado de todo, más allá del muro de la arboleda, donde el seto que bordeaba el prado dejaba arrastrar moras ignoradas hasta el borde del agua, no era como haber salido de paseo, ni siquiera al azar, sino haberse traicionado a uno mismo en una suerte de extravío emocional. Más lejos, donde las piedras del vado habían sido desplazadas por la crecida del invierno anterior, había una casa en ruinas; nadie se aventuraría por allí. La propia Lois había renunciado, desde su decimoctavo cumpleaños, a ir a tumbarse boca abajo en la orilla para abandonarse sin razón a una desesperanza infinita contemplando su reflejo en el arroyo. Este rincón salvaje en los límites de la heredad, adonde llegaba el sonido de la campana de la granja, tenía un aire de abandono singular.

A Hugo le gustaba aquel lugar; aquí tenía la impresión de haber franqueado el umbral de una especie de no-existencia. Y aquí, divorciado por igual de lo real y de lo probable, levantó un decorado para sí mismo: la penumbra del vestíbulo. La mano de Marda descansa sobre la gran voluta de la barandilla de la escalera: él roza la mano inmóvil y eléctrica de la joven con la deliberación de la certidumbre, todos los sentidos pendientes de su gesto. Ella le devuelve una mirada fija, oscura, que es un reconocimiento... Y en efecto, aunque en realidad ella no le haya manifestado más que un único estado de ánimo —distante y equívoco—, él, exaltado ahora por ese poder desconectado de la vida, podría controlar en la imaginación toda la gama de los humores de Marda: los mismos rasgos de su rostro se convertían en sus actores. Y si eso no era amor...

Le gustaba aquel lugar. Sin duda todos debían de estar buscándolo: ello le provocaba una vibración apenas perceptible por detrás de la soledad. Esa mañana, Myra iba a Clonmore a almorzar con los Boatley; le había propuesto que la acompañara y él había respondido que ya vería. Pero lo que había pretendido decir

era: «¡No, por Dios, no!». Y si ella era lo bastante tonta para interpretar su respuesta de otro modo, se merecía salir con retraso. Francie no dejaría de ir; sentía una fastidiosa fascinación por la sociedad de los militares. Sin duda ahora se encontraba de pie en la escalinata, con un velo gris deslizándose elegantemente sobre la punta de la nariz, contemplando sus guantes con aspecto desesperado y repitiendo obstinadamente: «¡Hugo debe de estar en algún sitio!».

—¿A cuántos esperan en realidad? —dijo Francie por fin, entrando desconsolada en el coche.

Lady Naylor no tenía la menor idea.

—Ellos ya conocen Irlanda. Era una Vere Scott. Y saben que suelo llenar el coche.

—¿Y no lleva a Lois?

—Lois va a Clonmore bastante a menudo —respondió lady Naylor.

Lady Naylor tenía otras razones para ir a Clonmore. Tenía una cita secreta con Gerald a las tres y media, en el salón de la señora Fogarty. Como el viernes era día de club, la señora Fogarty estaría en «el tenis», y su salón, libre por una vez de su voluminosa personalidad, quedaría a disposición de sus amigos. Lady Naylor, aunque deploraba el gusto de la señora Fogarty por las perlas, su esposo, sus corsés —que le subían con un volante hasta media espalda— y sus sentimientos maternos por demasiado desbordantes, había adoptado como los demás la costumbre de utilizar la casa de su amiga como una especie de club de señoras, y pasaba a cualquier hora por allí a dejar paquetes, lavarse las manos o encontrarse con amigos. Y siempre tenía la impresión de que la criada que le abría la puerta se precipitaba inmediatamente al piso de arriba para encerrar al señor Fogarty bajo doble llave. Con todo, se sabía que yendo allí se procuraba placer y satisfacción: incluso cuando no había nadie, lady Naylor entraba en el pequeño salón con toda la majestuosidad de la que era capaz.

Gerald, lleno de dudas y sin embargo eufórico, llegó un poco antes de tiempo, impecable en su reluciente uniforme. Nunca había sido convocado de forma tan directa a una cita secreta. Ya que ella (esa tía a la que probablemente iba a tener el divino placer de considerar suya) le había dicho: «Estaré probablemente en casa de los Fogarty hacia las tres y media, para descansar. Si por casualidad pasara por allí..., aunque desde luego es muy improbable, naturalmente, y no quisiera por nada del mundo impedirle ir al tenis, podría detenerse un instante para charlar. Pues hoy ha sido lamentable, apenas lo he visto. Me siento privada de nuestra conversación habitual. Quedan todavía tantas cosas... Pero no pasará, estoy segura». La mirada de lady Naylor, con una intensidad particular en sus pupilas ardientes y dilatadas, traspuso la frase al imperativo. Sus cejas circunflejas, de trazo vigoroso, insistían pesadamente. Él, sintiéndose tratado como un taxi —o mejor aún, como un sobrino—, había enrojecido de placer: «¡Claro! Allí estaría sin falta...» (¿Aceptaría ella entonces llamarle Gerald?). «Evidentemente, puede que yo no esté; tal vez no vayamos; todo está en el aire», dijo lady Naylor.

En el camino de regreso, la exaltación de Gerald había aumentado. Imaginaba que ella no descansaba nunca, se apoyaba raramente en el respaldo de su asiento, nunca se quitaba el sombrero con un suspiro o extendía sus piernas fatigadas, jamás se desabotonaba los botines. Ella conservaba siempre su aspecto apremiante, incluso en Oxford Street. Y ahora ella recurría a la intriga por su causa; un homenaje poco común.

Cuando lady Naylor entró en casa de los Fogarty poco después de las cuatro, se sintió irritada al ver que Gerald había llegado antes que ella. En lugar de ser descubierta, ahora tendría que maniobrar más o menos abiertamente para elegir un lugar donde situarse. Haciendo caso omiso del sillón con su montaña de cojines que Gerald arrastraba hacia ella, se instaló (intentó que pareciera como por azar) en el estrecho banquito junto a la ventana. De esa manera, sólo revelaba una imponente silueta de sombrero y boa de plumas a la habitación, mientras que Gerald, que observaba las sillas con aire pesimista y permanecía con el codo sobre la repisa de la chimenea en medio de los marcos de fotos, quedaba completamente expuesto a su mirada en la luz verde que filtraban los arbustos.

—¡Qué día! —exclamó ella con vivacidad—. Hemos almorzado con los Boatley. ¡Qué coronel tan encantador debe de ser! Y ella es irlandesa; figúrese, una Vere Scott. Nos debe de encontrar ridículos, en este país, con nuestra manía de estar todos emparentados.

—Lo encuentro estupendo —respondió Gerald.

—Oh, yo no estoy tan segura. Sin embargo, qué suerte tienen ustedes al carecer de familia; les debe proporcionar una gran sensación de independencia.

—Tengo docenas de parientes.

—¿De veras? ¿En Surrey?

—Dispersos por todas partes.

—Naturalmente, a mí, eso me parece demasiado agitado —observó lady Naylor quitándose los guantes con gesto vivo—. Pero todos son oriundos de Surrey, ¿no?

—Más o menos —respondió Gerald, que no estaba seguro.

Los Boatley tampoco habían podido decir con certidumbre de dónde venían; hasta ahora el día de lady Naylor había sido más bien decepcionante.

—A propósito, espero no estar impidiéndole fumar.

Lo estaba. Gerald sonrió y encendió un cigarrillo.

—¿Usted no...?

—Oh, no, por todos los santos, no. Soy una anticuada. Vamos, dígame..., ya sabe lo poco que me gustan los cotilleos que circulan donde hay un cuartel, pero debo aclarar una cosa. ¿Qué son esas tonterías que oigo sobre Livvy Thompson? Es una amiga de mi sobrina, como ya sabe, y viene muy a menudo a casa, y considero que me corresponde desmentir las historias que se cuentan sobre ella.

—Ah —dijo Gerald, inquieto—. No estaba al corriente.

—¿De veras? Usted es amigo de ese joven, el señor Armstrong, y por eso he

pensado dirigirme enseguida a usted. Al parecer les vieron en Cork tomando el té juntos de manera más bien íntima, lo que ha desencadenado todo tipo de rumores. Ahora bien, no es justo para una joven, en el comienzo de su vida, ver su nombre asociado así.

—Yo hubiera creído sin embargo —respondió Gerald con bastante sequedad— que todo el mundo podía constatar que la señorita Thompson era de una rectitud absoluta. En cuanto a Armstrong..., de hecho, están prometidos.

—Bah, pamplinas —dijo lady Naylor con tono jovial.

—Es verdad —dijo él asintiendo con la cabeza, y luego, con su aire infantil no desprovisto de encanto, la miró con gesto adusto—. Pero no quieren...

—Para empezar, los Thompson no querrán nunca ni oír hablar de ello. Y tendrán toda la razón. Es verdad que la pobre Livvy no tiene madre...

—Pero no es la única —replicó Gerald ligeramente agresivo—. Lois tampoco tiene.

—Oh, no hace falta decir que nosotros nunca consideraríamos un matrimonio semejante para Lois. La cuestión ni siquiera se plantearía. Pero incluso para Livvy... Y luego piense en la carrera del joven: estos matrimonios precoces son la ruina de cualquier carrera, y los noviazgos casi igual de desastrosos. Sé lo que piensa el coronel Boatley... No, mire, lo que tendría que hacer usted en mi opinión es lo siguiente: hablar franca y razonablemente con su amigo el señor Armstrong. Sé todo lo que están dispuestos a admitir unos de otros, entre los jóvenes. En mi opinión, usted que es su amigo, debería explicarle...

—Pero déjeme que le diga una cosa... —comenzó Gerald antes de interrumpirse—. Déjeme que le diga... —Se paró en seco y lanzó una mirada en torno a la habitación, que se había oscurecido desde que ella había entrado: el cielo de la tarde se nublabá. Gerald se deshacía no sin angustia de las ilusiones que había traído a aquel lugar y que se habían reforzado durante el primer minuto, digamos, de su conversación. Cuando habían tocado el tema de Surrey, había creído que ella deseaba conocer a su madre. Cruzando las piernas, Gerald frotó un zapato contra el otro produciendo un ligero crujido que, al sobresaltarla, traicionó el nerviosismo de lady Naylor. En pie, con la mirada baja, la expresión grave y confusa, Gerald observó ese movimiento, un estremecimiento de luz en el reborde del boa de plumas. Con una calma y virilidad inusitadas, declaró:

—A decir verdad, yo amo a Lois.

—Oh, sí. Pero me temo, ¿sabe?, que ella no le ama a usted —dijo la tía sosegadamente.

Él lo pasó por alto sin hacer ningún comentario, y se limitó a mantener la misma actitud. A pesar de su físico fino y vigoroso, había en él algo que ella hubiera calificado de pesadez.

—Entonces deduzco que ella les ha dicho que nosotros...

—Oh, naturalmente, está contenta de sentirse amada. A su edad, con su

temperamento, no hay duda de que es agradable estar enamorado.

—Pero usted acaba de decir que ella no estaba...

—No en el sentido en que yo entiendo el amor.

—Pero mientras... —dijo Gerald con la cortesía particular que precede a la incorrección —mientras ella y yo entendamos la misma cosa...

—¡Pero no es así! —dijo su amiga con su voz afable de mujer de mundo—. Es lo que trato de hacerle comprender. Lois, con su temperamento...

—No he observado ningún temperamento —intervino Gerald, leal, como si hablara de una deformidad.

—Pues bien, ¡no hace falta más —exclamó lady Naylor agitando sus guantes con rapidez en todas las direcciones— para conducir un matrimonio al desastre...! Señor Lesworth, no quiero tener que imaginarle desgraciado. Yo no he tenido hijos, ya sabe, y Laurence, que es tan intelectual... Y luego hay otra cosa... —Se interrumpió, y con un nerviosismo inusual, con un gesto que casi habría podido ser de Francie, tocó el boa de plumas, la pechera, los dos claveles sujetos en el encaje. Ahora debía rozar claramente la indecencia. Estaba la cuestión del dinero, un tema del que los ingleses hablaban con total libertad, con tanta libertad como de lo que se encontraba bajo sus diafragmas, pero que repugnaba completamente a su pudor—. Puede pensar que soy detestable —dijo ella—, pero, en la vida, hay cosas que hay que mirar de frente. Soy la tía de Lois, después de todo...

Gerald, sonrojado, resistía el suplicio en posición de firmes.

—Está el asunto del dinero —soltó ella por fin—. Quiero decir, usted no lo tiene, ¿no es verdad? Evidentemente, no veo por qué habría de tenerlo. Pero dos personas tienen que vivir, aunque todo esto resulta bastante sórdido. Sea como sea, la cuestión es superflua. Pero yo quería simplemente mostrarle...

—Sé que ella tiene una casa magnífica —dijo él con aire sombrío.

—Sea como sea... Mire, es imposible desde todos los puntos de vista. Pero lo esencial es que ella no le ama.

Puesto en semejante tesitura, que habría calificado de jugarreta al contársela a un amigo, se vio obligado a afirmar que sí, que ella lo amaba, aunque no podía imaginarse por qué.

—¡Como muchas chicas en su situación! —exclamó lady Naylor con sinceridad—. Pero en lo que se refiere a Lois, francamente pienso, como todos, que le conviene ingresar en una escuela de bellas artes. Le interesa muchísimo el dibujo.

—Nunca me habla de ello.

—Ah, ésa es la prueba... ¡Falta de afinidad! —declaró la tía con lúgubre satisfacción—. Y no es sólo por su edad; sería lo mismo si fuera usted capitán o incluso comandante. Vamos, debería ser razonable, lo creo sinceramente. Esta historia puede desvanecerse de la forma más discreta posible. Nadie está al corriente salvo yo. Bueno, éste es mi consejo...

—¡Podría haberme dicho que había hablado con usted! —Lanzó una mirada llena

de amargura a la habitación, que había dejado de ser la misma.

—Para serle sincera, yo no la he alentado mucho a hablar. Oh, la pequeña ha sido de lo más sincera. Pero yo he creído que usted y yo deberíamos abordar esta cuestión con total franqueza y sin prejuicios.

—¿Está segura?

—¡Señor Lesworth! —exclamó lady Naylor, desconcertada. Y reanudó la conversación, con un tono firme aunque inspirado, mitad enfermera, mitad profetisa —: Cuanto menos se habla, menos se anda por las ramas y eso es lo mejor, estoy segura.

Mientras examinaba los guantes y se disponía, con una creciente satisfacción, a calzarse uno, Gerald, en pie, le volvió a medias la espalda, obstinado aunque indeciso. Un insólito péndulo oscilaba en él: estaba perdido, decidido a luchar, perdido. Su rostro, ensombrecido por una cólera confusa, se había quedado desprovisto de su invencible «simpatía», como signo de reprobación. Ella blasfemaba, y sin embargo Gerald no podía sino admirar su sólido respeto por los buenos modales, su sentido común, el precio que ella adjudicaba a la Lois de él. Y mientras tanto el amor, no contento con estar allí tendido, observaba la escena, aturdido, magullado, un poco acobardado por el golpe. Gerald bajó la barbilla, tragó saliva y se pasó un dedo por el cuello como para aflojarlo.

—Entonces, si he comprendido bien, usted desaprueba el asunto: ¿va a ponerle fin?

—Escuche, señor Lesworth, piense un poco: ¿sería capaz yo de ponerle fin a algo?

—... Va a ponerle fin porque soy demasiado joven, demasiado pobre y no tengo la suficiente clase... o lo que fuera que debiera tener.

—¡No me ha entendido en absoluto! —exclamó lady Naylor, herida.

—No hace falta que me diga que no valgo mucho: yo mismo lucho contra ello desde que...

—Todos pensamos que es encantador: los Montmorency, todo el mundo. Nos gusta mucho que venga a visitarnos, lo sabe muy bien...

—Oh, sí, para el tenis estoy bien —respondió Gerald sin rencor.

—No hay nadie con quien preferiría más..., sin ir más lejos... —comenzó lady Naylor, cariñosamente.

—Usted cree que le corresponde poner fin al asunto —dijo Gerald para resumir—. Y comprendo que desde su punto de vista tiene toda la razón. Pero hay cosas que no puede detener. Dios sabe que tengo bien poco que ofrecer a Lois, y que ella merecería tenerlo todo, ahora, enseguida. Pero juro que haré todo para que lo tenga. Dejaré el ejército, haré lo que sea. Voy a encontrar una solución, lo sé. Si sólo se tratara de lo que yo deseo... Pero ella me ama, ya sé que está bastante loca, pero me ama de verdad; lo he visto en sus ojos y lo sé. Si ella no hubiera parecido..., si yo no hubiera sentido..., si ésta no hubiera sido la única solución para los dos, jamás habría

dicho nada, lo juro, antes habría muerto.

—Pero ella está de acuerdo con todo el mundo —respondió lady Naylor quitándose de nuevo el guante con desesperación—. Tiene muchísimas ganas de ir a una escuela de bellas artes.

—¿Adónde? —preguntó él con violencia.

—A alguna buena escuela.

—¿Espera que deje de confiar en ella?

—En su lugar, yo tendría con ella una conversación franca y sensata.

—¿No va a impedirme que la vea?

—Ignoro con qué clase de madres o de tías de muchachas ha tenido usted que tratar —dijo ella, molesta—, pero ¿cómo ha podido creerme capaz de una cosa tan insensata? No sólo sería cruel, sino del todo estúpido. En primer lugar, Lois no es mi sobrina, no tiene nada que ver conmigo. Correspondería a su tío decidir, pero sir Richard se preocupa muy fácilmente: no tengo ganas de... Estaremos encantados de verle en cualquier momento... —Hizo una pausa.

—Es muy amable por su parte —respondió él, por reflejo.

—En una época en que está permitido a los jóvenes tener una amistad sincera y nada sentimental, no veo por qué no podrían mantener una conversación razonable y amistosa. Por supuesto, no debe haber nada de..., en fin, sé que puedo confiar en usted... Seamos claros, usted entiende muy bien que no están comprometidos y no estando comprometidos no puede haber nada de...

—Prometo que no la besaré.

Lady Naylor se sentía muy molesta. Lanzó una risita impersonal y se reajustó el boa. Confesó cierta envidia de los jóvenes de esta generación, por sus amistades francas.

—No me considero muy moderno —dijo Gerald, inexpresivo.

—En cambio, Laurence es demasiado moderno; no se interesa nada por las chicas... Por el momento, yo dejaría al amor fuera del asunto...

—Pero yo creía que todo el asunto era ése, precisamente.

Una sombra pasó delante de la ventana.

—Aquí está la señora Montmorency —anunció Gerald. Luego se acarició el bigote, parpadeó y miró a su alrededor, preguntándose qué silla ofrecer.

—¡Es una pena! La había enviado a la rectoría.

—Tal vez no ha encontrado a nadie allí.

—Le he dicho que esperara; siempre hay montones de cosas para leer en el salón... Bueno, ha comprendido, ¿verdad?

—Me temo que yo...

Francie entró.

—¡Oh! —exclamó—, ¡cuántos cojines! ¡Gatitos! ¡Imagínate sentarte sobre ellos!, tendría la impresión de ser una caníbal. No, no lo digo en serio... ¡Señor Lesworth! ¡Qué placer! ¿Son fotos de su regimiento? No imaginaba que hubiera tantos

oficiales... Ah, Myra, me he acordado de que tenía que comprar una cosa en la farmacia, así que me he dicho que pasaría a buscarte por aquí para evitar que tengas que subir la cuesta. Todos habían salido.

—Es todo un detalle por tu parte, Francie —dijo lady Naylor.

—Oh, ¡qué patriotismo! —exclamó Francie haciendo caer del sofá dos cojines forrados con la bandera británica—. Ella es católica, ¿verdad? Oh, señor Lesworth, no se moleste, soy muy torpe... No tenía la menor idea de que íbamos a encontrarle. ¡Qué pena que no hayamos traído a Lois! Myra, ¿no te parece una pena que Lois no haya venido?

—Sí, es una auténtica pena —respondió lady Naylor. Con una ligera sombra de pesar todavía en el rostro, se levantó, se miró en el espejo, arregló el boa y bajó el ala del sombrero. Luego estrechó calurosamente la mano de Gerald, diciendo cuánto había disfrutado de su charla.

22

—No olvidaré jamás —prosiguió Francie a través de la puerta abierta del vestidor— la manera en que recogió los cojines.

—¿Cuáles? —preguntó Hugo, buscando con aire irritado entre sus cuellos de camisa. Se dijo que el sistema feudal tenía sus puntos débiles, como el servicio de lavandería de Danielstown. El padre de la lavandera había participado en la defensa de la casa durante los disturbios de 1860. Con nostalgia, pensó en las camionetas azules, tan eficaces como democráticas, que se calificaba de «higiénicas» y que pasaban todos los lunes—. La verdad es que sería mejor que me fuera a acostar. No tengo ni un solo cuello decente que ponerme para la cena... ¿Qué cojines?

—Ah, unos horrorosos. Pero como dicen que los Fogarty son tan encantadores... No te preocupes, Hugo; los cuellos de Richard y de Laurence están igual... Ya sabes la vitalidad que tiene siempre: pues bien, no le quedaba ni una gota. Daba la impresión de una cascada inmóvil. ¿Te lo puedes imaginar, Hugo? Tal vez sea espantoso, pero hay veces en que no me fío de Myra. Niega la existencia de ciertas cosas, y luego se apresura a ponerles trabas. No le caen bien los de la rectoría de Clonmore, los encuentra vanos, sabe que yo no les conozco y, sin embargo, ha insistido en que vaya a verles. Y cuando he regresado, se ha mostrado encantadora; sabía que tendría que haberle llevado la contraria.

—Mi querida Francie, la vida es demasiado corta para estas cosas. —Aunque, a decir verdad, el problema no era ése: la vida era demasiado larga. Hugo frunció el ceño, levantando la barbilla frente al espejo—: Menos mal que la tarde es más corta —añadió pensando en su cuello.

—De hecho, lo que yo habría tenido que decir... —prosiguió Francie—, aunque lo ideal, en realidad, habría sido no decir nada...

—Hablando de tardes —dijo Hugo—, ¿a casa de quién iremos cuando salgamos de aquí? Tenemos que ir sin falta a la de los Fitzgerald antes de octubre. Tendrías que escribirles, ¿no crees? Ah, y luego, Francie, podrías enviar algunos de estos cuellos a la lavandería de Terenure, si sacas discretamente el paquete de la casa.

—Voy a echar de menos este lugar —suspiró Francie mirando los árboles de fuera.

—Echas de menos todos los lugares.

Ambos pensaron en el bungalow, regalo eterno para ellos, que nunca brillaría en su recuerdo. Durante toda la cena, Francie estuvo distraída. Redactaba en su mente una pequeña carta para Gerald. Pero evidentemente nunca la escribiría.

—¡Vaya! —había dicho Laurence horas atrás, al ver el manojito de cartas que esperaban al correo matinal en la mesa de la entrada—. Lois ha escrito a Marda. Creía que nadie sabía su dirección.

—Ha recibido noticias de Marda esta mañana —explicó el tío inclinándose para examinar el sobre con un aire vagamente interesado—. He creído entender que se trataba de un perro. Me sentiré aliviado cuando Marda se case. Me pregunto si ese joven será capaz de cuidar de su equipaje.

—Esta tarde he visto al señor Lesworth —dijo lady Naylor a Lois—. En casa de los Fogarty, mientras yo estaba descansando allí. La verdad es que ella ha creado una especie de hogar para esos jóvenes, aunque, en fin, nada podrá atenuar jamás el brillo de esos cojines. Me ha parecido muy contento, iba al tenis.

—Nunca va al tenis los días de club.

—Bueno, digamos que parecía a punto de ir. Me ha contado lo del compromiso de ese joven Armstrong con Livvy Thompson. Parece ser un *fait accompli*, aunque secreto, desde luego. Es increíble cómo se divulgan las cosas en una ciudad con cuartel. Tú ya lo sabías, supongo.

—Pues sí, Livvy me lo dijo.

—¡Qué fastidio para ti! Es un consuelo haber superado la edad de los noviazgos de tus amigos. Supongo que no habrá sido fácil para ti decirle que era algo absurdo.

—Bueno, yo...

—El señor Lesworth pensaba que era una pena para el futuro del joven. Según él, el señor Armstrong lo tendrá difícil con su coronel debido a ello. Creo que no comprende cómo su amigo no muestra más interés por su carrera. Terminarán instalándose tontamente en África, en una de esas plantaciones de naranjas o de café. Pero también es verdad que Livvy está acostumbrada a una vida aburrida.

—Pero no veo por qué...

—Tampoco es que pueda hacer muchas más cosas. No me imagino a la pobre Livvy en una escuela de bellas artes, aunque podría aprender dactilografía.

—Siempre podría hacerse modelo —dijo Laurence, que había escuchado la conversación con interés desde el otro lado de la mesa—. Las quieren grandotas o delgadas como palillos.

En aquel momento trajeron las velas; como lady Naylor se había entretenido en Clonmore, cenarían tarde. Las esbeltas llamas temblaron; las dalias adoptaron un aspecto teatral.

—Otoño —declaró sir Richard—. Ahora que los días son más cortos debería haber menos emboscadas, escaramuzas y toda esa pérdida de tiempo.

—Pero como observaba uno de mis amigos ingleses —dijo Hugo—, esta lucha de Irlanda no es juego limpio.

Laurence sostenía que esa forma de luchar era lógica, eficaz y completamente natural. ¿Por qué habría que tomarse la guerra con arrogancia?

—¡Dios mío! —dijo Francie—, suena usted como una especie de pacifista.

—¿Qué más dijo Gerald? —deseaba saber Lois.

—La verdad es que no me acuerdo —respondió lady Naylor—; estaba tan encantador como siempre, desde luego, pero nada original. Parecía tener prisa por ir al tenis.

Lois, insatisfecha, parpadeó lúgubrementemente a la luz de las velas.

Hacia las diez y media, Francie —a la que Myra había acompañado a su habitación, como si se deshiciera de ella para la noche— salió sin ruido al descansillo y aguzó el oído. Su palmatoria, tambaleándose indecisamente, rozaba el suelo con sus sombras. Unos alambres produjeron un sonido agudo donde unas vacas se frotaban contra una valla en la húmeda oscuridad. Francie atravesó el descansillo y llamó suavemente a la puerta de Lois.

Asustada, Lois se apartó de la ventana oscura donde había permanecido pensativa, abrazándose los codos. Su corazón dio un vuelco cuando vio que la puerta se entreabría, dejando pasar una luz extraña. ¡Maldición!, se dijo irritada. Llevaba más de una hora en su habitación y no había ni comenzado a desvestirse. Para parecer más natural, se desabrochó el vestido y se lo sacó rápidamente por debajo.

La señora Montmorency hizo su aparición con cara de desaprobación y una luz amarilla bajo la barbilla. Sólo quería charlar un poco, explicó. Lanzó una mirada desamparada en derredor, sin saber dónde colocar la vela. En cuanto lo decidió —allí mismo había una mesita— pareció superar sus dificultades. Sin más preámbulos anunció:

—¿Sabe?, Lois, ese joven parecía muy desgraciado.

—Pero si estamos comprometidos —dijo Lois, atándose la bata firmemente en torno a las caderas.

—Oh... ¿Está segura? Porque...

—¿Qué ha dicho? —preguntó Lois, poniéndose a la defensiva.

—Querida, yo estaba en la rectoría. Estoy segura de que su tía ha actuado con las mejores intenciones.

Lois se acercó al espejo y se soltó los cabellos distraídamente. Sacudiéndolos sobre la cara, dijo, con voz apagada:

—¿Quiere decir que ella se ha entrometido?

—En fin, no es lo que yo diría exactamente. Pero creo que es una pena...

—¡Realmente —exclamó Lois, contenta de que, tras sus cabellos, su cólera le pareciera levemente académica—, es tan intrigante como un... como un cardenal!

—Yo ya le he dicho a Hugo que usted es muy sensata, y... tan moderna..., y después de todo sólo se es joven una vez.

—Oh, ¿todos ustedes estaban allí?

—Querida, yo estaba en la rectoría. Pero a juzgar por la manera en que recogió los cojines... No soporto ver vidas arruinadas.

Estas palabras habían sido pronunciadas con tanta vehemencia, dejando traslucir tal pasión, que Lois respondió asombrada:

—Yo tampoco, la verdad. —Y al volverse, encontró las sombras desmesuradamente agrandadas por la solemnidad; las delgadas llamas de las velas se estiraban ansiosamente hacia el techo: la propia habitación debía de haber percibido la complejidad de la situación. Poseída por la extrañeza, por un sentimiento de urgencia, Lois se hizo dos trenzas en lugar de una, y se sintió una mujer diferente.

—Lo que nunca comprenden —dijo ella apresuradamente— es que tengo que hacer algo.

—En su lugar, yo escribiría una carta enseguida —le dijo Francie—. Incluso estaría tentada de enviar un telegrama, si no fuera por la encargada de correos. Yo le diría..., en fin, no sé qué le diría: ojalá estuviera aquí Marda.

—Cuando estudio alemán, se sorprenden de que no sea italiano. Y cuando me pongo con el italiano, no muestran el menor interés.

Francie recogió el vestido de noche que Lois acababa de quitarse y, con la mirada fija, dirigiéndose al vestido, exclamó con un aire casi incrédulo:

—¡El amor es lo único que importa!

—Al menos Gerald es algo concreto. El..., yo...

—Yo sé que el amor es importante.

—Al menos con el amor se tiene la oportunidad de llegar a algo.

Francie, elevando su voz a una nota asustada, como si quisiera asegurarse por completo de lo que estaban hablando, exclamó:

—¡Se cometen tantos errores!

—No me importaría vivir una auténtica tragedia...

—Si una no está totalmente segura, no sabe dónde está.

—Es que siempre me siento tan humillada...

—Pero ese joven... —insistía Francie.

Se miraron, o más bien dirigieron sus miradas adonde había estado la otra. Francie, de pronto desprovista de la audacia conspiradora que la había conducido hasta la habitación de Lois, colocó con tristeza un dedo en sus labios, como si se sintiera irremediabilmente traicionada por lo que se había dicho allí. Se encogió visiblemente por la duda.

—Usted me parece muy cerebral, Lois. No... ¿no le ama?

—*Tengo que amarle* —respondió Lois.

Se llevó las manos a la nuca y, con un gesto torpe, abrió el cierre de su collar de coral. Sentía claramente cómo se desintegraba la chica inteligente que la señora Montmorency había visto en ella: una buena parte de lo que ella misma había creído ser se desvanecía con la ilusión.

—Simplemente, creí que podía ayudar —dijo Francie, con una vocecita apagada y lejana, como si volvieran juntas a una casa imponentemente vacía después de un funeral.

—Oh, pero si ya me ha ayudado... —respondió Lois. Y sonrió con gesto ausente y, creía ella, bastante inquietante, sopesando el collar de coral en el hueco de la mano y esforzándose por recordar lo que habían dicho, lo que habían querido decir, y cuál había sido la cuestión.

Francie recogió su pesada palmatoria y buscó la puerta con la mirada. Suspiró y dijo que había sido un día muy agitado. No soportaba la idea de no haberse quedado fuera del asunto, de no haberse mantenido al margen, ya que no había nada que dejar al margen. Ya era muy tarde para una decepción tan fundamental. Le resultaba un poco difícil volver a su habitación, y sin embargo ninguna de las dos deseaba añadir nada más. Lois abrió la puerta; oyeron que sir Richard y Hugo discutían mientras subían la escalera. Francie protegió la llama con la mano y salió deslizándose como una sombra.

Ardiendo de vergüenza retrospectiva, Lois se desvistió rápidamente y apagó las velas. La oscuridad le aportaba un consuelo concreto. Permaneció tumbada de lado, con las rodillas dobladas bajo la barbilla, dejando que el vacío la envolviera poco a poco hasta que, totalmente sepultada, se quedó dormida.

Al día siguiente, la bruma cubría los prados como un manto, ahogando los sonidos al punto de que la llegada del cartero les pilló a todos desprevenidos. Traía una nota de Gerald: «Por lo que más quieras, reúnete conmigo».

Lois tenía la intención de ir al encuentro de Gerald con aspecto alegre y despreocupado, pero su plan fracasó: cuando el joven llegó por la tarde, Lois estaba en el jardín, a medio camino de la casa, y discutía con Laurence a propósito de un caracol. Su primo lo había pisado deliberadamente.

—¡Puaj! ¡Idiota! ¡Eres un bruto, Laurence!

—¿Y qué quieres? No estaba tratando de ser amable con él.

—Y todo porque no tenía intelecto.

—En absoluto.

—¡Puaj! Está por todo el camino.

—Diría que está despachurrado... —dijo Laurence, satisfecho de sí mismo—. Es algo patológico en mí.

—Tú y tus enormes pies.

En realidad, Laurence lamentaba haber pisado el caracol; lo había confundido con una concha vacía, pero se guardaba bien de decirlo.

—Vale ya, mamá —dijo con tono poco amistoso.

—Laurence, estás completamente loco. ¡Puaj! ¡Lo estás extendiendo por todas partes! Voy a vomitar.

—Pues vomita.

—No, entonces no lo haré.

—No sabía que te gustaran tanto los animales —dijo con el tono más ofensivo posible. Pero no se sentía muy en forma aquella tarde y no encontró nada más que decir.

Dándose la vuelta, se alejó con paso vivo hacia la avenida, consciente de no tener ningún objetivo. Sin embargo, le esperaba una velada poco común. En un sendero en dirección a Castle Trent encontró a tres hombres armados franqueando una verja. Le obligaron a levantar las manos y a caminar delante de ellos a paso ligero. Laurence descubrió que en semejantes condiciones la mente funciona con rapidez pero de un modo infructuoso; observaba algunos detalles con nitidez y luego los olvidaba. Cuando llegaron ante el muro del cementerio, se puso nervioso, pero los hombres se contentaron con quitarle los zapatos y tomar prestado su reloj de pulsera. Luego, después de apretarle la cara contra el muro, le aconsejaron que, si quería salvar la vida, no se moviera de donde estaba ni se diese la vuelta durante veinte minutos. «¿Cómo podré saberlo? —replicó Laurence—. Se han quedado con mi reloj». Pero los tres hombres se burlaron y se fueron con sus zapatos. Laurence permaneció con la frente contra las piedras durante cinco minutos, sintiendo cómo los tábanos le picaban a través de los calcetines. Luego, bastante más animado, regresó renqueando a casa, donde le aguardaban una cena y un público. Tres días más tarde, el reloj de Laurence fue enviado por correo a su tío Richard; estaba en perfecto estado y, en cuanto lo sacaron del paquete, se pudo oír su tictac. «Para que veáis...», comentó sir Richard colocando con satisfacción el reloj contra su oído. Pero era un día muy ajetreado y nadie le prestó atención.

Cuando Lois regresaba del jardín corriendo, toda su persona emanando irritación, vio a Gerald, que esperaba cerca de un acebo junto a un recodo del camino. La observaba aproximarse sin comprender, como si ella hubiera sido un cuadro. Aunque estaban solos, él no le tendió la mano ni se acercó a ella. Permaneció plantado con el vigor, el desamparo y la indiferencia de un árbol que no puede evitar crecer.

—¡Gerald!

—¿Qué pasa? —preguntó él, impasible.

—¡Laurence ha pisado un caracol!

—¡Mala suerte!

—Y además, ¡ha disfrutado!

—¡Extraño! —respondió Gerald tras encontrar la palabra no sin dificultad.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, mientras algo en su interior se detenía como un reloj bajo el efecto de un sombrío presentimiento. El encuentro, incoloro de sorpresa y pasión, la dejó completamente desamparada. Al no ser besada, su boca y

sus mejillas sintieron un soplo helado.

—Parece —anunció Gerald como si transmitiera un mensaje— que no podremos casarnos nunca.

—¿Y por qué? ¿Qué ha pasado? —exclamó Lois enfadada.

Gerald la miró desde sus inmóviles pestañas. Ella recordaba haberle dicho: «Si al menos usted no pareciera estar siempre tan satisfecho de sí mismo». Ahora, su actitud y su silencio permanecían congelados como si Gerald esperara una desgracia: casi sintió odio hacia él. Sin decir palabra, en una armonía física que tenía la apariencia de felicidad, como una pareja de animales, se pusieron a caminar juntos, atravesaron rápidamente el patio y penetraron en la arboleda estriada con sombras y atravesada por rayos de luz a la altura de la mirada. Gerald explicó a Lois que su tía consideraba que él no era lo suficientemente bueno para ella: que no había la más mínima posibilidad, había dicho. Mirando indignada por encima de los troncos, Lois exclamó que su tía estaba loca. Lo repitió con vehemencia, estirándose de los dedos con ira. Él escuchaba en silencio, herido, dolido. Ella lamentaba que hubieran ido allí —prohibiéndose tal vez mutuamente cualquier deseo de espacio—, a aquella arboleda donde, oprimidos por los abetos, el pensamiento y el movimiento se sentían a disgusto, y donde las sombras verticales subrayaban la gravedad de Gerald.

—Me ha aconsejado —concluyó él— que tenga una conversación franca contigo.

—¿Que es la que estamos teniendo?

—Ella está segura de que no me amas.

—Gerald, por favor..., ¿por qué no te enfadaste?

—Yo... no lo sé —respondió él, sorprendido por la pregunta.

Allí estaba él, en pie ante ella, confuso, como un extranjero con quien, a falta de vocabulario, se hubiera interrumpido toda comunicación. Lois se quedó en blanco y sintió deseos de huir.

—Gerald, vuelve. Me siento desgraciada. ¿Por qué tenemos que hablar?

—Creía que te gustaba... —Loco de pasión, exclamó—: ¡Preferiría morir antes que no comprender!

—Pero ¿no sabes que yo...? ¿Gerald?

Si él no lo sabía, realmente era el fin. Ella advirtió con angustia lo que parecía ser indiferencia en su interlocutor. Uno esperaba al otro y viceversa. Él observó la mano de Lois, posada sobre el tronco de un árbol, rascando la corteza rugosa, como un pájaro. Y la mano, en la que él concentró todo lo que sentía por la joven, se detuvo y se quedó rígida, con los dedos separados. Cuando él vio la mano tan quieta, ya no le quedó ninguna duda. Y, a continuación, dijo con esa pequeña inflexión resignada de la voz que le era característica:

—Tú lo eres todo, ¿comprendes?

—Lo sé —respondió ella, impersonal.

—Eres lo que yo entiendo por vida... ¿Comprendes lo que te digo?

—A veces sí. —Y tenía ganas de añadir: «Ahora tócame»: era la única forma de

comunicarse. Ante la impotencia, el desamparo que ella sentía en medio de los severos árboles por no verse obligada por él, imploró con un gesto, que Gerald, perdido en una perplejidad exaltada que trascendía el dolor, desdeñó o rechazó. Desde los establos la campana de las seis acudió en su auxilio en forma de onda sonora entrecortada, metálica, que atravesó la arboleda. Lois quería tener algo para mirar, para seguir la mirada: la línea curva de un tren que pasara a toda velocidad. Con un movimiento exagerado, se llevó las manos a los oídos. El rostro de Gerald, iluminado por un rayo de luz, permaneció impasible.

—Gerald, por tu culpa estamos perdiéndonos el uno al otro —gritó ella por encima de la campana.

—Lo que me gustaría saber es qué perderías tú.

—Todo.

—¿Lo dices en serio? —De su interior surgió una luz casi visible. Lois vio ahora dónde estaban y por qué había venido él.

Se imaginó a sí misma avanzando, vacilante de alegría, hacia el borde de una terraza elevada que no conocía; pensó en Marda, en subirse a un tren.

—¡No! —exclamó ella, aterrorizada—. ¿Y por qué iba a decirlo en serio?

—Entonces, no estamos hablando de lo mismo.

—¿Por qué no haces algo... para gustarme?

—Creía que podía. Sé que soy capaz... cuando no estoy contigo.

—¡Eso no, maldita sea! —exclamó Lois—. ¡Yo te quiero!

—Entonces ¿por qué las cosas no pueden ser más simples? —preguntó Gerald con tono lastimero.

—Es porque somos demasiado jóvenes —respondió Lois con excesiva vehemencia—. Y luego está lo del dinero. Es cierto, tenemos que ser prácticos.

—No es el aspecto práctico —le explicó Gerald con los ojos abiertos de par en par— lo que hace que todo esto... sea tan terrible como la muerte. Lo que *ella* me dijo fue que si me amabas...

—Es una pesadilla ver cómo te pones a hablar. Te creía sólido como una roca: me sentía totalmente segura contigo. Se diría que estamos metidos en una red; pequeños fragmentos de conversación anudados unos a otros. Imposible moverse, imposible saber dónde está una. Soy incapaz de vivir si es preciso que todo esté organizado. Ya te lo he dicho, hasta lo que pienso no me pertenece, y luego la señora Montmorency irrumpe en mi habitación por la noche. Hasta Marda... Nada de lo que nos dijimos tuvo importancia, no ha quedado nada, se va a casar de forma mecánica. Se cree superdivertida... Es demasiado fácil, en realidad. Lo único que importa es lo que tú pienses. ¡Gerald!, me vas a matar si sigues plantado ahí. No sabes lo que es para un caracol que lo aplasten...

—¡No te entiendo! —dijo él con un grito agónico—. ¿Quién es un caracol?

—Yo no te pedí que me comprendieras: yo era tan feliz, me sentía tan protegida...

Gerald se dio cuenta de que se había producido un cambio; la luz ya no le iluminaba el rostro, había descendido por los árboles para terminar desapareciendo. Consultó el reloj. Llevaban poco tiempo juntos, apenas veinte minutos.

—¿Cuándo te has sentido feliz? —preguntó él, preciso. Le hubiera gustado estar seguro de eso y de varias otras cosas: Lois no se había serenado lo suficiente para explicárselo. Observó el bosque irreal, el camino, la silueta de Lois inmutable en su vestido de lana de un azul muy alegre. Algo en su cerebro logró a duras penas liberarse y declaró, totalmente al margen de su ser paralizado—: Cariño, no te tortures, por favor. No cambiaré nunca nada para mí, ya lo sabes. No importa lo que sea imposible, siempre serás perfecta. Sé que vemos las cosas de diferente manera; si eso no te disgustara, ni siquiera lo tendría en cuenta. Lo que quiero decir es que no nos sentimos decepcionados. Sabes que no renuncio a ti, nunca habría podido hacer algo semejante. Pero es que..., compréndeme, tú nunca..., las cosas no suceden como uno desea, supongo... Supongo que no vale la pena...

—Pero, Gerald, ¿dónde estamos?

—No te preocupes —respondió él. Estaban completamente perdidos, y él lo sabía.

—Pero ¿qué he hecho yo? ¿Qué no he hecho yo? —Al cabo de un minuto, mientras ella le oía toquetearse el cinturón (los dedos deslizándose por el cuero), Lois cerró los ojos y añadió—: Entonces ¿estás seguro de que no te amo?

No hubo respuesta.

—¡Gerald, deja en paz el cinturón!

Gerald seguía sin responder, como si estuviera dormido. Y de hecho sintió, como cuando se acerca el sueño, una inmensa indiferencia. Torturada por la soledad del insomnio, Lois no pudo sino gritar:

—¿No intentarás siquiera..., ni siquiera vas a besarme?

—No creo que...

—Está bien.

—Oye, tengo que irme. —Esbozó un vago saludo y comenzó a subir el camino, hacia la avenida de hayas, hacia la casa.

—¿Adiós? —dijo Lois.

Él sólo se detuvo a medias.

—No, es mejor que...

—¿Dónde has dejado la bicicleta?

Él ya estaba casi al final del camino; se volvió para responderle:

—Contra el seto. Ya sabes, debajo de las pistas de tenis.

Ella lo sabía; le recordó arrancando hojas del seto de alheña, desparramándolas sobre la hierba y lanzándoselas a ella. Recordó que la señora Boatley era seguidora de la ciencia cristiana. Se podía decir que el verano había acabado y probablemente era algo bueno: ya no habría más partidos de tenis. Pero ante este pensamiento, Lois se sintió deslumbrada por el incomprensible resplandor estival y sus ojos se llenaron de

lágrimas.

—¡Gerald! —gritó.

Pero, para entonces, él parecía encontrarse demasiado lejos para oírla.

Otra cosa que lady Naylor había observado en los ingleses era su propensión a aparecer en público antes del mediodía.

Había oído decir que poco después de las diez de la mañana se podía ver —tras las persianas todavía púdicamente somnolientas de los habitantes— a la señora Vermont y a sus amigas deambular por las calles de Clonmore, con sus guantes bien abotonados hasta las muñecas, balanceando sus cestas de vivos colores. Antes de las once, se habían sentado tras el escaparate de la confitería y se lamentaban del café. Un día, la señora Rolfe había obligado a Moriarty a abrir los postigos de su tienda especialmente para ella, y eso que, si había que creer al comerciante, la mujer no deseaba más que un simple par de medias. Una tal señora Peake, de los Artilleros, había exigido que el peluquero la atendiera antes de las diez. Estos singulares hábitos ponían a prueba los usos y costumbres de la ciudad; las calles tenían un aire macilento, dispuestas a todo. A decir verdad, casi inglés, como afirmaba lady Naylor... Cuando ella pensaba en Inglaterra, veía el sur más o menos como una prolongación de Brighton, el norte erizado de chimeneas de fábricas, y en el centro un gran espacio vacío ocupado por Anna Partridge. Sólo porque Danielstown se encontraba demasiado lejos de Clonmore para que se dejaran caer o pasaran a saludar, se veía ella privada de las visitas matutinas de la señora Vermont y sus amigas.

Pese a todo, la señora Vermont superó las dificultades, alquiló un Ford y se hizo llevar allí una mañana, hacia las once. Acompañada de su gran amiga, la señora Rolfe, iba de camino a casa de los Thompson, donde almorzaría. Ella explicó todo eso antes de bajar del coche; sabía bien lo que eran los lunes, no quería molestar a lady Naylor: el haber vivido tanto tiempo con su madre la había hecho consciente de ese tipo de cosas. En realidad, a lady Naylor le habría importado menos recibirlas a la hora del almuerzo; había observado que las personas pasaban más inadvertidas sentadas a la mesa. Cuando la noticia de esa visita inesperada llegó a la cocina, gruñó: «¡Mi mañana!». Nada podría haber sido peor.

Francie estaba acostada con jaqueca; Hugo recordaba los viejos tiempos hablando con el cochero, que estaba jubilado y rondaba melancólico todo el día por las cocheras, completamente perdido. Lois, indirectamente responsable del ultraje, estaba desaparecida. Hacía días que no parecía la misma. Después de la marcha de Gerald, su tía se había ocupado de decir: «Bueno, desde luego, espero que no hayas cometido un error. Pero todos tenemos que arreglar esas cosas por nosotros mismos, ya sabes».

Francie no dejaba nunca de interesarse por sus progresos con el italiano; su tío reconoció que había llegado el momento de que se matriculara en esa escuela de arte. Aquella mañana no se la encontraba por ninguna parte; los gritos no la hicieron aparecer.

Laurence, que siempre tenía mala suerte, se vio sorprendido en la escalinata con un libro de Locke en la mano.

—¡Santo cielo! —exclamó al ver aparecer el Ford en la curva de la avenida. Y cuando quiso darse la vuelta ya era demasiado tarde; las jóvenes esposas ya estaban gritando y saludando.

—Denise —dijo Betty—, te presento al señor... (Ay, Dios mío, ¡qué vergüenza!). Ésta es la señora Rolfe, de Artilleros; mi mejor amiga, ya sabe.

—Bien —respondió Laurence.

Denise, inquieta, lanzó una mirada aprensiva a todas las ventanas. Laurence seguía sin moverse, mirando a las dos mujeres con resignación; se olvidó de abrirles la portezuela del coche aunque ellas estaban a punto de salir.

—¿Sería posible bajar? —preguntó Betty, lanzándole un amistoso cloqueo entre un auténtico torbellino de pieles y crepé rojo de China. Encima de sus rodillas, dos pares de pequeñas manos se arrollaban, como crisantemos abiertos, sobre sus bolsitos de cabritilla. Laurence las dejó salir y ellas ascendieron los escalones alisándose los vestidos.

—Oh, ¡qué libro más serio! —exclamó Betty, abalanzándose sobre la obra.

—¡Santo cielo! ¡Mira lo que está leyendo! ¡Tiene que ser usted muy inteligente! Imagínate lo que lee...

—Usted va a la universidad, ¿verdad? —preguntó Denise estremecida.

—De vez en cuando —respondió Laurence, preciso. Abriendo mucho la boca llamó a Lois con todas sus fuerzas. Ellas lanzaron gritos agudos y se taparon los oídos—. Creo que será mejor que entre para ver si...

—¡No se vaya! Estoy segura de que saldrán todos... Tenía muchas ganas de que Denise viera una vieja mansión irlandesa llena de encanto.

—Tiene razón, al fin y al cabo somos pintorescos —observó Laurence con aire pensativo—. Y sobre todo, no dejen de ir a casa de los Trent. ¿Ha estado ella allí?

—Apenas conozco a los Trent. Pero sentimos que esta casa tiene un gran vínculo con Gerald.

—Esté él aquí o no esté —añadió Denise.

—Exactamente. —Betty le sonrió de soslayo, aunque realmente era una pena que, sin quererlo, se hubieran encontrado con Laurence. Esta acogida no tenía nada que ver con lo que había hecho esperar a Denise. Se dijo que la actitud casi descortés de Laurence tenía, de hecho, un ligero matiz internacional, de Oxford.

—Tengo un primo en la universidad de Reading —comentó—. Está bastante cerca de Oxford, ¿no es cierto?

Quejumbrosa, Denise observó que una avispa la estaba molestando; quería entrar

en la casa para ver a los célebres antepasados. Betty azotó el aire con el bolso y una punta de las pieles.

—¡Tiene pánico de las abejas!

—Yo también —dijo Laurence, retrocediendo, absolutamente aterrorizado—. Creo que sería mejor que yo..., que vaya a buscar un... —Desapareció por la puerta acristalada, que cerró tras él.

—Opino que la gente es increíble —dijo Denise. Ambas se sentaron y bostezaron. Todos aquellos árboles; era realmente increíble—. ¿Es el primo de Lois?

—Más o menos.

—Yo siempre he pensado que era una chica rara.

—¡Shhh! Sir Richard está escribiendo en la biblioteca. Denise, mira con disimulo... ¡Es todo un personaje!

—Oh..., sí, es verdad. ¿Es caballero o baronet?

—No veo por qué tendrían que haberle nombrado caballero.

—¡Shhh! ¡Cállate!

—Es sordo. Oh, querida, mira esas vaquitas negras tan monas. Son vacas de raza Kerry. Ellos explotan sus tierras, figúrate; tienen montones de ganado.

—Siempre he querido preguntarte: ¿hay una raza de gatos de Kilkenny?

—Francamente —dijo la señora Vermont, enfadada, mientras su amiga volvía a bostezar y ella misma sentía cómo le temblaba la barbilla—, cuando una piensa que es a estas personas a las que defendemos... Me pregunto si nos ofrecerán café. Esto es lo que pienso de la hospitalidad irlandesa: o casi te tiran al suelo o no te dirigen ni una mirada. Espera, tengo una idea. Podríamos ir al jardín a coger ciruelas. Aunque me gustaría que vieras el salón. Ya podía ser ésta la familia de Livvy; los chicos dicen que su casa huele mal; espero que no estés aburriéndote, querida... Hablando de Livvy, te diré que cuanto más se la conoce, más se la aprecia. No logro comprender qué encuentra Gerald en estas personas, la verdad. Ni siquiera es que Lois...

—Desde luego, yo siempre he pensado que era una chica rara.

En ese instante sir Richard, que no era sordo, salió a la desesperada. Dijo que lo sentía mucho, no podía imaginar qué debía de haberle pasado a Lois.

—Podríamos gritar —dijo con gesto de impotencia.

—Su sobrino ya lo ha hecho.

—Probemos de todas formas —dijo sir Richard, y gritó de nuevo—. ¿Cómo se encuentran todos ustedes? —preguntó amablemente cuando hubo recuperado el aliento.

—Podría haber una ofensiva —respondió Betty con dignidad.

—¡Shhh! —susurró Denise, pellizcándole el codo.

—Aunque se supone que no debo decírselo.

—No se preocupe —dijo sir Richard—, dudo de que tenga alguna importancia. Y además, los días ya se están acortando... Pero es una verdadera pena; qué mala suerte que mi esposa no esté aquí para recibirlas. Cuando se entere, se sentirá

profundamente apenada.

—Oh, no tiene importancia, simplemente pasábamos por aquí. Como le decía a Denise, ¿de qué sirve estar en Irlanda si no te vuelves un poco original?

—Se sentirá profundamente apenada.

—No se preocupe. Hemos estado admirando sus vacas; son adorables.

—Entro un instante a preguntar —dijo sir Richard con autoridad antes de desaparecer, cerrando la puerta acristalada.

Denise anunció que estaba a punto de tener un ataque de risa; la crisis parecía inminente.

—Desde luego tengo que decir que Gerald está atrapado por esta familia.

—¿De verdad lo crees, querida?

—Ha pasado algo. Está de lo más pesimista; hasta Timmy se ha dado cuenta. Le he dicho a Timmy: «Tienes que enterarte de lo que pasa», porque cuando los hombres se juntan... Yo no puedo, ya sabes..., pero no soporto ver sufrir a ese chico.

—Pero creía haberte oído decir que...

—Bueno, lo vi de lejos y no parecía el de siempre. Y no se ha acercado a nosotros, ni al club, ni a la casa de los Fogarty. Y como le decía al señor Fogarty...

—Creo que le han hecho alguna canallada. Si se tratara de uno de los nuestros, puedes estar segura de que estaría fu-rio-sa.

—De todos modos, me gustaría ver a Lois.

—No puedo entender lo que él ve en Lois. Yo diría que es bastante afectada...

—¡Shhh!... ¡Hola, Lois! —exclamaron ambas a coro.

Con un brillo poco favorecedor en las mejillas, Lois apareció por la avenida de hayas.

—Oh, buenos días —dijo—. ¡Magnífico!

—Justamente hablábamos de usted.

—¿Ah, sí? ¿No pueden quedarse a almorzar?

—No, no podemos; nos esperan en casa de los Thompson. Ay, querida, ¿no le parece estupendo lo de Livvy y David? ¿No es maravilloso?

—Me hace muchísima ilusión, es absolutamente maravilloso. Venga, quédense a almorzar... En fin, quiero decir —prosiguió turbada—, ¿volverán para el té, verdad? Ah, no, habremos salido todos. Oh, ¡qué mala pata! O pueden venir a jugar al tenis. Pero, no, creo que ya no habrá más partidos; Laurence vuelve a Oxford y con la lluvia todas las líneas de la pista se han borrado. Tal vez podríamos organizar un baile u otra cosa, ¿no?

Las dos jóvenes esposas la miraban con desenvoltura y curiosidad; sus miradas exploraban la silueta de Lois con la agilidad de arañas. Eran tan femeninas que Lois hubiera podido darse media vuelta y huir a la carrera por la avenida de hayas.

«*Donne ch' avete intelletto d'amore*», pensó para sí en un arrebato.

Y el silencio, la duda de una deformidad que estas damas suscitaban en ella se volvieron tan intensos que su sonrisa se hizo más amplia todavía. Abotonó su

cárdigan hasta el cuello y luego volvió a desabotonarlo.

—Oh, pero no irán a marcharse ahora —dijo mirando el Ford con ansia.

—Sí, tenemos que irnos, hace horas que estamos aquí, admirando sus adorables vacas.

—Me temo que están demasiado lejos. ¿Es que tía Myra...?

—No quisiéramos molestarla. A menos que pudiéramos recorrer juntas el jardín.

—Está cerrado y he perdido la llave. Tengo la impresión de ser una auténtica marginada. Es a lo que le he estado dando vueltas toda la mañana. Tienen que comer algo... ¿Les apetecen unas galletas?

—¿Y si fuéramos al salón, aunque sólo fuera un momento?

—Los salones siempre me parecen muy deprimentes por la mañana.

Denise dijo que no entendía cómo podía cambiar tanto la misma habitación, pero no sirvió de nada; Lois parecía decidida a no dejarlas entrar. Por la forma en que se mantenía sobre un pie y luego sobre el otro y miraba a su alrededor, se diría que esperaba malas noticias de un momento a otro: hablaba de tal modo que las otras no tenían ocasión de decir ni una palabra. Entró a buscar una lata de galletas y se las ofreció con un aire extraño, un poco conciliatorio. Lady Naylor les gritó desde una ventana que lo sentía, que estaba sumamente apenada y que bajaría enseguida.

—Pasa toda la mañana con la cocinera —explicó Lois—. No entiendo lo que hacen. Creo que esgrima verbal. ¿Más galletas?

—No, perderemos el apetito para el almuerzo. Denise, tenemos que irnos. Me han dicho que el viejo Thompson es un auténtico ogro. ¿Algún mensaje para Clonmore? ¿Algún mensaje para Gerald?

Lois pensó que iba a sonrojarse, pero no fue así; incluso su sangre permaneció inmóvil.

—Yo de usted le preguntaría —dijo Denise— por qué no le ha enviado un mensaje. Personalmente, lo encuentro muy extraño por su parte; si yo fuera usted, estaría ab-so-lu-ta-men-te furiosa.

Lois observó con interés cómo un destello de luz ondulaba sus vestidos: se estaban dando un codazo. Debía de haber algo extraño en ella, francamente, para que las visitantes lo hubieran advertido; tenía que ser evidente que estaba al margen de la vida.

—¿Cómo está el gramófono? —preguntó con entusiasmo.

—Oh, ¡no me hable! Gerald irá a buscar uno nuevo a Cork. Hemos pensado que podríamos ir todos juntos, sería más divertido.

—¡Fantástico!

—Mire, voy a entrar con Denise sólo un momento para enseñarle el salón.

—Yo no lo haría, de verdad. No he podido arreglar las flores.

—Gerald dice que todos sus espejos le dan ganas de dormir. Es un chico muy gracioso, después de todo —dijo Betty con candor—. ¿No cree que deberíamos esperar a que venga su tía? ¿No se ofenderá?

—Sinceramente, yo no esperaría; se habrá retrasado por algo.

Lady Naylor llegó, efectivamente, a la escalinata a tiempo para lanzar exclamaciones de desespero mientras el coche se alejaba.

—Una pena, realmente una pena —les gritó, agitando las manos en señal de adiós—. No se olviden de volver pronto... Francamente, Lois, habrías debido ir a buscar fruta u otra cosa. ¡Vaya idea la de atiborrarlas de galletas a esta hora!

—Te diré lo que le pasa a Lois —dijo Betty con aire confidencial y cómodamente instalada en el coche mientras los árboles desfilaban a toda velocidad sobre sus cabezas—. Creo que él la ha dejado.

Denise era de la misma opinión.

—Un chico tiene que protegerse, si entiendes lo que quiero decir.

Betty le confesó también lo que pensaba de la familia Naylor: estaban perdiendo clase.

—No me sorprendería enterarme de que no usan jamás ese salón —dijo con malicia—. Huele a humedad. Personalmente, me gustan las casas luminosas y acogedoras.

El mundo no permaneció inmóvil, aunque los habitantes de Danielstown y los comensales de la casa de los Thompson ni se enteraron. La espantosa noticia llegó a Clonmore aquella misma noche, sobre las ocho. Se abatió sobre la ciudad, en su ignorancia, como una ola que, desde hacía ya dos horas, momento en que se produjo el suceso, había estado elevándose y rompiendo, inminente. La noticia se deslizó por las calles, de puerta en puerta, como un viento desapacible, cosquilleando los nervios, deteniéndose. En los bares de los hoteles, las cabezas se volvían hacia un lado y luego hacia el otro, recelosas. En casa de los Fogarty, Eileen, a la que había llamado una amiga mientras recogía los restos de la cena, exclamó: «¡Que Dios tenga piedad de él!», y subió lloriqueando y dando traspiés a avisar al señor Fogarty. Éste dejó su vaso y permaneció un tiempo doblado como un animal, con la barbilla sobre la repisa de la chimenea. La filosofía no servía; en su cerebro, que se iba espesando, la actualidad giraba tan deprisa como la rueda de un molino. Su esposa, magnífica en su incredulidad, se precipitó a la calle, la melena al viento, recorrió la plaza y atravesó la ciudad atrincherada en un vengativo silencio.

El cuartel estaba cerrado, los centinelas se negaron a dejarla pasar; por una vez, se sintió desamparada, rodeada de extraños. Pensó maquinalmente: ¡su madre! Y deslizó las manos bajo su enorme e inútil pecho. Los árboles de la plaza, inquietos, hacían volar hojas mustias que ya deberían haber caído aprovechando la oscuridad. La espantosa noticia, que fue anunciada oficialmente ante las puertas del cuartel, provocó un silencio avergonzado, repercusiones brutales, pensamientos tenebrosos y una deslumbrante explosión de luces. En la habitación de Gerald, las páginas de una nueva partitura escrita para la orquesta de jazz, atrapadas en una corriente de aire,

iban de un lado para otro. Un ordenanza las recogió, conmocionado. Durante toda la noche, unas ventanas dejaron que se filtrara, por encima de los sacos terreros, un amarillo insolente, que daba náuseas.

La señora Vermont se enteró cuando Timmy acababa de marcharse; estaba de patrulla y no volvería en toda la noche. Debía dormir sola y eso era algo superior a sus fuerzas. Olvidando el miedo, corrió al barracón de los Rolfe. Allí pasó la noche sollozando y desgarrando con los dientes el borde de encaje de su pañuelo. El capitán Rolfe le traía sin cesar whisky caliente.

—No, no, nada de whisky; ¡es malísimo!

Los tres se sentían desnudos y avergonzados unos de otros, como si hubieran naufragado. Sobre el suelo en el que habían bailado, los muebles de mimbre parecían elevarse y vacilar.

—Percy, ¿dónde le han...? ¿Cómo le han...?

—En plena cabeza.

—Entonces, no ha...

—Oh, no. Probablemente fue instantáneo.

—Oh, ¡Dios mío! Percy, ¿cómo puedes...?

—No puedo creerlo —repetía Denise. Y mientras los otros la observaban furtivamente, con aire apático, ella se esforzaba por alisarse los cabellos y eliminar los rizos que le habían hecho aquella misma mañana—. ¿Sabéis?, no puedo creerlo. ¿Y tú, Betty? Es tan... increíble.

—¿Por qué no podemos volver a casa? ¿Por qué tenemos que quedarnos aquí? ¿Por qué no nos vamos todos a casa? No lo entiendo.

—Y tú, Percy, ¿tú puedes creerlo? Todavía le estoy viendo ahí de pie, junto a esta mesa...

—Oh, ¡cállate, por favor...! Percy, ¿qué ha sido de ellos? ¿Adónde han ido esos monstruos?

—Huyeron inmediatamente.

—¿Y nadie oyó nada, ningún disparo? Quiero decir que eso tuvo que hacer ruido, ¿no? Habría que torturarlos. ¿Por qué habría que limitarse a colgarlos o fusilarlos? Es lo que creo, de verdad, cuando pienso en ello...

—Desde luego que tenemos que atraparlos... Escuchad, tratad de...

—No puedo, de verdad. ¿Por qué no podemos volver a casa?

—Percy, déjala tranquila, por favor. Oh, Dios mío, mi cabeza; me voy a cortar el pelo. Es cierto, estaba ahí de pie, junto a la mesa. ¿Por qué ha tenido que ser Gerald? Ah, sí, el sargento también, pero él no va a morir; ya lo sé... Todavía no puedo creerlo. Percy, ¿lo puedes creer tú? Percy, di algo.

—Me gustaría... Oh, me gustaría tanto... Esos monstruos, esos monstruos —decía Betty entre sollozos.

—Escuchad, chicas, id a la cama.

—¡No podemos!

—¿Por qué no está aquí Timmy? Cuando pienso en Timmy, toda la noche fuera... No entiendo al rey, no entiendo al gobierno: creo que es vergonzoso.

Pero se fueron a la cama —Percy pasó la noche sobre dos sillas— y se tumbaron una junto a la otra en una proximidad que les parecía insólita, agarrándose sin cesar los dedos, hablando de «él», de «quien tú ya sabes», de «ese chico», con la misma voz apasionada, grave y resquebrajada que normalmente reservaban para hablar de los asuntos íntimos de su vida matrimonial. Sucumbieron al sueño en el mismo momento, confusamente asustadas la una por la otra. Luego Denise vio a Lois con claridad, en pie sobre la escalinata de Danielstown, con una caja de galletas en la mano, ante una sala atestada de espejos. Y Betty despertó sobresaltada al oírse decir: «La verdad, me parece muy raro que él no hubiera querido decir nada».

Oyeron una corneta matinal vibrar en la lluvia.

El señor Daventry llegó antes que el cartero. No había hecho una visita extraoficial desde que estaba en Irlanda; le resultaba curioso no tener nada que registrar, nadie a quien interrogar. Era temprano; las ramas mojadas y ennegrecidas atravesaban alegremente la niebla. Había llegado hasta la puerta con un convoy que se dirigía a Ballyhinch; dos camiones se habían detenido ante la verja, alarmando a los campesinos. Atravesó la avenida con paso ligero y rápido: nada tenía importancia, dado el punto al que habían llegado las cosas para él. Y con aire altanero, devolvió a la casa su mirada inquisitiva.

Tocó el timbre y formuló su petición. Lois salió lentamente, enmudecida por todo lo que tendría que decir desde ese momento ya que, ¿qué otro oficial impaciente podría esperarla aparte de Gerald? «Francamente...», había dicho lady Naylor, después de lanzar una mirada al reloj y recordarle que dejara la servilleta en la mesa. Francie, con una sonrisa, había cubierto el huevo de Lois para que no se enfriara.

—¿Usted? —dijo ella mientras todo, la importancia de todo, se modificaba ligeramente—. Venga a desayunar con nosotros.

Él dijo que el día anterior se había producido una catástrofe al oeste de Clonmore: una patrulla en la que se encontraba un oficial y un suboficial había caído en una emboscada, y había sufrido un ataque en un cruce de caminos. El joven oficial —Lesworth— había muerto inmediatamente, el suboficial había sido herido en el estómago. El enemigo había huido a través de los campos, a pesar de los setos. Los hombres habían hecho todo lo posible por el sargento.

—¿Morirá?

—Probablemente.

—¿Y mataron a Gerald?

—Sí. ¿Quiere usted...?

—Estoy bien, gracias.

—Como quiera.

Él se volvió y le dio la espalda. Ella preguntó a qué hora había ocurrido y él contestó que hacia las seis. Lois pensó en lo preciso que había sido Gerald y lo preocupado que se había mostrado la última vez en determinar cuándo exactamente se había sentido feliz ella por su causa, qué día, durante cuánto tiempo.

—¿Estuvieron fuera toda la tarde?

Ambos pensaron en la asombrada carretera blanca y en el polvo que la caída había levantado y que volvía a posarse lentamente.

—A decir verdad —dijo Daventry—, estábamos más o menos preparados para cualquier cosa. No creo, si es que llegó a darse cuenta de algo, que eso tuviera importancia.

—No, en efecto, no creo que eso tenga mucha importancia nunca. —Sin embargo, pensó en Gerald ante la sorpresa de la muerte. El joven se abandonaba a la sorpresa con un candor singular—. Gracias por venir.

—Tenía que pasar por aquí de todos modos.

—Con todo, no tenía por qué tomarse la molestia.

Daventry la miró, luego observó la gravilla bajo sus pies, sin perderse en conjeturas. Frío e irónico, constituía un apoyo. No esperaba nada de ella. Por fin añadió:

—Me pareció práctico. ¿Desea que yo...? ¿Se lo comunico a los demás?

Lois asintió con un gesto, preguntándose adonde iría, cuánto tiempo se mantendría apartada, cómo regresaría. Su mente se vio invadida por trivialidades. Se preguntó quién iría al club de tenis esa tarde, si quedaría una sola persona que no estuviera al corriente y que contara con la presencia de Gerald; se preguntó qué iba a pasar con la orquesta de jazz. Comprendió que en los próximos días no debía rechazar al género humano, que no tendría ninguna vida privada.

—De hecho, me están esperando para acabar de desayunar.

Pero al pensar en la sonrisa llena de orgullo y ternura de Francie mientras cubría su huevo, Lois se sintió iluminada, apaciguada por el dolor, como por el roce de unos dedos. Entró en la casa y subió a encontrarse con lo que la aguardaba. La vida, percibida por un instante en su totalidad, era un acto de conocimiento, el conocimiento de la muerte. Daventry, conservando nítidamente su imagen en la memoria —al fin y al cabo era una mujer—, entró en el vestíbulo. Allí se complació en imaginar a Gerald en actitud reservada, bajo los retratos.

Esperó. La puerta del comedor se abrió bruscamente a una discusión ininterrumpida; salieron todos, uno tras otro, para detenerse en el umbral, suspendidos durante algunos instantes como una pelota sobre un chorro de agua por el asombro de verle allí.

—¿Lady Naylor? —preguntó él a Francie.

—¡Oh, no! —Parecía estar aterrada ante tal suposición—. ¿No está... el señor

Lesworth aquí?

—Hoy no.

Lady Naylor, que salió la última, tenía la mirada más incisiva: realmente, el ejército era inagotable.

Él le dio la noticia.

—¡Oh, no! —dijo ella rápidamente, como si quisiera evitar algo.

Daventry le contó las circunstancias.

—¡Oh, no! —repitió ella, y se volvió hacia su marido en busca de auxilio.

—Es... es terrible —dijo sir Richard, quien, en su estado de turbación, tocó el hombro de su esposa. Volviéndose hacia el comedor, miró las sillas, los platos, la mesa, increíbles en su supervivencia.

El hecho era que no les gustaba el aspecto del señor Daventry. Por instinto, sentían que había venido para registrar la casa. Lady Naylor, todavía petrificada por la impresión, esbozó incluso un pequeño gesto desdeñoso, como queriendo decir: «Aquí está todo». Él, que ignoraba haber causado la impresión de que tenían que rendir cuentas, permanecía con la mirada ausente y sombría. Detrás de la dama, en el otro extremo del oscuro comedor, vio por una ventana el césped con franjas de niebla y sol. En Clonmore había llovido aquella mañana: al parecer, aquí también se habían librado de eso.

—¿Dónde está Lois? —preguntó lady Taylor con brusquedad.

—Lo siento, pero no lo sé.

—Ella..., usted le ha...

—Sí.

Sus defensas cayeron; mirándole con ojos desconsolados, le dijo:

—Nosotros le conocíamos mucho, ¿sabe? Venía a menudo a jugar al tenis. Parece extraño que no se pueda..., que nunca más... Era tan...

—Sí, sin duda.

—Su madre, me hablaba a menudo de su madre. ¿Quién se encargará de escribirle? Me gustaría enviarle una carta. Sí, me gustaría mucho escribirle. Creo que ella lo apreciaría... Le conocíamos tan bien... ¿Qué piensas tú, Richard, de que yo...?

Pero sir Richard se había escabullido en silencio; era un hombre mayor, ajeno a todo aquello y no sabía qué hacer. Estaba pensando, también, en los Connor. Los amigos de Peter Connor... estaban al tanto de todo, eran persistentes: no se atrevía a imaginar lo que...

El señor Daventry declaró que creía que eso era todo; ahora tenía que marcharse. Se despidió sin muchas cortesías y partió inmediatamente, con la intención de borrarlos a todos de su mente y como si nunca hubiera estado en la casa. Luego, tras recuperar el dominio de sí misma, lady Naylor exclamó:

—Daventry también debe de sentirse desdichado; yo tendría que haberle dicho algo. —Había tantas cosas que hacer ahora que con una mañana no habría suficiente;

por un momento pensó en retrasar el almuerzo. Cuando oyó al cartero, sintió un destello de miedo—: Y si hubiera una..., y si él hubiera...

Pero no había ninguna carta de Gerald para Lois.

No había nadie en la escalinata para recibir la noticia del cartero; se marchó decepcionado. Lady Naylor se dijo con firmeza: «Ahora tengo que ir a buscar a Lois». Pero no fue; siempre había algo que la entretenía. Miró en el salón para ver si había algo allí; no sabía muy bien qué. Francie, con los ojos enrojecidos, volvió la cabeza con aire culpable por encima del respaldo del sofá. No intercambiaron ni una palabra. La habitación se volvió tan intensamente dolorosa que lady Naylor estuvo a punto de exclamar: «¡Lois no ha arreglado las flores!».

Fue Laurence quien, paseándose imprudentemente por la finca, quedó expuesto a lo que todos temían más. Se encontró con Lois, que estaba de pie junto a un acebo. Ella hubiera podido alejarse, pero parecía más indiferente que paralizada.

—Estoy bien —explicó ella antes de añadir—; sólo estoy pensando.

La mirada de Laurence se volvió casi personal, como si la hubiera reconocido.

—Yo haría otro tanto, creo. Supongo, no tengo ni idea, que uno termina olvidando.

—Bueno, en fin, hay cosas que una no puede... —Quería decir: «Él me amaba; creía en el Imperio británico»—. Al menos, yo no quiero.

—Tal vez tengas razón —respondió él, examinando, en un esfuerzo por ver y comprender, un paisaje que conocía mal.

—Bueno, Laurence, no te detengas. Ibas a algún sitio, ¿no?

—No, a ninguna parte en especial. No si tú...

—No, de verdad. Aunque si tuviera que elegir, serías tú.

Aceptando la observación en sentido literal, el joven siguió su camino, empujando al pasar torpemente a Lois contra los laureles.

La señora Trent pasó a verlos dos semanas después, la misma tarde en que regresó de una estancia en el norte. Se había aburrido hasta lo indecible allí y deseaba quejarse. Lady Naylor, encantada, salió a recibirla; era de nuevo como en los viejos tiempos.

—La casa parece vacía. Se han marchado, figúrese.

—Sí, es muy triste. Me apena no haber vuelto a ver a Hugo y a la pobre Francie. ¿Qué ha sido de su bungalow?

—Oh, no era más que una idea; la han abandonado por completo. Un bungalow tierra adentro no tiene ningún interés, en un acantilado hace demasiado viento y nadie puede vivir en una costa plana. No, ahora piensan irse a Madeira.

—Entonces ¿no van a sacar el mobiliario del guardamuebles?

—No lo creo; nunca les ha importado mucho.

—Es una pena que él no se fuera a Canadá. —La señora Trent recorrió con la mirada el agradable paisaje de prados y pastos, las siluetas macizas y mates de los

árboles, las ventanas que, asentadas en su actual vacío, parecían haber ganado en serenidad. Su sentimiento de regreso al país se extendía también a Danielstown. Prosiguió—: ¿Cómo está Richard? Y, dígame: ¿han recogido ya las manzanas? Nosotros no hemos comenzado. Nunca hacen nada cuando no estoy. Y, cuénteme: ¿cómo está Lois?

—¡Se ha marchado!

—¿De veras? Ah, sí, a la escuela de arte.

—Oh, no —dijo lady Naylor, asombrada—. A Tours. Para aprender francés, ya sabe. Y con una familia muy interesante, muy cultivada; realmente tiene mucha suerte. Nunca he estado satisfecha con su nivel de francés. Como le he dicho, más tarde ya tendrá tiempo de sobra para el italiano.

—Oh, es fantástico —observó la señora Trent con gesto ausente aunque cálido—. Entonces debe de sentirse muy tranquila. ¿Viajaron juntos Lois y Laurence?

—Ella parecía tan ofendida de que la consideráramos una inepta y él tan preocupado por la idea de tener que vigilar el equipaje de su prima que al final les hicimos viajar por separado; él tomó el barco el miércoles, y ella el viernes. El mar estuvo muy agitado las dos noches, por lo que me han dicho... Sí, hemos pasado una temporada muy triste aquí, hemos estado muy conmocionados y afligidos por lo sucedido al desdichado joven Lesworth. A mí me ha afectado mucho, creo, venía tan a menudo por aquí y parecía siempre tan contento de charlar, y había llegado, en cierta medida, a contar con nosotros. Sin duda, el golpe también ha sido duro para Lois. Habían jugado al tenis tantas veces juntos, ¿sabe? comenzaban a ser muy amigos. A ella no la he visto tan afectada como me temía, las chicas de su generación parecen menos sensibles, realmente... No lo sé; tal vez sea mejor así. Y, además, ella se interesa por tantas cosas... Pero fue terrible, ¿sabe? Todavía hoy sigo diciéndome: ¡qué terrible! Pero tuvo una vida feliz. Es lo que le he escrito a su madre; le he dicho que siempre encontraría un consuelo al pensar en lo feliz que fue. Literalmente, irradiaba buen humor, de hecho, él era la vida, el alma de todo el mundo. Y ella me ha respondido, sin mucho tacto, en mi opinión, pero es normal que se encuentre trastornada, que su principal consuelo era pensar que Gerald hubiera muerto por una causa tan noble.

Durante un instante, la señora Trent pareció inquieta, vulnerable.

—Fue heroico —dijo, antes de mirarse los guantes con aire incómodo. Echaba en falta un perro, se sentía insegura, no había ningún perro.

—Heroico —dijo lady Naylor escrutando los cielos con ojos penetrantes y dilatados en los que se reflejaba la apacible luz—. Aunque —añadió, medio asombrada— no le quedaba más remedio... Pero entre en casa y háblele a Richard del norte, le divertirá, aunque le apenará saber que se ha aburrido. A decir verdad, es un poco lo que ambos nos temíamos. ¡No se preocupe por la hora!, estoy segura de que es temprano; venga, venga.

Pero la señora Trent no podía quedarse, era una persona muy puntillosa y además

llevaba reloj de pulsera. Ni siquiera había enviado el cabriolé al patio trasero: un hombre paseaba arriba y abajo por la avenida con el caballo.

—Una visita relámpago —observó lady Naylor tristemente, después de haber prolongado la conversación media hora.

Luego la señora Trent saltó ágilmente al coche y tomó las riendas; con un suspiro, las dos mujeres se resignaron a separarse.

—Está bien, nos veremos el martes, entonces. Asegúrese de llegar pronto, antes que las Hartigan.

La señora Trent hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se despidió del familiar paisaje.

—Todos los otoños me digo que realmente ésta es la estación que mejor le sienta a esta casa.

—Si quiere que le sea franca, yo pienso lo mismo. Hay algo especial en el otoño —respondió lady Naylor. Permaneció en la escalinata para seguir al coche con la mirada, sus manos nerviosas, ligeramente cruzadas. Algunas hojas se desprendieron revoloteando de la verja con aspecto de volver a casa.

Sin embargo, ninguna de las dos mujeres volvió a ver Danielstown en ese momento, en esa feliz hora de declive en el breve curso del día, durante la larga trayectoria de las estaciones. Ya no hubo allí más otoños, salvo para los árboles. Un año más tarde, la luz se había apoderado del espacio abandonado, con un resto de asombro. Un año más tarde, castañas y bellotas tamborileaban, olvidadas, en el suelo de las avenidas que, cubiertas de verde, hubieran debido amortiguar el ruido de los pasos, pero no había ningún paso. Las hojas, revoloteando al pie de la pendiente a capricho del viento, se amontonaban informes, atemorizadas, contra la silueta demasiado nítida de las ruinas.

Porque en febrero, antes de que esas hojas no fueran siquiera brotes, durante esa misma noche tuvo lugar la muerte —la muerte o más bien la ejecución— de las tres mansiones, Danielstown, Castle Trent y Mount Isabel. Un espantoso rojo devoró la salvaje oscuridad primaveral; en realidad, se hubiera dicho que un día de más, inesperado, moría antes de haber nacido para permitir que se produjeran esos acontecimientos. Mirando de este a oeste el cielo agrandado por los resplandores escarlatas, se habría dicho que el propio país estaba en llamas; aunque al norte la línea de montañas que se elevaba ante Mount Isabel destacaba con una nitidez terrorífica. En este crepúsculo ficticio, las carreteras bullían de movimientos, furtivos o aterrorizados; no hubo árbol, empaldecido por el soplo del fuego, no hubo cabaña, acurrucada con desesperación en el seno de la noche, no hubo verja, visible en su desmesurada desnudez, que no tuvieran su puesto asignado en este designio de orden y pánico. En Danielstown, a mitad de camino de la alameda bordeada de hayas, la endeble verja de hierro chirrió (tras perder el cerrojo seguía balanceándose, horrorizada) mientras el último coche se alejaba silenciosamente, con todas las luces apagadas, llevándose a los verdugos, indiferentes al deber cumplido. El sonido del

último coche se amplificó y se propagó por el aire del campo desierto antes de desvanecerse. La primera oleada de un silencio que iba a ser definitivo retrocedió entonces, con determinación, hasta el pie de la escalinata. Arriba, la puerta permanecía hospitalariamente abierta sobre un horno.

Sir Richard y lady Naylor, que no decían nada, no intercambiaron ni una mirada, ya que a la luz del cielo veían con demasiada claridad.

POSTFACIO

El último septiembre fue mi segunda novela. Se publicó por primera vez en 1929, un año después de escribirla. Por aquel entonces yo era joven —al menos joven como escritora— y, a pesar de la buena acogida que tuvo *The Hotel*, me seguían asustando las dificultades que me planteaba el género de la novela, aunque quizá fuera propensa al miedo. Hasta entonces me había sentido más cómoda con el relato corto. Ahora que tengo más experiencia me resulta evidente que los problemas, exclusivos de cada obra concreta, se repiten y te plantean un reto cada vez que concibes un nuevo libro y decides escribirlo. Es un error pensar en La Novela en abstracto, atribuirle una importancia exagerada a sus reglas «necesarias» y «recomendables», o recurrir a un conjunto de normas. Al principio, no obstante, uno puede temer (y probablemente con todo el derecho) aquello que peor se le da. Yo misma, cuando empecé, me sentía agobiada por la dificultad de lo que podríamos llamar «la reunión» de los personajes, es decir, llevarlos a un mismo lugar, explicar su presencia sostenida en él y mantenerlos unidos el tiempo suficiente para que sean posibles las interacciones de las que surgirá la trama. Hasta entonces yo había contemplado a los seres humanos como criaturas en constante movimiento, cuyos destinos se entrecruzaban para luego volver a bifurcarse, alejarse y desviarse. De ahí mi predilección por el relato corto, construido sobre encuentros, impresiones, emociones momentáneas o muy intensas. Por lo general, los personajes de una novela se encuentran en la misma órbita a causa de alguna situación, la cual, podríamos decir, crea una trampa (algún interés, travesura, búsqueda o pasión fundamentales). Sin embargo, la solución que yo busqué fue más infantil: como ya había hecho antes en *The Hotel*, en *El último septiembre* utilicé de nuevo el recurso de reunir a mis hombres y mujeres bajo el mismo techo, y mantenerlos allí, ya fuera por azar o por elección, durante el tiempo necesario para que la historia se desarrollara. El hotel italiano de mi primera obra fue, en la segunda, sustituido por una casa de campo irlandesa. Reconozco que soy —y estaba destinada a serlo— una escritora plenamente dominada por el escenario y la época. Ambos son algo más que presencias: desempeñan sus propios papeles en los argumentos de mis novelas. En *The Hotel* el cercano final del invierno otorga suspense al pequeño drama de los turistas. Y *El último septiembre* debe su intensidad a ese encantador y melancólico mes que da nombre a la novela.

Sería falso sugerir —¿acaso lo he llegado a sugerir realmente?— que concebí *El último septiembre* como una solución a lo que en 1928 era para mí un problema mecánico al escribir una novela. Es más, sería una blasfemia: de todas mis obras, ésta es la más cercana a mi corazón. Esta novela tuvo un origen profundo, nebuloso y espontáneo. Rebosa experiencias de mi primera juventud que le confieren cierto tono

poético, experiencias apenas o nada conscientes, poco o jamás registradas por la mente y que, sin embargo, han permanecido inmunes y puras. En la vida «real», mi adolescencia en el condado de Cork —en la casa llamada Danielstown en la historia— aunque ocasionalmente estuvo marcada por aspiraciones, romances pasajeros o placeres, fue principalmente un periodo de impaciencia, frivolidad, lasitud o aburrimiento. No dejaba de preguntarme *qué* iba a ser y cuándo. Sospecho que todos los jóvenes (irónicamente, tan envidiados) viven estos periodos de estériles preocupaciones. En lo que se refiere a mis recuerdos personales, no idealizo aquel septiembre de 1920, aquel mes en el que decidí situar mi relato. El libro, sin embargo, no es ni autobiográfico ni, en modo alguno, una transcripción de episodios *conscientes*. Proust observó —y al hacerlo nos ofreció una de sus turbadoras verdades— que esos periodos de la existencia vividos por el escritor, o el futuro escritor, de manera superficial, desganada o aburrida, suelen dar sus frutos en creaciones posteriores.

El último septiembre es hasta ahora la única de mis novelas situada deliberadamente en un tiempo pasado. En las demás (exceptuando tal vez *The Heat of the Day*, que podría inscribirse en lo que se ha dado en llamar acontecimientos «históricos») he querido que el lector contemplara lo que debería ser el momento inmediato: de hecho, transmitir el sentido del «ahora» ha sido para mí un imperativo de la creación literaria. Pero en *El último septiembre* hice todo lo contrario: lo que se requería era el «entonces», el pasado como elemento. El estado de ánimo y el estilo de mis personajes, así como sus acciones, debían transmitir el resplandor de un tiempo terminado. Quería que el lector *supiera* que «todo esto se acabó». Y sin embargo deseaba que *sintiera*: «¡Mira, empieza nuestra historia!». Desde el comienzo, el lector debe mirar —e incluso ser consciente de estar mirando— hacia atrás, desde una perspectiva que se abre paso a través de los años. Llegó a obsesionarme el temor de que el lector no adoptara ese punto de vista, de que pudiera leer las primeras páginas de manera equivocada. El pasado, tan utilizado en la narrativa común que se da por sentado, no me parecía lo suficientemente contundente, de modo que inicié el segundo apartado con una pista: «En aquellos días las chicas llevaban faldas blancas almidonadas y blusas transparentes adornadas con flores también blancas; sobre los hombros se dejaban caer unas cintas...». Las cintas de Lois nos introducen en la historia.

Cuando uno es joven, los años son más largos; cada año nos parece tan dinámico y cargado de cambios que haberlo vivido se convierte en una conquista. En la mayoría de vidas (y la mía no es una excepción) los años entre los veinte y los veintiocho suelen *ser* importantes y decisivos. Cuando me sentaba en Oxford a escribir *El último septiembre*, 1920 (año en que yo tenía veinte años) parecía una época muy remota. En aquel entonces (el de la escritura: 1928) la paz había llegado a Irlanda; los árboles estaban echando ramas entre los cascotes de lo que quedaba de los hogares destruidos por el fuego; el césped sobre el que yacían olvidadas nuestras

huellas de pasados placeres se estaba transformando entonces en útiles pastos. En cuanto a mí, yo ya no era una jovencita sin rumbo sino una escritora, para quien ningún día era lo suficientemente largo, para quien prácticamente cada momento tenía su propio magnetismo. Y en lo que concierne al espacio, Irlanda parecía inmensamente alejada de Oxford: más que otra tierra parecía otro mundo. De hecho, yo había logrado llevar el tipo de vida con la que había soñado vagamente tiempo atrás, cuando, como Lois, hacía correr a mi pony por las carreteras vacías, interminables y húmedas del condado de Cork, o cepillaba con inquietud mi vestido para otro baile provinciano. Aquí, en Oxford, cada día podía apreciar la belleza más civilizada que ofrece Inglaterra; mis amigos eran personas brillantes, cultas y se expresaban bien. No obstante, cuando me puse a trabajar en mi segunda novela, fue aquella época desaparecida la que llevó la voz cantante (bien pensado, no es difícil entender por qué). El escritor es como un nadador atrapado por la resaca; ésta le arrastra hacia aquellas escenas de su propia vida más impregnadas de experiencias subjetivas y de las que no tiene conocimiento. Las sensaciones se acumulan cuando menos se buscan; el significado aflora, retrospectivamente, allí donde más ciegos éramos. Nos captura el misterioso y apremiante hechizo de una época que no comprendimos en su momento.

El telón de fondo de *El último septiembre*, las circunstancias en las que se sitúa la historia, han dejado perplejos a muchos lectores no irlandeses y tal vez sea necesaria alguna explicación. La acción tiene lugar durante los «Disturbios», es decir, la guerra de guerrillas entre los irlandeses que luchaban por la libertad y las tropas británicas acuarteladas en el territorio. Emboscadas, detenciones, capturas e incendios, represalias y contrarrepresalias mantuvieron al país agitado, atormentado y en tensión. Los británicos patrullaban y cazaban; los irlandeses planeaban, esperaban y asestaban golpes. El camión del ejército que se escucha en la tranquilidad de la noche, el decidido joven vislumbrado en los bosques de Danielstown, el disparo en el molino, la alambrada en torno a los bailarines y la emboscada en la que cae Gerald, son ficciones extraídas del entramado de la historia. En tales condiciones, el intento de mantener una vida social convencional —como se hacía en Danielstown— puede parecer o bien increíble, o bien inhumano. Y sin embargo *era así* (puedo asegurar que en esta novela hay una serie de escenas auténticas, de la vida real), y, a menos que sucediera una tragedia, la vida prosiguió imperturbable hasta que en 1921 las cosas se volvieron incontrolables. Las hostilidades entre británicos e irlandeses cesaron con el Tratado de 1922, aunque, desgraciadamente, después vino la Guerra Civil.

Durante los «Disturbios», la postura de familias angloirlandesas terratenientes protestantes como los Naylor de Danielstown, no sólo era ambigua, sino mucho más desgarradora de lo que eran capaces de expresar. Su heredada lealtad a Inglaterra —país donde sus hijos estudiaban, en cuyas guerras morían y al que debían sus tierras y poder— los empujaba en una dirección; la implícita «sangre irlandesa» que corría por sus venas, en otra. Los Naylor y los de su clase recibían a oficiales británicos porque

también ésta era una antigua y encantadora tradición social; no hay más que ver cualquier libro angloirlandés de memorias o cualquier novela antigua. A pesar del peligro (¿o quizás a causa del mismo?) que podía entrañar dicha frecuentación, la pequeña aristocracia seguía dando la bienvenida a «los militares» como siempre. Pero los «Disturbios» lo perturbaron todo, incluida la hospitalidad (de ahí la sombría reacción de sir Richard ante la compañía de Gerald). Había algo de repugnante e indecoroso en las patrullas y redadas, así como en la proclama a los cuatro vientos de su intención de «dominar el país». Si parece que sir Richard y lady Naylor son unos esnobs con respecto a los amigos soldados de su sobrina, hay que recordar que sus ideas se remontan a los apacibles años anteriores a 1914, y que casi todos aquellos serenos e impecables jóvenes oficiales que cazaban, disparaban, pescaban, cenaban y bailaban, alegrando y entreteniendo a los angloirlandeses desde hacía mucho tiempo, cayeron en la Primera Guerra Mundial. «El ejército ya no es lo que era», porque efectivamente la muerte se ocupó de que así fuera. En 1920 los pretendientes de Lois, devastados por la guerra, eran de ascendencia menos favorecida y desgraciadamente ni siquiera podían recurrir al entusiasmo por Irlanda para granjearse simpatías. Demasiado melancólicos o demasiado habladores, no conseguían cautivar a sus anfitriones. Hay que añadir además que, desde siempre, los angloirlandeses tienden a ser mucho más críticos y estrictos socialmente con los ingleses que los irlandeses de pura cepa: nadie sabe el por qué.

También podría preguntarse uno por qué a Lois, en su edad romántica, no le afectaban de manera más profunda los disturbios que la rodeaban. En parte quizás se tratara de una manera natural de autodefensa, en parte todavía no era del todo consciente y en parte los disturbios de cualquier tipo obstaculizaban su propio desarrollo y, por consiguiente, le irritaban y aburrían. La nación en desarrollo dejaba fría a la adolescente en desarrollo. Las personas de su (y de mi) edad, que hubieron de superar la adolescencia durante la Primera Guerra Mundial, reaccionaban contra cualquier imposición excesiva, contra cualquier presión o demanda ejercidas sobre los sentimientos. En el fondo no éramos ni fanáticos ni rebeldes. «Ya basta», pensábamos. «Se acabó: *queremos* vivir». Al mismo tiempo, la atmósfera de muerte y peligro, a menudo de violencia, resultaba tan natural para estas chicas como la música de baile, los guisantes de olor en el jardín, la lluvia, la luna creciente o la puesta de sol. La tragedia de Lois no era que Gerald tuviera que morir (¿qué iba a hacer ella en realidad con la vida de ambos?) sino que él tuviera que morir sabiendo que ella era incapaz de amarle. Su tragedia *no* era que se quemara Danielstown, que sirvió — aunque de forma violenta— para liberarla. Sólo era la sobrina, no la hija de aquella casa.

Yo soy hija de la casa en la que se inspiró Danielstown. En la vida real la casa ha sobrevivido: ahora es nuestro hogar. Pero durante los «Disturbios» la vi arder tantas veces en mi angustiada mente que la terrible página final de *El último septiembre* también es para mí algo vivido. Sí, el escenario de la novela es real y el mes

desempeña un papel en la historia. Lois, a pesar de no ser yo, proviene de mí a los diecinueve años. El resto de personajes es imaginario y la historia, aunque podría haber sido real, no lo es.



ELIZABETH BOWEN (Dublín, 1899 – Londres, 1973). Entre sus obras más importantes se encuentran, además de *El último septiembre* (1929), *La casa en París* (1935) y *La muerte del corazón* (1938), consideradas cumbres de la narrativa en lengua inglesa. En reconocimiento a su trabajo, le fue concedido el título honorífico de Comendadora de la Orden del Imperio británico en 1948 y recibió doctorados honorarios del Trinity College de Dublín (1949) y de la Universidad de Oxford (1952).

Notas

[1] Alusión al poema «The Hand of Heaven» [«El lebril del Cielo»] publicado en 1893 por el poeta británico Francis Thompson, inspirado en una serie de veintitrés cuadros del pintor estadounidense R. H. Ives Gammell. (*Todas las notas son de la traductora*). <<

[2] Publicada en 1917, fue la novela más popular del autor británico Norman Douglas. Alcanzó fama por su tratamiento de cuestiones relacionadas con el sexo y la moral.

<<